



ELIZABETH BOWEN

El fragor del día

Traducción de Martín Schifino

Lectulandia

Una novela sobre el tiempo, la identidad y la libertad, que explora los lazos de unión entre lo personal y lo político. Un *noir* que podría haber firmado Graham Greene pero también Virginia Woolf.

Elizabeth Bowen está considerada una de las mejores escritoras en lengua inglesa del siglo xx y la figura clave que pone en contacto la literatura de Virginia Woolf con la generación de escritoras de ideas de los sesenta y setenta (Murdoch, Spark o Byatt).

El fragor del día (1948), es quizá una de las más vibrantes novelas sobre el Londres asediado por las bombas y la pobreza durante el *Blitz*. Novela de personajes, de atmósferas, tremendamente vívida, narra la historia de Stella Rodney, que ha decidido no abandonar Londres cuando todos los demás se han marchado huyendo de una muerte posible. Para Stella, la sensación imperante de catástrofe se vuelve personal cuando descubre que el hombre a quien ama, Robert Kelway, es sospechoso de vender secretos a los alemanes y que el hombre que lo persigue, Harrison, quiere que sea ella quien pague el precio por su silencio. Atrapada entre dos corrientes, Stella ve su mundo derrumbarse.

Lectulandia

Elizabeth Bowen

El fragor del día

ePub r1.0

Titivillus 14.10.15

Título original: *The Heat of the Day*
Elizabeth Bowen, 1948
Traducción: Martín Schifino

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Aquel domingo, desde las seis de la tarde, había estado tocando una orquesta vienesa. Ya no era tiempo para conciertos al aire libre; las hojas caídas de los árboles revoloteaban sobre el escenario tapizado de hierba: aquí y allá se revolvía alguna, crujiendo como cuando se están secando, y mientras estuvo sonando la música cayeron varias más.

El teatro al aire libre, que se encontraba por debajo del nivel de los jardines aledaños, estaba rodeado por un seto de arbustos y algunos árboles pequeños; en la parte superior también había una valla con setos y una cancela. En aquel momento las hojas de la cancela estaban abiertas. Poco a poco se fueron llenando las filas de sillas situadas en la pendiente herbosa, frente a la orquesta. Desde allí, desde la hondonada en la que estaba tocando, la música apenas se oía en el resto del parque; pero las pocas notas que escapaban de aquel lugar resultaban inquietantes: la gente que se encontraba en la colina, en las rosaledas, en los senderos de alrededor de los lagos se dejaba arrastrar sin sentir hacia el teatro, debido a la extraña sensación de que se estaban perdiendo algo. Muchos se detenían, vacilantes, delante de la cancela de entrada: venían de lugares donde resplandecía el sol, mientras que aquella hondonada de donde procedía la música no era más que un lugar lleno de sombras. La guerra había conseguido que adoraran el día y el verano; la noche y el otoño eran el enemigo. Y, al principio del concierto, aquel deslucido teatro boscoso, en el que no se había representado obra alguna desde hacía tiempo, transmitía una impresión de aislamiento y de vacío que la música aún no había podido llenar. El lugar no se encontraba por completo envuelto en sombras; aquí y allá lo cruzaban los rayos de sol del atardecer, que encendían las ramas al atravesarlas y luego iluminaban las hileras de sillas, rostros y manos. Los mosquitos zumbaban inquietos y el humo de los cigarrillos se disipaba en el aire. Pero la luz era tan escasa, tan dramática y dorada que resultaba evidente que no tardaría en desaparecer. La noche iba avanzando como la marea. Una oscuridad transparente y cristalina, en la que se recortaba la silueta de cada hoja, se iba formando en los setos situados tras la orquesta y constituía un elemento más de la escena.

Había sido un domingo radiante, sin una nube siquiera. Pero en ese momento, el turquesa abrasador del cielo vespertino se disolvía en transparencias conforme iba perdiendo intensidad su color: por encima de los árboles, en torno al teatro no solo huía el color, sino el tiempo. La música —valeses, marchas, alegres oberturas— se adueñaba de aquel espacio detenido en el tiempo. La gente perdió entonces su aire dubitativo. Las marchas heroicas consiguieron que el público estirara el cuello; el reconocimiento de algunos fragmentos operísticos despertaron sonrisas inconscientes, y, durante los valeses, sin que hubiera razón ninguna, los ojos de las mujeres brillaron

con encantadoras lágrimas. Primero nota a nota, como un goteo, y luego de manera sostenida, la música impregnó los sentidos, las emociones y las fantasías hasta entonces dormidos. Lo que al principio solo fue un espejismo se convirtió en todo un universo real para aquellos pobres londinenses y los extranjeros que se encontraban sentados en aquella turbia oscuridad en medio de Regent's Park. El atardecer de aquel domingo era el atardecer del primer domingo de septiembre de 1942.

Parejas de amantes, cansadas tras pasar todo el día solos, el uno con el otro, se alegraban al entrar en un lugar distinto en el que no estaban únicamente ellos; cuando sus miradas volvían a encontrarse, lo hacían con renovado amor. Las madres, agotadas por la maternidad, se olvidaban de sus hijos igual que sus hijos se olvidaban de ellas: una sostenía a su bebé como si fuera una muñeca. Los esposos que se habían sentado con apatía uno cerca del otro se apartaban levemente, mientras cada uno se sumía en algún tipo de ensoñación íntima y virginal. La gente mayor a la que el atardecer no había conducido a casa de inmediato ofrecía intrépidamente sus años al ocaso, con una tranquilidad impensable en cualquier otra circunstancia.

Eso, en lo que se refería a los ingleses. En cuanto a los extranjeros, algunos conocían tan bien la música que estaba sonando que cualquiera diría que se anticipaban a cada nota: otros permanecían sentados con los ojos cerrados; y otros, como impelidos por un movimiento irresistible, lanzaban furtivas miradas por encima del hombro o alzaban de repente la vista al cielo. Una cierta incredulidad, como si se hubieran despertado de un sueño profundo, se dibujó un par de veces en algunos rostros. Pero en la mayoría de ellos, a medida que permanecían allí sentados, escuchando, solo se hizo cada vez más evidente un gesto de estoicismo.

Algunos espectadores estaban solos; y, de estos espectadores solitarios, se distinguían perfectamente los que acudían allí todos los domingos, por costumbre, y los que habían ido aquel domingo al concierto por casualidad. La sorpresa al descubrir aquella música se reflejaba en las caras de los primerizos. Para muchos, el concierto era sobre todo una solución al problema de adónde ir: uno se siente más tranquilo siempre en los lugares donde ocurre algo. Estar rodeado de gente era preferible a vagar solo de un lado para otro, sin nada que hacer. A última hora, aquello le daba algún sentido al día. Porque había momentos, cada vez más intensos conforme caía la tarde, en que la belleza del domingo —para quienes no abrigaban ambiciones, ni podían recurrir a amigos, ni esperaban amar— carecía de cualquier sentido.

También estaban los que se habían limitado a seguir sin pensarlo a los grupos de gente que entraba en el teatro, y, una vez sentados, no esperaban nada. No era difícil encontrar, entre los espectadores, a individuos encerrados en algún tipo de obsesión secreta... Por ejemplo, un inglés vestido de paisano que se encontraba casi en el extremo de una fila, en mitad de la ladera que se elevaba desde el lugar donde estaba tocando la orquesta. A su izquierda había un soldado checo; a su derecha, una mujer sin sombrero envuelta en su abrigo: los tres habían dejado un asiento libre de por

medio. La excesiva inmovilidad de aquel hombre no sugería abandono, sino una conducta misteriosa. Estaba inclinado hacia delante, con los pies separados y clavados en la hierba, con los codos apoyados en las rodillas, presionando insistentemente con el puño de su mano derecha en la palma abierta de la izquierda. Llevaba el sombrero inclinado sobre los ojos. Se miraba las manos con tal concentración que resultaba evidente que la música no era más que un acompañamiento para su idea fija. Sin lugar a dudas, esperaba algo: no cambiaría de posición ni se marcharía hasta que aquello se resolviera. Sin embargo, para aquel hombre el sonido se había convertido en una circunstancia necesaria: al haber empezado a pensar rodeado de música, no podía pensar sin aquella música, y cada vez que concluía una pieza con una oleada de aplausos, levantaba de inmediato la vista, con aire de indignación y desconcierto, como si el césped se hubiese movido bajo sus pies. Clavaba entonces una mirada furiosa en el director —que en ese momento se giraba hacia el auditorio, hacía una reverencia y bajaba lentamente la batuta—, como para decirle: «Pero ¿qué hace? *Continúe*». Luego, durante los primeros instantes de cada pausa, lanzaba a sus vecinos miradas furiosas, como si culpara a los presentes de la lentitud del proceso.

Al principio aquellas continuas miradas no se cruzaron con ninguna otra. No obstante, empezaba a hacerse notar, y la gente comenzó a preguntarse qué significaría y qué era lo que esperaba: al final empezó a llamar la atención. La vecina de su derecha abrió ostensiblemente la boca.

—Acaban de tocar la número siete.

El hombre, con desagrado, apartó la vista de inmediato.

—¿Quiere echarle un vistazo a mi programa? —preguntó la mujer.

—No, gracias —respondió él. Al ser interrogado de aquel modo se espabiló lo suficiente como para percatarse de que se había olvidado de fumar. Se tanteó los bolsillos en busca del paquete de tabaco, encendió un cigarrillo, dejó caer la cerilla entre las piernas y la apagó con el pie. Todo sin volverse a mirar a la mujer.

En un tono vivo y ofendido, la mujer añadió:

—Bueno, bueno..., solo pensé que tal vez querría saberlo.

Él contestó dándole una calada a su cigarrillo y mirando más allá del soldado checo. Detrás de los setos, en el extremo de la fila, vibró el último chispazo sordo del atardecer.

—No le estaba hablando a usted: a ver qué se pensaba.

—¿Ah, no?

—¡Ah, lo pensaba! Ojalá no hubiese dicho nada.

—Bueno, supongo que entonces es mejor dejarlo ahí.

Ella vio cómo aquel hombre miraba su reloj y presintió que dudaba si cambiarse de sitio. Pero la orquesta, que ya estaba de nuevo preparada, había empezado a pasar las páginas de las partituras, parecía que iba a comenzar a tocar de nuevo: la esperanza de que la mujer no volviera a molestarlo permitió que pudiera volverse a

mirar por primera vez a la mujer que se había dirigido a él. Y no solo la miró: se quedó mirándola, la observó detenidamente, y con tanta ferocidad y con un deseo ferviente de que efectivamente fuera cierto. Sus costumbres mentales se habían vuelto tan firmes que no imaginaba conducta alguna que no tuviera alguna razón, y no creía que ninguna razón fuera merecedora de ninguna consideración. Las miradas de ambos se cruzaron con lo que ya podía entenderse como cierta familiaridad, pues la insistencia de una y la descortesía del otro habían creado una suerte de lazo entre ambos y prácticamente estaban a punto de mantener una conversación.

Tenía delante a una mujer de unos veintisiete años, con el pelo revuelto y la expresión ligeramente soñadora de quien ha estado tumbado en la hierba tomando el sol. Sus ojos grandes, aunque no saltones, parecían más claros en aquel rostro tostado por el verano; en ellos se reflejaban las últimas luces del teatro al aire libre. La frente, la nariz, los pómulos solo conseguían que el rostro pareciera más ancho. El otro rasgo que no podía dejar de tenerse en cuenta era la boca; era grande: tenía pintadas las comisuras, solo las comisuras, con los restos de carmín; en el interior de un contorno torpemente dibujado se veían los labios sin pintar: llenos, sugerentes, vulnerables y tiernos, de un tono ligeramente rosáceo y marrón, como la parte inferior de un champiñón fresco y, como los ojos, pálidos en medio de la cara curtida por el sol. Los labios le impresionaron y habrían podido conmoverlo, pero no lo hicieron. De una locuacidad imparable, aquella era una boca que parecía derrochar palabras en vez de hablar, una boca al mismo tiempo incontinente e ingenua.

La muchacha llevaba un abrigo de piel de camello, de imitación; con el frío del atardecer se había subido el cuello del abrigo y se tapaba las piernas cruzadas. Tenía una mano hundida en el bolsillo; la otra, que sujetaba el programa por una esquina sobre su regazo, tenía un nudillo lastimado; de vez en cuando frotaba el papel amarillo con las yemas del pulgar y el índice. Los zapatos blancos y marrones, bastante bonitos, habían caminado mucho y ya estaban deformados; en el empeine desnudo se le notaban las venas, y el abundante y ligero vello de sus piernas sin medias probaba que nunca se las había frotado con piedra pómez ni se las había afeitado. En su manera de sentarse, y en la medida en que su manera de sentarse dejaba entrever la figura de su cuerpo, había en ella una especie de vigor preadolescente, algo torpe aunque no exento de gracia. A primera vista, causaba la misma impresión que buena parte de las muchachas londinenses aquel verano, cuando la idealización de Rusia estaba en su punto álgido: un intento atropellado por dar el tipo de la camarada soviética. O, al menos, eso parecía ser lo que quería transmitir. Pero no había tenido mucho éxito, o no el suficiente; si no, ¿por qué había cruzado con él una mirada tan directa y al mismo tiempo tan insegura? ¿Y por qué se había sonrojado, con un rubor incómodo que se adivinaba bajo el moreno de sus mejillas? En algún momento su fortaleza había flaqueado. Al hablarle al principio, y al volver a hacerlo otra vez después, se había comprometido a ser algo que nunca había sido: ¿a qué límites de egolatría o de soledad había llegado en medio de aquella

menguante luz musical? La egolatría era lo más probable: había querido encontrar la confianza para sí misma, no para todas las mujeres del mundo.

Se miraron durante unos instantes, cada uno a un lado de la silla que los separaba. Ella, en ese tiempo, tuvo delante a un hombre de unos treinta y ocho o treinta y nueve años, vestido con traje gris, camisa a rayas, corbata azul oscuro y sombrero marrón. El ensimismamiento de aquel hombre, que era lo que más le había atraído, había desaparecido, al igual que el ceño fruncido con el que invariablemente escuchaba la música; por el contrario, ahora mostraba una especie de pertinaz desconfianza, como si fuera una costumbre, que no le gustó. Aquel atractivo personal... ¿había sido solo un error derivado de su perfil? No, no del todo. Ahora que lo veía de frente, había otro rasgo curioso: uno de sus ojos estaba o se comportaba como si estuviera claramente un poco más arriba que el otro. Aquel desequilibrio o asimetría le dio la impresión de estar siendo observada dos veces: de estar siendo observada y escrutada al mismo tiempo. No podía verle la frente, y sus cejas permanecían ensombrecidas por el sombrero inclinado; tenía una nariz huesuda; llevaba uno de esos bigotitos mínimos y muy recortados. Y los labios —de los que había retirado el cigarrillo con un gesto de desprecio no muy elegante— indicaban claramente la intención de no añadir nada, si es que daba la casualidad de que se le obligaba a entablar conversación de nuevo. Era una cara con una verja; una cara que, en aquella media luz fotográfica, parecía cerrada y al mismo tiempo a la intemperie; una cara que, si bien no carecía de expresión, adolecía completa y absolutamente de falta de emoción... No sería suficiente decir que aquel rostro la desconcertó; ella bajó la mirada y echó un último vistazo a aquellos dos dedos manchados de nicotina que sostenían el cigarrillo.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó el hombre por fin, con el aire de haber estado pensando en ello un buen rato.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero... ¿no nos conocemos?

—No le he visto nunca —contestó ella—. Por supuesto que no sé quién es usted.

—Pues no hay más que hablar.

(Aun así, él no parecía seguro.)

—¿Qué pasa —agregó ella—, es usted alguien *especial*?

—Ja, ja..., no. No, lo lamento, pero no.

—Lo que sí sé es que nunca le había visto en el parque.

—No, habría sido imposible.

—¿Quiere decir que nunca viene por aquí? Por supuesto, a partir de ahora le reconocería. Nunca se me olvida una cara, ¿a usted?

—Puede ser —dijo, tras pensarlo.

—Será que, de tanto pensar, no se da cuenta de lo que le rodea. Tanta música y no se ha enterado usted ni de una nota.

—Vaya, ¿y por qué cree usted que me interesaría saber qué tocaban?

Lejos de ser sutil, su tono fue lo bastante desagradable como para acentuar la descortesía que deseaba transmitir. Y lo consiguió: ella sacó la mano del bolsillo para cruzarse de brazos, como si quisiera protegerse. De todos modos, presentía que cualquiera podía notar que temblaba tras aquella barricada; y el programa de mano, que ella soltó como si desvelara su debilidad, cayó revoloteando al suelo. Hundió la barbilla en el cuello de su abrigo, vuelto hacia arriba, y entonces no pudo evitar una queja:

—¡No hace más que ofenderme!

—¿A usted? —Él echó una ojeada a la orquesta, mientras reprimía un bostezo nervioso... ¿Por qué demonios tardaban tanto en empezar?

—Pero yo no puedo evitar decir lo que pienso; yo siempre digo la verdad. Porque yo...

—Oh, por favor..., baje la voz —dijo el hombre, haciendo un gesto de cansancio con la cabeza—. ¡Ya empiezan!

Y así era: tras unos instantes de tenso silencio, la música volvió a romper con un ligero arrebató. Los espectadores dejaron escapar el aire que habían contenido en sus pulmones y se acomodaron en sus sillas. La noche se había adueñado del teatro; los setos y la hierba pisada exhalaban un punzante perfume vespertino. Pronto empezarían a brillar los cigarrillos. En el escenario, los cuerpos de los músicos, amontonados, negros y casi inmóviles, parecían tener acopladas caras y manos fantasmales. Seguirían tocando hasta que se oyera cómo el reloj daba la hora en la lejanía; y en las filas de sillas que se iban vaciando la gente se preguntaba durante cuánto tiempo podrían seguir distinguiendo las partituras.

Louie Lewis —a quien nadie le preguntaría cómo se llamaba aquella noche— descruzó los brazos para embozarse de nuevo en su abrigo. Era incapaz de no añadir algo más a aquella extraña conversación; así que, inclinándose hacia delante, dijo sombríamente, *sotto voce*:

—¿Va a pensar un poco más?

Con ella hablando sin parar era imposible. ¿No le había demostrado, a su estúpida manera, el ridículo al que se exponía uno al quedarse ensimismado pensando en público, el ridículo al que se había expuesto él mismo? Ella, la mirona, había conseguido que percibiera claramente la espantosa sensación de ser observado. Recién llegado a la disciplina del pensamiento emocional —y solo él sabía hasta qué punto era novato en ello—, comprendió entonces, con aquel primer error, el gran riesgo al que se enfrentaba, pues el pensamiento emocional te obliga a *actuar* como pensador. Ya solo podía prestarse a una farsa, repetir los gestos de las manos —originalmente inconscientes—, con el fin de sopesar si se notaba mucho; recordó que su padre hacía ese gesto, pero no sabía que él también lo hiciera..., aunque debería haberlo sospechado. Sí, aquella noche había recurrido a aquel gesto, había incurrido en aquel pecado, por una inaudita necesidad de hacer énfasis en sus gestos. Sí, se había visto obligado a hacerlo por culpa de lo que —en sentido estricto— ni siquiera

había pensado. La futilidad de una acalorada carrera interior, la alternancia constante entre la carrera a ninguna parte y los altos en el camino, casi le hicieron reír. Nunca antes había llegado a *ninguna parte*. Al meditar —pero hasta entonces siempre lo había hecho con calma— nunca había encontrado una solución que al mismo tiempo lo satisficiera y pudiera funcionar. Hasta entonces siempre había encontrado un atajo, un rodeo, o, en todo caso, una salida. Pero la cuestión era que en ese momento estaba pensando en una mujer.

Ella le había pedido que se marchara y que no volviera: eso era lo mejor para los dos, le había dicho la última vez. ¿Qué esperaba que hiciera? Esperaba que hiciera cualquier cosa: no tenía ni idea de lo que hacía, pero algo haría. ¿Por qué no seguía haciendo eso..., lo que fuera? Y luego había concluido diciéndole:

—Lo siento, pero es que sencillamente no me atraes. ¿Para qué vamos a seguir perdiendo el tiempo? Tienes algo que no me gusta o te falta algo que no... No sé cuál de las dos cosas es.

Sin embargo, para él no todo había terminado.

Aquella noche, antes de sentarse en el concierto, había decidido ir a ver de nuevo a aquella mujer, a su piso. De hecho, había tenido la intención de presentarse en su casa cuando el reloj diera las ocho. Tenía una as en la manga..., aunque no sabía exactamente cuándo sería el mejor momento para sacarlo. Cuando se sentó a escuchar el concierto, esperaba poder averiguarlo antes de volver a verla.

A Louie le parecía que la música de aquel concierto era excesiva. No tenía más que hacer, salvo sumirse en el mismo sopor en que había estado anegada antes de que le llamara la atención el pensador. El carácter del sopor no se había modificado gran cosa: satisfecha de haberle obligado a fijarse en ella, no repasó la conversación ni se preguntó cuál era el resultado ni en qué situación quedaba ella. A diferencia de él, no consideraba las cosas a la luz de los resultados, y si la conducían a alguna parte o no; el objetivo era sentir que ella, Louie, *iba*, y en general no le gustaba pensar en lo que habría podido decir o hacer cuando había decidido conseguir algo. Tenía sus dudas, aunque, quería creer, no había motivos para ello. Nunca había albergado en su mente un censor interior, y ahora que su marido, Tom, se había marchado —estaba en el ejército—, ya no había manera de saber si era rara o no. A lo mejor se dirigía a desconocidos con la esperanza de percibir qué pensaban de ella; había percibido suficiente rareza en este hombre para confirmar que seguramente no sería un buen juez. A menudo se desconcertaba, pero ese estado nunca duraba lo bastante como para preguntarse por qué ocurría. Sola, dependiendo de sí misma en Londres, buscaba en vano alguien a quien imitar; estaba lista..., no: estaba impaciente por conocer a cualquiera que pareciera estar siguiendo un rumbo con alguna seguridad.

Por aquel entonces habían llamado a filas a Tom y lo habían trasladado al extranjero; ella tenía entendido que se encontraba en la India. En sus cartas, él le

decía que esperaba que se encontrara bien y que confiaba en que fuera una buena chica; Louie no tenía ni la menor idea de cómo responder a esto último, así que no lo hacía. Conservaba lo que había sido su hogar: una de esas casitas en Chilcombe Street, con dos habitaciones en la planta baja, y trabajaba todos los días en una fábrica, en otro barrio de Londres, no muy lejos de su casa. Para completar la suma del alquiler de Chilcombe Street, recurría, con el consentimiento de Tom, al dinero que había heredado de sus padres, ambos muertos en un bombardeo. Louie había sido la única descendiente de un matrimonio tardío; a sus padres les había ido bien con su negocio, una pequeña tienda de Ashford, hasta el punto de poder venderla y jubilarse; en consecuencia, cuando Louie tenía diez años se habían mudado a Seale-on-Sea, donde la familia ya había pasado algunas vacaciones muy agradables. Fue en Seale, en la pequeña villa que tanto habían disfrutado, donde la pareja de ancianos había sido aniquilada durante la Batalla de Inglaterra. Louie, que se había casado con Tom a principios de 1939, se trasladó luego a Londres. La boda había cogido a todo el mundo por sorpresa, y a ella más que a nadie; en cualquier caso, la pacífica serenidad de su hogar y la estabilidad en todos los sentidos de los suyos la tranquilizaban: ella no era en absoluto un mal partido. En cuanto a sus habilidades como esposa, solo cabía esperar que Tom, también un hombre firme y seguro, un joven electricista serio y próspero, tuviera un buen sentido del humor. Se habían conocido por casualidad cuando Tom pasaba unas vacaciones en Seale..., aunque nunca había explicado qué le había llamado la atención en ella, y ella nunca lo había preguntado. Al ser de Kent, Louie solo había ido a Londres unas pocas veces con un billete de ida y vuelta antes de que Tom la llevara siendo novios. Ahora, es decir, en estos últimos años, casi nunca salía de Londres, porque ya no tenía ningún sitio adonde ir.

Pensándolo bien, había tenido suerte al poder quedarse en Chilcombe Street: pocas esposas de hombres movilizados podían quedarse en sus casas. Pero la idea de que Chilcombe Street era su hogar, lo que en el mejor de los casos solo dependía de Tom, se había ido con él a la India. Por su parte, tal y como estaban las cosas, se alegraba de poder salir todas las mañanas de casa: dejaba las habitaciones sin hacer —la principal y la trasera, comunicadas por un arco sobre el que Tom había colgado una cortina—, el suelo de sintasol con dibujos turcos había perdido el brillo, y al salir dejaba la cama deshecha, en venganza, quizá, por lo fría que estaba de noche. En cierto sentido, todas las tardes tenía que soportar de mala gana la obligación de volver a casa; aquel verano, como las noches eran tan agradables, la solución había sido dar un paseo por el parque; si llovía, entraba en un cine o se quedaba adormilada junto al hueco que había dejado el cuerpo de Tom. En aquel estado, soñolienta por el atardecer lluvioso, casi siempre se retrotraía con sensual fidelidad a su infancia junto al mar; volvía a sentir en los talones la blandura esponjosa del paseo marítimo alquitranado, o el brazo desnudo hasta el codo bajo un tamarisco empapado por lluvia. Olía los guijarros y oía cómo el mar se los llevaba.

En lo relativo al tiempo, Louie padecía una infantil falta de visión estereoscópica;

veía el pasado y el presente en un mismo plano: eran lo mismo. Le parecía que todo sucedía al mismo tiempo; así que cuando miraba el calendario o el reloj, siempre los observaba con un gesto de desconcierto e incredulidad. En aquel momento, pese a estar sentada escuchando música en una silla en aquella ladera en penumbra del auditorio, se encontraba en realidad en la rosalada del parque, donde había estado dando un paseo por la tarde. Unas grandes rosas casi esféricas, que aquel día se encontraban en plena segunda floración, brillaban al descender el sol, resplandeciente y deslumbrante sobre el lago. Entreteniéndose por el césped que había entre los distintos parterres, Louie se había inclinado una y otra vez para tocar los pétalos, cuya suavidad penetraba las yemas ásperas de sus dedos. Sobre todo deseaba cortar dos o tres rosas de sus tallos; si hubiera estado sola se habría arriesgado, pero en compañía de su amigo de la Fuerza Aérea no se atrevía. Había descubierto que, como Tom, todos los hombres eran muy graciosos: en cuanto despegaban sus labios de los tuyos, empezaban a darte lecciones de moral.

Para distraer su atención, en una ocasión incluso había mirado al cielo con gesto de terror.

—¡Mira, aquel globo antiaéreo se está desatando!

Pero su amigo solo había vuelto la mirada un momento.

—No, qué va —le dijo condescendiente.

—¡Que sí!

Él apretó un poco el pulgar con el que la sujetaba por el codo.

—Mi marido vio uno —improvisó Louie—. Me lo contó.

—Supongo que te contará un montón de cosas.

La burla contra Tom la hizo ponerse coloradísima, y se apartó de las rosas, tensando con rebeldía los músculos que el aviador sujetaba con fuerza. Los dos volvieron a la cuesta de hierba que estaba bajo el roble, donde habían pasado tumbados buena parte de la tarde: allí, Louie volvió a tender su abrigo, y él, con aire ausente, se puso a acariciarla detrás de la oreja con una brizna de hierba. En torno a ellos el parque estaba salpicado de parejas que absorbían en sus cuerpos los últimos rayos de sol. Una especie de devoción la incitaba a llevar a otros hombres a aquel lugar por el que Tom siempre había sentido una especial predilección: eso le daba la sensación de que vivía sus domingos para él. Levantó la mirada hacia el interior del árbol.

—¿No tienes cosquillas? —preguntó el aviador, frustrado.

—¿Qué? ¿No tengo?

—Deberías saberlo —dijo él, tirando la brizna—. ¿No lo sabes? —Él se tumbó de espaldas, tapándose los ojos con una mano; y ella, que en aquel momento había olvidado su aspecto, se dio la vuelta preguntándose qué habría debajo de aquella mano. Algo más empezó a cambiar en su modo de actuar—. ¿Dónde has dicho que vivías? —insistió.

—¿Qué? No lo he dicho.

—Bueno, pero vivirás en alguna parte. Una chica bonita como tú seguro que tiene una casa bonita.

—Oh, sí, claro —contestó ella con entusiasmo.

—¿Sí? —Quitó la mano y giró la cabeza para mirarla con un interés nuevo—. Y vives tú sola, por tus propios medios.

Louie pensó con enojo en las rosas que no había cogido por su culpa: así que ¿por qué iba a darle el gusto a él?

—No —se apresuró a decir—. Vivo con mi tía. Vive conmigo.

—A ver —dijo el aviador, con aire molesto—, ¿qué es esto de que así de repente tienes una tía?

—Inválida —contestó Louie incluso más deprisa—. Pobrecilla. No sale nunca.

El aviador la observó con gesto indignado.

—Venga —sugirió él—, dejémonos caer por allá y le hacemos una visita a la vieja. ¿Te parece?

Louie, sentándose, se quitó una ramita del pelo.

—No tienes derecho a hablar así de mi tía —le advirtió. (Ni de Tom, añadió para sí misma.)

—Tú tienes una tía lo mismo que yo —dijo el aviador, con una mirada de violento deseo sexual.

—¿Y cómo iba a saber yo —respondió ella— que tú no tienes una tía?

—Me pones enfermo —concluyó él, incorporándose—. Empiezas diciéndome que te sientes sola. Me haces perder la tarde. —Se puso de pie, se estiró la chaqueta con furia, se golpeó los bolsillos y al final se inclinó para quitarse las briznas de hierba de los pantalones—. Vergüenza debería darte, con tu marido luchando en el frente.

—Oh, vaya —dijo Louie, desanimada—. ¿Y cuál es el problema?

—El tiempo —contestó el hombre, distante—. Pensaba que nos íbamos a liar.

—Bueno, ha sido agradable —se atrevió a decir Louie, allí, tristemente recostada, recibiendo la última mirada de desprecio que él le dedicó al alejarse. En cualquier caso, eso fue todo, y pensó que había quedado en paz con él, por lo de las rosas y por haberse burlado de Tom. Incluso cuando no contrariaba a nadie —y no siempre lo hacía—, de alguna manera todo conspiraba para que acabaran reprendiéndola; con una resignación que ningún suspiro podía expresar, cogió una nueva briza de hierba y probó acariciarse ella misma en la oreja, pero seguía sin tener cosquillas. Lo más triste era que ya no le apetecía en absoluto volver a coger las rosas; se quedó donde estaba, en aquella ladera de césped que repentinamente se había vuelto dura, fría e incómoda, hasta que vio a la gente dirigiéndose al concierto; entonces se levantó y fue tras ellos.

Hay cierta libertad en un concierto a cielo al aire libre: uno puede entrar y salir

cuando quiere..., hay sitio de sobra entre las filas de sillas y los pasos, amortiguados por la hierba, no molestan a nadie. Sin embargo, la posible quisquillosidad de algún raro, o la superstición que rige los movimientos relativos al amor, hizo que el pensador se quedara sentado en su sitio esperando la siguiente pausa. En aquel momento no hacía sino soportar la música, y permaneció tenso, con la mirada clavada en el reloj. La música cesó: se puso en pie casi de un salto, se quedó quieto, miró a su alrededor, observando los débiles aplausos de la gente y luego, con la prisa de quien huye, pasó por delante del soldado checo, junto a la fila de sillas, para subir después por el pasillo central. Hasta ahí, todo en orden.

Se detuvo apenas un segundo para encontrar la cancela del anfiteatro, y entonces se le acercó Louie, que venía corriendo tras él, jadeando.

—Yo también he tenido más que suficiente —dijo. Y empezó a seguirle el paso como si fueran amigos—. Es bastante siniestro —añadió al mirar las explanadas de hierba—. Será la bruma que se levanta del lago.

—Muy bien, buenas noches —se despidió él antes de tiempo, pues aún tenían unos cincuenta metros de sendero por delante.

—Yo me voy a casa —explicó Louie—, ahora mismo, creo.

—Es lo mejor que puede hacer.

—¿Se da cuenta de lo cortas que se hacen las tardes ya?

Así era: los árboles empapados, uno tras otro, temblaban ligeramente en medio de una marea de bruma que reptaba a ras de tierra; a lo lejos, sobre la colina, las encinas oscurecían con su propia y pequeña noche el final del crepúsculo. Un poco más adelante seguía abierta la entrada de Queen Mary, cuyas guirnaldas y placa doradas aún no habían olvidado el resplandor que habían estado desprendiendo durante todo aquel día al sol.

—¿Usted también? —dijo de pronto Louie.

—¿Qué? —preguntó él, sobresaltado—. ¿Si voy a casa? No, tengo una cita..., gracias.

Louie se lo tomó con indiferencia; si acaso, le lanzó una mirada de perplejidad, como dudando de que semejante cosa fuera posible. Él apretó el paso, ella también. Los senderos se bifurcaban, ellos no; ella siguió tozudamente a su lado. Un tanto irritado, el hombre se volvió a mirarla y le habló en un tono muy desagradable.

—Lo que quise decir antes es que, yo que usted, me iría a casa. Uno de estos días va a meterse en problemas, ¿sabe? Pegándose así a los demás. Hay gente muy rara por ahí.

—¿Qué me quiere decir: que a lo mejor usted es un raro?

—¿Para dónde va? —preguntó él, deteniéndose en seco en mitad del camino.

—¿Para dónde...? A cualquier sitio —dijo ella con un tono de sorpresa, casi preocupada. Para entonces ya habían franqueado la entrada y habían dejado atrás la encantadora verja; avanzaban por el corto camino sinuoso que, escoltado con árboles y verjas, como una avenida privada, desciende colina abajo desde el centro del parque

hasta el exterior. Por delante se seguía teniendo la ilusión de que había un bosque extenso, pero por encima de aquella sensación etérea y bronceada asomaban los tejados de las casas, con su estilo Regencia: estaban medio en ruinas y apenas eran más pálidas que el cielo. Estaban vacías; con la indiferencia de sus ventanas negras huecas observaban el paisaje que tenían delante, el movimiento, el parque, el anochecer que tenían enfrente pero que, al parecer, eran incapaces de contemplar. Resultaba inconcebible, pero Londres estaba detrás de aquellos edificios. Aquel camino, en dirección a las casas, parecía transcurrir a una hora indefinida..., aunque entonces, contradiciendo esa impresión, el reloj de St Marylebone empezó a dar las ocho. Con el primer tañido, Louie y su acompañante, por separado, y con cierta hostilidad mental por parte del hombre, experimentaron una fusión nerviosa. El hombre bajó el bordillo de la acera para cruzar la calle en diagonal; ella lo siguió.

—No sé cómo se llama —dijo.

—No, ¿por qué habría de saberlo?

Pareció desconcertada.

—Pues no sé. Solo pensaba...

—Bueno, eso no puedo evitarlo. Ya son las ocho.

—Ah —protestó Louie en tono acusador—, ¡su cita!

Aquel paseo había terminado, definitivamente: por última vez, ella se giró, lo miró con sus grandes labios abiertos y luego se fue y desapareció rápidamente de allí. Él se quedó allí quieto con cierta suspicacia, dudando de si aquella mujer habría podido birlarle la cartera; luego, tomó la dirección contraria.

Capítulo 2

Stella Rodney estaba de pie, delante de la ventana de su apartamento, jugando con el cordón de las persianas. Formaba un rizo a través del cual miraba la calle, o se enrollaba el cordón en un dedo y lo balanceaba, haciendo que la borlita golpeará contra el cristal. La severa persiana oscura, cuyo rodillo quedaba oculto bajo el bonito bastidor, estaba algo baja, proyectando una sombra nocturna en aquella parte del techo; la persiana de la otra ventana, en cambio, estaba levantada. No corrigió la disparidad, quizá porque el efecto, *méchant*, descuidado y negligente, se conformaba en cierta manera con su estado de ánimo.

Nada es más desmoralizador que esperar a quien no se desea ver. Con aquellos juegucitos tontos delante de la ventana, ella reproducía el desasosiego que le producía la perspectiva de ver a Harrison; aquel asunto la hacía sentirse muy incómoda, muy angustiada, demasiado furiosa para desear incluso mostrar alguna compostura. Desde el principio, Harrison había dado muestras de una completa indiferencia a todo lo que ella sentía: ¿sería capaz de hacerle ver la indignidad — aunque solo por su parte, claro— de aquel regreso completamente indiferente? Harrison estaba forzando aquel regreso.

Habían transcurrido pocos minutos desde que dieran las ocho: se preguntó por qué, si Harrison tenía que llegar, aún no había llegado... Sin embargo, no se atrevió a confiar en que al final no se presentara. Era un maniático de la puntualidad, y aparecía en cuanto sonaba la hora señalada como si estuviera acoplado a los mecanismos de un reloj. Había dicho que pasaría a las ocho; lo había decidido él, y era una hora estúpida si tenía intención de llevarla a cenar. Pero como no había dicho nada de ir a cenar, no le había dado la posibilidad de decirle que de ninguna manera cenaría con él. Y a ella le había parecido inútil poner objeciones acerca de la hora, sobre todo después de que Harrison hubiera conseguido lo principal: pasar a verla, y a la hora que él había elegido. De hecho, Stella había decidido no discutir hasta averiguar —era lo que pensaba hacer esa tarde— por qué Harrison se arrogaba el tono de quien está en posesión del poder. Por teléfono, la exagerada amabilidad de su voz insinuaba una amenaza indefinida: al haberse negado a conocerlo, ella quedaba en desventaja; no tenía manera de saber, llegado aquel punto, si aquella amenaza iba en serio, o de qué naturaleza sería. Tras haber conseguido lo que buscaba, al parecer se había relajado un poco —cosa que a ella le daba que pensar— y se había permitido llegar un poco más tarde. Como ocurre cuando uno piensa en un enemigo, Stella le concedía a Harrison unas sutilezas que, pensándolo bien, eran improbables.

Hasta media hora antes, al menos se había sentido fuerte y desafiante. En la medida en que había preparado la escena, todo había quedado dispuesto para dar a entender que no le importaba en absoluto ni él —cosa que Harrison ya debería saber

— ni cualquier cosa que pudiera decir. Para mostrarle la negligencia y despreocupación de su estilo de vida, Stella no había echado el pestillo a la puerta de calle y había dejado la puerta de su apartamento, al pie de la escalera, entornada: lo obligaría a entrar solo y por su cuenta, sin que tuviera que salir a recibirlo a mitad de camino, y ni siquiera le daría el gusto de tocar el timbre imperiosamente, y ofrecer luego la mejor cara de que fuese capaz. Aquella vieja casona de Weymouth Street, en la que su apartamento ocupaba la planta superior, estaba alquilada para oficinas y consultas —médicos y dentistas— y, en consecuencia, quedaba vacía los fines de semana: en el piso de abajo solo había unas estancias deshabitadas; los porteros que vivían en el bajo casi siempre salían los domingos por la tarde. El silencio subía por las escaleras, para colarse en su apartamento por la puerta entornada; el silencio entraba por las ventanas desde la calle desierta. De hecho, aquel día, a aquella hora, la escena no habría podido ser más idónea para un estallido de violencia; pero eso era más que improbable. Desde el principio había reconocido en él la serenidad de quien se mantiene siempre apartado de los extremos; sin embargo, aquella mañana, por teléfono, aquella serenidad se había vuelto extremada en sí misma.

Ahora que habían dado las ocho, los únicos pasos que podían oírse tenían que ser los suyos. Efectivamente oyó unos pasos y se desenrolló el cordel del dedo, en el que quedó una roja marca en espiral.

Stella Rodney había alquilado el piso amueblado, tras abandonar la última de sus casas cuando comenzó la guerra y dejar sus pertenencias en un guardamuebles. Durante algún tiempo, hasta finales del otoño de 1940, se había estado hospedando en pensiones de Londres. En Weymouth Street le irritaba verse rodeada del gusto irreprochable de otra persona: el apartamento, redecorado durante el último año de paz, marcaba un instante en el que la moda decorativa se había detenido: para aquellos que no supieran que aquel apartamento no era suyo, las estancias la describían de una manera convencional pero errónea. Las paredes, juiciosamente blanqueadas, reflejaban los cambios del clima londinense; en ellas colgaba un juego completo y sin duda valioso de pinturas sobre vidrio de diosas del periodo Regencia. La cretona con bordes emplumados de los sillones y el sofá proclamaba su antigua elegancia, porque ahora parecía siempre un poco sucia: sobre las mesas de centro colgaban lámparas de alabastro con pantallas de pálidas vetas. Entre las ventanas había un frágil escritorio sobre el que, a principios de semana, ella había puesto un florero de rosas; los pétalos ya habían empezado a caerse. Algunos de sus libros se mezclaban con otros ajenos en las estanterías que ocupaban unas hornacinas de la pared. Había dos o tres taburetes bordados con *gros point*; y, contra la pared del fondo, justo junto a la puerta, un segundo sofá más formal, cubierto de brocados, con cojines apilados en ambos extremos, lo bastante grande como para que una persona, incluso de buena estatura, pudiera tumbarse en él a sus anchas.

En la repisa, sobre la estufa eléctrica, había dos fotografías sin enmarcar: el más joven de los dos hombres era Roderick, el hijo de veinte años de Stella. Sobre las

fotografías colgaba un espejo, en el que se miró al oír los pasos de Harrison en las escaleras, no para verse, sino con la idea de observar detenidamente, con algo de por medio entre su persona y la realidad, cómo se abría la puerta de la habitación, tal y como tenía previsto. Pero no, todavía no..., se había tropezado con algo, se estaba quitando el sombrero, y lo dejaba en el diminuto recibidor. Esos instantes le permitieron cambiar de parecer: se dio la vuelta de nuevo para, al fin y al cabo, enfrentarse a él... y permaneció quieta, con los brazos cruzados, los dedos estirados sobre las mangas del vestido oscuro. Cuando él entró, su intención de no moverse había cobrado cierto dinamismo.

Stella tenía uno de esos rostros encantadores que, dependiendo del ángulo desde el que se miren, pueden parecer melancólicos o impertinentes. Tenía los ojos grises; pero con aquella costumbre de entrecerrarlos, daba la impresión de estar reflexionando, la mayor parte del tiempo, pensándose las cosas dos veces. Aquella manía, aquel toque de *arrière-pensée*, iba acompañado de una mueca incierta, indiscreta de los labios. Su tez, por naturaleza pálida, delicada, suave, se dejaba ver a través de una capa pálida, delicada y suave de colorete. Tenía un aspecto juvenil, más que nada porque daba la impresión de tener aún una relación alegre y sensual con la vida. La naturaleza había tenido la amabilidad de concederle un mechón, un rizo o una onda de color blanco en una cabellera por lo demás dorada, y ese mechón, que crecía hacia atrás desde la frente, parecía curiosa y encantadoramente artificial: otras mujeres le preguntaban dónde se lo había hecho; ella se había acostumbrado a que la miraran de reojo. Aquello, pero solo aquello, era llamativo en ella: su aspecto, tras una primera impresión, podía resultar sugerente; si se seguía mirando, resultaba seductor. La ropa se amoldaba al cuerpo, el cuerpo a la persona, con un aire de encanto general y sencillez.

Uno o dos años más joven que el siglo, había crecido tras la primera guerra mundial en una generación a la que, como tal, se le hizo sentir que había fracasado. La época, le habían dicho en su juventud a todas horas, no tenía precedentes..., pero, claro, que tampoco los tenía su propia experiencia: no había vivido nunca antes. El fracaso precoz de su precoz matrimonio no había sido precisamente un espaldarazo anímico; sin embargo, siguió buscando la ecuanimidad; mostraba una especie de dureza exterior como pobre recurso. Sus padres habían muerto; sus dos hermanos habían caído en Flandes cuando ella iba todavía al colegio. Tras su divorcio, que irónicamente la muerte de su marido había convertido casi de inmediato en algo innecesario, le había quedado su hijo y la responsabilidad de cuidar de ambos: al estar solos, el dinero se había convertido en un problema, aunque no muy grave. Roderick, que iba al colegio cuando empezó la guerra, ahora estaba en el ejército; y a ella no le desagradaba la oportunidad de valerse por sí sola, librarse de la casa, ir a Londres a trabajar. Durante los años de entreguerras había viajado, había vivido en el extranjero de tanto en tanto, así que ahora contaba con la ventaja de hablar dos o tres idiomas, y de conocer bien dos o tres países. Se había hecho una idea del modo en que mejor

podía aprovechar lo que sabía y, aún mejor, conocía a personas a quienes podía pedirles ayuda para conseguirlo. Tenía parientes, relaciones, o al menos contaba con antiguos amigos. Así que ahora trabajaba para una organización que de momento llamaremos X. Y. D., en un empleo secreto, exigente, no exento de importancia, al que la situación europea desde 1940 iba a conferir cada vez más relevancia. Como entre otra mucha gente, la costumbre de la prudencia y la discreción empezó a convertirse en un hábito, pero en su caso solo reforzaba una predisposición ya existente: nunca había preguntado mucho, porque tampoco le gustaba que le preguntaran a ella. ¿O puede que solo fueran las circunstancias? Porque, si de temperamento se trataba, Stella era muy comunicativa y dubitativa. Siempre generosa y alegre, y sensible, no era del todo admirable..., pero ¿quién lo es?

Permaneció impassible mientras Harrison hacía su entrada.

—Buenas tardes —dijo él.

—Buenas tardes.

—Se me ha hecho un poco tarde. Estaba escuchando a esa banda en el parque.

Por alguna razón, aquello la sorprendió.

—¿Ah, sí? —dijo.

Harrison se volvió a cerrar la puerta, pero se detuvo para preguntar:

—¿Esperas a alguien más?

—No.

—Muy bien. Por cierto, la puerta de la calle no tenía echado el pestillo. ¿Eso también estaba previsto?

—Claro. La dejé abierta para ti.

—Gracias —dijo, fingiendo que se sentía conmovido por la generosidad—. Así que la cerré. ¿Eso también estaba previsto?

Stella esperó a que Harrison acabara con los preámbulos, sumida en un silencio que no habría podido ser de menos ayuda. Él, tras haber zanjado el tema de la puerta, miró la alfombra, y la distancia alfombrada que los separaba, como si pensara en una serie de favorables movimientos de ajedrez. Con una ligera mueca de humildad, su mirada zigzagueó de la silla a la mesa, de la mesa al taburete; dio un paso y después otro, siguiendo su propia mirada. Se detuvo ante una cajetilla de cigarrillos y, haciendo memoria, sacó los propios.

—¿Te importa si fumo?

—Adelante.

—¿Tú no quieres?

—No... ¿Entonces podrías haber venido antes?

—Bueno, sí, habría podido, en realidad, tal y como estaban las cosas pero pensé que, como habíamos dicho a las ocho, venir antes no te habría resultado conveniente.

—No me habría resultado conveniente que vinieras en ningún momento.

Harrison, buscando con la mirada un lugar donde dejar la cerilla, dijo:

—Ja, ja... ¡Eres la persona más sincera que conozco!, ¿sabes? ¿Te *habría*

encontrado sobre las siete?

—Sí. Y me habría encantado terminar con esto.

Harrison la miró fijamente; pero esta vez fue incapaz de emitir aquella exasperante risita de autosuficiencia.

—Bueno... —empezó, y luego se detuvo: uno diría que incapaz de continuar.

Ella le espetó:

—Pero ¿qué esperabas? Después de todo lo que te dije la última vez..., cosas horribles que no debería haber tenido la necesidad de decirte... ¡Solo a ti se te ocurre venir de nuevo!

—Hablas como si existieran reglas —dijo él—. Lo único que sé es que entre tú y yo hay algo, aunque tú no lo sepas. Rara vez me equivoco y, en fin —concluyó—, me dijiste que no había problema. Me dijiste a las ocho.

Era su turno, y también titubeó:

—Bueno...

Apretando los dedos estirados sobre los codos, apartó la vista de él y miró por las ventanas hacia la calle. En aquel momento las cortinas blancas enmarcaban rectángulos de un crepúsculo marrón y malva. Señalar que él había forzado aquel encuentro mediante una amenaza equivaldría a admitir que en su vida *cualquier* amenaza podía obtener resultados o podría propiciar una situación concreta.

—¿Querías contarme algo? —preguntó.

—Quería que habláramos. ¿Eso de ahí es un cenicero? —Con una mano cautelosamente ahuecada bajo el cigarrillo, avanzó, llegó hasta la alfombra de la estufa y dejó caer la ceniza en el cenicero de la repisa, justo al lado del hombro de Stella—. Es bonito —dijo en voz baja—. Todas tus cosas son bonitas.

—¿De qué hablas? —dijo ella con aspereza.

—Hasta este cenicero.

Pasó el dedo por el borde: era un objeto vulgar, de esmalte florido, de alguna tienda de chinos.

—No es mío —soltó ella—. Nada en este piso lo es.

Había, por supuesto, muchos otros ceniceros en la sala. Ignoró la estrategia de Harrison y la condenó con esa respuesta. El hombre se encontraba frente al espejo y las fotografías; Stella siguió mirando por la ventana, aunque su calma y desinterés se volvieron más rígidos y artificiales. Él hizo algo totalmente inesperado: se dio media vuelta y encendió una lámpara.

—¿Te importa?

¿Importarle? Por el contrario, aquello la tranquilizó; ahora era imprescindible evitar que se viera luz en las ventanas. Mientras iba de una a otra, tirando de las persianas y arreglando los pliegues de las cortinas, procuró que no se notara hasta qué punto agradecía aquella liberación. Encendió otra lámpara y miró a su alrededor: él tenía la mirada clavada en las fotografías.

—Estupendo —dijo él—. Quería verlas mejor.

—Las has visto antes.

—Siempre me interesaron. Una es muy fiel.

—¿La de Roderick?

—No sé: nunca conocí al original... No, me refería a la otra.

Stella se volvió hacia el escritorio, abrió un cajón y sacó su paquete de cigarrillos: dándole la espalda, se tomó su tiempo para encender uno, el suficiente para poder decir al final con la necesaria indiferencia:

—Ah, ¿lo conoces?

—Lo conozco, sí..., lo conozco de vista. No es que pueda decir que nos hayan presentado... A lo mejor él no me conoce. Un tipo atractivo: al menos eso pienso siempre que lo veo.

—¿Ah, sí?

Stella se sentó en el taburete que estaba junto al escritorio, apoyando el codo entre las cartas que había sobre la hoja de madera abatible. Mirando de soslayo las cartas, añadió distraídamente:

—¿Así que lo has visto por ahí?

—Alguna que otra vez. A veces solo, a veces contigo. Para serte sincero, te había visto con él antes de conocerte.

—¿En serio? —dijo Stella en un tono que ni siquiera invitaba a la contestación.

—Sí. Así que la primera vez que me dejaste entrar en este apartamento encantador no me sorprendió demasiado ver esta foto. Estuve a punto de decir: «Demonios, pues claro. ¡Los dos lo conocemos!».

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Verás..., es que nunca se sabe. A lo mejor pensaba que estaba siendo un poco agresivo. Además, tengo la costumbre de callarme lo que pienso.

—Ya. Pero ¿valía la pena guardarse ese pensamiento? Mucha gente se conoce, no es nada raro.

—Por supuesto, claro. Pero depende de quién sea la gente.

A través de los círculos de luz de las lámparas, la mirada amenazadora de Harrison se cruzó con la de Stella, y se esforzó todo lo posible para no cambiar de expresión.

—Todos los pensamientos valen la pena cuando se refieren a ti —dijo—. Una muchacha que conocí esta tarde me preguntó si se me olvidaban las caras: dije que a veces. Y estaba en lo cierto, creo: nunca olvido una cara que me interesa. Como esa —añadió, mirando de reojo la fotografía—, es un buen ejemplo.

—¿En serio? Robert Kelway debería sentirse halagado.

Harrison emitió un risa de desdén. Luego dijo:

—¿Alguna vez surgió mi nombre?

—¿Te refieres a si él me mencionó tu nombre?

—No, a si se lo mencionaste tú a él.

—Ni idea; puede ser; la verdad es que no me acuerdo. —Hizo una pausa para

apagar el cigarrillo—. Mira —dijo—, te invitaste tú solo a venir esta tarde..., no sería exagerado decir que te has presentado aquí por la fuerza, porque, según dijiste, me tenías que decir algo y era urgente. ¿Qué tenías que decirme, exactamente?

—Bueno, en realidad, a eso iba... Pero ahora que estamos aquí, no sé muy bien por dónde empezar.

Por su parte, Stella no habría podido mirarlo con una expresión más vacía. Una de las estratagemas de Harrison era bajar la voz, en vez de elevarla, para poner énfasis en lo que pretendía decir:

—Deberías tener más cuidado con quién andas.

—¿En general? —replicó Stella, en un tono que, por contraste, pareció alto y gélido.

Como si quisiera estudiarla bien, Harrison había mantenido la mirada clavada en la fotografía.

—En realidad, sí, me refería a alguien en particular.

—Pero soy cuidadosa. Por ejemplo, a ti no quería conocerte.

Harrison le dio dos o tres caladas al cigarrillo —quizá para calmarse, quizá no— y luego, frunciendo el ceño como si estuviera concentrado en algo, dejó caer más ceniza en el cenicero chino. Para Stella, la mente de Harrison era como una pecera de agua turbia y sucia, en la cual, a su entender, era como si un pez extrañísimo estuviera dando vueltas, observando atónito el exterior y se diera media vuelta para ocultarse de nuevo. Stella miró de reojo su reloj, echó un vistazo a las cartas, sintió que se le ponía la piel de gallina, reprimió un bostezo nervioso.

—No me refiero precisamente a eso —continuó Harrison— cuando hablo de tener cuidado. Hay que tener cuidado cuando se trata de alguien a quien te agrada conocer; como dices, eso no me lo puedes aplicar a mí. Bueno..., así que..., así están las cosas. Me rehúyes porque no soy tu tipo; no puedes entenderme porque sientes que me falta algo. Estoy de acuerdo, algo me falta, y si quieres, te diré qué es. No, no..., te lo voy a decir de todos modos: vanidad. Eso es lo que me falta. Un buen día vienes, por ejemplo, y me dices que ya no me soportas... y después de eso crees que ya está y que eso es todo.

—Pues sí. Supongo que casi todo el mundo lo creería.

—Puede que lo crea todo el mundo que tú conoces. Para mí, todo lo que me dijiste es solo una cosa más de las que dices.

—Eso es cosa tuya —dijo Stella—. Lo que te dije es lo que te quise decir. ¿Tú te crees que la gente se inventa papeles o finge personajes?

—¿Crees que yo me invento papeles?

—Ni siquiera lo he pensado. No me importa lo que hagas.

—A mí tampoco —dijo Harrison de repente—. No me importa lo que hago. Eso es precisamente lo que te estaba diciendo: ¡nada de vanidad!

—Debería haberte dicho: nada de sentimientos —dijo ella, como distraída. (Estaba pensando si todo lo que Harrison tenía que decirle se resumiría en eso, a fin

de cuentas. ¿Había conseguido volver a verla, utilizando indirectas y amenazas, solo para venderse por última vez, para forzar un último intento y conseguir «interesarla»? Pero entonces, y esta era precisamente la cuestión, ¿cómo había sabido que ella tenía miedos melodramáticos? ¿Cómo había adivinado que era una mujer en la que surtiría efecto una vaga amenaza?)

—Sí, eso es... —continuó ella—. No eres capaz de entender los sentimientos.

—No entiendo los sentimientos delicados, si a eso te refieres. Para los sentimientos delicados hay que tener tiempo: y yo no lo tengo, solo tengo tiempo para tener lo que tú tienes sin tener tiempo, ¿me sigues? Tú y la gente con la que andas, por decirlo así, aún pensáis que el amor hace girar al mundo. Para mí eso es un engorro y una molestia. —Apartó la mirada, observando una sombra que se dibujaba por detrás de la cabeza de Stella—. ¿Te gusta confiar en las personas que conoces y que te agradan?

—Supongo que sí. ¿Por?

—En relación con una de ellas, podría contarte un par de cosas que te sorprenderían.

—Vaya, ¿qué eres ahora? ¿Un detective privado? —y dejó escapar una risa auténtica, y sin una pizca de nervios histéricos—. Para ser justos —dijo—, antes de que sigamos hablando, debo decirte que a veces dudo de que estés bien de la cabeza. Quiero decir, sigo dudándolo; ya sabes lo que pensé de ti en un primer momento.

—De nuevo la sinceridad, ¡ja, ja...! —dijo Harrison—. Sí, menudo día aquel. Pero al final solucionamos ese malentendido.

—No estoy tan segura.

—¿Y qué te hace dudar en este preciso momento?

—No lo sé. De alguna manera, supongo que la guerra.

—Ah, ¿conque la guerra? Sí, es curioso cómo, acerca de la guerra, todo el mundo parece estar de un lado o del otro. Oye, toma, ¡fuma un cigarrillo!

Se acercó a ella con la cajetilla abierta: fue tan hipnótico como si le estuvieran ofreciendo un cigarrillo por encima del escritorio de una consulta o la mesa de un abogado, y con un leve gesto de impotente rebeldía, tuvo que aceptar uno. Harrison se guardó la cajetilla en el bolsillo, encendió una cerilla... pero se aturrulló en el proceso; la llama tembló mientras ella se echaba cruelmente atrás para quedarse mirando la mano temblorosa del hombre. Él también se dio cuenta:

—Sí, es curioso, ¿sabes? —dijo—, nunca me había ocurrido. Debe de ser por estar aquí contigo, los dos solos, así, aunque no hagamos *nada* más que hablar... Mira, si por tu carácter estás contra mí, *ponte* contra mí; es tu carácter lo que me gusta; te quiero tal como eres.

—¿Qué es lo que quieres exactamente?

—Que me des una oportunidad. Quisiera venir aquí, estar aquí, entrar y salir, de vez en cuando, ir y venir..., todo al mismo tiempo. Formar parte de tu vida, como suele decirse. Estar en tu vida, simplemente. Todo salvo... —se detuvo para marcar

el quid de la cuestión, recomponerse y, a partir de ahí, cambiar de tono. Volvió junto a la estufa, cogió la fotografía, y la puso de cara a la pared—. Todo... menos esto. En realidad, nada de todo esto, nada. Nada más de esto.

Stella no podía creer lo que le estaba diciendo, así que lo miró casi como si no estuviera sorprendida. Evidentemente, Harrison interpretó que Stella se había quedado paralizada.

—No perdamos el tiempo —dijo Harrison—. Yo sé cómo va esto. He hecho mis averiguaciones.

—Imagino que la mayoría de la gente lo sabe —contestó Stella con indiferencia.

—La mayoría de la gente no tiene ni idea..., de hecho, nadie sabe nada. Desde luego, tú tampoco.

—¿Qué es lo que no sé?

—Lo que sé yo.

—¿Esperas que te pregunte qué?

—Mejor no, creo. Mejor acepta la sugerencia.

—¿Y tú no llamarías a esto —dijo ella— un intento de chantaje?

Harrison la miró por el rabillo del ojo.

Acto seguido, Stella se encendió.

—¿Estás sugiriendo —preguntó, blanca de tensión y de furia— que rompa una amistad para empezar otra... contigo? ¿Y que haga las dos cosas de inmediato, al instante, ya mismo, con menos preguntas que ante una orden gubernamental, con menos problemas de los que supondría cambiar de tendero, con menos alboroto del que haría al cambiar de sombrero? Según tú, nada sería más sencillo; lo que yo llamo sentimientos al parecer no tiene ninguna importancia aquí en absoluto. De todos modos, como solo son sentimientos, supongo que tampoco se debería perder mucho tiempo, ¿verdad? Me estás dejando muy claro que esperas que no lo pierda. No paras de insinuar que hay algo, *algo*, que debería acabar con esa relación. Pero, claro, puede ser que sencillamente te veas a ti mismo como un hombre excepcional..., es evidente que te ves así. Pero no, no..., quieres insinuarme que hay algo más. Bueno, ¿qué? ¿Qué? Me gustaría saberlo. Me gustaría saber qué as crees que tienes en la manga. ¿Quieres decir que tengo que hacer lo que me dices... porque «*si no*», «de lo contrario»...? Bueno, de lo contrario, ¿qué?

—Es curioso —dijo Harrison—, cuando empiezas con ese «quieres decir» me recuerdas a la muchacha que he conocido en el parque. Yo decía, por ejemplo: «¿Qué azul está el cielo», y al instante ella contestaba: «¿Quieres decir que el cielo está azul?».

—No me extraña que lo hiciera; tienes una manera de decir las cosas que, por alguna razón, hasta las más normales parecen bastante ridículas. Pero en este caso estás diciendo una verdadera ridiculez... o lo intentas. Sin embargo, tendrás que hablar más claro si tienes intención de amedrentarme.

—¿Sabes? Me temo que eso ya lo he conseguido. Parecías bastante nerviosa

cuando hablamos por teléfono.

—Llamas como si fueras la Gestapo —dijo ella con una risa o un bostezo.

—Esa es precisamente la impresión que odiaría darte... En fin, ¿no temes a nada en este mundo?

—¿Quién puede atreverse a decir algo así en estos tiempos? —Se incorporó en su asiento, rígida, e hizo una pausa, alisándose la tela del vestido sobre las rodillas—. Obviamente —continuó—, solo un loco podría decir eso en este y en cualquier momento. ¿Quién no tiene miedos? Sin embargo, una aprende a decir: «Esas cosas no pasan».

—Ah, pero pasan.

Stella levantó la mirada.

—Mira a tu alrededor —sugirió Harrison.

—Sí, la guerra. Pensaba en la vida en general.

—¿Qué diferencia hay? Si lo piensas, la guerra no ha hecho nada que no hubiera antes: lo que ha hecho es darnos la razón a algunos. Déjame decirte que tú, hasta ahora, dabas por sentado que hay cosas que no pasan; yo, en cambio, siempre he creído que tienden a pasar. De manera que ahora tú comprendes lo que yo siempre he sabido. No diría que eso me da ninguna ventaja, pero no puedo evitar pensar: «Aquí es donde yo entro en juego».

—Dicho de otro modo, ¿esta es una guerra de maleantes?

—Yo no lo llamaría así. Es una guerra, claro; pero para mí lo principal es que son tiempos en los que no soy un maleante. Ha habido tiempos no muy buenos en que las cosas no me han salido como yo quería, así que, para mí, ahora las cosas han dado un giro para mejor; todo más o menos cuadra con lo que yo suponía.

—Ah, ¿entonces lo que querías era hablarme de ti?

Al parecer Harrison era incapaz de sonrojarse, pero de inmediato su cara adoptó la expresión que en otras caras provocan el rubor, un vergonzante flujo de sangre.

—En realidad, no. Lo siento —dijo enseguida—. Por regla general no soy uno de mis temas de conversación; solo podría serlo si alguna vez te interesara..., lo cual *podría* ocurrir, ¿sabes? —añadió, frunciendo de nuevo el ceño—. ¿Es tan extraño que quiera hacerme sitio en tu vida?

—Lo que me parece muy extraño es el modo en que esperas conseguirlo.

Harrison, como espoleado por un pensamiento involuntario de Stella, volvió a mirar el envés de la fotografía girada.

—¿Te sentirías mal por él, lo lamentarías por él? —preguntó—. En ese caso, tengo que decirte que... podrían ocurrirle cosas peores que alejarse de ti.

—Oh, supongo que sí —dijo Stella con su gesto más indolente. Pronto, sin embargo, empezó a mirarlo con una acumulación de cansancio, disgusto, desconfianza, aburrimiento, y, sobre todo, con la tensión de su propia falta de amabilidad e ironía forzadas. Vacilante, él se atusó el bigote, como si allí se ocultara un resorte que le hiciera abrir la boca para decir algo definitivo. La miró con los ojos

entrecerrados.

—Podría pasarle de todo —dijo. Stella no hizo ningún comentario. Harrison continuó—: En cualquier momento... y eso sería una pena, ¿no? Si tú y yo llegáramos a un acuerdo, a lo mejor las cosas podrían arreglarse.

—No te entiendo.

—El hecho es que nuestro amigo ha estado haciendo algunas tonterías. *Sigue* haciendo tonterías, debería decir, y sin parar.

Stella dijo bruscamente:

—¿Se ha metido en líos de dinero?

—No es tan sencillo. Puede que esta historia no te resulte muy agradable. ¿Te apetece oírla?

—Como quieras.

Harrison carraspeó.

—Por las razones que comprenderás —dijo—, no puedo contártelo todo. De hecho, si lo supiéramos todo, él no seguiría estando donde está; en cualquier caso, aún estamos trabajando en ciertos detalles. Como sabes, está en el Ministerio de Defensa..., probablemente eso es lo único que sabes. No tenemos motivo para pensar que en sus relaciones sociales no haya guardado una discreción normal. Puede que te hayas hecho una vaga idea de cuál es su trabajo, pero dudo que te haya contado mucho. Por desgracia, está contando bastante más a otra gente. Hemos detectado una filtración..., en resumen, el enemigo se está enterando en términos generales de las cosas que él tiene a su cargo. Lo sospechábamos desde hace algún tiempo; ahora se ha confirmado, se sabe.

—Eso es un disparate —replicó Stella.

—Ahora la cuestión es que le estamos dando cuerda. Pero el problema es cuánta cuerda podemos permitirnos el lujo de darle. Hay quien opina que lo dejemos como está, metido en lo que esté metido, hasta que consigamos sus contactos; tenemos entre manos un asunto muy gordo; comparado con eso, lo de tu amigo es un tema de poca monta. Por ahora lo tenemos vigilado. De hecho, soy yo quien lo vigila. Y vale la pena vigilarlo; como te decía, el tipo me cae bien: en cierta manera... lamentaría que le pasara algo. Pero puede pasarle, la verdad, y ahí, verás, es donde entra en juego la otra opinión, que está a favor de detenerlo ya mismo. Él no está consiguiendo ni la mitad de lo que supone, pero causa *cierto* daño. Si así fuera, nos decantaríamos por dejarle hacer. Aun así, hay quien prefiere detenerlo el doble de rápido, frenar los chanchullos, cortar por lo sano... Yo aún no lo tengo decidido.

—¿Y tu indecisión es muy importante?

Harrison respondió con modestia:

—Bueno, digamos que sí. Tal como están las cosas, podría inclinar la balanza para un lado o para el otro. El asunto tal vez dependa del informe que haga sobre él. Y eso, no sé si me sigues, queda a mi criterio. Claro que *podría* hacer que mi criterio fuera un poco más... Por ejemplo, tengo un material que aún no he presentado.

Debería entregarlo, pero no me decido. Quizá podrías ayudarme.

Ella lo miró y se echó a reír.

—*Podría* aplazar las cosas —añadió Harrison, con el aire de quien está discutiendo consigo mismo una difícil decisión— por algún tiempo. En ese caso quién sabe cuáles serían los resultados: todo el espectáculo podría terminar; también podría pensárselo mejor, por alguna razón, y terminar con su jueguito por iniciativa propia; puede que así tuviera suerte. Quién sabe. En cualquier caso, hay esperanza..., si *podiera* dejar de meterse en líos durante algún tiempo. Y cuando digo que eso depende un poco de mí, lo que quiero decir es que depende sobre todo de ti.

—Ya, entiendo.

—¿Ah, sí? —preguntó Harrison con alivio.

—Perfectamente. Tengo que iniciar una relación desagradable para que un hombre quede libre y pueda seguir traicionando a su país.

—Dicho así suena un poco crudo —dijo Harrison, bajando la mirada.

—Importaría más cómo suena si hubiéramos estado hablando de la misma persona aunque solo fuese por un momento. Es obvio que yo tenía razón: *estás loco*. ¿Cuándo se te ha ocurrido todo esto?

—¿Para ti no tiene sentido? —dijo él dubitativo.

—Me temo que no.

—Pero ¿por qué?

—Bueno, lo primero y principal, porque no dices más que sinsentidos, como siempre. Aparte de Robert y todo lo que sé de él, hay personas a las que uno no cree, y tú eres una de ellas.

—Bueno, no sé... —dijo Harrison.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Cómo demostrártelo. No puedo darte pruebas: ya bastante he revelado con lo que te he dicho.

—¡Claro, exactamente! ¡Desde luego! —exclamó Stella—. Esa es otra, por si necesitara más argumentos. Si esa historia fuese mínimamente cierta, si fueras quien insinúas ser, ¿por qué me la ibas a contar a mí, a mí en particular, sabiendo que yo no tardaría ni un minuto en ir a buscar a Robert y contárselo todo? Por supuesto, se lo contaré, pero solo porque es ridículo. ¿Qué esperabas?

Le arrojó aquellas palabras a la cara: su semblante reaccionó como si hubiera recibido el golpe leve pero ofensivo de un globo. Su gesto permaneció pétreo, inmutable y, en un ademán que podía detestarse pero no ignorarse, sereno. Al final dijo:

—¿Esperar? Esperaba que una persona como tú fuera más sensata. ¿Advertirle? Sería una lástima..., aunque no para mí. Una vez que se sepa que está advertido, ya no nos serviría de nada, así que lo detendríamos sin vacilar. No, hablando como un amigo de ese tipo: yo no haría eso.

—Entonces, ¿acepto lo que me dices, no hago más preguntas y rompo con

Robert?

—Eso sería lo mejor para él.

—Pero..., espera un minuto: ¿«Una vez que se sepa que está advertido»? ¿Quién tendría que saberlo? Más aún, ¿cómo se enteraría?

—Yo diría que eso salta a la vista. Supones que se reiría del asunto o que, digamos... —añadió casi en un tono delicado—, se despediría de él con un besito cuando se lo comentaras. Para que te quedaras contenta y tranquila. Y sin duda, si es tan hombre como ambos creemos, lo haría. Pero no olvides que estaría más preocupado que tú. Después de entender el tema, de que le cuentes el tema de esta conversación que estamos teniendo tú y yo, ¿en serio crees que no se alterará un poco en su manera de actuar, aunque fuera en dos o tres detalles? Sus horarios cambiarían, y su territorio: eso sería inevitable; ocurriría. Echarían de menos su cara en un par de lugares por donde suele ir; empezarían a enfriarse las relaciones con uno o dos de sus compinches, y así todo. Para no alterar el rumbo, siquiera muy levemente, haría falta más sangre fría de la que tiene cualquier ser humano. Nunca he conocido a un hombre que no se comportara de manera distinta al enterarse de que lo tienen vigilado: son precisamente ese tipo de cambios los que se vigilan. No, nos enteraríamos al momento de que lo han puesto sobre aviso; y en ese caso, ¿qué? Sería detenido en menos de lo que canta un gallo, antes que él pudiera poner sobre aviso a otros... Yo en tu lugar no le diría nada.

—Bueno, gracias. Pero ¿qué me impide decirle: «Continúa como hasta ahora, pero ten cuidado. Pon mucho cuidado en seguir actuando como hasta ahora»?

—Nada, nada en absoluto —dijo Harrison de inmediato. Y luego se encogió de hombros—. En tal caso, estás revelando lo mucho que lo conoces. Por supuesto, yo solo hablo desde fuera. Para mí está claro que él tiene bastante sangre fría; pero para esto haría falta otra cosa. Haría falta una actuación de primera. ¿Dirías que es un buen actor?

Ella se estremeció extrañamente.

—¿Actor? ¿Y cómo podría saberlo precisamente yo? Conmigo nunca ha tenido motivos para actuar.

—No —dijo él, pensativo—. Supongo que no.

—No.

—Yo diría que si un tipo fuera capaz de parecer enamorado, sería lo bastante buen actor como para conseguir lo que quisiera.

—Yo... supongo que sí —dijo Stella, girando la cabeza.

Tras una pausa, Harrison se apresuró a decir:

—Dejémoslo, no es ni actor ni nada.

No fue una pregunta. Y nada podía ser más revelador que aquella muestra de escrúpulos, de escrúpulos disimulados, después de haber metido claramente el dedo en la llaga. Después, tras un nuevo silencio incómodo, Harrison le dejó bien claro lo que ella le había dejado claro a él: que, de toda aquella conversación aborrecible y

asombrosa, un solo comentario bastaba para hacerle daño. Stella permaneció con los labios apretados, como si se estuviera escondiendo tras un tarareo mudo; entretanto Harrison miró a su alrededor, toda la habitación; la persona de que hablaban debía de conocerla muy bien. De hecho, miró a todas partes salvo a Stella. Al final dijo:

—De todos modos, nada de eso es de mi incumbencia. Lo único que digo es que me sentiría mal si por tu culpa se le arruinara la vida a ese pobre hombre. Con frecuencia, la ruina de un hombre son las altas expectativas que se le imponen, y no me extraña. Por supuesto, no puedo obligarte a seguir mis consejos: me doy cuenta de que mi situación es un poco rara. Vengo aquí y más o menos te digo: «Lo mejor es que te deshagas de Robert». Pero, que quede claro, solo como amigo. Por lo demás, no tengo nada en su contra. Tú dices que no, que es incapaz de actuar. En ese caso, ¿deberías correr semejante riesgo?

—¿Arriesgarme a contarle lo que me has contado? Tal vez no —dijo Stella, tan amablemente que Harrison la miró con suspicacia. Y tenía motivos para mirarla así: no había estado escuchándolo, o no del todo. Al distraerse, había llegado a un punto en que le parecía que ya era innecesario seguir escuchando a Harrison ni en ese momento ni nunca. Le sostuvo la mirada con los ojos llenos de un brillo nuevo, oscuro y feroz—. ¿Que tu situación es *rara*? Pero si has sido muy amable: has pensado en mí, en Robert, en todos menos en ti mismo: sin duda es hora de que pensemos en ti. ¿No te estás arriesgando bastante..., si es que eres realmente quien insinúas ser? Hasta donde yo sé, quizá lo seas, de acuerdo, ¿por qué no? Si no, tu conducta no tiene ninguna explicación: no creo que te pasaras todo el día sentado en el parque; nunca me has dado información acerca de lo que haces; hoy en día es inevitable que todo el mundo haga algo, y que en la mayoría de los casos nadie pregunte de qué se trata. Aceptemos, pues, que eres un contraespía, lo cual, a mi entender, es una especie de espía multiplicado por dos, y que tienes un empleo de carácter oficial. En ese caso, si me permites la pregunta, ¿qué pretendes? Aun con tu cargo y autoridad, te empeñas en contarme —recuerda que nunca pregunté— que estás muy cerca, o en los márgenes, de algo sumamente peligroso para este país y nuestra participación en la guerra. Has rastreado, o estás rastreando, una fuga de información en la que puede haber x número de personas involucradas. Si es verdad, la cuestión es vital; y si es vital, sin duda lo esencial tiene que ser el secreto, el silencio. Pero... oh, no, no, no. Fanfarroneas... o, no, digámoslo con calma, y pongamos que me *hablas* acerca de tu capacidad para inclinar la balanza. Suponiendo que tuvieras ese poder, se me ocurre, solo lo podrías tener si además llevara aparejada una enorme responsabilidad. Puede que seas, como insinúas, un hombre clave. Estupendo, ¿y qué? Me has dejado de una pieza. ¿Tan malos funcionarios tiene este país? Porque... ¿qué demonios estás haciendo? Te invitas a mi apartamento, te presentas sin más, e intentas traficar con información por una mujer a la que crees desear. Intentas usar lo que sabes para cometer un chantaje. Propones que me convierta en tu amante para comprar la seguridad de un hombre que me interesa y

que, según afirmas, es un peligro para la nación. Eso es lo que me estás proponiendo, corrígeme si me equivoco... Muy bien. Has estado machacándome con tu constante monserga de «nosotros»; pero tu «nosotros» es mi «ellos»: ¿y cómo se tomarían «ellos» todo esto? ¿Hay alguna razón para que no te denuncie? ¿Hay alguna razón para que no denuncie tu intento de utilizar secretos oficiales en momentos críticos, y solo con fines amorosos? No puedo decir que me agrada ser la mujer que deseas, pero lo más importante de este asunto es que yo no soy una mujer a la que puedas venirle con todo esto. Si yo decidiera presentar un informe, me aseguraría de que llegara a las manos adecuadas. No soy una mujer que no sepa a quién acudir. Dices que lamentarías que arruinara la vida de Robert. ¿Y si te hundiera a ti?

Harrison, en todo ese tiempo, no había apartado la mirada de Stella, manteniendo siempre un gesto de paciencia y admiración. Cuando se calló, él volvió en sí con un pequeño sobresalto.

—Totalmente de acuerdo —admitió—. Ahí sin duda me tendrías pillado.

Ella permaneció sentada, más erguida que nunca, apretándose sobre el regazo las manos que, tal y como descubrió en ese momento, le temblaban.

—O, debería decir mejor «podrías tenerme pillado». (Tienes una cabeza de primera: es una de las cosas que me gustan de ti.) Salvo por una cosa.

—Oh. ¿Cuál?

—Todo lo que has dicho suena perfecto —dijo con vehemencia—: harías bien, como dices, en proceder así. Adelante, si quieres. Pero considera lo siguiente: ¿crees que soy el único que tiene calado a tu amigo? En tal caso, no he sido lo bastante claro... Aunque debo decir que creí que yo era el único. Pero no, eliminarme no cerraría su caso; de hecho, surtiría el efecto contrario. No solo eres una mujer encantadora, si me permites decirlo; también se te conoce oficialmente por tener un gran corazón. Me refiero, en fin, ¿cómo podría decirlo?, por lo que atañe a nuestro amigo. Tu afecto por Robert, como todo lo relativo a él, lleva un tiempo despertando interés en otros sitios; sí, puedo decirte que yo estaba al corriente de esa historia antes de conocerte. Dices que sabrías a dónde acudir, y no me cabe la menor duda; pero ¿crees que alguien te creería que te has dirigido allí directamente? Aunque no hubieras ido antes a soplárselo a Robert, de todas maneras se daría por sentado que lo habrías hecho: así son las mujeres, una mujer siempre es una mujer, ya sabes, todo eso. Se descubriría todo el pastel y el juego habría terminado. Sí: te acompañarían a la puerta y te darían la mano, y te lo agradecerían de corazón; pero me atrevo a decir que, antes de que subieras a un taxi, se habría dado la orden y tu amigo Robert acabaría donde, en opinión de mucha gente (no digo que sea la mía), deberíamos haberlo puesto hace tiempo, y con toda la razón. Seguramente te das cuenta de que en ese caso se iría al garete la única posibilidad de dejarlo libre por más tiempo. Yo me hundo, él también. Pero, en fin, tú sabrás.

—Habría cumplido con mi deber.

—Ah, ¡por la patria! —dijo Harrison, yendo directamente a la cuestión con

sorprendente facilidad—. Exacto, te doy toda la razón. Y, al parecer, te conviene tanto que no sé cómo no hemos pensado en eso antes. Claro, si estás pensando en la patria tendremos que retroceder y repasar de nuevo todo este asunto; quiero decir, considerando la cuestión patriótica, todo se ve de modo distinto. Así que si eso es lo que tienes en mente...

—... Bueno, no es eso. Si lo fuera —dijo ella—, ¿crees que te dejaría saber lo que pienso?

Sobre eso, al parecer, Harrison no tenía una opinión formada; o, en cualquier caso, no mostró mucho interés. Tras mirar con suspicacia el reloj de pared, confirmó la hora con el suyo.

—No tenía idea de que se estuviera haciendo tan tarde.

—¿No?

Habría podido ser medianoche..., habría podido ser la hora más indefinida y evanescente de la madrugada. Para entonces Stella ya había pasado por todas las fases del cansancio, hasta alcanzar un vacío interno, y había olvidado que tenía hambre. No deseaba nada, nada salvo que Harrison ya no estuviese presente. Sus dedos, que habían agotado la capacidad de temblar, o de sentir el tacto unos de otros, descansaban en un enredo inanimado sobre su regazo. Le dolía la espada de estar sentada durante tanto tiempo en un taburete sin respaldo. Tenía la mente en blanco.

—¿Algo más? —dijo Harrison—. Porque si no...

—¿Cómo sé que no me engañas? En realidad, sé que sí.

Él se levantó, frunció el ceño, se restregó el bigote.

—Sí, claro, he ahí el quid de la cuestión —dijo con gesto benevolente—. No sé cómo podrías cerciorarte (de lo mío, quiero decir) sin que se venga todo abajo. Por más que extremes las precauciones.

—De todos modos, seguro que habrá alguien que me confirme que eres un fraude.

—El problema es que todo el mundo anda con mucha cautela.

—Pero ¡conozco a mucha gente! —dijo Stella, dejando traslucir el primer gesto de histeria.

Harrison se encogió de hombros.

—Bueno, eso es cosa tuya. Adelante.

Dejar escapar cualquier sentimiento habría significado dejarlo escapar todo. Stella se levantó, fue hasta el estante de la chimenea y, cruzando impasiblemente el brazo por delante de Harrison, le dio vuelta a la fotografía de Robert para que mirara de nuevo la habitación.

—Y la próxima vez —dijo—, ¡no se te ocurra tocar mis cosas!

Luego se volvió a mirarlo, a menos de un metro de distancia: quedaron enfrentados en la intimidad de aquella tremenda furia. Hay poca diferencia en el rubor que aparece en el momento que precede al golpe y en el que precede al beso: el espacio insignificante que los separaba se había cargado con la energía más completa e intensa de sus cuerpos. Algo mudo, tenaz, desagradable —él mismo— quedó

durante aquellos instantes expuesto en la mirada de Harrison: era una crisis —la primera de la noche, no la primera que ella había conocido— provocada por la estupidez emocional de Harrison, y era tan desconcertante como pudiera serlo un gran esfuerzo mental en alguien sin cerebro.

El instante de tensión se rompió: Harrison no hizo ademán de tocarla. Tras subirse la manga amplia de un tirón, Stella apoyó el codo en la repisa y se sujetó la mejilla con la palma de la mano; y continuó observándolo con mirada ausente. Harrison, en una pausa de su fumar compulsivo, se guardó lentamente las manos en los bolsillos.

—Y en cuanto a nosotros —dijo—, piénsalo.

—Nunca te querría.

—Nunca me han querido.

—¡Y te sorprende!

—Podría salir bien, nos iríamos conociendo.

—Supongo que no esperarás que haga lo que me has dicho, ¿verdad?

—Me gustaría —dijo él suavemente.

—¿Quieres que no vuelva a ver a Robert?

Harrison pareció pensárselo.

—Bueno..., puede que eso resultara un poco sospechoso. Tendría que haberte sugerido, a lo mejor, que fueras distanciándote poco a poco.

—Así de simple. Comprendo. ¿Sabes algo del amor?

—Lo he visto un montón de veces.

—¿Cuánto tiempo me das?

—Mira —dijo Harrison—, detesto que lo expreses así.

—¿Un mes?

—Es razonable. Si te viene bien, puedo pasarme por aquí de vez en cuando.

—¿Para ver cómo anda todo?

—Por si acaso te decides.

—Y mientras tanto, ¿no pasará nada?

—Creo que puede decirse con bastante seguridad que es poco probable. Y ahora...

—¿Ahora qué?

—¿No te apetece ir a comer algo?

—No, gracias —dijo en un tono definitivo.

La cara de Harrison se descompuso.

—Pero, a ver, había reservado una mesa. ¿Qué pasa? ¿No estarás enfadada? ¿No puedes comer, no tienes hambre?

—Sencillamente, quiero quedarme en casa.

—Ah, es eso, ¿no?, te quedas en casa. ¿En casa para quién?

Harrison oyó el teléfono incluso antes de que sonara: era de esas personas que sienten la vibración antes que el ruido; de una sacudida volvió la cabeza hacia la puerta divisoria antes de que Stella tuviera conciencia de que el teléfono estaba

sonando en su habitación. La mera posibilidad de que no se equivocaran los obligó a cruzar sendas miradas, como si entre ellos ya existiese complicidad. Ella se quedó quieta en su sitio, con la cabeza inclinada, mientras el teléfono continuaba resonando con su doble timbrado y Harrison lo escuchaba como si esperara familiarizarse con un código.

—Bueno, cógelo. ¿Por qué no lo coges? —le preguntó al final.

Stella se apartó y entró en la otra habitación, dejando la puerta abierta a su paso con desdén. Detrás del espejo las cortinas seguían descorridas: se veía un resplandor ceniciento en la ventana. Stella rodeó la cama para sentarse en la cabecera, con la espalda vuelta hacia el salón. En la oscuridad, cogió el auricular con la decidida firmeza de quien suele responder el teléfono a cualquier hora de la noche, aun de madrugada. En esos casos, su mano alcanzaba el teléfono antes de que se abrieran sus ojos; antes de que su cerebro se despabilara, su oído ya estaba alerta, de manera que la primera palabra que oía, incluso la primera que decía, estaba nublada por un sueño inconcluso. Aquel reflejo mecánico le inspiró a Harrison, de pie en la otra habitación, la primera idea que se hacía de la poesía: la vida de Stella. Inflamado por una escena que no veía, solo pudo pensar: «¡De manera que *así* es como podría ser!». Entretanto, en mitad de aquel salón iluminado por las lámparas, con los pies separados, miró a su alrededor como un alemán en París.

—¿Hola? —dijo ella y se quedó callada: quienquiera que fuese había olvidado apretar el botón A. Y luego—: Ah, eres tú, ¡cariño!... ¿En serio? ¿Hasta cuándo?... Bueno, mejor que nada. Pero ¿por qué no me avisaste? ¿Ya has cenado?... Sí, me temo que eso será lo mejor: creo que en casa no tengo nada. Si me hubieras dicho... ¿Y después vienes directamente?... Claro; por supuesto; no seas tonto... Sí, en este preciso momento, pero ya se iba... No, no es nadie que conozcas... Enseguida nos vemos, entonces, ¡en cuanto puedas!

Colgó, pero luego empezó a echar las cortinas de las ventanas de la habitación. Y en la serie de movimientos bruscos con los que corrió las cortinas y en el modo en que las cortinas se deslizaban sobre el riel se podía percibir un alivio, una ligereza, una alada alegría que elevaba su ánimo. Encendió la lámpara del tocador, tarareó una melodía, se acicaló con calma el pelo. Harrison no pudo menos que acercarse a la puerta, y quedarse allí de pie: recorrió con la mirada la habitación, los armarios empotrados, la cama baja con el edredón de satén, la cara de Stella reflejada en el espejo deslumbrante.

—Bueno, vaya... ¿Siempre pones esa voz de sorpresa? —preguntó.

—Solo cuando me sorprende —dijo ella, volviéndose—. Era mi hijo, le han dado un permiso.

—Ajá.

—Acaba de llegar a Londres. Está en la estación. Ya viene para acá.

Capítulo 3

Roderick nunca iba al apartamento sin avisar.

Aquella noche, a las diez menos cuarto, cuando sonó el timbre de la calle, Stella estaba sacando unas mantas del armario. Si se hubiese despedido de Harrison en otros términos le habría gritado, mientras bajaba las escaleras: «¡Deja la puerta abierta para Roderick, por favor!». Pero tal y como se dieron las cosas, tuvo que soportar que Harrison se detuviese en el exterior y se asegurara de que la puerta estaba bien cerrada, antes de alejarse por Weymouth Street. Se había ido, sí..., pero había dejado la vida pendiente, en una de esas situaciones en las que nada resulta simple, ni siquiera abrir una puerta. Cuando Roderick tocó el timbre, Stella dejó caer las mantas que utilizaría su hijo para pasar aquella noche en el sofá.

De todas formas, estuviera o no abierta la puerta de abajo, Stella habría salido a su encuentro en las escaleras.

En aquellos tiempos las puertas se abrían casi a escondidas, como si se estuviera conspirando: la luz no debía proyectarse sobre los escalones. Roderick, cargado con sus pertrechos —llevo «de todo», le había dicho una vez, «excepto una ratonera, y a lo mejor también la llevo»—, consiguió meterse por la abertura de la puerta que sujetaba su madre. Se abrazaron, y la emocionante felicidad del reencuentro la obligó a dejar escapar una admiración. Cuando subían, a mitad de las escaleras, el muchacho le dijo:

—¡Te has quedado sin aliento!

—Estaré engordando.

—Espero que no —dijo Roderick gravemente.

—Anda, pasa —dijo ella al llegar arriba, mientras se detenía para apagar la luz del rellano. Por la puerta vio a Roderick, en el metro cuadrado del vestíbulo, inclinar la cabeza rapada para descargar el equipamiento militar. Se deshacía con torpeza de lo que parecía un indescriptible enredo de cinturones y hebillas que se golpeaban, y al hacerlo dejaba entrever una paciencia animal. Apiló algunos de los objetos, apartó el resto con el pie y apoyó el casco metálico sobre la mesita de mármol. Quedaba tan poco sitio en el vestíbulo que tuvo que pasar al salón para que su madre pudiera entrar en el apartamento. Se entretuvo mirando a su alrededor, las lámparas blancas encendidas y sus reflejos en los cristales oscuros de los cuadros. Aquello no se parecía a un hogar; pero se parecía a algo..., a lo mejor a una historia.

Stella entró y dijo:

—¿Has comido algo, Roderick? Después de que llamaste empecé a preocuparme, porque últimamente todo está cerrado los domingos.

—Fred conocía un pub donde sirven empanadas de cerdo.

—¿Fred ha venido contigo?

—Sí. Ha ido a casa de su hermana casada, en Wood Lane.

—¿Quieres que te prepare café?

—Por casualidad —sugirió Roderick—, ¿no tendrás algún pastel?

—Nada. Si me hubieras avisado ayer, cariño...

—Es que todo depende de un montón de cosas. ¿Puedo darme un baño?

—Sí, ve. Mientras, te preparo el café.

Roderick dejó la puerta del baño entornada; las volutas de vapor entraron en la cocina donde estaba Stella; entretanto, la cafetera empezó a burbujear. Luego el muchacho gritó:

—¡No tendrás una bata!

Ella descolgó del armario la bata de Robert y se la arrojó a Roderick a través del muro de vapor. A Stella y a su hijo les gustaba el café cargado; y aún estaba delante de la cafetera cuando Roderick salió del baño y se detuvo en el vano de la puerta. La cocina era, según la definición de la inmobiliaria, una *kitchenette*; entre el horno eléctrico, el fregadero y la nevera apenas había sitio para que una persona delgada pudiera darse la vuelta; los muebles se habían colocado unos encima de otros. Roderick observó la escena en la que no podía desempeñar papel alguno: aquel gabinete vidrioso, de aspecto quirúrgico, era la primera cocina en la que veía a su madre ocupada. Al coger las tazas, Stella le dijo:

—¿Ya estás seco?

—Me estoy secando.

—Ya te parece más a ti mismo.

—¿Más a mí mismo, dices? —preguntó Roderick, con interés y curiosidad. Intentó recordar qué significaba ser uno mismo. Miró pensativamente la bata de Robert, jaspeada, de seda con alamares, y frunciendo el ceño, dio un tironcito al cinturón anudado. Como era natural, la bata no ofrecía ninguna señal: caía en pliegues bizantinos sobre las concavidades de su cuerpo, excepto donde se adhería a las partes húmedas de su piel, porque la sospecha de su madre era acertada: no estaba del todo seco.

—Habrás un pijama en alguna parte —preguntó él—. Si no, no importa...

—Bueno, sí, debería haber. ¿No dejaste uno aquí?

Stella nunca hacía mal las cosas en la cocina, aunque era un tanto errática, y con frecuencia se distraía. Aquella noche hizo las cosas deprisa y en el orden equivocado: se volvió para coger las tazas, rebuscó con ruido las cucharas y raspó el azúcar pegada en el azucarero desde la semana anterior, antes de darse cuenta de que le hacía falta la bandeja, que seguía en la repisa, por encima de la cabeza de Roderick. Y sin embargo, a su hijo todos sus movimientos le parecieron ágiles y encantadores; mientras, cambiando el peso de un pie descalzo a otro, se acomodó contra el marco de la puerta. Por fin quieto, se quedó allí plantado en la misma postura que solía adoptar su madre. Era curioso observar que, cada vez que regresaba, al principio parecía un poco desorientado físicamente; hasta que, al imitar las actitudes de su

madre, adquiriría cierta seguridad al mirar, al estar en pie, incluso, se diría, al *ser*. Su cuerpo imitaba, si no las recuperaba de inmediato, una desenvoltura y una espontaneidad impropias de un soldado. Y recuperando sus antiguas costumbres, una tras otra, como si cada una fuese una pista o un poste indicador, acababa siendo como el Roderick que recordaba su madre, el Roderick que su madre esperaba ver. En Stella el joven buscaba la identidad que le había dejado para que la conservara a buen recaudo. Era una búsqueda que llevaba a cabo principalmente por su madre: solo ella le permitía cobrar conciencia de las cosas que se habían perdido o habían cambiado con el paso del tiempo. El objetivo inconsciente de Roderick era acentuar todo lo que ambos tuvieran en común. Y lo lograba siempre: y siempre conseguía que su madre se quedara tranquila. Mientras ella y Roderick siguieran siendo tan semejantes, parecía menos probable que el muchacho, al final, se alejara de la órbita de Stella, pasara lo que pasara y le hicieran lo que le hicieran. Porque lo que le inquietaba a Stella, lo que se adivinaba en su mirada cada vez que tenía delante al soldado vestido con traje de campaña, era el miedo de que el ejército anulara a Roderick. En el curso de un proceso, como sujeto de dicho proceso, y no podría evitarlo, cabía la posibilidad de que su hijo desapareciera. Aún quedaban muchos meses hasta que él entrara en acción: no imaginaba ni temía su muerte. Temía la disolución de Roderick en el interior de su propia vida, una disolución que nunca podría repararse.

Los meses en el ejército permitieron que Roderick notara algo que había dado por supuesto cuando pasaba más tiempo en casa: el ambiente particular en el que vivía su madre. Nadie medía la presión y la temperatura de ese ambiente, excepto Robert. Entrar de nuevo en aquel ambiente, verse afectado por él, habría podido ser molesto de no ser por su amor a Stella. El joven aceptaba que al recibir instrucción militar sus pensamientos se dispersaran, que sus sentimientos se entorpecieran; pero, por sí mismo ¿de qué era capaz? ¿Qué sabía hacer? ¿Qué otra cosa sabía hacer? Desde que tenía diecisiete años, la guerra le había negado cualquier oportunidad; había esperado, sin inmutarse, hasta convertirse en soldado; ahora lo era. Al año que pasó en la universidad en Oxford se le había negado cualquier sentido... y habría sido desastroso que adquiriera alguno. Ahora, su ineptitud para desempeñar cualquier otro papel lo habría angustiado, si es que hubiera tenido algún otro papel que desempeñar. Todo el mundo pasaba por lo mismo. Las terribles posibilidades que ensombrecían la mirada de Stella solo le preocupaban porque preocupaban a su madre: podía ver, aunque no podía sentirlo, lo cruel que era la guerra con un mundo en el que hasta entonces él no había arriesgado nada; con el cual, siempre protegido, nunca se había comprometido.

Lo que más le preocupaba, aquella noche, era la probable desaparición de su pijama: era su única pertenencia en el apartamento de su madre. Había pensado en el pijama durante el viaje, e incluso se lo había mencionado a Fred. El resto de sus cosas habían ido a parar a un guardamuebles, al limbo, cuando Stella abandonó la casa donde ambos vivían.

Como contrapartida, ahora Roderick poseía una propiedad que nunca había visto. El mayo anterior había heredado de un primo de su padre una casa en el sur de Irlanda, Mount Morris, con ciento veinte hectáreas de tierras. Era probable que la validación testamentaria, que aún no se había obtenido, se retrasara un poco, dado el lugar donde se encontraba Mount Morris. Legalmente, el cambio de propiedad estaba todavía tramitándose; personalmente, había tomado posesión de ella el mismo día en el que le habían comunicado las cláusulas del testamento: la herencia era tan inesperada como la muerte del testador. Hasta esa fecha, lo único que Roderick sabía acerca de aquella casa era que sus padres habían pasado allí la luna de miel: podía decirse que Mount Morris no era de buen agüero, pues el matrimonio, del que él era el único hijo, se había roto antes de que él cumpliera tres años. El divorcio y la muerte de su padre se habían sucedido en tan poco tiempo que solo mediante un decidido esfuerzo mental (y desde luego necesitaba esforzarse cada vez que pensaba en ello) Roderick podía tener claro cuál de los dos acontecimientos había ocurrido primero. Después de aquello, el primo Francis Morris, de Mount Morris, no había desempeñado ningún papel en la vida de Roderick y de su madre.

La conciencia de ser propietario de Mount Morris afectó mucho a Roderick. Inauguró para él lo que podría llamarse un futuro histórico, que fue aumentando y afianzándose día a día. Aquella casa coincidió con su necesidad cada vez mayor de encontrar algo a lo que aferrarse; tanto más, tal vez, por cuanto la propiedad se encontraba geográficamente fuera del ámbito de la guerra y parecía situarse fuera del presente. La casa, no-humana, se convirtió en el eje de su vida imaginaria, en el centro de fantasías que solo debían llamarse así porque las circunstancias casi prohibían que se concibieran como hechos reales. Sumergidas, oníricas y poderosas, esas fantasías compensaban la obligación de seguir con su día a día. Imposible decir si él las buscaba o ellas a él; si él las alimentaba o ellas a él. No llegaban a ser deseos, pues no tenían un objetivo; tampoco alucinaciones, pues no falseaban su realidad ni le generaban tensión. Mientras se encontraba en el ejército, aquellas fantasías llenaban los vacíos de la rutina. Alcanzaban su máxima intensidad y eran más satisfactorias durante el coma corporal que precedía al sueño; pero a lo largo del día amenizaban aquellas largas y sumisas esperas en las que aguardaban a que ocurriera algo distinto: ejercicios, inspecciones o, simplemente, dar un paseo por los alrededores.

Se le conocía por ser uno de esos soñadores que, de algún modo, se las arreglan para salir adelante. Lo que más le molestaba era verse obligado a quejarse por el hecho de que su madre se quejara del ejército, en vez de hacerlo él. Siempre que se veían, con la primera mirada, los ojos de Stella le preguntaban: «¿Qué te están haciendo?». Ella veía lo frágil, ingenuo y cómicamente infantil que resultaba el cuello delgado de su hijo sobresaliendo entre las aparatosas solapas de la guerrera; notaba que la piel del muchacho se estaba poniendo áspera sobre unos huesos faciales no mucho menos delicados que los suyos. A través de su pelo cortado al rape, Stella

percibía las placas de su cráneo. Los ojos del joven, como los de su madre, estaban colocados en sus cuencas de un modo más asombroso que verosímil; teniendo en cuenta lo que era en ese momento y teniendo en cuenta su vestimenta, sus ojos parecían anacrónicos. Por aquella época el joven andaba erguido, casi sacando pecho, como si aspirara a llenar los vacíos sobrantes de su uniforme caqui. No lo conseguía: su larguirucha delgadez era tan poco moldeable, y su cuerpo tan liviano y destartalado que, en cuanto dejaba apoyado el lastre del equipamiento militar, solo aquellas grandes botas parecían sujetarlo al suelo. Si hubiera tenido más aspecto de soldado —de cualquier tipo de soldado—, quizá su madre se lo habría tomado con más calma: quizá habría admitido la posibilidad de un verdadero cambio.

Dado el aspecto anómalo de su hijo, Stella ya no sabía cómo relacionarse con él; no podía creerse siquiera que estuviera donde estaba. Por ejemplo, nunca le había preguntado si le gustaba estar en el ejército... De ahí que el joven sintiera cierto alivio al oír que *ya se parecía más a sí mismo*, incluso con la bata de otro hombre. Stella le dio la bandeja con las tazas y le dijo:

—¿Puedes llevar esto a la otra habitación?

—¿Dónde lo pongo?

—Donde quieras.

—Sí, madre, vale... —dijo Roderick pacientemente—, pero habrá un sitio donde lo pongas siempre.

—En cualquier parte —repitió ella, sin prestar atención.

El muchacho suspiró. En aquel apartamento las habitaciones no tenían nombre; al haber solo dos, la estancia en la que uno no se encontrara era «la otra habitación». Al entrar en lo que él entendía que era el salón, Roderick, con la bandeja en las manos, se detuvo para mirar de nuevo alrededor. En medio de todas aquellas sillas y mesas sin duda se ocultaba la costumbre que debía indicarle dónde poner la bandeja, pero había que saber seguir el rastro. No podía imaginar a su madre tan sola como para no tener costumbres. Fred y el resto de sus amigos estaban todos a favor del autoritarismo de la vida doméstica; lo último que deseaban era vivir en un lugar donde cada cual hiciera lo que mejor le pareciera. Por un momento, el hecho de que no hubiera un sitio adecuado donde poner la bandeja confundió a Roderick; como un detective, observó detenidamente los sillones para ver cuál mostraba indicios de que se utilizaba más a menudo; los ceniceros, para ver cuál se había usado más recientemente. El cenicerito chino lleno de colillas era un misterio: ¿qué razón podía haber para que hubiera estado fumando tanto rato de pie?

Lo dejó por imposible, depositó la bandeja en el suelo y se sentó al borde del sofá que iba a ser su cama. Levantó un pie descalzo, en la postura del espinario clásico y examinó de cerca la articulación de uno de los dedos:

—Vaya —gritó—. ¡Tengo un callo!

—¿Un qué?

—Nada, nada —dijo, cansado ya de su descubrimiento. Subió las piernas al sofá,

comprobó la longitud de la bata en torno a su cuerpo, se construyó un reposabrazos con unos cojines de brocado y puso otro par de ellos bajo sus pies—. ¿Qué estás haciendo? —gritó—. Ya casi estoy acostado.

Su madre llegó con el café, buscó la bandeja con la vista, y exclamó:

—¡De verdad, cariño...! —Y la puso sobre un taburete. Luego acercó el taburete al sofá.

—Ojalá tuviera algo para que pudieras comer —comentó.

Al sentarse junto a sus pies, en el sofá, quitó los cojines para ponérselos a la espalda. Algo le llamó la atención:

—Ay, Roderick, no me digas que tienes un *callo* —dijo, mirándolo asombrada.

—Es lo que te estaba diciendo.

—Si tienes frío en los pies te puedo dar una manta.

—Estás confundiendo los callos con la congelación. ¡No te vayas otra vez! —Y añadió—: Estamos en el mismo barco.

—¿Qué? ¿Cómo? —dijo ella, sorprendida.

—Es como estar sentados uno enfrente del otro en un bote, en el río.

—¿Hemos estado sentados en un bote en el río alguna vez?

—¿Hay un bote en el río de Mount Morris?

—Solo recuerdo el río: era otoño.

—En cualquier caso, ¿crees que habrá un bote? Seguro que necesita repararlo y calafatearlo. ¿No te parece que alguien podría ir ocupándose de eso? Quizá la próxima vez que escribas a los abogados...

—No —dijo Stella con firmeza—. Eso tendrá que esperar. Ni siquiera estamos seguros de que haya un bote. ¿No te quitará el sueño el café?

—Nada puede quitarme el sueño —declaró Roderick, soplando educadamente su taza—. Sin embargo, espero poder mantenerme despierto un rato. Quiero que me cuentes muchas cosas. Por ejemplo, ¿qué ha ocurrido?

Ella se pasó los dedos rápidamente por el mechón blanco.

—¿Por qué iba a ocurrir algo?

Su hijo la miró con un gesto de sorpresa muy natural.

—Solo me refería a lo que ha pasado desde que me escribiste por última vez —le explicó. Hizo una pausa, con los ojos clavados en la bandeja—. Madre, pensé que me habías dicho...

—¿Qué?

—Que no había nada de comer. En ese caso, ¿qué hacen aquí estas tres galletas?

—Ah, son para ti, claro. Pero me temo que están rancias.

Roderick las probó, las comió y se sacudió las migas de la pechera.

—¿Quién era el que estaba aquí cuando llamé y al que no conocía?

—¿Cuándo?

—Hace un rato, cuando llamé. Cogiste el teléfono con tu voz de estar acompañada; me di cuenta. ¿Has hecho nuevos amigos interesantes?

—No, solo era un hombre llamado Harrison.

—El que estaba en el funeral. ¿A qué vino?

—Solo a verme.

—Pero pensé que era un viajante, o eso me dijiste.

—Yo solo dije que me daba esa impresión.

—En fin, como es domingo probablemente tuviera el día libre. Pero si no es un viajante, ¿a qué se dedica?

—Roderick, ¿qué sabes de tu destino?

Roderick se acomodó el cojín bajo el codo.

—¿A qué te refieres? —dijo.

—¿No tienes noticias?

—Me sorprendería tenerlas. Además, ¿por qué iba a tenerlas? Me sorprendería mucho si alguna vez me dieran un galón. A Fred, ¿sabes?, se lo dieron hace un mes. Sé cómo te sientes; y lamento muchísimo no parecerme un poco más a tus hermanos, madre, pero qué le vamos a hacer. Si quieres, pondré todo mi empeño en ello y me esforzaré todo lo posible, pero no creo que el ejército sea como en tu época: ahora todo depende de un montón de cosas. Una cosa te digo: me gustaría ser conocido como «El capitán» cuando me instale en Mount Morris; pero supongo que antes tiene que llover mucho.

—Me preocupa tu destino. Le decía a Robert...

—Ah, sí, ¿qué tal está Robert? Espero que bien...

—Muy bien. Este fin de semana está en casa de su madre.

—Como yo —dijo Roderick con una alegre sonrisa. Sin embargo, pensar en aquel hombre mayor le obligó a mirar con cierta angustia su cuerpo larguirucho embutido en la bata de Robert: le pareció que había derramado un poco de café en la bata, pero solo se le había caído un chorrito en el pecho desnudo. Se preguntó por qué su madre había preguntado, y de manera tan repentina, por su destino, un tema que por lo general abordaba con muchos rodeos o indirectas. Por su manera de hablar estaba claro que estaba inquieta, pero por alguna otra razón: empleaba el asunto de su graduación y su destino como una distracción, o como una venganza inconsciente, para picarlo o fastidiarlo porque él, de alguna manera, la habría picado o fastidiado. Pero si era así, ¿qué era lo que había dicho? Levantando la mirada, la clavó en los ojos de madre con la intuición natural de un animal más que con inteligencia especulativa. Roderick se quedó observando a Stella, que apenas cambió de posición en el extremo de aquel sofá que su hijo había decidido que fuera un bote en el río.

La realidad de la imaginación era mejor que la irrealidad de aquella sala. En un bote, uno se sentía feliz al estar como suspendido en la luz, en el aire, en el agua, frente a otro rostro. En un sofá se podía estar rodeado de todo lo necesario. Aunque aquel sofá en particular estaba contra la pared y sobre una alfombra, carecía de contexto; habría podido ser un mueble abandonado en una acera tras un ataque aéreo o podía haberlo arrastrado la marea hasta una costa ignota. La visita a su madre

exigía algo mejor: el encuentro no conseguía dar con su carácter adecuado, con el carácter que habría debido tener; todos los objetos que había en la sala parecían extraños e incómodos. En tales ocasiones, lo que se espera con más ansiedad es la música de lo familiar; el amor teme el aislamiento, el verse obligado a hablar en el vacío: al principio, incluso prefiere oír a hablar. Hasta los amantes lo saben: ¿cuántas pasiones no se han arruinado en una gélida habitación de hotel? Y, entre Stella y su hijo, la ausencia de objetos compartidos creaba excesiva tensión. Tal vez él movía los cojines de un lado a otro en un intento de aclimatarse al menos a ellos. Tanto Stella como Roderick sintieron, cada uno a su manera, que el encuentro de aquella noche estaba más allá de sus habilidades sociales para enfrentarse a la vida. Habrían deseado vivirla como habrían debido vivirla.

Ambos sentían la grandeza propia de los seres humanos y la que les correspondía por ser madre e hijo. Aquel regreso a casa habría debido ser un capítulo más de un libro augusto, un libro que tratara de un tema más grande que ellos: nada faltaba para que lo fuera, salvo la imagen que ambos tenían de sí mismos. De todos modos, puede que tuviera alguna grandeza a ojos de Dios. En cuanto a ellos, tenían la limitación de la prohibición, el control, la cautela ante el uso y, sobre todo, el derroche de sentimientos. El recelo había ahuyentado la poesía: con el miedo a sentir se llega al punto en que sentir resulta imposible. ¿Era por culpa de la guerra? Cada día, cada noche, la existencia se agotaba un poco más, y uno cobraba conciencia de lo que ocurría solo en el preciso instante en el que lo estaba viviendo, como en el encuentro de aquella noche.

Los lazos que unían a Stella y Roderick eran demasiado estrechos como para que no se transmitieran entre ellos aquella sensación instintiva de pérdida, y aquella cercanía emocional los obligaba a ser demasiado honestos al tiempo que impedía que fingieran una escena. Su problema, si únicamente les afectara a ellos, habría podido desestimarse como un inconveniente menor: la consternación romántica de dos naturalezas románticamente parecidas. Pero era mucho más que eso: en ellos era la señal del empobrecimiento del mundo. Ninguno de los dos tenía mucho que decir, y en la habitación en la que estaban sentados nada les decía nada..., hasta parecía haberse detenido el misterioso susurro, como el del fuego en la chimenea, que antes emanaba del paso de los minutos. Las resistencias eléctricas de la estufa, unos estrechos labios verticales, sonreían en un rincón vacío de la habitación. En la penumbra, por encima de las luces de las lámparas, las fotografías eran dos cuadrados oscuros sin vida. Al otro lado de las ventanas protegidas por las cortinas, allí, en la calle que se cruzaba con otras calles, el silencio era como un apagón de luz registrado por el oído.

Era un silencio imperfecto, mera resistencia al ruido, como si la tensión interna de Londres fuese golpeada una y otra vez sin romperse. Oída o sin oírse, la ciudad seguía funcionando: si en aquel barrio y en aquellas calles cercanas habían desaparecido los rugidos de los motores de los coches particulares, constantemente se

percibía una nota discordante en la periferia, un bombeo ininterrumpido de tráfico vital de las arterias callejeras que desembocan en avenidas arteriales. Y eso no era todo: un par de veces pasó un taxi a la carrera, como si lo estuvieran tiroteando, en el primer plano del escenario sonoro.

La habitación carecía de una cosa más: la sensación del paso del tiempo. En aquella estancia, los sentidos se aislaban de las horas y las estaciones; nada hablaba, salvo el reloj. El día había acabado en el momento en el que Stella había bajado las persianas y había corrido por encima las cortinas ensordecedoras: nada lo reemplazaba. Todas las rendijas estaban bloqueadas; no entraba un átomo de oscuridad. La habitación, sellada con luz artificial seguía siendo artificial y cerebral.

Pese a ello, algo pasó: los pétalos de la rosa que había en un florero, sobre el escritorio, fueron cayendo, uno a uno, sobre las cartas que Stella había dejado encima de la mesa desplegable. Roderick se quedó mirándolo; ella volvió la cabeza para ver qué miraba y también los observó. Luego dijo:

—Eso me recuerda una cosa: esta semana he recibido otras tres cartas de los abogados del primo Frankie; tengo que enseñártelas. Contesté a todas de una vez.

—Debe de resultarte horrible que yo sea menor —dijo Roderick—. En fin, se arreglará con el tiempo. ¿Ya tenemos —preguntó, mientras se incorporaba en el sofá— algún papel importante que realmente pueda firmarse? Supongo que no ha habido manera de saber cuándo podré disponer *por fin* de esa casa.

—Al ritmo que vamos, diría que cuando tengas ochenta años.

—Fred me dice que todo este asunto debería ser más simple. Pero... no te habrás pasado el día escribiendo cartas por mí...

—No, no; he escrito otras. Escribí una muy larga para ti. Lo que me fastidia es que, al no saber que venías, decidí tomarme el día libre hoy; y mañana tengo que trabajar. ¿Qué planes tienes?

—Bueno, qué se le va hacer. Y es más normal que estés en casa el domingo. ¿Así que estabas escribiendo cuando llegó el pobre señor Harrison?

—¿Por qué dices «pobre»?

—Bueno, de momento no parece que le hayas ofrecido nada de beber; o al menos no veo ningún vaso. ¿No te cae bien o es abstemio?

—No.

—Y sin embargo —dijo Roderick, mirando pensativamente la repisa donde se encontraba el cenicero—, se quedó un buen rato. Debes de tenerlo fascinado, madre.

Stella dejó su taza de café, se levantó del sofá y, farfullando algo sobre las cartas de Mount Morris, se acercó al escritorio. Necesitaba sobreponerse, con la ayuda inconsciente de Roderick, al rechazo que le causaba el lugar de la habitación en el que, obligada a escuchar a Harrison, se había visto obligada a estar sentada. Hasta los papeles, las cartas sobre las que había apoyado el codo durante la conversación, parecían contaminados; despreció incluso las frases en tinta violeta en las que, mientras lo escuchaba, se había detenido su mirada de cuando en cuando. Más aún, le

daba la impresión de que los papeles estaban desordenados, en absoluto como los había dejado por la tarde. Harrison, *sin duda*, les había echado un vistazo mientras ella hablaba por teléfono. En ese momento Stella quería quemarlos todos. Lamentaba incluso que los pétalos de la rosa hubieran caído sobre ellos al final de su hermosa vida, los barrió de la mesa abatible con tal violencia que hizo caer otros.

—En fin —dijo Roderick—, a lo mejor podemos vernos un rato mañana por la noche.

Que Roderick pasara una noche más en Londres significaba, por supuesto, posponer el encuentro con Robert. Pero presintió que, aunque Roderick no se hubiera presentado, ella habría buscado alguna otra excusa. Antes de volver a ver a Robert tenía que pensar, pero precisamente pensar parecía estar más allá de sus posibilidades en esos momentos. Así que, entonces, ¿no volvería a ver a Robert hasta que no lo hubiera pensado? En tal caso, puede que no lo volviera a ver.

—No me extrañaría que hubiera venido desde la otra punta de Londres —volvió a la carga Roderick, cruzando los pies en el lugar donde Stella había estado sentada—. Seguro que estaba muerto de sed.

—¿Quién, Harrison? No, había estado escuchando a una orquesta en el parque.

—Ah, ¿aquí la gente sigue haciendo esas cosas los domingos? —preguntó Roderick, procurando documentarse respecto a la vida civil—. Pero supongo que todo eso se acabará pronto: se acerca el invierno.

—Sí, ya se acerca el invierno —dijo ella, acariciando lánguidamente la carta que tenía que enseñarle—. Ya se acerca.

—De hecho, esas serán las últimas rosas —apuntó el joven, mirando el escritorio, con el placer elegíaco que solo se da a los veinte años—. Madre, no creo que debas sacudirlas así.

—Estamos solo en septiembre —dijo para cortar la conversación—. Mira, ¿quieres leer esto?

Roderick estiró el brazo como para coger la carta del abogado, pero se limitó a decir:

—¿O sea que le gusta la música?

—Por el amor del Dios, Roderick, ¡dale que dale con Harrison! ¿Qué pasa? ¿No ves que me aburre?

—¿Y entonces por qué lo invitas a venir aquí?

—Ya sabes que la gente se presenta sin avisar.

—Sé que la gente se presenta sin avisar en las casas; no se me habría ocurrido nunca que la gente se presentara en los apartamentos sin avisar. Eso era lo bueno de un piso, según me dijiste una vez.

Stella volvió a sentarse en el sofá, agarró enfurecida un cojín y, escudándose inconscientemente en él, dijo:

—No te estarás poniendo un poco agresivo con la edad, ¿no?

Roderick rara vez se enfadaba, y en esta ocasión, tampoco.

—Siempre me he preocupado por ti, madre. Antes conocía a casi todos tus amigos, o al menos sabía de su existencia. A veces me pregunto dónde andarán.

—¿Hablas de ellos en pasado?

—Oh, no... —dijo Roderick, de nuevo sorprendido—. Diría incluso que soy yo el que vive en el pasado.

Tras decir aquello, empezó a acomodarse para dormir, recostado por completo, con los brazos medio cruzados sobre el pecho; la boca se le quedó un poco abierta tras un bostezo, al echar la cabeza hacia atrás para mirar las elevadas profundidades del techo.

—¿Dijiste que había mantas?

Ella se quedó mirándolo y repitió:

—Lamento mucho lo de mañana.

—Me quedaré durmiendo —dijo el joven, con su aire de absoluta indiferencia.

—Pero no todo el día. ¿Cómo vas a estar todo el día durmiendo?

—Ya lo verás.

—Pero eso me parece un desperdicio.

—¿Un desperdicio de qué?

Ella no pareció muy segura.

—Un desperdicio de... —repitió, cerrando un instante los ojos. Luego se despabiló y dijo—: ¿Y qué me dices de tus amigos? David, por ejemplo,: el otro día cruzó la calle corriendo para preguntarme dónde estabas: y en un autobús vi a Hattie, que estaba muy mona.

—No tengo nada contra David ni Hattie —contestó Roderick con tranquilidad—, pero no tengo nada que decirles.

—A lo mejor no esperan que hagas eso.

—¿Por qué no? Deberían. Es lo que hace Fred.

—Bueno, de acuerdo —dijo su madre—. Pero si te despiertas, ¿tienes dinero?

—Bueno, ese es un tema delicado —admitió, frunciendo el ceño—. Quiero decir, podría ser un tema interesante si, en fin, quiero decir que tal vez, si fuera posible...

—Por primer vez aquella noche, mostraba algún indicio de timidez—. Pero no —añadió—, pensándolo bien, supongo que no estarás libre mañana para cenar... Si lo estuvieras, podríamos ir juntos a alguna parte y comer cualquier cosa.

—Nada me haría más ilusión, Roderick. —La respuesta, perfectamente natural en cualquier momento, era en este caso atterradoramente deseada y cierta. La anulación del deseo comenzaba a parecerse a un sueño: ¿cuánto duraría?—. Entonces, ¿me puedes asegurar que a la hora de cenar vas a estar despierto ya?

—Sí, claro... Bueno —dijo, con un suspiro—, eso sería genial. Pero en ese caso, me gustaría acordar contigo un préstamo.

Desde que Roderick era niño, estaba claro que solo podía entablarse con él una amistad unilateral. Al parecer, ver o no a alguien le causaba como mucho indiferencia, y siempre había sido así; y aunque se mostraba educadamente feliz al

ver a otras personas, esas reacciones podían malinterpretarse, pues resultaba imposible divertirlo o conseguir que se comprometiera con algo. Stella sabía, aunque nunca se había tomado a pecho, que no tenía sentido hablar de asuntos que a su hijo no le interesaban. Si Roderick era lo que Harrison decía ser, una persona sin vanidad, eso solo conseguía aumentar su pasividad en el trato con los demás. Si su deseo de escuchar una nueva historia se disfrazaba engañosamente con los hábitos de una nueva amistad, el culpable era el engañado, más que Roderick. El joven mezclaba el interés y la curiosidad por lo que ocurría con una firme reticencia a involucrarse en ello, e incluso la convicción de que no tenía por qué hacerlo. En general, admitía de buen grado lo que ocurría, pero prefería lo que ya *había ocurrido* porque a su juicio eran hechos completos y acabados; hasta el momento, su corazón nunca se había conmovido, porque jamás había encontrado nada que lo conmoviera. Nadie había conseguido captar del todo su atención, eso era innegable; hasta el momento no había habido nada que mereciera su total atención. Sus intenciones eran demasiado directas para que les pudiera aplicar el adjetivo «segundas»; le gustaba ir a tomar el té a casa de gente que tuviera un arroyo en el jardín, supuestas serpientes entre la hierba crecida, colecciones de cualquier tipo en gabinetes de curiosidades, una habitación embrujada, un tren de juguete, un tío excéntrico o un escritorio con un cajón secreto. Se sentía inclinado a sentir simpatía por los niños de esas familias de una manera halagadora, tímida y pertinaz: aun así, nadie podría acusarlo de albergar un amor interesado.

Stella no podía reprochar a Roderick que actuara como hijo único: ¿no había sido cosa suya que lo fuera? De niño, probablemente como los demás niños, el muchacho prefería los objetos o las fantasías a la gente; Stella empezó a preocuparse al ver que eso no se le pasaba con la edad. Aunque en una época parecía tener más edad de la que realmente tenía, ahora parecía más joven de lo que era. La ansiedad de Stella se mezclaba con el remordimiento: ¿qué pasaría si Roderick acababa por darle demasiada importancia a un mundo que ella le había hurtado? Por ejemplo, a él le habría gustado tener una vida familiar tradicional; Stella no solo lo había apartado de su padre, sino que se había distanciado (y lo había arrastrado también a él) de todos los parientes paternos. También se daba cuenta de que Roderick tendía a hacerse una idea un tanto mitificada, aunque abstracta, de la alta sociedad; cuando era bebé Stella lo divertía abriendo y cerrando un abanico pintado, y ahora sospechaba que, en su fuero interno, él nunca había perdido de vista aquel *beau monde* de figuras que bailaban en grupos y giraban enlazadas por gestos y guirnaldas. Ahora el abanico de frágiles varillas de marfil se había cerrado: a Stella le parecía que a su hijo Roderick le encantaba recrear aquellas escenas imaginadas mediante la conversación.

Sí, lo que le gustaba de la gente era que uno podía colocarla en orden. Últimamente, esa idealización del mundo también preocupaba a su madre. Durante un tiempo había imaginado que la adolescencia modificaría su carácter y lo haría más difícil, pero menos raro: pero tras el ingreso en el ejército, dicho cambio aún no se

había producido. Antes, Stella lo había visto despreciar a personas que no solo hacían lo que les gustaba sin orden ni concierto, sino que también esperaban caer bien a todo el mundo solo por ser como eran... —lo cual, desde el punto de vista de Roderick, era aún más ridículo—. Dado que Stella creía —o eso pensaba— que Roderick acabaría cambiando por sí mismo, era una tontería tener miedo de que el ejército lo cambiara.

—Bueno, el que está de permiso eres tú, cariño —dijo ella—. Haz lo que quieras.

Roderick no quería recordarle a su madre que hasta ese momento no había hecho nada en el asunto de las mantas... En cualquier caso, la naturaleza habló por él: estornudó dos veces. Stella se sobresaltó. Roderick desenredó los brazos para rebuscar un pañuelo bajo los cojines y luego entre los almohadones del sofá. No encontró nada.

—Espera —dijo—. ¿A lo mejor en este bolsillo?

Metió la mano en el bolsillo resbaladizo de la bata y allí encontró *algo*, al menos se oyó algo. Roderick y Stella oyeron el crepitar mustio del papel, un papel doblado tiempo atrás, gastado en los pliegues, reblandecido por estar plegado en seda y por el calor corporal. El sonido de aquel papel en la bata de Robert inquietó a Stella: sus ojos, con una vehemencia incontrolable, interrogaron a los de su hijo.

—¿Una carta? —preguntó Roderick en un tono indiferente: sacó el papel y se quedó mirándolo sin más, mientras lo giraba de un lado y de otro.

—No es tuyo —dijo ella con firmeza—. Déjalo donde estaba.

—¿Te habías hecho cargo tú de esto? Puede volver a caerse.

—No se *ha caído* en absoluto —señaló ella, sin poder evitarlo.

—Pero siempre es una posibilidad; nunca se sabe.

—¿Qué diablos quieres decir? —preguntó ella.

—Bueno, nunca se sabe, ¿no?, ya sabes, quién sabe qué puede caer en ciertas manos... ¿Y ese Robert no tiene un cargo importante?

Ella sonrió con excesiva facilidad, le quitó el papel y se dispuso a romperlo.

—¡Eh! —protestó él—. ¡Que tampoco es tuyo!

—Seguro que no es nada.

—Aun así —dijo él con severidad—, por algo lo habrá guardado.

—También se guardan los billetes de autobús, las cajas de cerillas vacías, los recibos de compras de baratijas y los sobres de los telegramas.

—De todos modos, a mí me parece que deberías echarle un vistazo.

—¿Tú crees? —preguntó ella con aire burlón, sujetando, con el índice y el pulgar, a modo de pinzas, aquel papel doblado dos veces, sucio en los bordes. Era consciente de que Roderick la miraba con una curiosidad desinteresada, pero atenta. Hasta entonces, con la natural prudencia evasiva que requiere una relación con dos amores distintos, nunca se había preguntado qué pensaba Roderick sobre ella y Robert, si es que pensaba algo. Era posible que no se le hubiera ocurrido pensar nada. Si era así, tenían una crisis a la vista. Igual que un espectador ignorante intenta comprender el

resultado y desentrañar las reglas de un juego que todo el mundo conoce, Roderick la miraba para ver qué hacía su madre a continuación: naturalmente, esperaba averiguar hasta dónde llegaban las prerrogativas de aquel amor. Estaba esperando a ver si aquel papel de Robert podía considerarse —o tenía que considerarse— también como propiedad de Stella. Qué gran error, llevar las cosas hasta ese punto, y solo por aquel gesto insensato de querer romper el papel. Todos los modales sociales, todo lo dulce y duradero que compartía con Roderick pareció atascarse en aquel momento... en el que Stella apenas podía pensar en esas cosas.

Aquello era dinamita, y lo tenía sujeto con los dedos. Se preguntó si Roderick se estaría dando cuenta de que aquel papel la aterraba. Aquella media cuartilla gris-azulada y doblada en secreto se convirtió en una prueba de cargo: la culpa, suya; el deshonor, suyo. ¿Sería posible? ¿Cómo se atrevía?

Con una sonrisa, como si Roderick fuese una persona espantosa de su edad, comentó:

—Bien podría ser la carta de una mujer.

El muchacho dijo ingenuamente:

—No creo. ¿Tú crees que sí? No, más bien parecen notas de una conversación.

—¿Y por qué alguien tomaría notas de una conversación?

—¿Cómo que por qué? No sé, madre —exclamó el muchacho, incorporándose del sofá para dar más énfasis a sus palabras—. ¡Las conversaciones representan un papel principal en esta guerra! Hasta yo lo sé. Todo lo que tú y yo hacemos es el resultado de algo que se dijo. ¿Adónde crees que llegaríamos sin conversaciones? ¿Y en serio crees que alguien en la situación de Robert no tiene conversaciones sobre conversaciones, aunque él no mantenga ninguna conversación con nadie?

—De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo... Supongo que sí.

—Y en ese caso —dijo Roderick, y volvió a recostarse más calmado—, a lo mejor se espera de él que tome notas.

De todos modos, Stella se quedó mirando al vacío, hasta que de pronto preguntó:

—¿Y tú crees lo que te cuentan?

—Depende de lo que me cuenten, y de quién me lo cuente.

—Naturalmente. Pero ¿en general...?

—Bueno, no me cuentan mucho. De hecho, como dice Fred, es medio sospechoso que a uno le cuenten cosas. Guíate por lo que averiguas tú mismo, dice. Si algo es cierto, lo verás a la legua en cuanto lo tengas delante. Pero si alguien se toma el trabajo de venir a contarte algo, dice Fred, seguro que lo hace por interés.

—¿Y si te contaran algo sobre alguien que conoces?

—En ese caso, ¿por qué me vendrían con el cuento? Si conozco bien a la persona, supongo que lo sabría. Si supiera que lo que me dicen es cierto, no sería ninguna novedad. Si fuera novedad y al cabo resultara ser cierto, supongo que debería concluir que, después de todo, no conocía realmente a esa persona.

—Sí, todo parece muy sencillo.

—Bueno, debería serlo; lo es. —Matizó el comentario, sin embargo, mirando a Stella a la cara con un gesto de grave incertidumbre—. No serviría de nada —advirtió— venir a pedirme respuestas a cosas complicadas. No conozco bien a nadie salvo a ti y a Fred.

—Puede que Fred sepa qué hacer con un papel.

—¿No sería más sencillo si lo dejo de nuevo donde lo encontré? —dijo Roderick. Tras destaparse la nariz con un estornudo contundente y prolongado, añadió—: Yo solo buscaba un pañuelo. Pero nada. ¿Me das uno de los tuyos? Cualquiera menos uno de esos finos con dibujitos.

Stella asintió. Rápidamente desdobló la hoja de papel: se puso a leer lo que tenía escrito con un gesto medio absorto, tranquilo, y casi administrativo.

—Nada de nada —dijo—, como era de esperar.

Despreocupadamente rompió la hoja por la mitad y, aun más despreocupadamente volvió a romperla; luego se levantó para sacudirse los pedazos del vestido.

—Necesitaríamos una papelera —dijo Roderick.

Pero ella ya se había ido, tarareando, para regresar enseguida con las mantas y un pañuelo. Luego arropó a Roderick mientras él se sonaba la nariz. Cuando en St Marylebone dieron las doce, el sofá ya era una cama solitaria. A través de la puerta que separaba aquella habitación de la contigua, Roderick, todavía en la superficie, todavía a flote, oyó a su madre pasearse lentamente de un lado a otro, dejar el collar de perlas en la mesa de noche, sobre el cristal, en la que manipulaba frascos y tarros, quitarse los zapatos, colgar el vestido mientras entrechocaban las perchas colgadas de la barra. Pocos instantes después ya no distinguía entre lo que oía y lo que soñaba que oía; puede que ella dijera «¿Roderick?» en voz baja —o tal vez no—, pero algo le hizo abrir los ojos. Su madre había dejado una lámpara encendida sobre el taburete que estaba a su lado: de momento, el círculo acuoso del techo parecía hincharse o temblar (así empiezan las historias de terremotos); pero aquello solo podía ser Londres, en uno de sus escalofríos eléctricos y soñolientos, de los cuales una réplica corrió por sus miembros distendidos.

La pantalla deslumbrante de la lámpara quedaba a la altura de sus ojos: la marea del sueño hundía y borraba lo que había detrás de ella. Solo tenía que estirar la mano para apagar la lámpara, pero durante un rato siguió mirándola, acostado, con la impotencia beatífica de un drogado, hasta que al final, con un suspiro similar a una exclamación, se dio la vuelta, de cara al respaldo del sillón. Se durmió con la frente apretada contra el tenso brocado.

En la otra habitación, el teléfono solo tuvo tiempo de sonar una vez. Stella contestó en voz baja y apresurada.

—¿Has vuelto? —dijo—. Mira, ahora no puedo hablar. Está Roderick. Dormido, creo... Ni siquiera yo lo sabía: llegó esta noche... Cuarenta y ocho horas.

Capítulo 4

Roderick había clasificado correctamente a Harrison: era el hombre que estaba en el funeral del primo Francis Morris. En aquella ocasión, hacía cuatro meses, era cuando lo había conocido Stella. Ningún miembro de la pequeña familia tenía ni idea de quién era ni de cómo había llegado allí: se suponía que el funeral iba a ser algo íntimo. Vestido con un traje oscuro, el intruso se había sentado en un banco para él solo, casi al final de la iglesia, un poco apartado de la última fila de parientes. Después, cuando el cortejo se fue alejando de la fosa, salió del cementerio y enfiló la calle del pueblo; algunos lo vieron venir detrás de los asistentes al funeral. La primera vez que Stella lo vio, al volver la cabeza, aquel hombre iba dando zancadas sobre las tumbas como una grulla. De camino al hotel, donde se ofrecería un *buffet* en un salón privado, surgió la idea de que aquel hombre debía de haber confundido el funeral de Francis Morris con el de otra persona; todo se discutió en voz baja y entre susurros. La idea de que cumplía un deber piadoso por equivocación resultaba un poco embarazosa: nadie quiso dirigirle la palabra.

En general, Stella agradeció la distracción que causó la presencia de Harrison. Para ella no había sido un día fácil; además del viaje en tren hasta la antigua aldea convertida en una nueva ciudad dormitorio, había tenido que enfrentarse a sus antiguos parientes políticos. No había visto a ninguno de ellos, y ellos tampoco la habían visto a ella, desde el desastroso final de su breve matrimonio; tenían motivos de sobra para no sentir mucho cariño por ella, y, a lo largo de todo el día, casi todos dieron muestras que lo confirmaron.

Había estado a punto de no ir al funeral. Si hubiera sido por ella, el adiós que le había dado al primo Francis en las escaleras de su casa de Irlanda, al final de su luna de miel, habría podido ser perfectamente el último. La noticia de su muerte apenas si logró agitar unos cuantos recuerdos no muy gratos: melancolía, más que recuerdo culpable, era lo que había sentido por el marido muerto desde hacía mucho tiempo. La verdadera muerte lo devolvió a la vida: Stella recordó su amable y alegre sonrisa, su desgreñado bigote entrecano y aquellos ojos grises vidriosos agitándose en sus cuencas. Sus gestos, el tono de su voz adquirieron una renovada definición por el hecho de que ya no los volvería a hacer, ni los oíría nadie. Stella había perdido totalmente el contacto con él cuando aún estaba vivo: ni siquiera sabía que estaba en Inglaterra hasta que supo que había muerto repentinamente en el país.

Había ido al funeral porque la carta del abogado, que le notificaba los procedimientos administrativos que se habían llevado a cabo, insinuaba en el último párrafo que ella *debería* estar presente, junto con su hijo. Tal como estaban las cosas, le había sorprendido la invitación. Pero también había ido porque recordaba al primo Francis como un asistente implacable y sincero a funerales, igual que todos los

irlandeses: durante la estancia de los recién casados en su casa, lo habían visto salir tres veces de casa, con chistera, enlutado como un cuervo de arriba abajo, para recorrer millas y millas con el fin de asistir a algún sepelio. Ahora Stella se sentía conmovida y dolida por la extraña injusticia, no de su muerte, sino de que muriera donde lo había hecho. Debido a la guerra, la repatriación de sus restos a Irlanda era imposible e impensable: de morir en su país, habría tenido un cortejo fúnebre de kilómetro y medio de largo, pues era un respetado terrateniente. En realidad, la muerte lo había sorprendido en un lugar donde no tenía conocidos: además tenía pocos parientes que vivieran en Inglaterra. Después del ataque, y de que muriera en cuestión de minutos, se había telefoneado a sus abogados —o, mejor dicho, a los representantes londinenses de sus abogados de Dublín— para que se encargaran de los preparativos de lo que debería haber sido el acontecimiento social más importante del primo Francis, y que resultó escaso y lúgubre. Nadie quiso ser el deudo más cercano y principal; nadie sobresalía del vago nivel de primo; una incómoda falta de liderazgo se hizo sentir entre los presentes. No solo faltaba la cabeza sino el corazón del duelo. Todos se dejaron guiar por el abogado.

Difícilmente el ataque cardíaco mortal del primo Francis en Wistaria Lodge habría podido ser más engorroso: hubo que silenciarlo todo. Podría haber puesto en peligro el equilibrio de los seis pacientes mentales del doctor Tringsby y señora, entre quienes se contaba Nettie Morris, la esposa del muerto. Todo aquel desagradable incidente había confirmado los prejuicios de los Tringsby en cuanto a las visitas: con ayuda de la guerra, durante unos años habían conseguido mantener a raya al primo Francis. Creían que su presencia resultaría perturbadora, ¡y cuánta razón llevaban! Por fortuna, el asunto había podido despacharse rápidamente tras inducir a los queridos pacientes a permanecer en sus habitaciones: a uno que logró escapar se le alejó del salón diciéndole que alguien había ido al cielo. La prima Nettie, ocupada con sus labores y manualidades, no esperaba nada, de nada se enteró y nada se le dijo. No solo había olvidado la visita del primo Francis, sino que pasaba por uno de sus felices períodos en que ni siquiera era consciente de tener marido.

La prima Nettie se encontraba muy a gusto donde estaba. El cielo había intercedido en su favor, porque no habría podido mirar la cara de su marido sin sentir pavor de que aquel hombre hubiera venido a llevársela. Lo cual habría vuelto a desencadenar su intenso terror a cruzar el mar. Después de vivir tantos años tranquilamente en Wistaria Lodge, los Tringsby aseguraban que la mujer estaba mucho más centrada. Tal vez nunca hubiese sido tan feliz como entonces; los queridos amigos de Nettie daban por seguro que una visita del primo Francis echaría por tierra sus esfuerzos. El empeño del anciano en ir allí era incluso más inexplicable —si se pensaba bien— que su colapso: la autopsia había revelado las causas de este último, mientras que no había razón ninguna que justificara la dichosa visita. Hasta un mes o dos atrás, el primo Francis había sido el marido ideal de la paciente: ausente, inactivo y puntual en sus pagos (a través de sus abogados). En opinión de los

Tringsby, *ninguna visita* salía bien: a la del primo Francis muy poco le faltó para provocar un desastre total en Wistaria Lodge. Por suerte, la muerte le sobrevino en el salón, antes de que pusiese un pie en las escaleras que conducían a la habitación de la pobre Nettie.

El taxi que el primo Francis había reservado para volver a la estación llegó detrás de la ambulancia que venía a buscar su cuerpo: a ambos los recibió la música de los gramófonos que salía por las ventanas de las habitaciones de los pacientes. Aquel mes, la planta^[1] que daba nombre a la casa florecía en oleadas de color malva sobre la fachada de estuco crema. El sol vespertino acariciaba las cortinas azules en las ventanas del salón. Al doctor Tringsby, que por entonces tenía dificultades en concertar excursiones motorizadas para sus pacientes, le molestó que se desperdiciara un taxi. Cuando por fin se llevaron al primo Francis, los Tringsby se sentaron y se miraron el uno al otro; esa mirada señaló el comienzo de un estado de ánimo en el que no vieron razón para hacer nada más al respecto. Ya habían telefoneado al abogado, con quien siempre habían estado en contacto, porque era quien se ocupaba de los asuntos económicos relativos a la prima Nettie, y quien pagaba la cuenta con la misma meticulosidad con la que la examinaba. El hombre tenía a los Tringsby en alta estima y ellos a él. Sin duda entendería la posición del matrimonio, a saber, que bajo ninguna circunstancia cabía esperar que el funeral pudiera organizarse «desde» Wistaria Lodge. Al día siguiente, la señora Tringsby se animó y en un arranque de emoción decidió encargarse por teléfono una hermosa corona funeraria al florista; la prima Nettie debía enviarla sin que se le permitiera verla. La señora Tringsby escribió en la tarjeta:

De su amada esposa

Hasta que apunte el día y se disipen las sombras.^[2]

Fue ella quien sugirió que el Station Hotel organizara un ligero almuerzo tras el funeral.

Inesperadamente —y, en opinión de todos, muy apropiadamente— la señora Tringsby asistió al funeral: más aún, llevó consigo a sus dos pacientes más tranquilos, para engrosar las magras filas de los deudos. A los pacientes solo se les dijo que era el funeral de un caballero que había muerto: lo pasaron muy bien en silencio y no hicieron preguntas.

La visita del primo Francis a Wistaria Lodge había sido una cuestión de honor, no mera obstinación. El auténtico propósito del viaje a Inglaterra era ofrecer a este país sus servicios en la guerra: la neutralidad de Irlanda había sido un golpe durísimo para él, pero nunca se había quedado sentado por ningún golpe. Unido indisolublemente a Mount Norris tanto por la pasión como por el deber, había esperado dos años y medio a que Irlanda revocara su decisión: la esperanza de una invasión alemana lo había

sostenido durante algún tiempo —incluso había excavado trampas para tanques en los caminos de Mount Morris— pero, cuando esas esperanzas se desvanecieron, decidió actuar. Al parecer, había esperado demasiado, pues, para entonces, las medidas que regulaban el viaje de un ciudadano irlandés a Inglaterra se habían vuelto extraordinariamente estrictas. Tras intentarlo todo, y por todos los medios, cada vez más frenético, el primo Francis descubrió que solo obtendría un permiso de salida por «motivos familiares»: una visita a su mujer enferma. Se esforzó por ignorar que aquella visita era completamente inútil y por obviar sobre todo el rechazo que le inspiraba. Aunque le fastidiaba el tono epistolar de los Tringsby, no habría podido estar más de acuerdo en que Nettie se encontraba mejor sola. Pero como a lo largo de sus sesenta y cinco años de vida nunca había obtenido nada con engaños, a su entender no podía dejar de ir a Wistaria Lodge. El honor de un caballero irlandés es un amo duro: decidió superar el mal trago lo antes posible, quitarse de encima a Nettie y luego aprovechar el tiempo por su cuenta. Y así, tras pasar un día en su hotel de Londres —escribiendo a gente influyente a la que creía conocer y a gente conocida a la que creía influyente—, por la mañana siguiente cogió un tren en dirección a los condados que circundan Londres. En esas circunstancias, pasar unas horas fuera de la ciudad permitiría que las cartas maduraran. Desde luego, sería una lástima que alguien telefonara: dejó instrucciones en el hotel para que, si se diera el caso, informaran al comunicante de que estaría de vuelta alrededor de las ocho.

Los destinatarios de las cartas se enteraron por el *Times* de que se habían ahorrado la vergüenza de responderlas. Como en la noticia se utilizaba la palabra «repentinamente» y se había suprimido el lugar de la muerte, algunas personas llegaron a pensar que el primo Francis había muerto en un bombardeo. En un mes en el que la ofensiva enemiga era poco severa, el pobre hombre, que hacía poco había abandonado la seguridad de su territorio, parecía haber tenido muy mala suerte. Dadas las circunstancias, por lo demás, la muerte de un desconocido terrateniente irlandés no inspiró grandes lamentos y conmiseraciones. Se recordó, con un suspiro final de alivio, que la viuda no estaba en condiciones de recibir cartas. Más digna aún de agradecimiento fue la indicación de que el funeral se celebraría en la estricta intimidad.

Stella se contaba entre los pocos a quienes se notificó la hora y el lugar. La carta del abogado, reenviada desde su dirección previa a la guerra, le llegó la víspera del día indicado, así que ni siquiera intentó avisar a Roderick. No veía cómo, con tan poca antelación, conseguiría un permiso para ir al funeral de un primo lejano. Ya bastante difícil le resultó a ella. Aun así, pensó cuando ya estaba en el tren y a mitad de camino, debería haberle comunicado que el primo Francis *había* muerto: el primo Francis no era nadie para Roderick, pero al menos era un nombre, y su hijo daba importancia a los nombres, aunque lo único que lo vinculaba con el primo Francis era el hecho de haber sido concebido bajo su techo. A decir verdad y para ser sincera en aquel asunto, Stella no quería que Roderick la acompañara en esa ocasión; no quería

que su hijo viera cómo la rechazaban, tal vez incluso como la desairaban, ni que lo miraran a él de arriba abajo, como un huérfano de padre criado por una mala madre. El mundo en el que una aún pudiera ser considerada una *déclassée* le traía en términos generales sin cuidado, pero no del todo.

Sola podía mantener la calma y conservar la máscara. Cuando el tren redujo la velocidad cerca de la estación, se miró apresuradamente en el espejo de mano, ensayando una expresión de digna impenetrabilidad —e incluso, por si era necesaria, de desafío—. De alguna manera, el traje negro que llevaba puesto —aun siendo severo y mate— no parecía por completo de luto. Resultó que ningún otro deudo había viajado en el mismo tren que ella: los demás debían de haber calculado el margen necesario para llegar con tiempo. Se equivocó al coger el camino entre la estación y la iglesia, entró en el último momento en el templo y, mientras avanzaba por el pasillo haciendo traquetear los tacones de aguja, sintió que un rubor traicionero le encendía las mejillas. Varias cabezas se giraron y se mantuvieron giradas. Stella llevaba un ramo de tulipanes y lilas blancas, pero le dio vergüenza dejarlas sobre el ataúd, a la vista de todo el mundo, adornado hasta ese momento solo con la corona de Nettie.

Convertida en una criminal porque se sabía lo que había hecho, Stella no pudo dejar de ver en Harrison a un esquivo compañero delincuente, precisamente por lo contrario, porque no sabían nada de él. Había acertado, pensó, al mantener a Roderick alejado de aquello.

Solo cuando supo lo que ponía en el testamento se dio cuenta de que —todo lo contrario— había cometido un grave error. Era Roderick, precisamente, quien debería haber encabezado el desconcertado cortejo; era Roderick quien debería haber estado de pie frente a la boca abierta de la fosa solitaria, acercándose tanto como fuese posible al hombre sin descendencia que, al nombrarlo heredero, lo había considerado como hijo propio. El primo Francis dejó Mount Morris y sus tierras a Roderick «con la esperanza —según había escrito— de que quiera a su manera continuar la vieja tradición». El capital que no se había destinado a un fideicomiso para mantener a su viuda mientras viviera pasó directamente a manos de Roderick; el resto se le entregaría más tarde. No era mucho.

Y, naturalmente, solo cuando llegaron al hotel se la llevaron aparte para decírselo. Hasta entonces, en su indefinido papel de anfitrión, el abogado había estado recorriendo la fila de deudos de arriba abajo como un perro pastor, improvisando un comentario susurrado al oído de cada uno. En determinado momento alguien dijo que la reunión tendría que durar más de lo previsto; los cortes cada vez más restrictivos del servicio de ferrocarriles dictaminaban que nadie pudiera salir del pueblo, ni hacia el norte ni hacia el sur, durante casi las dos horas siguientes. Así pues, fue necesario consolar a los afligidos visitantes, y persuadirlos al menos de que se tomaran su tiempo en el *buffet* de almuerzo. Francamente, en el pueblo no había mucho que ver ni admirar, salvo la iglesia, de la cual, para entonces, ya estaban bastante hartos. Al

menos, eso dijo el abogado; la señora Tringsby, por su parte, más orgullosa de la localidad, señalaba los hitos monumentales que iban jalonando la calle.

Para entonces la calle principal estaba vacía: aquel día no ocurriría nada más. Antes del mediodía las amas de casa habían acudido a las tiendas en tropel, para despojarlas de artículos en una medida tal que cabía preguntarse por qué seguían abiertas. Algunas escamas seguían pegadas al mostrador de mármol de la pescadería; en las baldas de la pastelería se exponía una gran variedad de interesantes dulces; la frutería llenaba el vacío crónico con abanicos de plátanos de cartón y un letrero de aquellos que decía «Cultive su huerto para la victoria»;^[3] los ciudadanos que no cumplían con su obligación de cultivar por su cuenta eran quienes vaciaban los cajones de la verdulería. La carnicería ofrecía cortes desconocidos de carne violácea, con la seguridad de que nadie iba a comprarlos; lo único que había en la lechería era una vaca de porcelana; el tendero, con un coraje carente de valor, conservaba intactas sus existencias de cajas y latas vacías. En el escaparate del confitero había cajas vacías de bombones adornadas con cintas desvaídas entre migas rancias de galletas de mantequilla de antes de la guerra. Los quioscos sin periódicos anunciaban en furiosa tiza roja que tampoco tenían cerillas. Pegado dentro de una cabina telefónica, un aviso oficial pedía que se telefonara menos.

El sol no brillaba; y, como ocurre a menudo en mayo, había algo incómodo en el cielo amenazador y en la nubosa oscuridad azul que se dibujaba el horizonte. En la acera, las hojas de los árboles desmochados lucían un verde poco natural. Los asistentes al funeral tenían la impresión de haber cambiado el cementerio, con sus lápidas erguidas y vitales, por una escena con menos futuro, menos orden y menos animación. Dando gracias al cielo por no vivir allí, los miembros de la enlutada comitiva miraban de reojo sus reflejos oscuros en los escaparates renegridos de las tiendas: en la quietud, se oyó un tren expreso que pasaba de largo estrepitosamente.

—Estamos llenos de soldados —dijo la señora Tringsby, dirigiendo al grupo por aquella calle sin tráfico—. Son siempre un atractivo; mi querida gente los adora. Pero supongo que ahora estarán todos almorzando.

Stella, que aún no sabía que era la madre del heredero, se alegró cuando le llegó el turno de hablar con el abogado. Agradeció la compañía; por pura casualidad no se había visto obligada a caminar sola: uno de los pacientes de los Tringsby se le había puesto al lado, pero subía y bajaba de la acera y no hablaba. Para no dejarse influir por la calle y los tonos sombríos del día y, más aún, por el recuerdo de la tumba —a la que, según le pareció, le habían dado la espalda de una manera demasiado apresurada y vergonzosa— se dio ánimos pensando en Robert. Cuando el abogado se inclinó a su lado y le dijo cuánto sentía que Roderick no hubiese podido acudir, ella le explicó por segunda vez que estaba en el ejército. El abogado aceptó la respuesta con una segunda reverencia de incredulidad y dijo que más tarde le gustaría hablar con ella en privado. De inmediato se mostró inquieta; como para tranquilizarla, él carraspeó y le preguntó si tenía idea de quién era el desconocido.

—En absoluto —dijo ella, tras girar la cabeza para verlo—. ¿Nadie lo sabe?

—Parece que no. Y no se corresponde con nadie de mi lista.

—Vaya... —dijo Stella con extrañeza—. ¿A qué cree usted que ha venido? A lo mejor vio el anuncio en el *Times*.

—Pero en el *Times* no especificué ni la hora ni el lugar donde tendría lugar el entierro; me ajusté a la opinión general de que debía ser algo estrictamente privado y muy íntimo.

—Pero..., por Dios... —protestó Stella—, ¿la opinión general de quién? ¡Cualquiera diría que el primo Francis ha muerto ahorcado! No creo que a él le hubiera gustado que se hicieran las cosas a escondidas. Y a mí me habría gustado ofrecerle una buena despedida.

—Todo esto ha sido muy duro para el doctor y la señora Tringsby.

—¡Más duro ha sido para el primo Francis!

El abogado, que había apretado los labios, los separó para farfullar:

—Pero, mi querida señora...

Luego se detuvo, observó detenidamente a Stella y empezó de nuevo:

—Entiendo sus sentimientos —dijo—. No soy insensible. Al mismo tiempo, para alguien en mi situación, y a falta de indicaciones expresas de algún pariente del señor Morris, me pareció que no debía perjudicar los intereses del doctor y la señora Tringsby. Encargarse de pacientes dementes, como hacen ellos, es una cuestión delicada. Me satisface decir que su trabajo en Wistaria Lodge ha sido intachable. Por consiguiente, no he escatimado esfuerzos para garantizar que su establecimiento no sufriera trastornos ni se viera afectado, desde luego, por cualquier tipo de publicidad negativa.

—Oh...

Abrumada por semejante explicación, Stella apartó la vista y miró al otro acompañante: el paciente de Tringsby, que no llevaba sombrero y que tenía algún parecido con el señor Dick.^[4] Se le ocurrió algo:

—Por supuesto —sugirió—, puede que su desconocido sea otro de los pacientes de Wistaria Lodge.

—¿Cómo? —dijo el abogado—. Ah...

De inmediato fue a preguntarle a la señora Tringsby. Como no volvió para corregir su sugerencia, Stella siguió pensando que Harrison era un paciente de Tringsby, y seguía considerándolo como tal cuando, ya en el hotel, el hombre se le acercó con una taza de café en la mano. Hay ideas que, como los dientes de león en los prados, se arraigan con fuerza: uno puede arrancar el tallo pero la raíz perdura, vuelve a echar brotes y hasta puede que reviva por completo. La indiscutible impresión de rareza de Harrison databa de aquel día en el funeral; lo supo más adelante. Sus pausas al hablar, al parecer causadas por un tic interno; el exagerado sigilo de sus movimientos, como si quisiera ocultar a toda costa su presencia; su incapacidad para mirar con ambos ojos a la vez..., todos aquellos detalles

continuarían nutriendo la idea de su aspecto raro a lo largo de los meses siguientes. Harrison había ido tras la comitiva como un tiburón sigue a un barco.

—Al principio —le decía de vez en cuando— di por hecho que eras un lunático; y todavía no estoy segura de haberme equivocado.

En cuanto la comitiva del sepelio llegó al hotel, el abogado apartó a Stella. A falta de un sitio donde hablar en privado, la llevó a un rincón situado bajo la escalera: allí, junto a los impermeables colgados, le comunicó el contenido del testamento del primo Francis, y puso en sus manos un sobre con una copia mecanografiada. Mirándolo con desconfianza, ella preguntó:

—Pero ¿no va a leerlo en voz alta delante de todos?

—Puedo hacerlo, si se me comunica un deseo expreso. Como usted y yo sabemos, este testamento no atañe a ninguno de los presentes. Es una pena, como usted dice, que su hijo no haya podido venir. Por otra parte, al ser menor de edad y usted su tutora, por ahora la herencia le concierne también a usted.

—Sí, claro, entiendo.

Nerviosa, sin saber qué pensar y preguntándose qué pensaría Roderick cuando se lo contara, Stella se reunió con el resto del grupo en una habitación privada donde se servía el *buffet*. Mientras miraba a los demás con otros ojos, sospechó que, si supieran lo que había en el testamento, también la mirarían con otros ojos a ella. Ninguna de aquellas caras llamaba en exceso la atención; el interior de la estancia, de paredes marrones, parecía encapotado, como el día en el exterior. Las ventanas tenían medias persianas de arpillera; a través de una de ellas, un castaño proyectaba su reflejo, balanceando sus hojas amarillentas, en el espejo deslucido que había al otro lado de la habitación. Ese espejo ancho y alto, reliquia de un salón de baile desaparecido, reflejaba también a los parientes del padre de Roderick, que iban sombríamente de un lado a otro del *buffet*. La señora Tringsby, molesta por la confusión acerca de Harrison —que no le parecía, le dijo al abogado, la clase de persona a la que ella hospedaría en su casa—, había sentado a sus dos queridos huéspedes (*reales*) juntos, en un banco, lo más lejos posible del intruso. Aunque ella iba de acá para allá entre el resto del grupo, cada poco aprovisionaba con sándwiches a sus pacientes, y se le oía decir que esperaba que lo estuvieran pasando bien.

En cuanto Stella entró en la habitación, Harrison se le acercó con una taza de café.

—Si prefiere —dijo—, veo que hay algo a lo que llaman oportó.

—Así está bien —contestó ella, aceptando el café y sonriendo con neutralidad.

—O siempre se puede ir a ver qué tienen en el bar de abajo.

—No, gracias; así está muy bien.

Stella intentó apartarse, pero el hombre la interceptó con una bandeja de sándwiches.

—No ha sido una gran despedida —dijo— para nuestro pobre amigo. ¡Menudo sitio para palmarla, para decirlo todo!

—¿Wistaria Lodge?

—Bueno, más bien quería decir..., en casa de un loquero. Si al menos se hubiese estado divirtiendo un poco...

Stella frunció el ceño, mordisqueó un sándwich y reconsideró, de momento al menos, su idea inicial. De manera que había vuelto al principio, o sea, a ninguna parte.

—Oh, ¿así que usted lo conocía? —preguntó.

—Pues claro —dijo Harrison, mirándola malhumorado pero en cierto sentido con aire conciliador—. ¿Por qué si no vendría uno a un espectáculo como este?

—La verdad, no lo sé.

—Probablemente no me sitúa.

—No creo haberlo hecho jamás. Hacía tanto que no veía al primo Francis que no tengo idea de quiénes eran sus conocidos.

—Francamente, yo tampoco —dijo al instante Harrison—. De este lado del canal, quiero decir. ¿No vive usted en Irlanda? Lo conocí allá. ¡Qué fantástica era la vieja casona que tenía! Apartado del mundo. ¡Y cómo lo recibían a uno, a cuerpo de rey! Sí, mi querido Frankie y yo celebramos fiestas estupendas. Se sorprendería si supiera las veces que oí su nombre allí. ¿Me equivoco si supongo que usted es la señora Rodney?

—No se equivoca, así es —respondió, sin ningún agrado. Echó una mirada alrededor en busca de una salida. Y añadió resignada—: ¿Es usted de Irlanda?

—Alguna vez voy por allí.

—¿De pesca?

—Ay, no, no tengo tiempo.

Sí, pensó Stella, eso habría jurado. Esbozó entonces una segunda idea —que también, a su manera, echaría raíces—: la idea de que Harrison era viajante de comercio, pero con aspecto de caballero. Se lo imaginaba yendo por la carretera en un coche pequeño y subiendo las escaleras de una casa de campo, para asegurarle al dueño que aquella era una casona fantástica. El primo Francis siempre había visto con buenos ojos los nuevos inventos, aunque al final mostraba cierta reticencia a utilizarlos efectivamente. En lo relativo a la calefacción, la luz eléctrica y la fontanería, le parecía bien conservar Mount Morris casi en su estado original; y trabajaba la granja y la tierra con pocos utensilios y maquinarias que no se conocieran en época de su abuelo. No obstante, los sistemas, equipos, aparatos y mecanismos de todo tipo que pudieran ahorrar trabajo en las labores campesinas le fascinaban; solicitaba folletos que explicaban detalladamente todos los aparatos que veía anunciados. El primo Morris había coqueteado con la idea de instalar aire acondicionado, un intercomunicador, un lavavajillas eléctrico y un techo a prueba de incendios, con el consiguiente peligro de romper una promesa. A cualquier vendedor le resultaba tan fácil despertar su interés como imposible convencerlo. Podía ser catalogado como el rey de la pérdida de tiempo.

—Sí, tenía allí una fantástica casona, ya lo creo... —dijo Harrison, con una aparente clarividencia que la sobresaltó—. Y ahora, si mal no recuerdo, pasará a manos de su hijo.

—Sí, eso creo —respondió Stella, demasiado molesta con sus modales como para sorprenderse de su saber; luego echó otra mirada en torno a la habitación. Se dijo que era muy propio de su persona haber atraído a aquel individuo: desde cualquier punto de vista, era la gota que rebosaba el vaso. Durante unos instantes captó la atenta mirada del solícito coronel Pole, y ambos quedaron mirándose. Mientras tanto, por primera vez, en presencia de Stella, soltó una de sus carcajadas.

—¿Le intriga un poco —preguntó— que la haya conocido? Como casi nunca se hacen presentaciones en estos sitios, solo he tenido que sumar dos y dos... Por cierto, me llamo Harrison. Bueno, en realidad..., ningún otro de los presentes podría ser usted. Y es que he oído a menudo, como suele decirse, un elogio de *sus virtudes*.

Stella estaba meditando algo y no le prestaba atención.

—De haber sabido que el primo Morris se acordaba de mí, que aún me tenía cariño, ¡que le gustaba hablar de mí...!, podría haber ido a verlo en más ocasiones, o haberle enviado a Roderick, si era eso lo que quería.

—Sí —asintió Harrison con cierta suficiencia—, es una pena, la verdad. A veces uno se da cuenta de las cosas demasiado tarde.

A Stella se le llenaron los ojos de lágrimas; desde ese momento, lo odió.

Él continuó:

—El otro día, cuando vi al viejo Frankie en Londres...

—¿Usted lo vio? ¿Esta última vez que ha venido?

—Ajá. ¿Por qué no iba a verlo?

—¿Se encontraron por casualidad?

—Nada de eso, teníamos una cita. Fue entonces cuando me dijo que debía venir a este pueblo para visitar a su pobre mujer. Quedamos en que lo llamaría al día siguiente por la mañana, cuando estuviera de vuelta en Londres. Cuando llamé, me encontré el pastel. Acababan de avisar al hotel: Frankie había estirado la pata. Y, para colmo, sus abogados se habían hecho cargo de todo, y por orden de los letrados se había clausurado su habitación; un fastidio, porque Frankie tenía unas cosas mías. Obviamente, fui hasta el hotel, pero no pude hacer nada. Así que pensé, bueno, ahora lo único que puedo hacer es acompañar al pobre durante el final de la función. Después, claro, surgió la pregunta: ¿dónde demonios lo enterrarán? Abreviando, sumé dos y dos. Y como sabía que la cosa está saturada en los cementerios de Londres, y que hoy cualquiera lo pensaría dos veces antes de mandar un cadáver a Irlanda, se me ocurrió que podía ser aquí, y acerté. La verdad sea dicha, antes me tomé la molestia de confirmarlo.

—Desde luego se tomó muchas molestias.

—Sí, claro, ¿y por qué no? —dijo—. Era un viejo amigo.

Stella estaba empezando a preguntarse por qué toda aquella historia —en cierto

sentido— ni le chocaba ni la convencía, cuando se acercó el coronel Pole con un vaso de oporto. El coronel Pole, que había captado la mirada de socorro de Stella, llevaba un rato deseando salvar el abismo que la separaba del resto del grupo; aprovechó que su mujer, Maud, había trabado conversación con la señora Tringsby para conseguir su propósito. Con un cortés y decidido movimiento del hombro abrió un espacio entre Stella y Harrison, que se apartó de inmediato. El coronel Pole le dijo que tal vez no se acordara de él.

—¡Claro que me acuerdo! —dijo Stella—. ¿Sigue criando esos hermosos cachorritos samoyedos?

—De momento, Hitler ha puesto fin a ese asunto. ¿Le apetece un poco de oporto? ... Me temo que tiene usted razón. —El coronel Pole hizo un gesto de lástima con la cabeza—. Frankie —dijo— nos habría tratado mucho mejor. Poniendo todo en la balanza, no me parece que este abogado haya hecho todo lo necesario. Por otra parte, me da la impresión de que se preocupa demasiado. Está una pizca obsesionado con los Tringsby: parece que hubiera invertido su dinero en Wistaria Lodge. Y no parece muy seguro respecto a quién debería estar presente y quién no; por ejemplo, su hijo no ha venido, ¿verdad?

—No. No pudo..., no pudo conseguir el permiso a tiempo.

—Ha sido muy amable por su parte haber venido sola. —El coronel Pole, mirando con cautela a Harrison, añadió—: ¿O ese señor es amigo suyo?

—No.

—Ya me parecía —exclamó, y con un tono más que cordial, puesto que Maud había apostado por lo contrario—. No me sorprendería si me dijera usted que no tiene idea de quién es ese hombre..., quiero decir, que no sabe más de lo que sabemos el resto.

—Dice que se llama Harrison.

—No es mucho decir.

Stella estaba de acuerdo. El coronel Pole continuó:

—¿No la habrá estado importunando?

—No exactamente.

—¿Por casualidad le ha dicho qué hace aquí?

—Conoció al primo Francis en Irlanda.

—¿Irlanda? Tal vez las cosas ya no sean lo que eran en ese desdichado país, pero ¡no me hará creer usted que ese hombre es irlandés! Me gustaría saber qué hacía por allí.

—Creo que no lo me lo ha dicho.

—Algún embrollo maloliente, no me extrañaría.

—Parece ser que el primo Francis lo conocía muy bien.

—Típico de Frankie —dijo el coronel Pole—, no darse cuenta de un embrollo con mala pinta aunque lo tuviera delante. En realidad, se tragaba cualquier cuento; era más inocente que un recién nacido. Y además, tenía la memoria como un colador.

Seguramente se había olvidado por completo de este sujeto.

—No creo —negó Stella con amabilidad—. Se citaron el otro día para verse en Londres.

—¿Cómo? ¿Esta última vez? —dijo el coronel Pole, palideciendo.

—Eso es lo que me ha dicho Harrison. El día anterior a que el primo Francis viniera aquí.

—Pero ¡es que no me lo puedo creer! ¿Se había citado con él? ¿Para verse en Londres? ¡Vaya!, nadie sabía que Frankie estaba en el país. ¿Usted se había enterado? Me lo imaginaba. Maud y yo tampoco. Y, según he podido comprobar esta mañana, el resto de los presentes también estaban a verlas venir, como nosotros. Si le digo la verdad, eso fue lo que más me dolió, que Frankie viniera a Inglaterra ¡y no me avisara! Él y yo, no sé si sabrá..., no, claro, ¿por qué iba a saberlo?..., él y yo crecimos juntos; de chicos éramos como hermanos. La sangre tira, digan lo que digan. A mis años uno le da importancia a los recuerdos. —El coronel Pole, que ya tenía cara de tristeza, hizo una pausa, frunció el ceño y bajó aún más la voz—. Últimamente, un par de cosas me han hecho preguntarme si el largo y penoso asunto de la pobre Nettie no habría desequilibrado también a Frankie en cierta manera. Después, para colmo, todo ese desastre de Irlanda; cuando yo era joven no había país más valiente. Aunque de nada sirve pensar en los viejos tiempos. ¡Mire que darles las riendas a un banda de rebeldes!^[5] Pero ahí, una vez más, estaba Frankie, terco como una mula. Hay que tener en cuenta que allá tenía sus raíces: se puso más irascible que..., bueno, ¡ya no tengo por qué callarme! Por ejemplo, la navidad pasada, al escribirle mi carta anual, no pude evitar meter pulla. A lo mejor hice mal, pero le escribí: «Estarás orgulloso, estos días, de tu adorado país». Y él, no me va a creer, me envió una carta furibunda a vuelta de correo que me dejó perplejo: que si esto, que si lo otro, que si lo de más allá, en un tonillo bastante nacionalista. Hasta Maud dijo: «Caramba, Frankie está perdiendo su sentido del humor». Debo decir que, por más que estuve de acuerdo con Maud, entonces no le di importancia. Solo que ahora..., quiero decir, desde entonces... ¿Usted cree que se ofendería? Él y yo discutíamos desde que éramos así de pequeñitos. Pero bueno, ahí está: después de todos estos años, viene a Inglaterra y no me dice ni una palabra. En fin... ¿Le apetece más café?

—No, muchas gracias.

—Lo que probablemente necesita usted, como yo, es un almuerzo decente. Una mañana como la de hoy le deja a uno abatido, le da que pensar. ¿A lo mejor yo estoy exagerando? No, no me va a convencer usted: eso no era propio de Frankie... Y otra cosa que me gustaría saber: ¿qué va a pasar con la casa?

Stella levantó la mirada.

—Se la ha dejado a mi hijo.

—¿Ah, sí? —El coronel Pole digirió la información lentamente—. Pues es una lástima —añadió—. Si Frankie tenía pensado eso, es una lástima que ese muchacho suyo no haya podido venir. —Una duda se reflejó en sus ojos azules; miró a la madre

del heredero con sencilla preocupación—. Un elefante blanco. ¿Qué hará el muchacho con la casa?

—Dado que aún no lo sabe, no tengo ni idea.

—Eso es lo último que quiere alguien de *su* generación. Yo nunca fui tan feliz como en los viejos tiempos, allí; recuerdo la casa como si la estuviera viendo, cada palo y cada piedra. Pero hay que aceptarlo: es cosa del pasado. Para mí es mejor, sin duda, pensar que Mount Morris ha desaparecido. Al mismo tiempo —dijo el coronel Pole, levantando con gravedad la voz y enderezando los hombros—, le aconsejo al muchacho que se deshaga de la casa: que venda en el acto, antes de encariñarse con ella y quedar atrapado allí. A su edad, hay que moverse con los tiempos. Por toda aquella madera podrían darle un buen dinero. Lo que debería hacer de inmediato es quitar el techo, o van a meterle allí unas monjas antes de que cante un gallo. Dígaselo de mi parte.

—Lo haré. Pero él tiene que decidir por su cuenta.

—Bueno, ¡pobre Frankie! ¿Sabe una cosa? No tenía idea de que hubiera llegado a conocer a su hijo.

—No se conocieron. Y Roderick nunca ha estado en Mount Morris.

—Pues mejor, sin duda: así los sentimientos no lo enredarán todo.

—No, supongo que no —dijo ella con tristeza.

—Los sentimientos —apuntó el coronel Pole— son el demonio. Han causado más desastres en la vida de más hombres, si me permite hablar claramente, que la bebida o las mujeres. Sin embargo, el joven Robert...

—Roderick —corrigió ella sin ningún aspaviento.

—Disculpe: Roderick. Él y su generación no se enredarán con sentimientos. Lo único que quieren es viajar ligeros de equipaje. Al fin y al cabo, el futuro está en sus manos.

—En ese caso, ¿cómo pueden viajar ligeros de equipaje?

El coronel Pole pareció desconcertado.

—Bueno —dijo al final—, que se queden con el futuro: yo ya no estaré ahí para ver qué hacen con él. Bueno, entonces, usted sí que conoce Mount Morris, me imagino.

—Estuve una vez. Victor y yo pasamos allí nuestra luna de miel.

El coronel Pole no se atrevió a decidir si los ojos de Stella, con aquella turbia mirada desconfiada, eran de víctima o de *femme fatale*. No conocía toda aquella historia, ni quería conocerla. Lo que había oído era lo siguiente: que a los dos años de casarse, Stella Rodney le había pedido a su marido el divorcio. La única posibilidad era que ella estuviera con otro; aun así, Victor, el ofendido, quijotesco hasta el final, le había concedido el divorcio. Esa injusticia, coronada por el hecho de que le concedieron la custodia del niño, la había vuelto detestable a ojos de la familia de Victor, encabezada por la facción de Maud Pole. Todos tenían entendido que Victor adoraba a Stella, ¡y cómo se había equivocado el pobre! Victor había regresado a casa

poco antes de la boda: había vuelto de la guerra de 1914 con mala salud y una herida que aún le causaba molestias; era un hombre que necesitaba reponerse y al que ella había abandonado. La ruindad de Stella lo había privado de esposa, hijo y hogar. Tres semanas después de pronunciarse la sentencia definitiva de divorcio, Victor había muerto en el lugar donde había encontrado asilo, en la casa de una amable mujer de cierta edad que ya lo había cuidado durante la guerra. La única satisfacción para Maud y la familia había sido que el desconocido por el que Stella había sacrificado la vida de Victor la despreció cuando estuvo libre; y así le había ido a ella más tarde..., viviendo con su hijo, según se decía, yendo de una casa a otra, por todas partes, con unos ingresos que Maud calculaba en novecientas libras al año. Aparte del rumor de que había tenido un coqueteo con cierto propietario, durante su estancia en una casa de alquiler, nada más se había sabido de ella, ni bueno ni malo. Y aunque aquello era ya una historia antigua, su aparición en el funeral la había sacado de nuevo a relucir, y ahora estaba muy presente en la mente de todos.

El coronel Pole, sin embargo, seguía pensando que acudir al funeral había sido muy noble por su parte. Y como, al menos de manera consciente, nunca se había encontrado ante una *femme fatale*, no tenía manera de saber si Stella lo era o no. También le resultaba imposible saber si lo que le impulsaba y le obligaba a hablarle con el corazón era la conmoción por la muerte de Frankie. Con seguridad, ella no era una descarada: al apartar la vista de sus ojos, el coronel distinguió el collar de perlas en una garganta que no daba indicios de estar sufriendo los descalabros de la vejez. Stella no solo era noble, sino sensible; aportaba gentileza a aquel entierro miserable y poco concurrido del pobre Frankie, lejos de su tierra natal. Era un escándalo que la hubieran dejado a merced de Harrison.

—Bueno, si puedo hacer algo por usted... —dijo al final.

—La verdad es que me muero por un cigarrillo.

Stella remató su mala fama, a la vista de los demás, al regresar a Londres en compañía de Harrison. Al parecer los Pole viajaban en la dirección opuesta, pues vivían en las Midlands. Pero al menos aquella larga conversación con el coronel Pole le había permitido recuperar un poco el ánimo; después, tres o cuatro miembros de la familia la habían saludado o le habían hablado brevemente. Pero, por desgracia, resultó que ninguno de los que le hablaron o saludaron pensaba coger el tren a Londres; solo los que se habían empeñado en no hacer ninguna de las dos cosas formaron, en la otra punta del andén, un grupo impenetrable de fríos conversadores. En cuanto a Harrison, había salido disparado del bar del hotel justo a tiempo para alcanzar a Stella a la entrada de la estación, y decirle:

—Bueno, bueno. Así que volvemos todos a casa... ¿Primera fumador? —preguntó, al acercarse el tren.

—Viajo en tercera —dijo ella.

—Venga, ¡creo que podemos hacer el gasto, aunque solo sea por Frankie!

Ya en el tren, Harrison le pagó la diferencia del billete de Stella —y la del suyo—

con el aire de quien hace una buena inversión.

—No todos los días se encuentra uno con alguien a quien quería conocer —dijo, guardando alegremente en el bolsillo el cambio de una libra—. Tenía la esperanza de ver a su hijo; supongo que si él hubiese sabido lo que iba a ocurrir, se habría esforzado por venir. Me habría gustado conocerlo. Quizá eso podamos arreglarlo...

—Roderick casi nunca viene a Londres; está en el ejército.

—Seguro que se siente usted muy sola, ¿no? —dijo Harrison.

—No entiendo por qué quiere conocer usted a Roderick.

—En primer lugar, obviamente, es hijo suyo, ¿no?

Stella no veía razón para seguir la conversación por esos derroteros, así que encendió uno de los cigarrillos que el coronel Pole había tenido la amabilidad de transferir a su pitillera. La de Harrison —la había sacado un segundo tarde— volvió a cerrarse como las mandíbulas de un disgustado cocodrilo.

—Y además, y espero que no le parezca extraño, su hijo me parece lo único que queda del viejo Frankie.

—Ah —dijo ella, con mucha menos frialdad.

—Así lo veo yo. Al mismo tiempo, hay algo más. Ja, ja..., no quiero darle la lata. Pero tengo prisa por recuperar mis cosas. Como le dije, están guardadas bajo llave, con el resto de las de Frankie, en el hotel. Podría ser un asunto largo, por no decir delicado. Ya sabe cómo son los abogados: todo les importa un comino. Entiendo que su hijo es el legatario universal...

—Pero ¿no son los albaceas quienes tienen acceso a las pertenencias del primo Francis? Debería acudir a ellos, ¿no?

—Tiene razón. Y a ellos voy a acudir, desde luego. Pero hay otra cuestión incómoda..., no tengo manera de probar que esas cosas *son* mías. Si me presento sin más ni más para reclamarlas, puede resultarles un poco sospechoso; y no los culpo: a mí también me resultaría sospechoso. El viejo Frankie habría respondido por mí como si uno fuera un digno príncipe hindú, pero claro, si él estuviese con nosotros el inconveniente no existiría. Pero tal y como están las cosas..., ¿entiende mi situación? Si su hijo pudiera venir conmigo y explicar que me conoce...

—Pero Roderick no le conoce.

—Sí, pero para entonces me conocería. O si dijera que usted me conoce...

—Disculpe, pero eso no sería cierto.

—Ja, ja... Pero cada vez está siendo más cierto, ¿no?

Ella insinuó que no compartía esa idea en lo más mínimo al recostarse en el asiento con aire ausente, mirar de soslayo el paisaje que pasaba volando y poner demasiada distancia incluso para mostrar sorpresa. Mientras, él se inclinaba con vehemencia hacia delante: había conseguido dos asientos enfrentados en un rincón. Tras una pausa reparadora, Stella señaló:

—Ni siquiera tengo muy claro qué dejó usted en la habitación del señor Morris. ¿Productos de algún tipo? ¿Folletos? ¿Muestras gratuitas de algún tipo?

—Cielo santo, no..., solo un par de papeles.

Ella, que rara vez era tan descortés, dijo:

—Tal vez sean poesías.

Clavando en Stella su mirada, no del todo estrábica en ese momento, Harrison contestó con sinceridad:

—No, eso nunca ha sido lo mío. No, es simplemente algo que anoté, con el fin de entretener al viejo Frankie. Recordará que era un fiero para los números y los negocios.

—Pero si lo tiene aún en su cabeza, ¿por qué no lo anota de nuevo?

—Bueno, en parte era material mío, y en parte material que él me dio. Intercambiamos..., luego calculé la cuestión para demostrarle que dos más dos sumaban cuatro. Si quiere oír la historia entera, podemos empezar: pasó lo siguiente...

—No, no se moleste. Déjelo para los albaceas.

—En ese caso, volvemos al principio.

Al parecer, así era. Solo una cosa la animaba un poco: se acercaban a Londres. Las vallas se hacían más frecuentes; las cercas de los jardines se entrecruzaban; las ruinas se iban apilando junto a las vías. A medida que los suburbios proliferaban a ambos lados, Stella iba sintiéndose menos cohibida y más osada. Aunque no se encontraban solos, se había sentido apartada de los demás viajeros por el modo en que Harrison le bloqueaba el paso con una pierna estirada y, más aún, por la enérgica firmeza con la que se dirigía a ella. No era de esperar que a nadie le hubiera llamado la atención semejante conducta. Pero por fin, ya faltaba poco para llegar a King's Cross.

—No, no entiendo cómo podría ayudarle. Lo único que puedo decir es que usted conocía al primo Francis, y, al fin y al cabo, eso lo puede decir usted mismo.

—Ah, desde luego —concordó Harrison—. Desde luego.

—Veo que le molesta.

—Podría ser peor.

—¿Perdón?

—Al menos me ha dado pie para hablar con usted.

Ella levantó la voz en un gélido medio tono para decir:

—Podría escribir a uno de los albaceas, a quien conozco un poco. Por otra parte, ¿no les podría mostrar usted la carta que le envió el señor Morris para concertar su cita en Londres?

—Es una buena idea.

Harrison la miró respetuosamente con los *dos* ojos.

En King's Cross ella consiguió darle esquinazo por fin, o eso creyó. Harrison se adelantó para buscar un taxi y ella se abrió paso entre la multitud y entró en la boca del metro. No esperaba volver a cruzárselo: pensándolo bien, no veía motivo para inmiscuirse en sus relaciones con los albaceas. Harrison no sabía su dirección; el

nombre de ella no figuraba en el listín telefónico de Londres. De ahí que, dos días más tarde, cuando él la telefoneó para decirle que esperaba que hubiese llegado bien a casa, ella no se sintiera tanto molesta como asombrada. Pero luego ambos sentimientos quedaron en segundo plano ante lo que, por aquel entonces, se había convertido en su preocupación principal: Roderick se había enfadado de verdad por que no le hubiera avisado del funeral. Stella no imaginaba que su hijo fuese a reaccionar con tal intensidad. Con la idea de solucionar aquel conflicto, pero también de entablar una charla de negocios, en su siguiente día libre subió a otro tren para ir a ver a Roderick cerca de donde estaba su campamento. Entretanto, le envió una copia del testamento del primo Francis; antes de verlo quería darle tiempo de digerir la información.

¿Lo habría asumido? La tarde acordada se encontraron cara a cara, mesa de por medio, en un salón de té: Roderick, frunciendo el ceño, desdobló el documento, que parecía bastante manoseado. Sus ojos recorrieron aquellas palabras hasta detenerse en un renglón:

—Mira, quisiera saber qué piensas sobre este punto. Después de decir que lega Mount Morris, las tierras, etcétera, etcétera, a su sobrino Roderick Vernon Rodney, a mí, el primo Francis dice: «... con la esperanza de que quiera a su manera continuar con la vieja tradición». ¿Por qué los abogados *nunca* ponen comas?

—Porque lo que escriben debería quedar muy claro con o sin ellas.

—Bueno, en este caso no queda claro. ¿Cuál de las dos cosas quiso decir el primo Francis?

—¿Qué dos cosas, cariño?

—¿Quiso decir, que yo «quiera a mi manera», o que «a mi manera continúe la vieja tradición»?

Sin comprender, Stella volvió a mirar el pelo rapado de la cabeza de Roderick, que se inclinaba hacia delante. Luego sugirió:

—A fin de cuentas, supongo que vendrá a ser más o menos lo mismo, ¿no?

—No me interesa qué vendrá a ser; quiero saber qué quiso decir.

—Ya. Pero primero tienes que decidir...

—¿Qué tengo que decidir? Lo ha decidido él. La casa es mía.

—Tenemos que pensar qué vas a hacer.

—Pero quiero saber qué quiso decir. ¿Significa que soy libre para hacer con la casa lo que me venga en gana, siempre y cuando continúe *la* tradición; o que, siempre y cuando haga las cosas como él las hizo, puedo entender «tradición» como me plazca?

—En el funeral había otro pariente tuyo, Roderick, un tal coronel Pole, que dijo que...

—Sí, sí, madre; ahora no importa el coronel Pole. Lo que tenemos que descifrar es qué quiso decir el primo Francis. Lo que dijera puede ser importante, y yo decidiré qué hacer dependiendo de lo que dijera.

—¡No hay que dejarse influenciar demasiado por un muerto! Después de todo, uno solo puede vivir como es capaz de vivir; al final uno siempre descubre que solo puede vivir de *una* manera, y eso a menudo significa defraudar a los muertos. Ellos no tenían idea de cómo serían las cosas para nosotros cuando vivían. Si vivieran, a lo mejor se hubieran decepcionado a sí mismos.

—¿Hay alguna razón para pensar que fue eso lo que le ocurrió al primo Francis?

—Mucha gente dice que parecía un hombre decepcionado.

—La tía Nettie perdió la cabeza; Irlanda se negó a entrar en guerra. Pero eso no es razón para decir que él se defraudó a sí mismo. En fin —concluyó Roderick, doblando el testamento y guardándoselo en el bolsillo—, no hablemos más del asunto. Lo tengo decidido.

—El coronel Pole me dijo que deberías pensarlo bien.

—Y lo he hecho.

—En su opinión no deberías comprometerte.

—Fred opina exactamente lo contrario.

—Quizá no puedas ir allí durante mucho tiempo. Está en Irlanda, tú eres británico, además..., estás en el ejército.

—Eso no puedo evitarlo. De todos modos, Mount Morris no va a escaparse.

—Pero, mientras tanto, el techo puede venirse abajo, o pueden caerse los árboles.

—No creo —dijo Roderick con toda tranquilidad.

Capítulo 5

Lo que la herencia había sido para Roderick, eso era Robert para Stella: un hábitat. Durante dos años los amantes habían gozado de un mundo hermético que, como el imaginario libro sobre nada, se sostenía a sí mismo por su fuerza interna. Se habían conocido en Londres, en septiembre de 1940, cuando Robert, que acababa de salir del hospital por una herida sufrida en Dunkerque, se presentó en el Ministerio de Defensa. Tenía la herida en la rodilla, y las secuelas consistían en una manera desigual de andar que podía llamarse cojera; era improbable que Robert volviera al servicio activo. La honrosa curiosidad de su caminar adquiría distintas variantes: a veces conseguía eliminar la cojera solo con la fuerza de voluntad; otras, avanzaba como dando tumbos, con una impaciente exageración de la cojera que se acentuaba aún más debido a su estatura. Stella descubrió que, como en los tartamudeos, las distintas variantes respondían a causas psíquicas: era cuestión de si ese día se sentía o no un hombre tullido. La conciencia que ambos tenían de semejante circunstancia era un componente tan esencial de su relación que Stella se preguntaba qué habría ocupado el lugar de la caprichosa rodilla si se hubieran conocido antes de 1940. Las primeras veces que se habían visto ella no había notado la cojera; o, si la había notado, vagamente, la había atribuido al ajeteo general de Londres y a su propia imaginación.

Se habían conocido durante el inquietante otoño en que Londres sufrió los primeros ataques aéreos, aunque al principio no se veían muy a menudo. Ninguna otra época pudo vivirse con tanta intensidad; uno adquiría cierta sensación poética ante la inminencia de la amenaza de muerte. Cada día despuntaba entre la bruma matinal provocada por el humo de las ruinas, y luego conseguía alcanzar un brillo diáfano; entre las últimas luces del atardecer y los primeros lamentos de las sirenas se esparcía la tensión vidriosa de la noche inminente. En cuanto uno echaba a caminar, saboreaba el dulce otoño pese a ciertas notas acres en la lengua y la nariz; y, mientras el polvo quemado se iba asentando y se disipaba el humo, uno se sentía cada vez más dispuesto a considerar el día como unas vacaciones puras y curiosas frente al miedo constante. Por todo Londres, los tramos precintados de calles peligrosas creaban islas de intenso y afligido silencio, y la gente se congregaba junto a las vallas y las cintas que prohibían el paso para admirar el soleado vacío que quedaba al otro lado. El tráfico que se desviaba de las avenidas principales a las calles laterales, el incesante y fantasmagórico trasiego de camiones, autobuses, furgonetas, carros y taxis que pasaban por delante de ventanas modestas y portales tranquilos generaban una sensación abrumadora del poder vital de Londres: en la ciudad, en algún lugar, había una poderosa fuente que hervía, brotaba y, sin que nada pudiera contenerla, abría nuevos canales con su propia fuerza.

En aquellos días, hasta el suelo de la ciudad parecía generar una fuerza especial: en los parques, las dalias enormes, de vino y terciopelo, y los árboles, en los que las hojas estiraban cada nervadura hacia el sol, proclamaban la idea de unos momentos de placidez gloriosa. Los parques, cerrados por culpa de los bombardeos —hojas acumuladas sobre las tumbonas vacías, aves flotando y deslizándose en los deslumbrantes lagos silenciosos— ofrecían espejismos de calma tras las rejas que los cercaban. Todo eso se contemplaba cada mañana como una especie de turbia ensoñación: el insomnio obligado conseguía que los espectadores se sintieran casi incorpóreos.

En realidad, nadie tenía vacaciones; muy pocos tenían la suerte de poder vagar por la ciudad y entregarse a ensoñaciones e imaginaciones. Las noches que se sucedían, una tras otra, formaban una ojiva de tensión al mediodía. Trabajar o pensar era sentir dolor. En las oficinas, en las fábricas, en los ministerios, en las tiendas o en las cocinas, la arena amarilla de cada tarde caía con lentitud; el cansancio era la única realidad. Nadie se atrevía a imaginar que podría dormir. Con apatía, los heridos y moribundos veían cómo cambiaba la luz del atardecer en las paredes de hospitales que acaso se derrumbarían esa misma noche. Quienes se habían quedado sin techo se sentaban donde les decían; o, peor, volvían sobre sus pasos, con la terquedad de los animales, para mirar lo que ya no estaba. Pero sobre todo los muertos, desde los depósitos de cadáveres, desde los montones de escombros, hacían sentir en todo Londres su anónima presencia —no como los muertos de hoy, sino como los vivos de ayer—. Incontables, aquellos muertos continuaban moviéndose en oleadas por la ciudad, obligando a los demás a verlo todo y a sentirlo todo con sus sentidos destrozados, vaciando para siempre el día de mañana que habían esperado..., pues la muerte no es tan repentina como se cree. Ausentes de la rutina de la vida, estampaban en cada lugar el sello de su ausencia: al ignorarse quiénes eran los muertos, no podía saberse por qué escalera alguien dejaba de subir aquella mañana (por primera vez en muchos años), o en qué esquina un vendedor de periódicos echaba de menos una cara, o qué trenes y autobuses, en la hora punta, irían más ligeros por la falta de al menos un pasajero.

Aquellos muertos desconocidos increpaban a los vivos —no con su muerte, que tal vez compartirían todos cualquier noche—. Clamaban a los vivos con su anonimato, que ya no podía subsanarse. ¿Quién tenía derecho a llorarlos, si nadie se había preocupado por ellos en vida? Así pues, entre las multitudes que seguían comiendo, bebiendo, trabajando, viajando, haciendo un alto, apareció la tendencia instintiva a romper la indiferencia mientras aún quedara tiempo. El muro que separa a los vivos de los vivos perdía grosor al adelgazarse el que separa a los vivos de los muertos. En medio de la transparencia de aquel septiembre la gente se volvió transparente, y solo se encontraban gracias al parpadeo apenas más oscuro de sus corazones. Los desconocidos se decían «Buenas noches, buena suerte» en las esquinas, mientras el cielo palidecía y se disolvía al atardecer; todos esperaban, cada

cual por su parte, no morir esa misma noche y, sobre todo, no morir en el olvido.

Dos otoños después, aquel otoño de 1940 parecería falso, más lejano incluso que la paz. Ninguna circunvolución planetaria propiciaría de nuevo aquella conjunción de vida y muerte; aquel Londres especialmente psíquico desaparecería para siempre; caerían más bombas, pero no en la misma ciudad. La guerra pasó del horizonte al mapa. Y fue entonces, al dejar de oler a guerra, al no verla y no oírla, cuando comenzó a instalarse en las conciencias un tedioso ambiente de acomodada indiferencia hacia el conflicto. La primera generación de ruinas, apartadas, apiladas, empezaban a erosionarse; de día constituían una escena habitual del paisaje urbano, pero dos años después, en septiembre de 1942, cuando las noches ya no representaban ningún peligro, desaparecían antes de amanecer. Era en ese insidioso decoro mudo de las ruinas donde se respiraba lo más infecto de la guerra. Los reveses, pérdidas, puntos muertos se sucedían casi imperceptiblemente; día tras día las noticias martilleaban las conciencias que ya ni siquiera reaccionaban. Por todas partes pendía la amenaza de aquel «y lo peor no es eso», aunque ya nadie podía ni quería oírlo. Era el oscuro centro del túnel. La fe se limitaba a un eslogan, redactado con desesperación para llamar la atención, que cada vez era más necesario pegar llamativamente en las vallas publicitarias y las peanas de los monumentos... No, no había virtud alguna en aquellas órdenes procedentes del exterior; dichosos los que pudieran recurrir a su fe interior.

Stella asociaba la época en que había conocido a Robert con el tintineo glacial de los cristales rotos cuando los barrían junto a las hojas crujientes del otoño, y con el renovado olor a humo de cada mañana. Solo podía recordar aquel otoño de 1940 mediante sensaciones aisladas; los pensamientos, si los había habido, eran irrecuperables. Después de la partida de su hijo, recordaba la despreocupada alegría que había sentido por no amar a nadie en particular en Londres; sin embargo, cuando despertó una mañana, aquella despreocupación también había desaparecido. Fue la mañana en que, un instante antes de abrir los ojos, vio la cara de Robert con una impactante claridad alucinatoria. Al abrirlos, se quedó mirando la habitación llena de sol con la certeza de que él había muerto. En todo caso, *algo* definitivo había ocurrido. Aquel otoño estaba viviendo en un apartamento, en un edificio que daba a una plaza: tras levantar la ventana de guillotina —como no tenía cristal desde hacía dos o tres noches, la hoja subió con una fantasmal ausencia de peso—, Stella se asomó y llamó al jardinero de la plaza, impasiblemente atareado al otro lado de la verja, con su rastrillo y su carretilla. Le preguntó a gritos si no sabría, por casualidad, dónde habían caído las bombas aquella noche. El hombre dijo que según algunos, en Kilburn; según otros, en King's Cross. «¿Entonces en Westminster no?», preguntó Stella. Pero el hombre se encogió de hombros y volvió la espalda. El sol estaba tan alto sobre los tejados de enfrente que Stella miró su reloj pulsera: sí, el sol tenía razón; se había quedado dormida. Hasta entonces, a ningún conocido suyo le había ocurrido nada, ni siquiera a ningún conocido de conocidos; sin embargo, aquel día

sentía un hormigueo que podría significar el fin de la inmunidad. Por primera vez, la inexistencia de su ventana, el silencio de cementerio de la iglesia en la plaza, el polvillo que se había depositado en su tocador adquirieron tintes ominosos. Más de una vez cogió el teléfono, que no daba línea. Mientras procuraba vestirse deprisa en medio de aquella luz cegadora, perdió el poco tiempo ganado al quedarse quieta porque algo empezó a sonar en su cabeza, y no era en absoluto un pensamiento, sino más bien una especie de murmullo sordo. ¿Sería posible que aquellos nervios no fueran más que cansancio y agotamiento?

Tras la caída de Francia parecía que ya nada podía ir peor. Incapaz de recuperarse de aquel golpe psicológico, el resto de aquel verano y todo el otoño, con los ataques a Londres, Stella había sido una espectadora que no tenía nada que perder: estaba exhausta, como cuando alguien se queda sin aliento. Tenía la impresión de estar ausente de su propia vida. Los bombardeos de septiembre la habían espantado, aterrorizado; la habían sumido en una especie de abatimiento absoluto: solo lo insignificante, un desgarrón en un vestido, por ejemplo, podía arrancarle lágrimas. El trabajo le daba fuerzas y, cuando no trabajaba, se distraía con gente que tenía el mismo estado de ánimo que ella. La sociedad se volvió amable; tenía el carácter de quienes se quedaron en Londres. Las personas que veía cada noche, arropándose unas a otras, llevaban una existencia agradable y feliz, con una especie de idealización de placer. Había gente que acampaba en casas destartadas o en pisos abandonados; a grandes rasgos, podía decirse que los pícaros se habían quedado y los buenos se habían ido. Aquella era una nueva sociedad: todos tenían el mismo nivel económico, la misma resistencia y aguante, y vivían como les apetecía; eran personas que se acomodaban al estado de peligro y que incluso empezaron a tener el mismo aspecto, como si estuvieran en la nieve, disfrutando del mismo sol y la altura de la misma estación de esquí, o como si estuvieran todos bronceándose en la misma playa del sur de Francia. El atractivo de los placeres residía en el azar, en la inestabilidad de sus escenarios, como si fueran telones de un teatro, en su anacronismo: el grupito pasaba jubilosas noches yendo de un lado a otro, de bares a tabernas, de clubes a casas particulares. Las caras iban y venían. Había un galanteo difuso en el ambiente, un permanente estado de soltería. En la campiña, entre los exiliados por voluntad propia, los intranquilos, los sufridos y los sanos y salvos, empezó a correrse el rumor de que en Londres todo el mundo estaba enamorado, lo cual era cierto, aunque no en el sentido en que lo decían en el campo. En Londres había mucho de todo: coquetería, bebidas, tiempo, taxis y, más que nada, espacio.

Stella y Robert también formaban parte de aquella íntima y despreocupada microsociedad que ejercía de guarnición londinense, de modo que era casi inevitable que se conocieran. Se encontraron por primera vez cara a cara en un bar o en un club nocturno: nunca recordarían cuál. Ambos estaban en su salsa, y el encuentro añadió instantáneamente algo más. Era típico de aquella vida vivida en presente y por el presente conocer gente sin saber gran cosa de ella: el vacío del pasado compensaba el

vacío del futuro; las historias personales se desestimaban como si fuesen un peso superfluo. Por razones diferentes, esto último le convenía tanto a ella como a él. (Más tarde, fue compilando la información de que, antes de la guerra, Robert había vivido y trabajado en el extranjero, en la sede de una empresa de su padre o de un amigo de su padre.) A primera vista, ambos vieron, el uno en el otro, el destello de una promesa, un pasado misterioso. Mientras los ojos de Robert, cuyo raro azul se intensificaba por la luz redoblada de los espejos, recorrían lentamente el mechón blanco de Stella, ella se descubrió no solo «empezando a analizar» sino «en pleno análisis» de aquella persona —comunicativa, nerviosa—, de la que solo apartó la vista para despedir a la amiga con quien había cruzado la sala.

Aquel gesto de despedida, tan rutinario e indiferente, era un indicativo claro para que no volviera por allí hasta más tarde. En realidad se lo decía a toda la sala y a todos y a todo lo que hasta entonces contaba como su vida: era un anuncio inconsciente de que estaba a punto de emprender un viaje, el primer y último saludo desde un buque que cada vez se aleja más. En el recuerdo, aquel gesto fugaz llegó a parecerle profético; siempre vería, fotografiada como si fuese ajena, su mano levantada, diciendo adiós. La pulsera deslizándose por el brazo y la manga retrayéndose, contra un fondo de luces y caras que se difuminaba, eran los últimos vestigios de su propia solidez. Volvió la mirada hacia Robert; después de tomar aliento, los dos clavaron sus miradas expectantes en los labios del otro. Los dos esperaron, los dos hablaron al mismo tiempo, sin escucharse.

Por el cielo de Londres avanzaba un avión enemigo, rugiendo lentamente en el sombrío océano de la noche, atrayendo descargas de ametralladora, tanteando, deteniéndose, girando, como fascinado por el punto donde comenzar a desempeñar su cometido. El fragor del bombardeo estalló, escupió metralla, vomitó fuego; dentro, las luces se mecieron en los espejos. Entonces, por el hueco que había dejado un premonitorio silencio cayó la bomba con un silbido. Con la sacudida de la detonación, que nadie pudo oír, las cuatro paredes se quebraron y luego reventaron; las botellas bailaron sobre los cristales; todo lo que estaba a la vista se distorsionó. La detonación, al atenuarse, se fundió con el estruendo del derrumbe: impacto directo.

Fue la demolición de un instante: se quedaron quietos hasta que cesó el temblor. Lo que habían estado diciendo, o lo que habían estado a punto de decir, ninguno iba a saberlo jamás. Casi todas las primeras conversaciones son naturalmente triviales; al perderse, las de Robert y Stella adquirieron la importancia de una clave perdida. Olvidaron lo que hicieron después, lo que dijeron en vez de lo que iban a decir: hay preguntas que, si no se hacen en el comienzo, no se hacen después, así que nunca las hicieron. Les habían arrebatado el momento culminante de aquel primer encuentro; más tarde tal vez se resarcieron un poco de aquello. Después de todo, nada salvo la emoción exaltada de las almas gemelas iba a inmortalizar aquellas primeras horas en sus recuerdos; e, incluso más adelante, cuando los encuentros ya eran demasiado importantes como para depender del azar, se gustaban el uno al otro sencillamente

por ser parecidos. En la atracción que el uno sentía por el otro también tenía su parte la *alegría* de esa atracción, la alegría por todo cuanto les resultaba halagador e incierto. Existía entre ellos una complicidad de hermanos gemelos, eran el uno para el otro el reflejo natural de un temperamento idéntico, al menos, en lo relativo al amor. Aquel inesperado otoño, en el que todo cuanto les rodeaba parecía estar en su punto álgido, el movimiento de sus corazones les resultó imperceptible; durante las primeras semanas, cuando empezaban a conocerse, no sabían qué parte de todo aquello se debía a la época, qué parte se la debían a sí mismos. La extraordinaria batalla que se libraba en el cielo los paralizó; habrían podido quedarse para siempre en la víspera del amor.

Todo aquello había durado hasta la mañana de octubre en que Stella despertó con aquella sensación de pérdida, ante lo que parecía ser la mirada amenazante del día. Algún sueño inconsciente había estado operando en la noche; al abrigo del sueño, alguna experiencia se había materializado en esa inmediatez sobrenatural con que se le presentó la cara de Robert. Aquellas eran noches en las que se dormía, si es que se lograba dormir, con un abandono en sí mismo agotador; pero ningún tipo de descanso explicaba la distancia que ella sentía entre sí misma y el ayer, o incluso entre sí misma y el hoy. Nada de cuanto veía o tocaba garantizaba siquiera su propia realidad: el reloj de pulsera parecía desmentir el tiempo; imaginó que habían desaparecido algunas horas por la noche; a lo mejor era mediodía, o por la tarde. Lo primero que hizo, en vano, al salir de prisa a la calle fue buscar un reloj público. Tan suspendido parecía el movimiento del mundo camino a su trabajo que se preguntó si la guerra no habría tal vez terminado. No había hablado con nadie, tras despertarse, salvo con el jardinero. Nada era imposible; aun así, llegaba tarde. Paró un taxi y subió.

Diez minutos después de que se sentara ante su escritorio, Robert la llamó por teléfono: acordaron que almorzarían juntos. Lamentándolo mucho, Robert le explicó que el restaurante donde se reunían habitualmente estaba cerrado; habían cerrado la calle, esgrimiendo una tontería sobre una bomba de relojería. Tendrían que ir a otro que les gustara en otra parte. Dio la casualidad de que ella nunca había ido al sitio que sugirió Robert, pero el nombre del restaurante surgía en tantas historias contadas por sus amigos que casi se había convertido en ficción, hasta el punto de que, al dirigirse allí, Stella sintió que acudía a una cita en las páginas de un libro. ¿Y Robert? ¿También era ficticio? De camino al restaurante, recordó la breve y trivial historia de ambos. El portero la invitó a pasar por la puerta giratoria; Robert, en el vestíbulo, se acercó. Stella se percató de la cojera, que aquel día era tan pronunciada que, hasta que no habló, parecía otro.

En una deslumbrante fusión de sol y luz eléctrica, se sentaron juntos en un banco de terciopelo, contra la pared. Cuando el camarero les acercó un poco más la mesa, fue como si cerrara un cepo; aparte de eso, había algo un poco forzado en la manera repetida y fugaz en que giraban el cuello para mirarse, hasta que, con la llegada de los martinis, Robert se permitió fruncir el ceño y pasar el dedo por el cristal empañado de

su copa. Luego dijo de repente:

—Me alegra que estés aquí. Estaba seguro de que te había pasado algo.

—¿Por qué me iba a ocurrir algo?

—Porque es exactamente el tipo de cosa que me ocurriría a mí.

Durante unos instantes, Stella no supo si Robert pretendía que se riera de aquella parodia inusual de la actitud de un muchacho melancólico. Se quedó con el cigarrillo cerca de los labios —antes de hablar, Robert había estado a punto de encendérselo—, tanteándolo con la mirada. Robert siguió con el pulgar en el mechero. Era igual que un error de proyección en el cine, cuando se congela absurdamente un fotograma en la pantalla.

Allí estaba la cara que había visto esa mañana antes de abrir ella los ojos. Su blancura, que no llegaba a ser palidez, tenía un tono de antiguo bronceado. El pelo y las cejas no añadían apenas sombras a aquel impresionista aspecto de resplandor, y no tenía bigote; la cara solo tenía leves motas de oscuridad. El uniforme caqui realzaba con nitidez sus rasgos sosegados, que en aquel momento y bajo la superficie revelaban una gran tensión. La más agradable de las cualidades que hubiera debido tener, la pasión, era en ese momento bastante menor, porque al tener la mirada apartada, se echaba en falta el tenue azul como de una llama de gas. La insistencia en no dirigirle la mirada se convirtió en una declaración más obvia que cualquier mirada; el hecho de que no encontrara nada más que decir acentuó en su boca una línea pétreo que hablaba por sí misma.

Al no ver el alegre y conocido movimiento de sus ojos, de su boca y de su frente, Stella sintió por primera vez la fuerza de su carácter. En lo desconocido perduraba como un fantasma lo conocido: su actitud, la forma alargada y estrecha de su cabeza y de sus manos, su juventud..., un tanto temperamental, enérgico y lírico que estaba perfilándose cada vez más al entrar en la treintena. Era unos cinco o seis años más joven que Stella.

El reloj dorado que brillaba en la pared soleada del restaurante, como tantos otros en Londres, se había detenido por una explosión. Cuando ella buscó a tientas sus guantes y él empezó a alejar la mesa, sus dos relojes de pulsera —que, en el futuro, iniciarían una relación propia en la que nunca se encontraron perfectamente sincronizados— marcaron, respectivamente, un minuto antes y un minuto después de las dos y media. Las dos y media de un día que, tras empezar tarde para ella, acabaría tarde para los dos.

La costumbre, de la cual debería desconfiar siempre la pasión, también puede ser la parte más dulce del amor. Durante los dos años posteriores a 1940 Robert y Stella se acostumbraron a vivir juntos en todos los sentidos, salvo en el de compartir techo. Pronto aprendieron a imaginar las idas y venidas del otro a lo largo del día, y respecto a las tardes que pasaban separados, enseguida tejían y encadenaban las historias

cuando se encontraban. Bien contadas, las horas de la semana que tenían solo para ellos no eran tantas, pero esas horas magnéticas extraían tanto del resto del día que ambos sentían que nada se perdía del todo, y que poco se desperdiciaba. Cada vez les resultaba más difícil distinguir la vida propia separada del otro; todo lo que hacían se unificaba en un recuerdo común, aunque cada uno por su cuenta podía y debía existir, decidir, actuar. Todo lo que hacían individualmente se convertía en simulacros de conducta; hasta que volvían a estar juntos, esperaban pacientemente, y entonces retomaban la vida donde la habían dejado. Por otra parte, también operaba una especie de conciencia doble, sus sentimientos entrelazados, que intensificaban todo aquello que tenían a su alrededor: nada de cuanto veían, sabían o se decían el uno al otro era trivial; todo se entretejía en el relato continuo del amor, que además adquiría sustancia, matices y coherencia, gracias a lo no dicho y lo imperfectamente sabido. Porque, desde luego, no se contaban todo. Todo amor tiene su propia relevancia poética en sí mismo; cada amor saca a la luz solo lo que es relevante para él. Fuera queda el vertedero de lo que no importa.

Había sido durante aquel primer invierno cuando Stella dejó el apartamento que miraba a la plaza y se trasladó al de Weymouth Street. De este último domicilio no soportaba los adornos estilo neo-Regencia, pero el hecho de que el edificio quedara vacío al atardecer compensaba el fastidio: en las escaleras y tras las puertas de las consultas no había nadie después de que oscureciera, nadie se movía ni escuchaba, y, cuando Stella y Robert volvían de noche, reinaba un profundo silencio. La repetición aumentaba la magia de lo que hacían al entrar en el apartamento, desde el saltito con que sorteaban las cartas tiradas en el felpudo —que allí se quedaban—, pasando por la prisa con que ella corría las cortinas de las ventanas ya oscurecidas por la noche, hasta su carrera a ciegas por la penumbra, mientras Robert esperaba a que Stella encontrara el interruptor de la lámpara. Por otra parte, no había dos encuentros completamente iguales.

Al principio, Roderick había sido la razón por la que los amantes no se habían ido a vivir a la misma casa. Hacerlo habría sido muy fácil, dada la indiferencia que la ciudad bombardeada prestaba a las vidas privadas, y la impasibilidad y la apatía con que todo el mundo subsistía entre las ruinas. Pero al cabo de un fantasmal año en Oxford, Roderick fue llamado a filas, y Robert y Stella fueron conscientes de que ya habían tomado la decisión implícita de continuar como hasta entonces, al menos «por ahora», un ahora que la guerra convertía en el único tiempo posible. La época de la guerra, con sus improvisaciones, pausas y aplazamientos, no podía ser más amable con el amor romántico. Ellos hablaban de vivir juntos con tan poca seriedad como de matrimonio, felices de seguir como estaban, dejándose llevar por aquella corriente hipnótica del día a día.

Era más que un sueño. Más, era una especie de mirada generosa y sonriente, una felicidad cuyo equilibrio parecía cada día más firme y seguro. El descubrimiento conjunto de la vida, por primera vez, era una cosa seria y, mucho más que seria,

luminosa; había en ello un temor reverencial. Milagrosamente libre de estorbos, su amor seguía desarrollando su plan; el desgaste del tiempo, siempre al acecho, aún no había llegado. No había dado señales de que fuera a hacerlo hasta aquel domingo en que Harrison hizo su visita.

La inesperada llegada de Roderick a Weymouth Street, aquella desagradable noche de domingo, tuvo dos efectos que Stella esperaba: el primero, apartar a Harrison del primer plano, y mantenerla alejada de Robert el tiempo suficiente para que se asentaran los efluvios de la conversación con Harrison. Era obvio que estos no iban a evaporarse. Más tarde, concluido el permiso de Roderick, cuando los amantes se encontraron tras lo que les pareció una eternidad, la intimidad desterró todo lo que les era ajeno. No fue sino hasta dos o tres noches después, habiendo regresado al apartamento con Robert, cuando Stella comentó de pronto:

—Ah, el domingo pasado no solo vino Roderick. También pasó por aquí aquel hombre llamado Harrison.

—¿Qué hombre? —preguntó Robert despreocupadamente.

—El del funeral.

—¿Qué? ¿Otra vez? Qué pesado. Parece que se te ha pegado de por vida.

—Cualquiera lo diría. Londres se ha vuelto demasiado pequeño. Dondequiera que vaya, ahí está Harrison.

—¿Nunca nos lo hemos cruzado?

—Nunca que nos hayamos dado cuenta; pero él cree habernos visto. Dice que te conoce.

—Ojalá lo conociera. Pero no, por increíble que suene, no creo conocer a nadie con ese nombre. ¿Es un tío bizco, dijiste?

—No es que sea bizco exactamente; más bien es esa manera de utilizar los dos ojos independientemente. Y de reírse.

—Qué raro. En fin, qué se le va hacer.

—¿Qué se le va a hacer a qué?

—Al hecho de que no tengo idea de quién es. No parece que sea alguien muy especial. Recuerdo que dijiste que no era viajante de comercio, pero no recuerdo qué dijiste que era.

—Creo que solo dije que no era viajante de comercio... Sí, siempre anda por ahí.

—A lo mejor le gusta escuchar las conversaciones ajenas. —De pronto Robert se levantó del ahuecado sillón en el que estaba sentado y se miró parcialmente en el espejo que se encontraba sobre la chimenea—. ¿No crees —preguntó— que es hora de que tire esta corbata?

—Pero... ¿quién es tan indiscreto como para que le guste escuchar conversaciones ajenas? —respondió Stella.

—Supongo que todo el mundo. Ya sabes cómo hablo yo, sin ir más lejos.

—Solamente sé cómo hablas conmigo. Yo no cuento.

—¿Entonces por qué no le preguntas a Harrison, ya que dice conocerme? Cariño,

no es que no me interesen tus nuevos amigos, pero me encantaría que le prestaras un poco de atención a esta corbata. —Deshizo el nudo, se la quitó de un tirón y, tras sentarse de nuevo, la estudió a la luz de una lámpara—. Un poco gastada —dijo—. Francamente, ¿no te parece?

Se la dio a Stella, que dijo:

—Sí, puede que esté un poco gastada.

—¿Cómo son las corbatas de Harrison, bonitas?

—No seas superficial, Robert.

—Cualquier cosa menos eso. Por lo que sé, puede que sea un tipo fascinante. Esa manera de usar los dos ojos independientemente y al mismo tiempo, dices... Cualquiera que te oyese pensaría que siempre has vivido con un cíclope, o con Lord Nelson.

Mirando la corbata con gesto de desagrado, Stella dijo:

—Déjame verla bien...

—Sí; es que esto es importante.

—Lo cierto —protestó ella, mientras se arrodillaba junto a él con la corbata en la mano— es que no puedo juzgar las corbatas que usas. Como tampoco puedo juzgar... ¿Qué pasaría, por ejemplo, si alguien viniera a decirme cosas ridículas sobre ti?

—Podrías mandarlo al diablo sencillamente, ¿no?

—¿Cómo sabría yo que lo que se me cuenta es ridículo?

—¿Entonces no puedes aconsejarme sobre esta corbata?

—Sí, supongo que tienes razón; supongo que es hora de tirarla —dijo, pasándosela por los dedos sin mirarla—. Es decir, cuando te acuerdes de comprar otra. A menos que tengas otra...

—Pareces triste —comentó Robert, mirándola—. ¿En qué estás pensando, «Una corbata más cerca de la tumba»?^[6] ¿O han estado diciéndote que veo a otra?

—No. ¿Estás viendo a otra?

—No. Para empezar, ¿cuándo quieres que la vea si no tengo tiempo?

—Ay, Robert, hablando de tiempo, ¿cuándo vamos a hacer lo que dijimos que teníamos que hacer: ir a pasar el día a casa de tu madre?

—¡Cielo santo —protestó él—, pero si acabo de volver de allí! La próxima vez que vaya, podemos ir los dos..., si aún te apetece. Pero, en fin, ¿por qué?

—Porque..., bueno, ¿por qué no?

—Yo no tengo ninguna objeción que hacer; es solo que no tiene sentido. Lo único que habría tenido sentido habría sido ver a mi padre, si no estuviera muerto. En fin, ahí están las otras dos si quieres verlas y si no te importa que armen un escándalo.

—¿No les caería bien?

Robert se lo pensó.

—No veo por qué no les ibas a caer bien, salvo por el hecho de que nadie les cae bien, jamás. No, me refiero a que armen un escándalo porque yo lleve a quien sea de visita. Tú no serías tú misma. Tú y yo estamos acostumbrados a causar una buena

impresión: a menos que puedas asumir que nadie te va a prestar atención, el día sería un fracaso. ¿Qué esperas encontrar allí? ¿Datos? ¿Mi historia clínica?

—Naturalmente —dijo Stella.

Él estiró la mano para volver a coger la corbata, pero al mismo tiempo dijo:

—En fin..., no vale la pena que vuelva a ponérmela, ¿no?

Capítulo 6

La visita a la madre de Robert tuvo lugar a las pocas semanas. Una tarde de sábado de principios de octubre, se bajaron del tren en una estación de los alrededores de Londres. Mientras Robert, en una especie de apresurado sonambulismo, la guio hacia la pasarela que cruzaba las vías, Stella siguió observando los otros andenes, los bancos desvencijados con iniciales grabadas, los anuncios publicitarios metálicos, con el esmalte herrumbroso —tal vez estaban allí desde que Robert era niño—, y los nuevos letreros para disuadir a los ciudadanos de emprender viajes. Afortunadamente, Stella cargaba con pocos viajes sobre su conciencia: desde el viaje para asistir al funeral del primo Francis, el mes de mayo anterior, no había salido de Londres más que una o dos veces. La estación le recordaba a aquella otra donde había esperado el tren que regresaba a Londres, con Harrison. No se parecían tanto en su arquitectura (en esta ocasión pertenecía a otra compañía, se inclinaba indiscutiblemente al gótico y estaba construida con piedra amarilla en vez de con ladrillo ciruela) cuanto en su emplazamiento: en ambos casos, la estación descansaba sobre un alto terraplén que albergaba una masa informe de tejados y calles y árboles, donde, al mirar desde los andenes, se veía el paisaje de la vida inglesa en su estado más incoherente y tranquilizador. Hasta los andenes parecían llevar la marca de los trabajadores que regresaban satisfechos a casa por la tarde: en el pueblo solo había que ocuparse de la casa. Las dos estaciones, para Stella, se convirtieron en epítomes de los dos momentos más conmovedores del año: en otoño y primavera todo comunica su misterio a los sentidos; nada está ajado ni trillado. Más aún: en aquellos años la idea de la guerra conseguía que cualquier escena inane se viera como a través de un cristal.

Pero con una diferencia: mientras que aquel día de mayo había sido triste y encapotado, este de octubre era radiante, y estaba allí con Robert, no con Harrison.

Subieron a un taxi, que no sería raro que Robert hubiera apalabrado antes, y descendieron la colina de la estación, pasando delante de escaparates de tiendas que parecían fundirse con los paisajes de los Tringsby. Holme Dene, la casa de la señora Kelway, quedaba a unos cinco kilómetros. Con el brazo enlazado en el de Robert, Stella exclamó:

—No te he preguntado qué les has contado.

—Les he dicho que venimos a dar un paseo por el campo.

—De haberlo sabido, me habría puesto otros zapatos. No es que no pueda caminar con estos, pero son un poco ridículos.

Robert echó un vistazo despreocupado a su pie estirado y dijo:

—Ernestine no es muy sutil que digamos.

—Pero, de todos modos, ¿quién cree que soy?

—Creo que logré meterle en la cabeza que eres una persona que trabaja en una oficina gubernamental, y que los sábados por la tarde nos gusta dar una vuelta por el campo.

—¿Y qué dijo?

—Dijo: «Querrás decir “pasear”». Pero lo que piensa mi madre es un misterio: ya veremos.

—¿Es decir, que tendremos que ir a dar un paseo?

—A lo mejor es un alivio: recuerda que el tren no pasa hasta dentro de varias horas.

La primera indicación que se veía al acercarse a Holme Dene era un letrero con las palabras: «atención: camino oculto». El sendero partía entre una hilera de plantas de hoja perenne y tras ellas se erguían unos árboles de hoja caduca. Los árboles, que iban quedando atrás durante un largo tramo, proyectaban una sombra curiosa sobre los muros encalados, y también proporcionaban la única razón por la que una casa podría encontrarse en ese lugar preciso, en un camino que de otro modo habría estado vacío. A la entrada no había una de aquellas antiguas casetas del guarda, sino un buzón oficial montado en un poste blanco, que parecía pertenecer a los Kelway, y cuya extraña mueca reflejaba el éxito de Holme Dene al haber podido convencer al servicio de correos de que se lo instalara allí. Bajaron del taxi, después de acordar que, dado que no llevaban equipaje, no tenía sentido llegar en coche hasta la puerta.

Un claro entre las plantas de hoja perenne les permitió ver Holme Dene al fondo del establo y la explanada de césped. Construida hacia 1900, la casa tenía un tamaño notable y un aire señorial, con tres plantas altas rematadas en un techo a dos aguas, y lucía en la fachada un entramado de madera con ventanas arqueadas, miradores y algunos balcones. La fachada estaba parcialmente cubierta con hiedra, que en aquel momento lucía un brillante color rojo oscuro. En torno a los curiosos parterres, bajo las ventanas, la vista buscaba instintivamente begonias: en un par de ellos, cierto, aún había rosas; en los otros, plantas de otro tipo, más elegantes, llenaban las figuras de los macizos florales, las medias lunas y puntas de estrella. Alrededor de los parterres el césped se había segado en franjas ondulantes; tal vez lo había hecho Ernestine o los niños. Una cortina de árboles era el decorado de una pista de tenis, una pérgola, un reloj de sol, un jardín de rocas, un palomar, unos gnomos, un columpio, unas sillas rústicas y una fuente para pájaros. A Stella, que no podía dejar de observarlo todo, no se le ocurría qué decir, y Robert no veía motivo para decir nada. De manera que no fueron interrumpidos, aunque Stella se sobresaltó cuando alguien apareció desde detrás de un laurel para detenerse en el camino, delante de ellos, riéndose de buena gana.

—¿Qué tal, Ernie? —dijo Robert—. Y tú, ¿adónde vas?

—¿Qué ha pasado con el taxi? —contestó Ernestine.

—Lo despachamos a la entrada.

—Claro, habéis venido a caminar —dijo Ernestine, que pareció muy satisfecha

por comprender de inmediato la situación. Se había abalanzado apresuradamente a buscar la mano de Stella, como si estuviera cerrando un trato, antes de que Robert iniciara las presentaciones.

—Bueno —dijo—, habéis tenido mucha suerte con el tiempo. Aunque por aquí no hay nada pintoresco que ver.

Stella sabía que Ernestine, la hermana mayor de Robert, le llevaba unos doce años: era viuda, la señora Gibbs. Entre ella y Robert estaba Amabelle, que se había casado con un funcionario de la Administración Pública de la India y se había visto obligada a quedarse en aquel país por culpa de la guerra. En Holme Dene, los hijos de Amabelle se sentían seguros, al cuidado de su abuela y de su tía; eran una niña y un niño, de apellido Joliffe, y presumiblemente tendrían algo que decir por la tarde. Aquel otoño, el hijo de Ernestine, Christopher Robin, se encontraba en Woolwich, al parecer bastante contento. Como tenía la edad de Roderick, estaba en el ejército y era hijo único, durante el viaje Stella se había hecho ilusión de poder conversar con otra madre en su misma situación; ante Ernestine, comprendió por qué Robert era menos optimista. Los rasgos de Ernestine, que uno por uno quizá no fueran muy distintos de los de su hermano, estaban dispuestos de manera tal que le daban un aspecto perruno. Su cara era larga; su cuerpo, corto; y una y otro, magros. Aunque allí quieta, delante de ellos, rebosaba de energía, a tal punto que parecía vibrar audiblemente. Por el uniforme del Servicio Voluntario Femenino que llevaba daba la impresión de que acababa de dejar alguna actividad vital de guerra, o que ella misma la había dejado un momento para ir a saludarlos; pero Stella sospechó que aquel era su aspecto en cualquier otro momento. Que aquella mujer hubiese amado, se hubiese casado y hubiera tenido un hijo parecía increíble; daba la impresión, por cierto, de estar muy lejos de lamentar que todo aquello hubiese acabado para siempre. La mirada de Ernestine iba de Stella a Robert indistintamente y resultó de lo más sorprendente la ausencia de conciencia humana que había en ella: parecía estar examinando un anuncio público para ver si debía hacerse algo más.

—Bueno, Robert —dijo—, encontrarás a Muttikins en el salón; aunque, claro, ella esperaba oír el taxi... —Tras retomar la risa donde la había dejado, la elevó un par de notas en la escala; luego le comentó a Stella—: Esta mañana decíamos: «¡Robert tuvo que recibir un tiro en la pierna para que se le antojara caminar!». Bueno, tengo prisa. Os veo a la hora del té.

Tras retirarse con un ímpetu innecesario, Ernestine se alejó a toda prisa por el camino de la entrada, permitiendo que Robert y Stella se dirigieran hacia la casa.

—¿De qué se reía Ernestine? —dijo Stella.

—Oh, de nada: solo se reía.

—Pero parecía estar riéndose antes de venir a saludarnos.

—Entonces supongo que nos habrá visto antes.

Stella se quedó pensando y luego preguntó:

—¿Muttikins?

—Mi madre: la llamamos así.

El salón de Holme Dene se veía desde la galería exterior, a través de un arco. Tenía tres ventanas de buen tamaño, pero dentro había tanto mobiliario oscuro de roble antiguo, tantos cuadros apergaminados y tantas cortinas de felpilla color cobre, que parecía que se tragaban la luz. Algunos muebles de caoba, como una mesa de comedor, una mesa auxiliar de cena y un piano vertical, tenían el estigma de haber sido expulsados de otras habitaciones; en cambio, el carillón debía de encontrarse allí desde siempre: el tiempo había congelado su tictac. En cierto sentido, las numerosas salidas, arcos y vistas al exterior acentuaban, en vez de atenuar, la sensación de abigarramiento en el salón; la escalinata interior, iluminada desde arriba y construida con todos los adornos y complicaciones que permitía el espacio disponible, descendía sorprendentemente hasta la mitad de la sala. Con la evidente esperanza de prevenir corrientes, aquí y allá se habían colocado biombos y pantallas de diversas alturas. Stella, nerviosa ante el encuentro con la madre de Robert, no sabía dónde mirar; le llamó la atención, como un señuelo, un pequeño florero con grandes dalias anaranjadas. Un silencio, más que un sonido, le hizo volverse rápidamente en aquel momento. La señora Kelway ya se había levantado de su sillón y llevaba en la mano su labor de punto.

Pequeña, varias tallas más pequeña que Ernestine, la madre buscó con la mano el hombro de su hijo; Robert inclinó la cabeza, y los labios de la mujer tocaron su mejilla, como confirmando los besos que le había dado allí tantas veces. Dijo:

—Robert...

—Muttikins —respondió él en un tono un poco más alegre. Luego añadió—: Muttikins, te presento a la señora Rodney.

—Señora Rodney —dijo la señora Kelway, mientras se giraba para mirar con escepticismo a Stella y luego estrecharle la mano—. Pero ¿qué ha pasado con el taxi? —preguntó a Robert.

—Lo despachamos en el portón de la carretera.

—Ernestine estaba pendiente de oír el taxi; supongo que la habréis visto por el camino.

—Sí, nos hemos cruzado con ella; estaba un poco *détraquée* —comentó él, como si estuviera sorprendido al notarlo por primera vez.

—Es sábado por la tarde —dijo la señora Kelway. Volvió a sentarse en el sillón que Stella debería haber visto, pues se encontraba en medio del salón. ¿Era una posición estratégica? Desde allí dominaba las tres ventanas, y, de reojo, el rincón de la chimenea. Las agujas de tejer Crystal volvieron a moverse suave y ligeramente, como por voluntad propia.

—Si no os hubiera visto venir por el camino —dijo—, habría empezado a pensar que habíais perdido el tren.

—A la señora Rodney —explicó Robert— le gusta caminar por el campo.

La señora Kelway miró fugazmente los pies de Stella.

—Es tan agradable salir de Londres —dijo Stella—. Y me encanta el otoño.

Luego se sentó, pues no vio ninguna razón para no hacerlo.

—Sí, tenemos un día muy otoñal. Yo apenas he ido a Londres últimamente, porque tengo entendido que se nos pide que no viajemos sin razón. De todos modos, no me gusta caminar, siempre he preferido la labor. Y ahora, para colmo, mi nieto está en el ejército.

—Ah, como mi hijo.

—A veces me pregunto cuánto tiempo durará.

—Ah, vamos —exclamó Robert—, el ejército no será una maravilla, pero sin duda se necesitaría algo peor que Roderick y Christopher Robin para acabar con él.

Sin cambiar de expresión, la señora Kelway dijo:

—No me refería al ejército. Me refería a la guerra. —Y tras observar cómo las agujas volaban tejiendo unos puntos tras otros, añadió—: ¿A quién te refieres cuando dices «Roderick»?

—Es el hijo de la señora Rodney.

—Ah —dijo la señora Kelway, con menos afabilidad incluso que antes.

Stella comprendió que el sentido del humor no tenía cabida en el trato con la madre de Robert. Con un temblor velado, con una pausa momentánea en la sensación de su propia existencia, Stella observó la arrolladora belleza de aquella cara en miniatura. El pelo oscuro de la señora Kelway, apenas veteado de gris, era de una suavidad que ponía de relieve el facetado diamantino de sus rasgos. Las cejas, la nariz, los labios eran implacablemente delicados, nítidamente definidos. Si la mirada de Ernie indicaba inconsciencia, la de su madre dejaba entrever la presencia muda de una obsesión. Pero ¿para qué hablar? Tenía todo lo necesario: ella misma era un enigma autosuficiente. Su escaso deseo de comunicación se revelaba en el desdén con que usaba las palabras. El salón se había convertido en lo que era porque reflejaba su carácter; ella decidía el interior de la casa, lo consagraba. En realidad, ni siquiera necesitaba salir. Con quedarse allí sentada, con mirar a veces el jardín ornamental —o sin mirarlo siquiera—, aquella mujer se proyectaba sobre Holme Dene: era su bosque embrujado. Si el poder de la señora Kelway terminaba en el portón blanco de la entrada, junto a la carretera, lo propio hacía el mundo con ella.

La mujer llevaba un traje gris de lana, anterior a la guerra, tanto en su calidad como en el estilo, suavizado en el cuello con un pliegue de tul.

Robert permaneció de pie entre su madre y Stella, quien, al levantar la mirada, vio su cabeza rubia recortada contra el lustre oscuro de un cuadro. Por su actitud tranquila, de espaldas a la chimenea apagada, y por cómo prestaba atención a una y otra mujer, cualquiera habría dicho que ese tipo de encuentros eran cosa de todos los días. Debía de haber heredado la estatura, la despreocupación y el pelo rubio de su padre: ¿había alguna otra cosa heredada que no conociera?

—Bueno, ¿no deberíamos salir? —propuso Robert.

—Pronto se servirá el té —contestó la señora Kelman.

—Entonces, tal vez un paseo antes y una caminata después.

Cuando se alejaron y nadie podía verlos por las ventanas —o al menos nadie sin poderes psíquicos—, Robert dijo:

—En realidad no es una mujer desconsiderada, sino más bien inconsciente.

Stella se quedó pensando.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó él.

—Bueno, sobre todo, cariño, me ha parecido un poco maliciosa. Pero a lo mejor tú no lo notas.

—Oh, lo noto constantemente.

—En Londres dijiste que armaría un escándalo. Hasta ahora no he visto indicios de nada semejante.

—No, lo que dije es que armarían un escándalo... *las dos*. Hasta ahora las has visto por separado, y ni mi madre ni Ernestine pueden armar un escándalo solas. Aunque mi madre ya te ha dado alguna prueba: ya te ha dicho bastante de sí misma.

—¿Y no es habitual?

—¿Cómo saberlo? Por aquí casi no viene ningún desconocido, y a Ernie y a los niños y a mí ya nos lo ha contado todo.

—¿Así que yo soy más que nada una desconocida?

—Sí, en términos generales.

Stella, mirando el recinto del establo ocupado por un poni que ni siquiera la miraba, preguntó:

—¿Y dónde están los niños?

—Es sábado por la tarde; pero deberíamos verlos cuando vayamos a tomar el té.

Los niños, la señora Kelway, Robert y Stella ya estaban sentados a la mesa de caoba —cuya desnudez había sido atenuada por unos manteles individuales, algunos platos, una bandeja con lacado japonés con su juego de té delante de la señora Kelway, panecillos, una hogaza, un pastel entero de rancio aspecto y un tarro de apetitosa mermelada de ciruela— cuando Ernestine entró a toda prisa y empezó a cortar la hogaza. Luego repartió las rebanadas sobre la hoja del cuchillo.

—Cielos —dijo Robert, tras recibir la suya—, la señora Rodney y yo olvidamos traer nuestra propia mantequilla.

La frase hizo que Stella advirtiera la distribución de la mantequilla: cada miembro de la familia tenía su ración delante de su plato, en un cuenco de porcelana de un color distinto. Era el preocupante comienzo de la semana de racionamiento; las consecuencias del despilfarro habitual, conforme pasaran los días, se irían notando. La vida independiente que llevaba Stella en Londres, de restaurante en restaurante, la había protegido frente a muchas y desagradables realidades domésticas. Por alguna razón, aquellos cuencos de colores la hicieron sentirse miserable y triste, como nunca hasta entonces, aunque no pudo sino admirar aquella solución al mismo tiempo franca, ocurrente y equitativa. Se apresuró a decir que no comía nada con el té.

—Le ofrecería un poco de mi mantequilla —dijo Ernestine—, pero solo

conseguiría que se sintiera incómoda.

Robert cogió un panecillo, que abrió al medio para untarlo con una gruesa capa de mermelada de ciruela.

—¡Hala! —exclamó su sobrino, Peter, hablando por primera vez.

—¿Lo hacéis así en Londres? Seguro que usan un montón de mermelada, ¡un montón de verdad! —comentó la niña, Anne.

—Mercado negro —dijo Robert, por la comisura de los labios.

Ernestine se echó a reír, pero no dejó de advertirle algo:

—Recuerda —dijo— que aquí nos creemos cualquier cosa. Me temo que somos muy dados al asombro épico.

Anne, bajando la mirada, enrojeció lenta y furiosamente. Los niños, de unos nueve y siete años, vestían jerséis que habían sido tejidos cuando eran más pequeños; y los dos daban la impresión de ser atrevidos y autosuficientes. Anne llevaba en el pecho una horquilla de plástico en forma de perro; Peter lucía un brazalete con letras crípticas.

—¿Y qué pasa si acabas en la cárcel, tío Robert? —preguntó Anne.

—En ese caso, tendrás que venir de visita.

Eso era ya ir demasiado lejos. La reacción compungida de Anne tensó la trama de su jersey.

—Vamos a tener llanto en menos de medio minuto —dijo Ernestine. La señora Kelway miró a la niña reflexivamente, pero no se le ocurrió nada que decir, salvo:

—Si no es molestia, a la abuela le gustaría tener un poco de pan.

—Ay, *Muttikins*, ¿no te di una rebanada?

—Esta vez no, Ernestine: yo estaba sirviendo el té, y después empezasteis a hablar de la mantequilla.

Stella se giró hacia Peter.

—Cuéntame —le dijo— qué dicen las letras de tu brazalete.

—Nada de lo que usted haya oído hablar —dijo Peter secamente, mientras procuraba llamar la atención de Robert—. Tío Robert, no le ahorraste al taxista mucha gasolina al bajar a la entrada; habrá tenido que seguir por la carretera más de un kilómetro y medio para poder dar la vuelta; en cambio, si hubiera entrado hasta aquí, podría haberla dado en la puerta.

—Ya he decidido no volver a hacer eso jamás —afirmó Robert.

—Tenemos ojos de halcón —dijo Ernestine—. Peter, muchacho, ¿no habrás ido con el brazalete *fuera* de casa?

—No me ha visto nadie.

—No importa si te han visto o no: ya sabes lo que digo siempre. Un juego es un juego, pero esta guerra es una cosa muy seria.

—Sí, tía Ernie.

—Y pregúntale a la señora Rodney si quiere más té. Si dice que sí, pásale la taza, y ojo, que no se caiga la cuchara.

—La señora Rodney —observó la señora Kelway— no tiene mucho interés en el té vespertino.

—Oh, pero lo cierto es que bebo mucho..., mucho té, quiero decir. Es una mala costumbre de la oficina.

La señora Kelway se quedó mirándola, con dudas evidentes de que las malas costumbres de la oficina se limitaran a beber demasiado té. Luego dijo:

—Nosotros bebemos té una vez al día; de lo contrario quizá no tuviéramos suficiente para los invitados. Entre semana mi hija suele tomarlo en el Servicio Voluntario Femenino, y si no fuera por los niños, yo estaría tentada de prescindir de él. Para mí, tomar el té sentada a esta mesa resulta un poco extraño, pero hubo que sacar del salón la de alas abatibles para hacerle sitio al piano. No podíamos dejar que Anne ensayara en una habitación helada; es igual que su abuelo. Desde que nos hablaron de la escasez de combustible nos hemos limitado a esta sala, que es la más recogida. Mi hija no siente el frío, y anda tanto de un lado a otro que casi no se quita el sombrero. Mi hijo me cuenta que en Londres una no se daría cuenta de la guerra; por desgracia, ese no es el caso aquí. Antes, por supuesto, Robert tuvo que pasar mucho. Más de lo que tenemos ganas de comentar —añadió, mirando a su hijo.

—Supongo que sí —dijo Stella sin mirarlo.

—Que no salga de aquí —agregó Ernestine—. ¿Habéis oído, niños?

—El tío Robert no parece muy discreto —respondió Anne.

Robert, intentando cortar el pastel, dijo:

—No, nadie diría que me guardo las cosas. La cosa, Ernie, es que tú nunca escuchas. No hay nada que no pueda contarte sobre los racionamientos. ¿No sería hora de comprar un pastel reciente?

—Pero es que este aún no lo hemos comido —objetó Ernestine—. Estoy segura de que la señora Rodney nos aceptará tal como somos.

—Por fortuna para la señora Rodney, no come pastel.

—Santo cielo, ¿por qué? —exclamó Anne, volviéndose para observar detenidamente a Stella—. ¿Tiene miedo de engordar?

—No digas «santo cielo» delante de los mayores, niña. La señora Rodney puede comer o dejar de comer lo que le plazca: esa es exactamente la diferencia entre Inglaterra y Alemania.

Retorciéndose bajo su jersey, Peter dijo:

—Los nazis la *obligarían* a comer pastel.

La señora Kelway, que fijaba su mirada clara y distante en la cara de su hijo desde su último comentario, dijo:

—Pero ahora los racionamientos son cosa del pasado.

El sol había ido poniéndose mientras tomaban el té, y el resplandor químicamente dorado de su luz realzaba los árboles linderos. Proyectados desde el jardín hacia el interior del salón, los reflejos daban a las sombras del salón la transparencia satinada del celuloide. Stella presionó el pulgar contra el borde de la mesa para asegurarse de

que quien estaba viviendo aquel momento era ella, igual que cuando, justo antes de un desmayo, parecía mirar las cosas a través de un telescopio oscuro. Tras conseguir enfocar la escena, observando los reflejos de la ventana en el esmalte de la tetera, se atrevió a mirar de nuevo a Robert, que estaba sentado al otro lado de la mesa, enfrente de ella, entre su sobrino y su sobrina. La luz vespertina, al caer en sus ojos azules, le daba el aspecto de un joven visto en Technicolor. Stella había dado por hecho que en aquella casa se interrumpiría la corriente que los unía; había previsto la monotonía, el letargo, incluso el absurdo de la casa. Pero ¿qué era aquel inesperado escrúpulo que sentía ahora respecto a la oportunidad de ir a Holme Dene? La escapada, de por sí bastante osada y de mal gusto, representaba una indecencia aún más grave en relación con ellos mismos. No había nada más psíquico que la mesa de la señora Kelway, que los separaba con su porcelana y sus alimentos; de todos modos, la mesa habría sido suficiente. Pensó que los ingleses eran extraordinarios, porque aquello desde luego era la mismísima Inglaterra. No se podía decir que aquella familia liderada por la señora Kelway fuera de clase media, porque eso dejaría en el aire la pregunta: ¿la clase del medio de dónde? Vio a los Kelway suspendidos en el espacio, en medio de la nada. Podía imaginárselos sin que hubiera *nada* más a su alrededor. Siempre sin el menor estremecimiento a lo largo de su historia. Su economía era insondable: se regía por normas morales.

Aparte de las ambigüedades de su relación con Robert, Stella sintió en Holme Dene cada una de las ansiedades, de las inseguridades de los híbridos. Ella, como él, se había liberado y había quemado todas las naves; pero mientras que todo lo que Stella había dejado atrás se había desvanecido para siempre, lo que Robert había dejado atrás no podía negarse. Hasta entonces, la vida no le había proporcionado nada tan agradable como aquel pasado olvidado y desvanecido para siempre. Su propia extracción social remitía a una clase que había exigido un sorprendente número de generaciones hasta diluirse y extinguirse: la nobleza rural que hasta hacía poco conservaba tierras y fincas y seguía recordándolas. Una hermosa verja, ya ruinosa, que daba a un jardín y unas placas conmemorativas en los muros de una iglesia aún le concedían algún empaque local, aunque distante, al que había sido su apellido de soltera. Como había nacido en el seno de una determinada posición social, rara vez se preguntaba cuál le correspondía en ese momento, y, menos aún, qué significaba tener una posición social en realidad. La señora Kelway y Ernestine, en cambio, parecían seguras de estar ocupando una posición social incuestionable.

Una de las carcajadas más sonoras de Ernestine interrumpió aquellas reflexiones. Reaccionó así cuando Robert dijo que, en su opinión, probablemente a Stella le gustaría ver la casa. Pero ¿no iban a salir a caminar de inmediato? Claro, claro, contestó Robert; pero, de todos modos, ¿por qué no ver primero la casa? Es que, más tarde, quizá ya el sol se habría puesto, o sería ya demasiado tarde. Según Robert, el sol no tenía tanta prisa. En ese momento Ernestine se volvió hacia Stella: ¿*entendía* la señora Rodney que la casa, pese a su apariencia antigua, en realidad no tenía muchos

años? Las vigas de roble, con total franqueza, eran imitaciones. Más aún, no tenían intenciones de alquilar Holme Dene, por si acaso Stella abrigaba esa esperanza. Stella contestó que nunca se le había ocurrido tal cosa. Pues entonces, continuó Ernestine —aunque a ella, claro, tanto le daba—, ¿por qué desperdiciar una tarde bonita? Robert, casi enfadado, dijo que a Stella le interesaba la decoración de interiores. A lo que la señora Kelway replicó de inmediato:

—Me temo que aquí no hay nada de eso. A tu padre siempre le gustaron las cosas sencillas pero buenas. Además, las mejores habitaciones están cerradas, por la guerra.

—Entonces le mostraré mis recuerdos de los tiempos del críquet.

—Cielo santo —dijo Ernie con una risita—, ¿y no pensará la señora Rodney que eres un presumido?

—¿Podemos ir? —gritaron los niños.

—No —dijo su tío—. ¿Por qué no vais a jugar al jardín?

—Pero entonces no nos ves.

—Puedo mirar por la ventana.

En la escalera que llevaba a la habitación de Robert, situada en la planta superior, Stella dijo:

—Me has hecho quedar como una entrometida tremenda.

—¿Y no lo eres? En fin, deja de pensar que estás causando una mala impresión. Te aseguro que no estás causando ninguna en absoluto.

La habitación de Robert tenía la ventaja de ser un desván: las ventanas ocupaban amplias partes del tejado; el techo inclinado proyectaba al nivel de la vista una romántica media luz, como en una tienda de campaña. Contra las paredes había imponentes muebles de caoba; el impecable barniz que los recubría era testimonio de la madurez de Robert. Se había respetado su negativa a abandonar la morada infantil y mudarse abajo, así que las comodidades adultas de la primera planta habían subido al desván, para intercalarse con las fantasías de un muchacho. Había una silla de escritorio tapizada en un immaculado azul carnicero;^[7] había un flexo junto a la silla; una alfombra turca, cuadrada, entibiaba el frío suelo de sintasol. Tarros de cristal con monedas, huevos de pájaros, mariposas y fósiles a los que había sido aficionado, o a los que se suponía que debía aficionarse, estaban alineados y ordenados, a la vista; trofeos y medallas de plata, encima de repisas o colgadas de ganchos, formaban una pirámide sobre la chimenea. Y había algo aún más sorprendente: abigarradas en dos paredes, ordenadas tal vez por su peso y tamaño, colgaban sesenta o setenta fotografías: desde instantáneas ocasionales a retratos de grupos numerosos, montadas en paspartú o enmarcadas. En todas ellas salía Robert. Solo o con amigos, con conocidos o parientes, aparecía retratado a lo largo de toda su vida.

—Robert, cariño... —dijo Stella, tras unos instantes de silencio.

—Lo sé...

—Nunca me contaste... No las habrás colgado tú.

—No, aunque, como ves, tampoco las he descolgado.

—Entonces, ¿tu madre? ¿Ernie? —Y luego, con timidez, añadió—: Deben de tenerte mucho cariño.

—Si fuera así —dijo él—, las habrían colgado abajo. No, solo suponen que yo me tengo mucho cariño a mí mismo.

—No importa... —Stella empezó a recorrer la exposición fotográfica, que, más allá de lo que significara para él, para ella era un festín. Tras pensar lo que Robert acababa de comentar, dijo—: No creo que sea tu caso. —Se detuvo ante una instantánea ampliada de Robert, en pantalones de tenis, del brazo de una chica alta y bonita que llevaba un vestido veraniego—. ¿Esta es Decima?

(Él había estado comprometido con Decima durante un período muy breve de tiempo.)

—Sí —dijo Robert, echando una ojeada por encima del hombro.

Stella descolgó la foto de Decima y la acercó a la luz.

—Debo decir que no está nada mal.

—No, claro; solo se dio cuenta de que el que estaba mal era yo.

—No sé... —comentó Stella—, me sorprende que no hayan quitado esta fotografía.

—A lo mejor no hay otra en la que llevo pantalones de tenis.

Stella colgó de nuevo la foto y siguió curioseando por la habitación. Al final se detuvo en la estrecha cama glacial, que había sido cubierta por una funda blanca almidonada, con el cabecero y los pies incluidos. En la estantería estilo neo-Sheraton que había junto a la cama los libros parecían haberse pegado unos a otros por falta de uso. Sobre la cómoda, unos cepillos con monogramas en el dorso descasaban sobre sus cerdas reseca. Todo estaba impoluto, no había polvo por ninguna parte, y entonces el aire fresco entró con todos sus peligros. Robert había abierto una ventana. Ella exclamó:

—Robert, esta habitación parece vacía.

—No puede estar más vacía de lo que está. Cada vez que entro me doy de bruces con la sensación de que no existo, no solo de que ya no soy nada sino de nunca lo he sido. Y tanto es así que me parece extraordinario venir aquí contigo.

—Pero ¿qué hacías *entonces...* y *entonces...* y *entonces...*? —preguntó ella, señalando una fotografía tras otra—. Y en todo caso, ¿quién hacía lo que parece haber hecho?

—Buena pregunta. No solo no tengo ni idea, sino que debo de haber tenido menos idea de lo que hacía en aquel entonces. Aquel bebé desnudo y al que han tendido tan decentemente sobre la alfombra de piel para mí no tiene más sentido, ahora, que el chico que sujeta ese trofeo, o el que lleva pantalones cortos y está subido a una roca con Thompson, o en el exterior de esa iglesia como mayordomo en la boda de Amabelle, o abrazando al labrador de Ernie, o en Kitzbühel o con Decima, o esa cesta de picnic o el caballo de Desmond...

—Pero habrán sido momentos especiales.

—Imitaciones de vida. Si hacer las cosas mecánicamente desde la cuna es un crimen, como creo, he ahí mis antecedentes penales. ¿Se te ocurre mejor manera de volver loco a alguien que clavar sus propias mentiras por toda la habitación donde duerme?

—Tonterías —dijo ella—. Hay solo dos paredes.

—Aun así, ¿qué crees que se proponen?

Cogiéndolo cariñosamente del brazo, Stella le dijo:

—No, solo han dejado la habitación como si estuvieses muerto.

—Vaya, maldita sea, Stella, ¿y te parece poco?

Ella se soltó para dirigirse a la cómoda y abrir un cajón: olió a naftalina y admiró el papel doblado encima de la ropa.

—Calcetines —dijo, mirando debajo del papel—. Muy bien guardados. A Roderick una pequeña Ernestine le vendría de perlas.

Cerró el cajón, suspiró y se sentó en el alféizar de la ventana, cuyo cojín hacía juego con la silla. Con un codo apoyado en el marco, se volvió a mirar a Robert, ensimismada.

—¿Qué estás pensando realmente? —dijo Robert.

—En si te he dado pie para comportarte como lo hiciste durante el té, o si aquí siempre eres un *enfant terrible*; en qué pasó con el labrador de Ernie; y, sobre todo, en cómo sería tu padre. En las fotografías en que sale contigo parece muy guapo.

—Era... ¿El labrador de Ernie? Murió en mitad de la semana de las negociaciones de Múnich. Esos perros grandes son muy sensibles; lo que no saben, lo presienten. Lo mismo le ocurría a mi padre; de hecho, hasta tal punto era así que su muerte fue un triste alivio. Al menos para mí. Sí, ¡mira todas esas fotos de nosotros dos! No podíamos evitar incordiamos el uno al otro, y, claro, en esta casa nos cruzábamos mucho. Algo tenía que pasar: a menudo yo no sabía adónde mirar, y, si mal no recuerdo, él tampoco. De hecho, creo que incluso entonces me daba cuenta.

—¿Y adónde mirabas?

—No tenía opción: él insistía con que nos miráramos a los ojos. Solía haber convulsiones de incomodidad cuando literalmente no podíamos evitarnos las miradas. Creo que te podría dibujar un mapa con cada una de las venas de sus globos oculares. Desde entonces la gelatina de un ojo, por no hablar de todo lo demás que puede haber dentro, me ha parecido insoportable. ¿No te has dado cuenta de lo poco que te miro los ojos? (No me refiero a mirar *a* los ojos, que es una cosa totalmente distinta.) Cuando nos conocimos, lo que más me gustó de ti fue ese modo de parpadear y la pereza que te da mantener los párpados abiertos; no solo me atrajeron tus ojos, sino que me tranquilizaron: sentí que teníamos los mismos escrúpulos sin que tú lo supieras. En mi padre era imposible no ver que algo se le había roto por dentro, o al menos a mí me resultaba imposible. ¿Puede que te extrañe que me preguntara qué le había pasado? Pero... ¿qué ocurre?

—Nada.

—Cuanto menos dices, más piensas —dijo él, caminando por la habitación, para detenerse a mirar las vitrinas con sus mariposas y monedas—. En todo caso, creo que mi padre te habría caído bien. Era apuesto, y a menudo sobrellevaba sus humillaciones adoptando una especie de dignidad. Desde luego, si tú, si alguien como tú lo hubiera amado..., pero no, no me imagino que eso pudiera ocurrir jamás; por lo que yo recuerdo, para él siempre era demasiado tarde. Y, desde su punto de vista, eso también lo habría puesto en evidencia: habría sido el colmo. En todos los sentidos, menos uno, era impotente; eso fue lo que saqué en claro de su relación conmigo. Lo que creo que le ocurrió no puedo decirlo en esta casa. Se dejó atar en su matrimonio como el labrador de Ernie dejaba que le pusieran el collar. De todas maneras...

—¿Y Anne es como él?

—¿Anne? —dijo él sin comprender—. ¿Por qué lo preguntas?

—Me pareció que tu madre decía que habían llevado el piano al salón porque ella era como tu padre.

—Ah, sí, él siempre tocaba melodías de oído, aunque Anne está aprendiendo a tocar el piano como es debido, solo que mal. Los *non sequiturs* de mi madre establecen conexiones que a veces uno no ve. ¿Qué más puedo contarte de él? Se le daban bien los negocios, o no estaríamos donde estamos; sí, pudo jubilarse relativamente joven, ¿y para qué? Me dio lo que me correspondía y depositó unas buenas sumas de dinero como dote para los casamientos de las chicas. Más tarde la crisis lo golpeó en algunas inversiones, pero no mucho. Le dejó a mi madre dinero suficiente para que mantenga su tren de vida de siempre.

—¿Cuánto te dejó a ti?

—Diez mil de entrada; mi madre es libre de disponer del resto, aparte de la casa, que, si sigue en la familia después de su muerte, pasará a manos de Ernestine y mías.

—¿Por qué no iba a seguir perteneciendo a la familia?

—Oh, porque está en venta, ¿sabes? Casi desde siempre. Mi padre se la confió al agente inmobiliario un año o dos después de que nos mudáramos. No es que le disgustara; simplemente pensó que le vendría bien un cambio. De hecho, hasta le echó el ojo a una casa llamada Fair Leigh, en las afueras de Reigate; pero nadie compró esta, y entretanto alguien compró Fair Leigh. Yo nací en una casa llamada Elmsfield que estaba cerca de Chislehurst; y entre aquella y esta vivimos en otra que se llamaba Meadowcrest, en las afueras de Hemel Hempstead. Supongo que a tus ojos todas tendrían más o menos el mismo aspecto, incluida Fair Leigh, imagino. Aunque esa nunca la vi; para mí fue siempre una especie de sueño.

—Cualquiera habría pensado que a quien abandonara Fair Leigh le habría gustado comprar Holme Dene.

—Algo se torció en algún momento; andábamos cortos de dinero. O la gente ya no sabe lo que es bueno, o pedíamos demasiado dinero por una casa con muy pocos baños. Antes la muerte que vender por menos de lo que habíamos pagado. De todas maneras, fue un engorro, como imaginarás.

—Pero hace un rato Ernie dijo claramente que no tenían intenciones de arrendar Holme Dene.

—Y con razón; la casa no puede alquilarse porque está en venta. Una infinita diferencia de prestigio. Así no nos molestan: la gente dejó de venir a verla varios años antes de la guerra. Por otra parte, nunca hablamos del tema siquiera entre nosotros, porque es un asunto muy doloroso. Este fue uno más de los errores de mi padre, o al menos así solíamos verlo: ahora, por fortuna, la guerra nos ha sacado del aprieto. Siempre hemos vivido incómodamente en esta casa; ahora al menos tenemos una excusa para hacerlo.

—Aun así, me parece muy triste —comentó—, muy desagradable, diría yo, ¿no?

Miró por la ventana al jardín solitario, en el que los gnomos, la pila para pájaros y las sillas rústicas parecían flotar vagamente y sin objeto. Desde el desván se veía el resto del mundo a través de los huecos que dejaban las copas de los árboles; la ilusión de densidad vegetal se desvanecía; el escaso follaje se recortaba en jirones contra el cielo. No había cuervos. A la luz de aquel limpio atardecer, el diseño de los arriates de flores en medio de la hierba parecía provisional, y era como si aquellas rosas pálidas hubieran sobrevivido por ser las últimas..., y no solo del año, sino de siempre, las últimas rosas del mundo.

—¿Cómo pueden vivir, cómo se puede vivir —preguntó Stella— en un sitio que lleva años pidiendo un punto final?

—Ah, siempre habrá otro —dijo Robert sin inmutarse—. Todo se puede empaquetar, cerrar, apilar y enviar. Al fin y al cabo, todo lo que hay aquí se trajo de otra parte, y seguramente con la intención de trasladarlo una vez más, como un decorado que va de teatro en teatro. Se arma donde sea: la ilusión es la misma.

—¿Esto te parece una ilusión?

—¿Qué otra cosa, salvo una ilusión, tendría semejante poder?

Robert hizo un gesto de amarga indiferencia; luego, como para reducir la brecha que los separaba, se dejó caer a su lado en el asiento del alféizar y le cogió la mano. Algo se movió en el jardín, y Stella se giró y miró abajo: los niños aparecieron corriendo alegremente por la hierba, levantaron la vista y empezaron a hacer ejercicios.

—Ah, ahí están —dijo ella—, y les prometiste mirarlos.

Anne y Peter dejaron entrever que sabían que la promesa se estaba cumpliendo por el duro esfuerzo, las frentes enrojecidas, las mandíbulas apretadas con las que se empleaban, y por la mirada fija que se resistía a echar siquiera un nuevo vistazo a la ventana de su tío. Desde arriba, los niños parecían estrellas de mar electrocutadas. Stella sujetó la mano de Robert por debajo del nivel del alféizar mientras contemplaba el espectáculo; deseó haber tenido hijos con él y luego se preguntó cómo habrían sido. «No aguantéis la respiración», gritó de pronto Robert; y al instante Anne abrió la boca, se desinfló, se tambaleó y se desplomó en la hierba, boqueando. Peter, sin embargo, continuó hasta que Robert dijo: «Ya está bien». Con

la sensación de que debía hacerlo sin falta, Stella aplaudió histéricamente, hasta que la reacción de todos, incluso la de Robert, le dio a entender que los aplausos estaban fuera de lugar.

—Oh, lo siento... —lamentó.

—No te preocupes —dijo Robert.

—¡Qué calor! —resopló Anne, estirándose el jersey sobre su agitado pecho—. Teníamos miedo de que ya os hubierais ido a dar un paseo.

—Pero os habríamos visto de todos modos —agregó Peter—. Os lo prometimos.

—Lo habríamos hecho antes, pero la abuela nos entretuvo.

—Es que no encontramos la pesa de media onza de la balanza.

—La abuela quería pesar un paquete para que lo llevéis al correo en Londres.

—Dice que tendréis que pesarlo en Londres.

—Ella no puede pesarlo, porque no encuentra la pesa.

Al principio, los niños se habían quedado sin aliento; pero poco después, cuando Anne se levantó, ambos parecían completamente repuestos y, de pie bajo la ventana de Robert, gritaban con un vigor propio de cantores de villancicos. Parecían más capacitados para gritar que para hablar normalmente; sin embargo, ambos se habían mostrado un poco huraños a la hora del té. Había tan pocos motivos para interrumpirlos que Stella y Robert se vieron forzados a imitar la forma en la que la realeza desaparece de un balcón, poco a poco y entre sonrisas; o, mejor aún, la forma en la que desaparece el gato de Cheshire, dejando tras de sí sonrisas suspendidas en el aire. Stella se sobresaltó espantosamente cuando, en el momento en que se apartaba de la ventana, de espaldas, Ernestine entró de golpe en la habitación gritando:

—¡Vaya, estáis aquí!

—Sí, claro, Ernestine —dijo Robert—. ¿Por qué?

—Creí que ya habíais salido de paseo; entonces oí gritar a los niños y pensé que estaríais. Debo decir que me alegro de encontraros. Muttikins quiere darte un paquete para que lo echas al correo en Londres.

—¿Qué problema hay con el correo de aquí?

—Ninguno —dijo Ernestine lealmente—. Pero, claro, la oficina no abre los domingos, mientras que en Londres sí.

—La primera noticia que tengo.

—Bueno, Muttikins dice que *algunas* sí, que en Londres algunas oficinas sí abren. Y, como sabes, hoy en día cada momento cuenta. Estoy segura de que a la señora Rodney no le importará.

—Lo llevaré al correo encantada —dijo Stella.

—Pero ¿este asunto no podía esperar —dijo Robert— hasta que estuviéramos a punto de marcharnos?

Ernestine lo miró con condescendencia:

—A: en el último momento siempre hay prisas y nadie tiene tiempo de explicar nada; y, B: puede que yo tenga que salir de un momento a otro. Así que pensé que lo

mejor sería decirte que hemos tenido una pequeña complicación. Hemos buscado de arriba abajo, pero en vano, la pesa de media onza de la balanza de Muttikins; no ha aparecido; y como no ha podido pesarlo, no está segura de haberle puesto al paquete todos los sellos necesarios: es difícil saberlo. Y ya sabes cuánto le disgusta quedar en deuda con quien sea. Así que, por si acaso, ha dejado tres peniques con el paquete, en el aparador de roble que está al pie de las escaleras. Si cuando el correo pese el paquete resulta que, al final, tiene sellos suficientes, le podrás traer los peniques la próxima vez que vengas. Está claro, ¿no? Dejaré todo sobre el aparador, al pie de la escalera; bajo ahora mismo a ocuparme de ello. Robert, ¿me prometes que no lo olvidarás, o le pido a los niños que te lo recuerden? —Se acercó corriendo a la ventana y miró abajo—. Ya nada —dijo—. Se han ido. Se habrán ido a otro sitio: si los ves, puedes pedirles que te lo recuerden. Si lo haces, asegúrate de comentarle a Muttikins, al salir, que les has pedido que te lo recuerden, porque si no, se quedará con la duda. Está en el salón. Desde luego, allí estará para despediros, pero no quiero que se preocupe por nada más... No sé *adónde* pretendes ir caminando, Robert, pero si querías ir a alguna parte, tendrías que haber salido antes; en fin, deberías salir de inmediato, o habrás traído a la pobre señora Rodney engañada con falsas esperanzas de un paseo por el campo.

—Ha sido por mi culpa; me he entretenido mirando todas estas fotografías —dijo Stella.

—Sí, toda una galaxia, ¿verdad? —dijo Ernestine—. Robert siempre ha salido bien en las fotos; por el contrario, mi muchacho, Christopher Robin, sale huyendo cada vez que ve una cámara. En fin, las fotos nos recuerdan el pasado. ¡De nuevo torcidas! —protestó, apresurándose a enderezar unas cuantas—. ¿Qué has estado haciendo con ellas, Robert? ¿Le ha dicho Robert —añadió, volviéndose a Stella— que esta es mi hermana Amabelle, la madre de los niños, jugando al golf con Robert, antes de casarse? Ha adelgazado mucho desde que está en la India... Y ese es nuestro padre, poco antes de enfermar: rezumaba energía y alegría, aunque en algunas cosas Robert se parece a él... Y ese, pobre, era mi perro.

—Sí, Robert me lo ha dicho.

—Tenía una magnífica fe en la naturaleza humana —dijo Ernestine, sonrojándose por primera vez de emoción—. Claro, llegó a casa cuando era solo un cachorro. Y me alegraría pensar que ninguno de nosotros lo defraudó. Con frecuencia pienso que si Hitler hubiera mirado a ese perro a los ojos, la historia habría sido muy diferente. En fin. Pero... ¡Ah, el teléfono! Alguien más me busca.

Robert y Stella bajaron después, tras concederle una considerable ventaja a Ernestine; sentada en su sillón, en mitad del salón, la señora levantó la vista de su labor.

—No podréis ir muy lejos —dijo.

Stella cogió sus guantes y su bufanda del aparador de roble, vio el paquete con los peniques encima y esperó; sin embargo, no se dijo nada más. Mientras ella y Robert

salían a la galería, los niños doblaron la esquina de la casa y aparecieron corriendo y dando vueltas, con aire despreocupado.

—¿Podemos ir con vosotros? —preguntaron.

—No —dijo Robert.

—¿Vais a cruzar el bosque?

—Quizá.

—Porque nosotros siempre hacemos como que es un campo minado.

—Entonces haced como que nos habéis volado en mil pedazos.

—Oh —dijeron, dubitativamente.

La pareja de adultos se alejó por el jardín. Stella sintiéndose mal por los niños, a cuyas caritas no se atrevía a mirar, y Robert, cojeando.

Capítulo 7

Robert debía estar de vuelta en su puesto a las nueve. Cenaron temprano en el Soho, adonde fueron directamente desde la estación, y se despidieron en una esquina. Stella volvió andando sola a su apartamento. La campiña parecía haberla seguido hasta Londres y le pisaba los talones como un fantasma perturbador, anulando la realidad de la ciudad; a su alrededor, una brisa agitaba ligeramente una oscuridad carente de sustancia. Como en los bosques, las hojas muertas amortiguaban el impacto de sus tacones en la acera; de los sótanos emanaba un olor otoñal a mohó; de vez en cuando, un canalón flojo chirriaba en el alero de un edificio, quebrado como una rama. Todo aquello, junto a la ausencia de las «buenas noches» de los amantes, no hacía sino amargar su susceptibilidad. Nubes lentas y furtivas se desgarraban en el cielo. Stella no llevaba sombrero, y un par de veces una gota —sola, siniestra, tibia— estalló en su frente. Caminaba hacia el oeste, hacia los últimos jirones pálidos de la tarde... Aquella inquietante persistencia de un día inquietante comenzaba a oprimirla, igual que la visión de la larga calle sin luz, por la que pasaba poca gente y en la que nadie se cruzaba con ella. Nunca, nunca habrían sido más tranquilizadoras las ventanas encendidas de los tiempos de paz y las farolas urbanas de una noche otoñal. El silencio caía sobre Londres en aquella desasosegante oscuridad; aquí y allá una figura vigilante se apostaba en un portal; o dos amantes, acurrucados, extraían con sus besos la vitalidad que le quedaba al final del sábado.

Stella empezaba a sentir que no era la campiña, sino la Europa ocupada lo que ocupaba Londres: escuchas, sospechas, movimientos furtivos y corazones encogidos. Esa noche, los países doblegados iban a la deriva. La cercanía física del enemigo era palpable. ¡Qué pocos kilómetros separaban la capital de la costa, y una costa de la otra! Esa noche se había alzado el telón de seguridad que dividía el aquí del allí; el aliento del peligro y la tristeza se propagaba libremente de una costa a otra. La mismísima tensión que dominaba las nubes conectaba Londres y París; y del mismo modo que tal vez otra mujer lo hacía en aquel momento en París, Stella se consoló preguntándose cómo se le había ocurrido la idea de que se pudiera ser feliz.

Llevaba en la mano el sombrero que había usado todo el día; con un dedo de esa misma mano llevaba colgando de un cordel el paquete de la señora Kelway. El nudillo presionaba contra algo mullido y bien envuelto que solo podía ser lana. Se había hecho cargo del paquete: iba dirigido a Christopher Robin, tal y como habían tenido que informar en el tren, y no una sino tres veces. «Me acordaré de llevarlo al correo mañana, camino al trabajo; tú lo olvidarías, lo sé. En cualquier caso, solo sacaron a relucir el asunto porque soy mujer». «Y madre». «No creo que lo hayan notado». «Bueno, te lo advertí, ¿no?» «Sí, procuraré llevarlo al correo; pero, por el amor de Dios, guárdate esos peniques». «Cómo odias los peniques», observó Robert,

sacudiéndolos sin ninguna intención con su calderilla. «En cualquier caso, no se habría armado tanto alboroto si no hubieras intentado rechazarlos. Menudo lío. ¿De veras las estafetas de correos de Londres permanecen abiertas los domingos?» «Estoy segura de que si lo dice tu madre, debe de ser cierto».

A esas alturas le dolían los pies. Cruzó Langham Place hacia su calle. En aquel punto apretó el paso mientras buscaba con la mirada, a través de una oscuridad menos desconocida, la puerta de su casa. Que al parecer hubiera allí una figura apostada, esperando, que de inmediato Stella sintiera que había regresado a un espacio vigilado, quizá fuera solo un engaño más de sus nervios. De camino a casa, su persona se había diluido a tal punto entre miles de seres oprimidos, que aquel Alguien, en un primer momento, le pareció solo la miedosa materialización de algo inevitable. Alguien contaba sus pasos al acercarse; ningún alto ni pausa escapaba a la observación. A ella no le restaba sino escuchar a quien la escuchaba, vigilar al vigilante, y seguir andando, sin detenerse: la premura de sus pasos, la onda perceptible que subía desde sus tacones cuando golpeaban la acera, le devolvieron un remedo de sentido común. Pero la decisión de que no podía haber nadie coincidió con la prueba de que lo había. Se encendió una cerilla, la llama quedó protegida y luego cayó al suelo. Aquello era una bravuconada, y gratuita: porque el objetivo del observador no era otro que permanecer oculto hasta el último momento. Era un descarado anuncio de impunidad; solo podía tratarse de Harrison, porque, ¿quién, si no, podía ser tan derrochador con las cerillas, en aquellos días en que apenas las había? ¿Quién, sino él, podía hacer tanta ostentación de su poder «secreto»?

Al acercarse a la puerta y al observador, Stella rebuscó en su cartera para sacar la llave. En mitad de la escalera del portal, dijo por encima del hombro, sin mostrar ninguna expresividad:

- ¿Hace mucho que esperas?
- Supuse que estarías a punto de volver.
- ¿Querías verme?
- Más bien me gustaría hablar contigo.

Antes de que la llave girara en la cerradura, él ya había subido los escalones respetuosamente a su lado; se coló en el vestíbulo con la rapidez de un perro al que normalmente dejan fuera. Con un gesto automático Stella comenzó a subir aquellas escaleras en la oscuridad, pues las conocía bien, y luego se volvió a ver qué hacía él. Por supuesto, Harrison tenía una linterna: la luz revoloteó sobre las cartas de un médico que había sobre una mesa; luego se detuvo, asombrada, en una máscara del arco de yeso y después empezó a perseguirla a ella, acortando la distancia, escaleras arriba.

—Por cierto, al menos *una* persona en cada grupo debería tener una linterna — dijo Harrison.

Estuvo jugando con el haz de luz entre los dedos mientras Stella abría la puerta del apartamento. Una vez dentro, recogió las cartas que ella siempre dejaba tiradas al

llegar con Robert. Nada habría sido peor que volver a casa sola; incluso aquello, aun con sus grotescas diferencias respecto a otras ocasiones en las que regresaba acompañada, era preferible. Silbó una melodía para sí misma mientras cubría rápidamente las ventanas; le parecía inconcebible que el apartamento fuese el mismo. Haciendo las cosas sin pensar, encendió la lámpara y la estufa. Al volverse descubrió que Harrison se había sentado.

—¿Sabes? aquí se está muy a gusto. Pienso en este piso tan a menudo que, si me permites decirlo, me siento un poco en casa —dijo Harrison.

—En tal caso, me gustaría cambiarme de zapatos —dijo Stella. Al volver de su habitación, calzada con pantuflas verdes, continuó—: He estado en el campo, como sabrás.

—¿Aprovechando lo poco que queda de buen tiempo?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Solo preguntaba si estabas aprovechando lo poco que queda de buen tiempo —repitió Harrison, con paciencia.

—Ah, ¿crees que va a llover?

—Hace un momento cayeron unas gotas.

—Yo sentí una cuando venía.

—Sí, esta noche da la impresión de que se aproxima un cambio. En fin, llueve sobre justos e injustos,^[8] como suele decirse, ¿no? Ja, ja...

Stella se dejó caer en su sillón, exhausta, con los pies apoyados sobre un taburete de patas doradas; luego giró la cabeza sobre los cojines, y no pudo evitar un comentario:

—Es la primera vez que te ríes esta noche.

—Mi risa siempre te irrita un poco, ¿no? A lo mejor me río más que nada cuando estoy nervioso. Pero esta noche me da la impresión de que nos entendemos. De alguna manera, para empezar, tú pareces más tranquila.

—En realidad, lo que estoy es muy pero que muy cansada.

—Debe de haber sido un día difícil —dijo, amablemente Harrison—. ¿Qué tal salieron las cosas?

—No tengo ni idea. ¿Por qué?

—Mira, si te sientes agotada, no tienes que hablar. Yo me conformaría con quedarme sentado un rato.

—¿Haces eso a menudo?

—Vengo aquí muy de vez en cuando.

—Una cosa: ¿esta noche no trabajas?

—Yo no...

—¿Has venido por negocios o por placer?

Con la punta de la lengua, Harrison se tocó el labio superior por debajo del fino bigote recortado. Estaba inclinado hacia delante en su sillón, el cual, como tantos terceros sillones en una sala donde en general solo se sientan dos personas, era un

sitio apartado, olvidado un poco más allá de la alfombra, y estaba girado hacia el de Stella (que miraba al de Robert, vacío) en un ángulo provisional que él no había cambiado. Así colocado, Harrison solo veía el perfil de Stella, a menos que se las ingeniara para hacerle volver la cabeza.

Stella le había hecho la pregunta de perfil, y con más despreocupación y más desinterés que de costumbre; pero un momento después lo miró como si efectivamente esperase una respuesta. Él no le mostraba más que su frente: mirando el suelo con una mueca de disgusto, apoyó un puño contra la palma de la otra mano, como dudando, sin hacer mucha fuerza. Al no levantar la vista, Harrison transmitía la impresión de que estaba tan incómodo por su culpa, como disgustado por su propia timidez.

—Pensé que tú lo sabrías —dijo contrariado.

—Entonces será que esta noche estoy medio tonta. Será mejor que me lo cuentes. Cuéntame también qué he estado haciendo.

La sonrisa de Harrison al oírla fue tan sincera que Stella solo pudo aceptarla de buen grado. Enseguida Harrison lo estropeó todo diciendo:

—Te diré una cosa que has estado haciendo, Stella: te lo has estado pensando.

Ella levantó la mano entre la lámpara y sus ojos.

—¿Te importa que te llame por tu nombre? —preguntó Harrison.

—¿Pensándome el qué?

—Lo que hablamos.

—¡Cuando me acuerdo de eso, y no es muy a menudo, solo es para asegurarme de que lo he soñado! —le espetó.

—Aun así, hay sueños que se cumplen, ¿no crees? Quiero decir, si me pareciera soñar que veo a un tipo al pie de mi cama rebuscando en mis bolsillos, examinaría los bolsillos en cuanto despertara. ¿Quién no? Tú misma lo harías. Lo difícil sería, claro, saber qué tenía exactamente la noche anterior en los bolsillos. Es extraño cómo hay cosas que vuelven a la mente una y otra vez: algunas otras desaparecen, pero no se puede estar seguro de qué se trata...

—Yo nunca tengo sueños así.

—No, por supuesto; tú y yo sabemos muy bien que no hay sueños así. Si algo parece que ha sucedido, podemos apostar veinte contra uno a que sucedió. Decir que algo es «improbable» no es más que andarse con evasivas; algo es imposible o es un hecho comprobable. O, si no, se comprueba que algo con pinta de ser un hecho es imposible; eso también puede ocurrir. Así es como estás decidida a que se resuelva este asunto, ¿no? Para ti es mi palabra contra tus..., eh..., ideas. ¿Y qué me dices de esas ideas? Si quieres saber cómo sé que estuviste pensando en ello, lo único que te digo es: mira lo atenta que has estado. Es curioso: cuando lo pienso, te has comportado tal y como imaginé que lo harías. Si te aburre repasar el último mes, tomemos el día de hoy, por ejemplo. Hoy has hecho exactamente lo que yo habría hecho en tu lugar.

—Me halagas, pero sigo sin entender.

—Fuiste a ver el lugar donde podría estar la raíz del problema. Ojo, no es que quiera saber qué has encontrado.

—Puedes verlo por ti mismo: ¿o a lo mejor ya lo has hecho? En tren se llega pronto.

—Ah, el tiempo es lo de menos —dijo Harrison simplemente—. Y tampoco es solo el hecho de que ya tengo todo lo que necesito; en general, estoy a favor de echar un último vistazo. No, la cuestión, para decirlo en dos palabras, es que no soy mujer. Tú vas naturalmente por ese camino; yo voy por otros. En la mayoría de los casos, y sobre todo, desde luego, en uno como este, hay que asumir que hay distintos caminos: la pregunta es: ¿cuál tomar primero? Eso depende de cómo sea cada uno. En igualdad de condiciones, yo no elegiría el mismo que tú. Por eso digo que has hecho lo que yo habría hecho en tu lugar.

—¿Espiar en una casa?

—El hecho de que seas mujer es un arma de doble filo —dijo Harrison con cierto pesar—. No voy a decirte nada que no sepas, y no te gusta que te digan lo que no te gusta saber. Quieras o no, nada se te escapa; excepto, si me permites decirlo así, lo que tienes justo delante de las narices. Aquel domingo por la tarde, la última vez que vine por aquí, te expuse cuál era la situación, y te dije que las cosas eran así, así y así: prácticamente me mandaste al diablo, aunque no del todo. Me pareció que preferías dejar las cosas en suspenso. De momento, a mí me da igual dejar las cosas en suspenso, aunque por supuesto no de manera indefinida. Si creías que todo se enfriaría con el tiempo, no ha sido el caso.

—Tenía la esperanza de no volver a verte. Aunque suponía que vendrías de nuevo por aquí.

—Así es. Y, como ves, aquí estoy.

—Sí.

—Aunque he hecho todo lo posible por no entrar por la fuerza.

—No le he dicho nada a Robert, aparte de preguntarle si te conocía.

—Me habría sorprendido bastante que te dijera que sí; de hecho, no creo que me conozca... No, puedo decirte que, obviamente, hasta ahora nadie lo ha puesto sobre aviso: todo ha seguido su curso normal. Solo que por las tardes *tú* no eres tan natural al teléfono como antes. Cualquiera pensaría que crees que Robert tiene la línea pinchada.

—¡Vaya! ¿Así que es eso lo que haces por las tardes?

—¿Cómo te ha ido con las demás averiguaciones sobre mí?

—No he llegado muy lejos, como habrás adivinado.

—Hay muchísima gente, como te dije, que sinceramente no tiene ni idea de quién soy. Pero ¿qué estás buscando ahora? —preguntó él siguiéndola con la vista—. ¿Necesitas algo?

—Sí: ¿me traerías un vaso de leche? La botella está en la nevera de la cocina. —

Mientras Harrison se levantaba del sillón con una prontitud que empujó el mueble hacia atrás sobre sus rueditas, Stella añadió—: Imagino que tú no bebes leche.

—Bueno, no me encanta. Si te llega a afectar el racionamiento, podría traerte una botella cada dos días. ¿Por aquí a la derecha?

—Segunda puerta: la primera es el baño.

Al quedarse sola en aquella habitación llena de asientos vacíos, Stella aprovechó para respirar. Harrison se convirtió solo en una persona de la que, por el momento, había conseguido librarse. Miró el sillón de Robert y luego el otro, el que se había apropiado Harrison, pero de repente se encontró pensando en otra persona. No pensó en ninguno de los dos, sino en Víctor, su esposo fallecido. ¿Por qué en Víctor, precisamente en aquel momento? Cabía suponer que el comienzo aparentemente olvidado de cualquier historia es inolvidable; uno siempre tiene la sensación de que debe de haber habido un comienzo *en algún punto*. Igual que cuando se pierde el primer folio de una carta, o faltan las primeras páginas de un libro, sigue adivinándose aproximadamente cómo es el comienzo. El poder de los principios nunca permite que se olviden del todo. Se llame como se llame, se llame amor malogrado o lo que sea, la situación sugería una alternativa —o estaba siempre proclive y dispuesta a sugerirla—, o un intento de reparación o un segundo comienzo obligado para poder continuar. El principio, en el que se engendraba el final, naturalmente seguía moldeando el nudo de la historia, de manera que nada de lo que ocurría en el transcurso de su vida estaba acabado y concluido por completo, ni era definitivo, ni era naturalmente el final. Si optaba por considerar que el camino que cogió al principio no era más que un falso comienzo, ¿quién podía saber, al fin y al cabo, adónde habría podido llevarla? Durante unos segundos vio el rostro del padre de Roderick, con un gesto ausente e indiferente. En aquella habitación, donde el amor se había revelado con tanta vitalidad en la persona de Robert, esa cara de antaño no se había presentado hasta esa noche; entonces, Stella no solo tuvo la plena conciencia de la muerte de Víctor, sino que debió asumir algo peor: saber que, antes de estar muerto, su marido ya estaba podrido por la desesperación, el desdén y el desamor. Ella se había propuesto ser una mujer honrada y tener más niños; había sido capaz de más virtud de la que se le permitió demostrar en los años siguientes. Su joven matrimonio no había sido un experimento; los jóvenes no pueden arriesgarse a experimentar, pues todo está en juego. La época en la que contrajo matrimonio ya era de posguerra; su deseo de sentir el abrazo de la vida era universal, abarcaba el mundo entero, y se sentía hija de su tiempo. Culpar al mundo de aquel fracaso habría sido tan vano como culpar a un compañero de desgracia: en los últimos veinte años ella se había visto obligada a presenciar en el mundo lo que sentía en sí misma: un avance obvio, evidente e inevitable hacia el desastre. El destino fatídico de su siglo fatídico le parecía cada vez más su mismo destino: juntos, su tiempo y ella, habían alcanzado el cénit de la locura. Ni uno ni el otro habían vivido antes... La reaparición de Harrison, con el vaso de leche en la mano, le recordó que, en su caso, la locura

estribaba en esperar algo del futuro. La situación era así, así, y así, tal y como lo explicaba Harrison.

Para hacerle sitio al vaso en la mesita que estaba a su lado, Stella tuvo que mover el paquete de la señora Kelway.

—Muy arregladita, tu cocina —comentó Harrison distraídamente, mientras se inclinaba para leer la dirección escrita tres veces.

—Sí, es para el sobrino de Robert. Su abuela, quiero decir..., la madre de Robert, quiere que lo eche al correo aquí, en Londres, mañana domingo. Dice que algunas oficinas permanecen abiertas —explicó ella.

—Es increíble las cosas que saben estas ancianas.

—Sí.

—¿Quieres que me ocupe yo?

—¿Echarlo al correo? Oh, gracias. Eso *sería* una preocupación menos. Pero es muy importante: ¿no lo olvidarás?

—Casi todo es importante —contestó Harrison, llevando el paquete junto a su sombrero. Al pasar entre los muebles más pequeños, Stella recordó el día del funeral, cuando al volverse lo había visto rezagado, saltando entre las tumbas.

—Tú también habrás tenido una madre —dijo Stella de pronto, mirándolo por encima del vaso.

Pareció perplejo, pero agradecido por la pregunta.

—Más o menos.

—¡Ah! ¿Cómo era?

Harrison meditó unos instantes.

—Era sudafricana.

—¿Y qué fue de ella?

—Se largó.

—¿Lo lamentaste?

—Yo estaba en Sídney.

—¿Qué hacías allí? Porque tú no eres australiano, ¿no?

—Es una larga historia —dijo Harrison, y luego se sentó con la evidente intención de no contarla—. ¿La leche está bien? —preguntó animadamente, clavando la mirada en ella.

—Perfecta, ¿por qué lo preguntas? —dijo ella— ¿Le has echado algo?

—Oh, ¡vamos!

—Por cierto, ¿recuperaste los papeles?

—¿Cuáles?

—Esos papeles tuyos que confiscaron con las cosas del primo Francis. Me dijiste que eran importantes.

—Ah, esos. Sí, sí... Se arregló enseguida.

—Sí, supongo que estabas seguro de que eso se arreglaría. Si es que existieron alguna vez unos papeles. Tenías otras razones para querer conocerme.

Harrison se tomó aquello bien.

—Mira —dijo, con galantería—, digamos que así mataba dos pájaros de un tiro. Aunque no quisiera que me entendieras mal: yo le tenía mucho cariño al viejo Frankie. A lo mejor, lo admito, no me habría colado en el funeral solo por eso..., tengo demasiadas cosas que hacer.

Stella dejó el vaso vacío en la mesa, sacó un espejo de mano y se limpió la boca con un pañuelo.

—Es raro que yo apareciera en dos historias distintas —dijo—. ¿No te pareció raro?

—Sí, la casualidad me sorprendió. Pero es asombroso con cuánta frecuencia ocurren cosas así.

—También tiene que resultar conveniente.

—Sí, pero por otro lado, a menudo hay una trampa. También hay que tener eso en cuenta. El problema es hasta dónde se pueden prever las cosas: en este caso, lo que me desconcertó fue que tú resultaras ser *tú*.

—Yo tenía que ser alguien.

—Ja, ja..., sí. Pero no tenías que ser *alguien* hasta este punto. Por supuesto, se te sometió a la vigilancia reglamentaria y rutinaria (ya sabes, en estos casos siempre hay detrás una mujer o una buena cantidad de dinero) cuando se destapó todo el asunto. Y teniendo en cuenta *con quién andas*, yo ya te había echado el ojo, desde luego. Para serte sincero, al ver el informe te descarté, eliminé *cherchez la femme* y me ocupé del dinero.^[9] Me di cuenta del asunto, déjame decirte, antes de que enterraran al viejo Frankie. De hecho, me di cuenta con suficiente antelación como para descubrir que tampoco había nada por el otro lado. No: tampoco había dinero de por medio. No, al parecer me enfrentaba al puro capricho.

—¿Y cuál es el capricho?

—Pensé que en eso podrías ayudarme.

—¿Y tú por qué quieres saber *por qué* se hace algo? Tú, quiero decir..., dada tu ocupación. El «qué» y el «cómo» los entiendo; pero no veo a qué viene querer saber el «porqué».

—Viene a que es necesario conocer el principio —dijo Harrison vivamente—, el comienzo. Hay una fase en que es muy útil saber el porqué. Conocer el porqué puede inclinar la balanza de lo probable a lo seguro. Por no hablar de esos casos en los que el porqué y el cómo están conectados: si un tipo hace cosas por *una razón en particular*, es probable que lo haga de *un modo en particular*. En este caso tenemos a un tipo, a un buen tipo, que está vendiendo a su país. Ahora bien, es poco probable que un buen tipo haga eso sin ningún motivo...

—¿Tú, por ejemplo, por qué lo harías?

—Eso dependería bastante. —Harrison se quedó pensando y encendió un cigarrillo—. De todos modos, yo no soy tan buen tipo. Pero, mira, te he estado hablando de una vieja historia, del pasado mayo, más o menos por la época del

funeral. *En aquel entonces* todavía le daba vueltas al asunto: tras eliminar mujeres y dinero, la perspectiva psicológica parecía ser mi única esperanza. Sinceramente, en aquel momento mis intenciones eran conocerte, quedar en alguna parte, tomar un par de copas, charlar...

—Cosa que hicimos.

—Cosa que hicimos en verano..., y ver si arrojabas luz sobre él. Si se encuentran cómodas, pocas mujeres se guardan algo al hablar del tipo que les gusta; y no tienen ni idea de qué cosas de las que dicen son importantes. Así que decidí empezar por ahí.

—¿Funcionó?

—La cuestión es que dejó de importar si funcionaba o no. Como tantas veces, la situación dio un giro imprevisto. A menudo uno va directo a algo, y casi de inmediato aparece otra posibilidad. Digamos que este fue uno de esos casos. Más o menos tropecé con algo que me proporcionaba todo lo que quería respecto a nuestro amigo, y era concluyente. Fin de la historia. Mentiría si te dijera que no fue un alivio descartar la psicología.

—¿El «porqué» ya no es la pregunta?

Él hizo un gesto con el que desdeñaba aquella sugerencia.

—No..., a menos que tú creas lo contrario, naturalmente —añadió.

Stella encendió una resistencia más de la estufa eléctrica. Procuró o intentó ocultar un escalofrío cruzando los brazos alrededor del cuerpo: tras reflexionar un momento en esa posición, preguntó:

—Entonces, ¿si no hubieras conseguido conocerme en aquel momento, no te habría hecho falta conocerme ahora?

—La verdad —tuvo que admitir Harrison—, no.

—Qué pena, entonces.

—¿Qué es una pena?

—Que nos hayamos conocido.

Él se quedó pensando.

—Yo no diría que ha sido una pena, aunque en algunos momentos he dicho que era el mismísimo infierno.

—¿Tú lo has llamado así?

En su sillón, y convertida en la viva imagen del asombro, Stella se giró en su sillón para colocarse frente a él. Durante unos instantes, Harrison observó la imagen: la pétrea actitud erguida de Stella, el escudo de sus brazos, los ojos cuyas pupilas resaltaban como pintadas. Luego, presionando las palmas de las manos en los reposabrazos del sillón, se dio un impulso brusco hacia arriba y se puso en pie. Al parecer, en su opinión ya bastaba de aquella insidiosa y tibia conversación llena de indirectas; con aquel gesto rechazó de plano el ensueño en el que lo sumía aquella habitación. De repente, dejó de ser una persona a quien había que calmar o despiSTAR y, con su mirada de extraño, observó a Stella entre las fruslerías iluminadas o en las

sombras que lo rodeaban. Tal vez no le pertenecieran, pero de todos modos las había utilizado. Salió repentinamente de aquel decorado.

—Sí, para mí ha sido un suplicio. ¿Qué te pensabas?

Ella respondió con su propio tipo de violencia.

—¡No tenías que hacerlo! ¡No hacía falta que me acosaras, que aparecieras en verano con esas amenazas y esos lloriqueos! Ha sido un horror, ha sido antinatural, desde mayo. Preparaste, forzaste y fingiste el encuentro: ahora te quejas de que, después de todo, no habría sido necesario. ¿No te importa haberme molestado sin ningún motivo? Ahora vienes y me haces perder el tiempo diciéndome que te hago perder el tuyo. Es tu problema. No tenías necesidad de hacerlo. En ningún momento.

—No tener necesidad, pero al mismo tiempo tenerla, eso es lo que ha sido un suplicio.

—No tenías ninguna obligación.

Esta vez fue Harrison quien se quedó mirándola.

—Entonces, ¿qué crees que ocurría? Nunca te has detenido a pensar las cosas, o lo sabrías. Sabrías cómo se siente uno cuando algo falla. Te vuelves loco. Yo sí que pienso las cosas: esa es mi vida. No me gusta lo que hago (siempre he hecho lo mismo), pero me gusta el hecho de hacerlo; esa es la cosa. No tienes idea de cómo lo has trastocado todo. ¿*Tu* verano? ¿Y qué pasa con el mío? Meses y meses de errores, de avanzar arrastrándome, para no llegar a ninguna parte. Atascado. No estoy hecho para esas cosas; no tengo tiempo para eso.

—Entonces no tienes tiempo para mí.

—Yo diría que no tengo tiempo para *esto*.

—Pero una mujer necesita tiempo. Puede que me haga falta el doble del tiempo que tienes.

—En ese caso sería el doble de hombre.

—Aún no me bastaría.

—No lo has intentado. Es curioso, no escuchas cuando te hablo, y sin embargo me da la impresión de que vamos conociéndonos. No somos tan distintos... Sí, es curioso.

—¿Y qué? Por debajo de cierto nivel, todo el mundo se parece. Tú has logrado convertirme en una espía.

Harrison rechazó aquella palabra, o hizo una mueca de desdén. Se acicaló la corbata, movió sin querer la cabeza. Ella pensó: remilgos; pero aquellos gestos podían pasar por sentimientos. Le había dicho que la había convertido en espía. ¿Tan grave era? A Stella no le parecía lo peor, ni lo más atroz, de todo lo que hasta entonces se había visto obligada a decirle, y solo por su culpa; y, sin embargo, de repente aquel hombre se comportaba como una persona abatida. Stella había ido demasiado lejos; lo que le había dicho consiguió, incluso, que Harrison la rehuyera físicamente. Harrison dio unos pasos, escapándose, hacia una de las ventanas. Luego se quedó de pie mirando la cortina, como un animal que desea ciegamente salir de

una habitación.

Stella volvió a cruzar las piernas sobre el taburete, se recostó y cerró los ojos, con la actitud de una mujer tan exhausta que ya no se siente responsable de nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó finalmente.

—Creo que ha empezado a llover —farfulló Harrison.

—¿Ah sí? Mira a ver.

Harrison apartó las cortinas con el pulgar y se coló tras la tela, que se reacomodó a su espalda. La ventana estaba empotrada en un saledizo, de modo que nada indicaba que allí hubiera una persona. A Stella se le ocurrió que cualquier otra noche alguien habría podido estar oculto allí, escuchando. Lo oyó subir la persiana y abrir la ventana de par en par: una brisa hinchó las cortinas, e inundó la habitación con un olor húmedo. Stella levantó la cabeza, pero no pudo oír la lluvia, ni ninguna otra cosa; el silencio no habría sido más absoluto si Harrison se hubiese marchado por la ventana.

Stella se levantó y fue a buscarlo, abriendo las cortinas. Los destellos de la lluvia se percibieron en la abertura; más allá de la lluvia solo había una oscuridad susurrante.

—Cuidado —dijo él bruscamente—. Pasa del todo o vuelve dentro.

Sin moverse, Stella soltó las cortinas, satisfecha de que aquellas telas la separasen del espacio invadido, y se quedó junto a Harrison en la ventana. La oscuridad tranquilizadora que provenía de la ventana abierta le entró por los ojos. Se habría dicho que el alféizar era un balcón: uno se encontraba proyectado, a buena altura, sobre un mundo ciego, sordo y amenazador, donde llovía. En el aire oscuro apenas había una insinuación; la suavidad de la lluvia se oía en los solidarios techos aledaños, en las calles, abajo. Solo el olor de la piedra húmeda revelaba que llovía sobre una ciudad. La noche no era cálida ni fresca; no pertenecía a ninguna estación; era una noche de lluvia.

¿Desde cuándo llovía? ¿Cuánto tiempo llevaba lloviendo? Desde una hora antes, quizá, todo lo que habían estado hablando había sido completamente innecesario; la insufrible batalla de palabras habría podido callarse. El mismo Londres parecía aliviado ante unos instantes de descanso; fuera no había nada salvo una lluvia plácida y el silencio susurrante; en su murmullo, el tráfico trasnochador apenas era un suspiro ronco. Aquella noche, la completa oscuridad de la ciudad era tan despreocupada, tan natural como la de las montañas, los bosques y las colinas de cualquier otra parte donde lloviera. El pacífico efecto de las nubes densas, amontonadas en masas poderosas, resultaba asombroso: la guerra se tornó tan carente de significado como la discusión; las dos personas, calladas ante la ventana, se volvieron tan anónimas como la ciudad que contemplaban. Se sentía que ambas, aunque destinadas a dirigirse la palabra una vez más, eran hablantes despersonalizados de un drama que, en el mejor de los mundos, debería permanecer tan silencioso como lo era en esencia.

De tanto mirarla, la oscuridad se disolvió en partículas, algunas más leves que

otras; el aire y los sólidos se separaron; las líneas de los tejados adquirieron formas inciertas. Y allí en el alféizar, entre la ventana y las cortinas, ambos seguían borrosos. A una imprecisa distancia de Stella, Harrison se dirigió a ella.

—Sí, yo diría que va a llover un buen rato —dijo.

A ella le dio la impresión de que él había sacado la mano, y que por eso temblaba.

—No sirve de nada esperar a que deje de llover —añadió.

—¿Vas lejos?

—Depende de adónde decida ir.

—¿Dónde vives exactamente? No lo sé.

—Siempre hay dos o tres sitios donde puedo pasar la noche.

—Pero, por ejemplo, ¿dónde guardas la maquinilla de afeitar?

—Tengo dos o tres —dijo en tono ausente.

Ese era, por supuesto, el corazón de aquella relación inhumana. La obsesión de Harrison con Stella se había vuelto más opresiva porque Stella no podía situarlo en una escena humana. De acuerdo con las reglas de la ficción, que la vida debe obedecer para ser verosímil, Harrison habría sido un personaje «imposible»: cada vez que se encontraban, por ejemplo, no parecía que hubiera tenido una existencia continuada desde la vez anterior. Su ropa, aun cuando a veces se percibía vagamente un cambio de traje o de camisa o de corbata, *parecía* diferenciarse mucho menos que el uniforme de Robert; sus prendas, correctas y anodinas, sugerían no tanto que se tomara el trabajo de cuidarlas —cepillado, planchado, mudas de ropa blanca— sino más bien que se quedaba físicamente en suspenso, con todo lo que llevaba puesto, entre dos apariciones. «Aparición» era en efecto la palabra adecuada, como cuando se habla de un fantasma o un actor. Al provenir de aquel vacío, la historia repetida e inconexa de su deseo no podía tener sentido. Justo en ese momento, en esa oscuridad en que ella ni siquiera era capaz de recordar el color de su abrigo, por primera vez Harrison se había convertido en alguien situado realmente a su lado: un ser con una vida continuada, reservado, sólido, grave, ensimismado y frente a ella, junto a ella, con la noche infinita en la que no sonaba ningún reloj.

—No, no he oído ningún reloj en toda la noche —dijo Stella en voz alta—. Puede ser cualquier hora.

Él recurrió a la esfera fosforescente de su reloj. Ya fuera porque ella no le había preguntado la hora o por costumbre, se guardó para sí la información, pero, como refiriéndose al hecho de que el tiempo había transcurrido, y que por tanto todo lo anterior ya era historia, dijo:

—Necesitaba un respiro. Espero que no te haya importado.

Ella interpretó la frase, porque así podía interpretarse, como una indirecta: seguramente quería decir que, aunque la ventana pertenecía a la casa de Stella, tenía intención de tomar el fresco él solo.

—No, adelante, respira cuanto quieras —dijo. Y tanteó las cortinas para entrar de nuevo en la habitación. El movimiento de la tela y las rendijas de luz que se colaron

alrededor de ella lo despertaron de su ensueño.

—¿No puedes quedarte? —preguntó—. ¿Para respirar también? Era agradable. Al menos tenemos eso en común. Nada más, según dices.

—Lamento haber dicho lo que dije.

—¿Sabes que has dicho «horrible»? —Vaciló al pronunciar la palabra, como si temiera que volviera a herirle—. No, lo que dijiste fue «horriblemente parecidos». Eso no tiene nada que ver con lo que yo quería decir.

—Lo siento, creí que te referías a algo más. Sí, los dos tenemos cierto carácter; pero lo que no soporto es lo que le haces al mío, y lo que me haces hacerle al tuyo. Si me amaras, lo peor que yo podría hacer es no amarte por mi parte; pero has hecho algo peor: en cierto modo has tergiversado el amor. Tal vez no te des cuenta de cómo es sentirse un espía; yo sí, desde que viniste a contarme esa historia. Distes por hecho que yo no tendría el valor de hacerte ni una sola pregunta, y hasta ahora habías tenido razón. En cualquier caso, preferiría que no volviéramos a hablar.

—Debo decirte que me gustó el momento en que te vi cansada hace un rato. Me dejaste llevarte un vaso de leche.

—Y nunca te ofrezco nada de beber ni de comer.

—Mientras pienses que no debo estar aquí, me parece justo. Pero esta noche cuando entramos y te cambiaste los zapatos todo empezó a ser como podría ser. Claro que, de pronto, no sé por qué, di un paso en falso: volví a mostrarte lo que hago. Para mí, esta noche, mi trabajo ha quedado ahí fuera.

Para ella, esa noche, «fuera» quería decir el mundo inofensivo: el daño se hacía en su salón y en otros parecidos. El fragor de las batallas, los avances mecanizados que herían la carne y la patria, que hacían pedazos los nervios y arrancaban los árboles, se tramaban y se producían puertas adentro; se trataba de una guerra de pura actividad mental y de muros sin ventanas. Ningún acto se hacía sin cálculo previo; la espontaneidad estaba en ruinas; desde el punto de vista del corazón, y teniendo solo en cuenta ese punto de vista, cualquier acción era una acción enemiga... Y en relación con Harrison, Stella comprendió, al soltar la cortina para apoyar de nuevo la frente en el marco de la ventana, la vana disparidad que existía entre la creencia y la verdad. Él era sincero en todo cuanto decía; quizá ella nunca volviese a oír palabras como aquellas, como destiladas de un ser humano. Por otra parte, Harrison no hacía más que meter la pata cada vez que hablaba; había una monstruosa herejía en algún rincón de su amor; discutir con él era insultar el honor propio. Rendirse a su abrazo sería aceptar, para siempre, que solo en la obsesión residía toda la fuerza de la pasión. Ella ni siquiera podía saber si, al retenerla junto a la ventana, él no estaba aprovechándose del efecto de la oscuridad, aprovechando la armonía de los sentidos cuando un sentido falta, como una especie de armonía de ciegos. Sí, la ceguera moral y psíquica de Harrison era casi aceptable si permanecía en la oscuridad y no se dejaba ver; y su negativa a tocarla, siempre llamativa y precavida, se estaba volviendo, en la restricción del alfeizar, tan poderosa como el mismo tacto. Que ella le gustara

cansada demostraba cierta perspicacia; algo, un exceso involuntario de sus emociones, había empezado a llenar el espacio que los separaba. Pero solo a él se le habría ocurrido llamar a *aquello* malentendido; solo él habría podido señalar de ese modo la brecha enorme, el desierto que separaba el entendimiento del punto en que se encontraban ahora.

Con un gesto violento, Stella apartó la cabeza de la ventana.

—¿Podrías irte? Tengo que acostarme.

—Claro —dijo él al instante, de manera inexpresiva.

Ella regreso al salón vacío; él la siguió.

—Tu paquete —dijo—, mi sombrero...

—Lamento que llueva. Sigo sin saber dónde vives.

—¿Por si quieres contactar conmigo?

—Yo solo...

—No te preocupes; volveré.

Capítulo 8

Louie estuvo pendiente, por si Harrison aparecía en el parque, pero, tal y como temía, no volvió a verlo. Era obvio que, aquel único domingo, aquel hombre había estado allí solo por algún motivo en especial; se preguntó qué otros motivos tendría. De cuando en cuando volvió a pensar en su desalentadora despedida, que cualquier otra chica habría llamado una bofetada. «Hoy en día nunca se sabe», decía ella a quienquiera que la escuchase. «Hay que ser precavido. Nunca se sabe, por ejemplo, quién se te puede sentar al lado. En cuanto una se descuida, puede aparecer una persona curiosa. El otro día conocí a un hombre que era bastante curioso».

—¿Quieres decir «entrometido»? —le preguntó su amiga Connie, cuando se lo contó.

—No, no quiero decir eso. —Cuando alguien la malinterpretaba, el rostro de Louie se ponía como el de un animal acosado. Hablar, que era lo que tenía que hacer, era ofrecer las palabras con las que contaba; que la obligaran a buscar más palabras y mejores era tan incómodo como tener que rebuscar la calderilla en las profundidades de su bolso bajo la mirada amenazadora del cobrador, y encima, en el piso superior de un autobús en movimiento y a oscuras—. No, eso no. Solo quise decir... un poco ido.

—Eso sí que es sorprendente —dijo Connie—. ¿No me dirás que solo has conocido a un hombre en ese estado? En los días que corren sería rarísimo encontrar a un hombre que no estuviese algo pirado de un modo u otro.

—Ah, pero hay gente de todo tipo —dijo Louie con respeto.

—Hazme caso, que sé lo que me digo. Más que tú...

—Aquel hombre me dijo que..., dijo que debería andarme con cuidado.

Cuando lo pensó bien y recordó aquel encuentro, empezó a parecerle que Harrison la había protegido y comprendido.

—No es como si fueses una chica de Londres —apuntó Connie.

Louie asintió. Sí, de nuevo salía a relucir aquel tema: no era de Londres, sino una huérfana del condado de Kent, junto al mar.

—En cierto modo es deprimente no poder volver al sitio de donde soy —le dijo a Connie.

Era eso, exactamente. Sin Tom, últimamente se sentía en Londres como una excursionista que ha perdido el último tren de regreso a su hogar en el campo.

Le daba miedo que el invierno lo destruyera todo y no dejara ni rastro. Ya a finales de otoño, las tardes cada vez más cortas impedían que Louie pudiera ir en busca de nuevas aventuras; los escenarios donde podía tenerlas se desvanecían. Una suerte de insensata esperanza había seguido acechándola mientras el sol seguía iluminando las calles. Durante todo el verano había podido imaginar los pasos de su

esposo, aun sin oírlos, que daban la vuelta y regresaban; así pues, mientras duró el verano, no necesitó echar la persiana y cerrar la tienda. Con la cercanía del otoño, fueron desvaneciéndose los impulsos de aquella soledad en la que no se había atrevido a creer, y, con ellos, la predisposición a buscar a su marido en otras caras. Cierto: se sentía más cerca de Tom con un hombre cualquiera que sin ningún hombre: el amor verdadero se reconoce por sus extraordinarias cualidades, las cuales pueden ser tan perturbadoras e inexplicables para cualquier otra persona, que casi nadie es capaz de identificarlo.

Ahora, cuando llegaba la hora de salir de la fábrica ya no quedaba ni rastro del atardecer. Bajo la oscuridad hecha jirones del cielo, en las calles, todo el mundo volvía a casa con un ademán tan decidido como el de Harrison; Louie se dejaba llevar en medio de un torbellino de sombras, indiferentes unas con otras. De vez en cuando la tenue luz azul del interior de un autobús o el destello que escapaba por alguna puerta abierta —y cerrada de inmediato— reanimaban sus ojos: vacíos, curiosos, ignorantes y desconfiados. Los demás atributos con los que ella se ganaba las miradas del mundo —amplios rasgos germánicos, labios carnosos— quedaban difuminados y anulados: la oscuridad no la quería. Para ella, que la vieran o no era indiferente. En tiempos de guerra, la ciudad nocturna sacaba a relucir algo provocativo en el caminar de las mujeres más modestas; la Naturaleza taconeaba sugerencias ilícitas en la acera. Louie era la única a la que casi nunca abordaban; faltaba un algo en su manera de caminar; y caminaba, a zancadas, avanzaba a través de la oscuridad con la despreocupación asexual y plana de un niño de diez años, aunque con un aire más cansado. No, aquella no era la época en la que se pudiera empezar nada en la calle. Tampoco los domingos, su único día de luz, resultaban gratificantes. Al parecer, habían retirado el ilusorio velo sensual del parque dominical: se podía ver claramente a través de los arbustos, la colina enamorada de la encina había encallado en medio de la hierba descuidada, como un barco abandonado; los desconocidos se lanzaban miradas que no se cruzaban. Los amantes habituales pasaban de largo rápidamente, dando la vuelta al parque cogidos del brazo; en los senderos negros y cerca de los bancos más protegidos del viento, Louie oía al pasar algunas conversaciones acerca de aquella existencia que era el secreto de todo el mundo, salvo el suyo: incluso los refugiados podían ampararse en sus recuerdos y en sus heridas. Sí, era en el parque desencantado donde la indiferencia que Londres le dispensaba a Louie se notaba de un modo más severo y crudo.

Sin embargo, estar «fuera» tenía algunos aspectos positivos. «Dentro» era Chilcombe Street, donde estaba su casa y donde ella tenía importancia solo para una persona ausente, atrozmente ausente. Tom había mirado pocas veces a Louie; no era de los que miran dos veces lo que ya habían visto, y solía pasar las tardes leyendo algún libro técnico con un gesto de concentración, o frunciendo el ceño al pensar en alguna cuestión técnica. Era Louie quien, con la silla inclinada hacia atrás, la lengua explorando su paladar, la mente vacía y sin pensar en nada en particular, miraba a

Tom durante horas. Entonces, ¿por qué ahora el sillón de Tom parecía mirarla? La vigilaba desde cualquier sitio donde lo pusiera y aunque le diera la vuelta, independientemente de dónde se colocara ella. Louie había llevado allí a los desconocidos que encontraba en el parque, pero aquel sillón siempre disgustaba a sus visitas. Ahora que lo pensaba, no había vuelto a ver a aquellos hombres: en algunos casos, solo eran hombres de paso que permanecían en Londres durante quizá un par de horas nada más. Si por casualidad alguno había vuelto a buscarla, como no conocían a nadie en Londres, lo más probable era que hubieran llamado a la puerta equivocada. Mejor, dada su reputación: no se habría visto con buenos ojos que vinieran soldados o aviadores preguntando por ella. Por cierto, tenía la radio estropeada, muerta, y ya no se podía reparar, después de haberla toqueteado tanto; lamentaba haber tenido que decir, cada vez que aquellos hombres la manipulaban, que la radio tenía un pequeño problema. Parecía como si la radio hubiera empezado a funcionar un poco mal tras la partida de Tom, pero seguramente eran imaginaciones suyas... Aquellas tardes de octubre, el silencio de la radio se llenaba con la tos de la estufa de gas, que también empezaba a quejarse. Para posponer la vuelta a casa, Louie había adquirido la costumbre de pasar a cenar por un café de Tottenham Court Road. El local estaba recubierto de espejos, y a ella le gustaba verse, en medio de aquellos brillantes vapores: Louie entraba, miraba a su alrededor y se sentaba.

Sin embargo, aquella costumbre de ir al café se interrumpió, pues las deficiencias del otoño tuvieron su contrapartida en la presencia de Connie, y no podía desperdiciarse ninguna tarde que Connie tuviera libre. Era cierto que Connie tenía citas, pero nunca se sabía. Connie, una vigilante encargada de dar la voz de alarma en caso de ataque aéreo, se había mudado hacía poco a una de las buhardillas de Chilcombe Street. Hacía un par de años que había dejado atrás los treinta, y era dura, protestona, buena, con ojeras prominentes bajo un abundante maquillaje, llevaba flequillo y se pintaba la boca con un carmín de rojo-buzón. Cuando Louie vio por primera vez a la recién llegada, ataviada con su uniforme, le aterrorizó que tuviera algo que ver con la policía; cuando eso le pareció improbable, siguió habiendo algo terrorífico en las zancadas que daba, como tijeretazos, con sus pantalones azules oficiales. Era como si Connie, con su guerrera ceñida, fuese una persona autorizada a echarle a uno la bronca. Resultó que no solo Chilcombe Street estaba fuera del área que Connie patrullaba, y por tanto, fuera de su ámbito oficial, sino que tenía ideas muy estrictas respecto a lo que significaba estar fuera de servicio. Había alquilado esa buhardilla, lejos de su zona, para poder relajarse sin la permanente amenaza de que la molestaran; de hecho, para Connie habría sido una insolencia entrometerse en el bombardeo de otra zona. Si el número 10 de Chilcombe Street sufriera *un incidente* mientras ella estaba tranquilamente en casa, no había que ir a buscarla —eso había dado a entender—, a no ser que hiciese falta desenterrarla, naturalmente. Al final resultó que aquel otoño londinense de 1942 no hubo actividad en el territorio de Connie; durante las largas horas en que estaba de servicio, se dislocaba la mandíbula

bostezando, o intercambiaba chistes con los demás vigilantes por el teléfono oficial. Para colmo, como si no tuviera bastante con mirar día y noche las manecillas del reloj colgado sobre la foto del señor Churchill, la gente, al verla de uniforme, empezaba a hacer comentarios desagradables sobre el sueldo que se le abonaba y que, como *ella* bien sabía, era muy insuficiente. Cualquiera de los que afirmaban que te pagaban demasiado por no hacer nada en absoluto durante horas habría sido capaz de estar sin hacer nada en absoluto durante horas. Y, además, como ella misma decía, no era que no hiciera nada en absoluto: a los de la Jefatura siempre se les ocurría algo nuevo con que tenerla yendo de aquí para allá. Pero así era la población civil, qué le íbamos a hacer: en cuanto dejaban de vapulearlos, se ponían gallitos. Otra pequeña paliza — aunque no debería decirlo —, les enseñaría de nuevo cuál era su sitio. Que Londres recibiera una pequeña paliza, de hecho, habría redundado en su beneficio: al haber poco movimiento en todas partes, empezó a dar la impresión de que iban a despedir a Connie de Defensa Civil. Si hubiera podido volver al estanco donde solía reinar, naturalmente, habría sido un asunto completamente distinto, pero en aquella época una Mujer Movilizada no se atrevía a mirar atrás: podía acabar en Wolverhampton (como una amiga suya), o en el fondo de una mina, o en el Servicio Territorial Auxiliar, con una bruja que la levantara por la mañana a golpes de trompeta. A Louie le iba bien, señaló Connie, porque era esposa de un soldado, pero si hubiera tenido dos dedos de frente habría encargado un crío. Después de charlar dos o tres veces con ella en Chilcombe Street, la admiración de Louie por Connie no se evaporó, sino que cambió de estado. Decididamente, por su valor, se podía calificar a Connie como una salvadora de la raza humana; sin embargo, tenía una lengua como una navaja, de modo que sería exagerado considerar que tenía algún aprecio por dicha raza. El 1 de septiembre de 1939, Connie abandonó el estanco, renunciando a la paga de una semana, porque había tenido la intuición — así de curiosa era — de que esa vez *realmente* iba a pasar algo. Era mandona, estaba dispuesta a admitirlo: desde niña había sido presa de un deseo reprimido de dar órdenes, soplar silbatos, dirigir el tráfico. Eso siempre le había causado problemas en empleos anteriores; en Defensa Civil, lo primero que le habían dado a entender que hacía falta en su puesto era iniciativa. Antes de darse cuenta ya había firmado el contrato. Siempre se aprende algo nuevo.

Llegó carta de Tom: se alegraba de que Louie hubiese hecho una amiga, sobre todo en el mismo edificio: por lo que Louie le contaba, le daba la impresión de que era buena compañía. Antes Tom estaba en contra de que se relacionara con otros inquilinos, porque eso solo conducía al cotilleo en las escaleras y luego a las visitas y a pedir cosas prestadas. Pero ahora que Louie estaba sola, la cosa era distinta..., siempre y cuando Connie fuera como decía Louie. De hecho, antes de que apareciera Connie, Tom le había preguntado dos o tres veces si en la fábrica no había ninguna chica, de las tranquilas, con la que Louie pudiese hacer buenas migas. Ella le había respondido que el problema era que, en la fábrica, había chicas de todo tipo. Tenía

razón, por supuesto, contestó Tom, y hacía bien en ser exigente. El verdadero problema, en la fábrica, era que había que tener algo que decir, contar, comentar, y que a Louie nunca se le ocurría nada. Le parecía que decía tonterías, y, peor aún, que los demás se daban cuenta. Las mujeres parecían intuir que no había terminado el instituto; querían saber *dónde* había pasado su vida y..., oh, ¿dónde? Si una es de determinada manera, de cualquier manera, resulta conveniente estar entre gente de todo tipo; al final, una se junta con sus semejantes. Pero resulta deprimente descubrir que una no es de ninguna manera: ¡adiós esperanzas! El único privilegio real de las clases desprotegidas es el estatus que se confiere al que lo es desde tiempos inmemoriales: pero eso tampoco se le concedía a Louie. Con Connie, en cambio, todo era mejor; Connie, más que ver el vacío de su amiga, se sentía atraída por él: por naturaleza, Connie era de las personas que no tardan en llenarlo... Las dos se presentaron y se hicieron íntimas amigas en un par de minutos; eso ocurrió la noche en que Connie tropezó subiendo las escaleras. Al oír el ruido de montones de verduras y de una linterna cayendo y rebotando escaleras abajo, de escalón en escalón, o cayendo al vacío entre los barrotes de la barandilla, Louie no pudo evitar salir a toda prisa y asomarse. Tras encender la luz mortecina del rellano, miró arriba y vio las suelas de unos zapatos deformados, una de las cuales tenía clavada una chincheta, pataleando frenéticamente para conseguir mantenerse en pie en los escalones de sintasol. Luego Connie consiguió levantar su enorme trasero, pero hasta que pudo mantenerse en pie no empezó a maldecir como si la casa fuese suya: en eso era magnífica. Bajó tres escalones mientras se sacudía las rodillas de los pantalones; cuando vio a Louie, le lanzó una mirada mortal.

—¿Puedo hacer algo por usted? —dijo.

En el número 10 de Chilcombe Street, la luz de la escalera era de las que se apagan solas a los dos minutos: no solo se apagó a los dos minutos sino que siguió apagándose intermitentemente durante toda la búsqueda de las verduras. Louie, subiendo y bajando torpemente en su camisón rosa, ayudó a Connie a recoger las patatas, las zanahorias y los nabos, hasta que encontró la linterna. Fue una noche maravillosa. Las escaleras, que solían oler a rancio y a cerrado, pronto apestaron a la tela gubernamental azul resudada por la furia de Connie. Aunque no era pelirroja, era de complejión sensual. Para cuando terminaron eran, según Connie, las 23.25, así que hubo quejas de los vecinos esa noche y al día siguiente. Dado el prestigio que le otorgaba vivir en la primera planta —además de ser esposa de soldado—, Louie nunca se había metido en líos de ese tipo —de ningún otro— ni se había enfrentado al resto del edificio. Ella y Connie acabaron tomando té.

Pocas cosas le gustaban más a Connie que los periódicos; casi siempre estaba leyendo uno. Era casi una coleccionista de periódicos, independientemente de su fecha, bien para releerlos, bien para envolver cosas, y los conseguía de cualquier manera, excepto comprándolos, manteniendo los ojos bien abiertos, dondequiera que estuviese, por si alguien abandonaba alguno un momento. Como sabía lo rápido que a

una le pueden hacer una faena, solía sentarse enseguida sobre cualquier periódico o periódicos de los que se apropiara; en el puesto de vigilancia, cuando el deber la obligaba a dejarlos, se *inquietaba* tanto como un pájaro al dejar a sus polluelos en el nido. Luego los llevaba a casa, flácidos y sin arrugas. Cuando se veía obligada a sacrificar uno para encender el fuego en la diminuta chimenea de su buhardilla del número 10 de Chilcombe Street, se acuclillaba y, al acercar la cerilla, entornaba los ojos en medio del humo acre para leer un último renglón de letra impresa antes de que se lo tragaran las llamas: nunca se sabe lo que una podía perderse. Louie empezó a imitar aquella adicción de Connie. Y aunque primero los leía solo para impresionar a su amiga, acabó convirtiéndose también para ella en una obsesión por los periódicos. Si no podía estar al corriente de todos los sucesos, al menos podía tomar nota de lo que se decía: en el principio fue el verbo, y a la larga todo se reducía a él. Y eso servía para cualquier escrito.

Tras aficionarse a los periódicos, Louie se tranquilizó, hasta el punto de llegar a preguntarse por qué los periódicos parecían inquietar a Tom. En cuanto a las noticias, se encontraba en cierta desventaja, pues había empezado a enterarse de lo que ocurría cuando la historia ya estaba muy adelantada; nunca tuvo el valor para preguntarle a nadie, siquiera a Connie, cómo había empezado todo: era obvio que una cosa había llevado a otra, como en la vida, y a nadie le interesaba decir de quién había sido el primer error, o hacía cuánto tiempo. Por su parte, ella había pensado que, en cierto sentido, algo tan horrible como el pasado año solo podía ser culpa suya: la caída de Singapur la semana en que Tom partió; los australianos prisioneros y aterrados por los japoneses; los ataques británicos contra los egipcios, a pesar de todo; los rusos que daban la lata para que hiciéramos algo; el duque de Kent, que había sido tan feliz, muerto; las inofensivas y antiguas catedrales, bombardeadas, por no hablar de Canterbury; y los ingleses sufriendo escasez de jabón y dulces hasta el punto de tener que utilizar cupones y cartillas de racionamiento, otro dolor de cabeza... Pero cuando se leía el periódico, ponía que nada era tan malo como parecía. ¡Qué error, haberse dejado llevar por las apariencias! Los periódicos sabían que Gran Bretaña tenía un as en la manga: Gran Bretaña, a falta de otra cosa, siempre podía hacer frente a los hechos.

Gracias al periódico, Louie podía enterarse de un montón de noticias: los titulares las daban en un segundo, indicando la importancia de un acontecimiento por el tamaño de la letra. Por lo que veía, emitían una y otra vez los mismos comunicados oficiales. En cambio, resultaba que la variedad de historias reales era asombrosa: aquellas historias conseguían que la guerra pareciera más humana, la gente como ella más importante y la vida... un poco como era antes. Pero eran los artículos de opinión del periódico los que creaban la verdadera historia: el alimento de Louie; tras un par de semanas con esa dieta, Louie descubrió que *tenía* un punto de vista propio, y no cualquiera, sino el correcto. No solo disfrutaba de la emoción de pertenecer a esa historia, sino que cada mañana y cada tarde la felicitaban desde las altas instancias.

Hasta los rusos estaban más satisfechos con ella de lo que había temido; Stalingrado seguía aguantando, pero ella se hallaba en el frente del esfuerzo bélico industrial. En cuanto a los norteamericanos destinados en Londres, estaban absortos de admiración por su carácter. Pocos eran los días en que Louie no encontraba en el interior del periódico un mensaje dirigido a su persona o un informe sobre su trabajo. ¿No era ella trabajadora, esposa de soldado, huérfana de guerra, mujer de a pie, londinense, amante del hogar y los animales, demócrata reflexiva, aficionada al cine, mujer británica, remitente de cartas, ahorradora de combustible y ama de casa? Solo le faltaba ser madre, tejedora, jardinera, enamorada y sufridora de los pies, al menos de momento. Ahora Louie se sentía mal si cualquier descripción elogiosa de la mujer que aparecía en el periódico no coincidía con ella misma. No podría haber soportado una completa desaprobación. Por ejemplo, a las esposas casquivanas y a las chicas alegres no se les daba tregua, y con razón; había leído una docena de artículos al respecto, desde luego con un interés especial, e iba por la mitad de otro, cuando la idea la dejó helada. ¿Sería posible que el periódico estuviera reprendiendo a *Louie*? Se le puso la piel de gallina, ante Dios y Tom. No empezó a recuperarse sino hasta la tarde siguiente, cuando el periódico se pronunció enérgicamente en contra de la frialdad en el trato humano: al parecer éramos cada vez menos secos; los norteamericanos estaban gratamente sorprendidos. La guerra nos convertía en una gran familia... Bueno, por fin los periódicos la readmitían; de nuevo la rodeaban aquellos brazos supremos. Sí, se recuperó, pues, esposa o no, no tenía madera de casquivana, y, chica alegre o no, rara vez había acabado pasando lo que se llama un buen rato. Tampoco salía con hombres: de partida, no estaba en el mercado.

Aquella fue una de esas reconciliaciones que profundizan en un sentimiento de amistad. Louie llegó a amar los periódicos físicamente; le preocupaba su noble delgadez, cada vez mayor, y habría deseado alimentarlos; se moría por poder tocar un ejemplar tibio recién salido de la imprenta y, a falta de tal experiencia, se acostumbró a leer acurrucada junto al fuego para que emanaran los efluvios de la tinta. Aunque respetaba el *droit du seigneur* de Connie sobre cualquier periódico que entrara en la casa, a Louie no le gustaba en absoluto ver cómo los utilizaba, con aquella brusquedad sensual. Era incapaz de ver envolver un trozo de pescado en papel de periódico sin experimentar una compleja sensación en la que se mezclaba la envidia con una alegría emocionada. En la fábrica, Louie se sentía atraída por chicas y mujeres en las que se operaba el mismo fermento. Sin embargo, gracias a su educación periodística, se sentía —y por tanto parecía— menos extraña. Algo la mantenía a flote. Incluso estaba a punto de ser capaz de trabar aquellas amistades que, teniendo a Connie, ya no necesitaba.

Connie leía los periódicos en términos generales con suspicacia; nada le pasaba desapercibido. Más impresionante era el hecho de que releía todo, porque la segunda vez, como daba a entender, en realidad leía entre líneas. Según ella, había muy poca gente que tuviera ese don, así que era justo que lo utilizara y, por consiguiente, era

una fiera con la información. En cuanto a *las ideas* (así llamaba Louie a los artículos), Connie entrecerraba los ojos, y mantenía una mentalidad abierta: que le vendieran lo que fuese... si podían.

Las conversaciones periodísticas en el 10 de Chilcombe Street no tardaron en convertirse en una costumbre, cuando Connie libraba por las noches. Generalmente Connie iba a la primera planta, para no encender su chimenea.

—¿Has visto —preguntaba Louie— donde pone que en ciertos sentidos la guerra mejora nuestro carácter?

—La verdad, no he reparado en ello. ¿Dónde lo dice?

—En la parte que te llevaste a tu casa, donde sale la granjera que tira de un caballo enorme.

—Ah, *esa*. Es una ex modelo, por eso la sacan. No es por lo que hace ahora por lo que le hacen la fotografía, si te fijas bien; es por lo de antes. Por mí que se quede con el caballo, pero ya quisiera beneficiarme de ese aire fresco del que ella dice beneficiarse. En el sótano donde me paso las horas, en el puesto de vigilancia, podría ser cualquier estación del año, o de día o de noche, y no me enteraría. ¿Has visto lo de los pájaros?

—No, ¿dónde?

—Regresan a África.

—Pues entonces serán aves migratorias: me lo contó mi padre. Le encantaban los pájaros. Muchas primaveras era el primero en oír al cuclillo; era solo cuestión de estar atento, decía. Ah, siempre me señalaba los pájaros que se posan en los cables. Siempre se posan ahí... ¿Y por qué hablaban de los pájaros?

—Supongo que porque siguen haciendo lo de siempre. Son una prueba de que la naturaleza sigue su curso en cualquier circunstancia. Los pájaros no se dan cuenta de que hay una guerra; son afortunados por no tener conocimiento. Un aviador se quejaba de que el otro día se cruzó con una bandada; le pareció que muchas aves habían acabado decapitadas. ¿Y quién te dice que yo no acabo decapitada una noche de estas? Y yo sí tengo conocimiento y preocupaciones, así que, ¿en qué lugar me deja eso?

—Aun así, seguro que no preferirías ser como los alemanes, Connie. Me contaron que se tragan todo lo que les dicen. Se lo dicen todo en los periódicos. Pero los de ellos no traen *ideas* como los nuestros. Ponía que para que sigan adelante con la guerra tienen que engañarlos; pero a nosotros la guerra nos hace pensar.

—Yo ya tenía tendencia a pensar: ni falta que me hacía una guerra. Prefiero pensar a hacer cualquier otra cosa; pero lo que te permite seguir adelante es el carácter.

—Los yanquis están sorprendidos por nuestro carácter.

—¿Alguna vez has visto a un yanqui sorprendido?

—Bueno, pero vi donde ponía...

—Lo que están es sorprendidos por los pubs. La otra noche mi amigo y yo no

podimos entrar en ningún sitio ni de canto. Ni que la guerra la hubieran empezado ellos, ellos y los rusos...

—Ah, pero los rusos, ah, Connie, cómo puedes decir eso. Hay que pensar en Stalingrado cada minuto.

Las dos miraron el reloj.

—Son muy diferentes —dijo Louie— de todos nosotros.

—Lo reconozco: son *titánicos*. Absolutamente. De hecho, si la ciudad estuviese llena de rusos yo sería la última en quejarme, te lo aseguro; por cómo dan batalla, y si es cierto que lo hacen sobre todo por defender a su país, deberían tener derecho a ventilar sus opiniones. Lo único que te digo es que estamos entre los yanquis y los rusos, y todo el mundo nos pasa por alto, pero ninguno de ellos estaría en guerra de no ser por nosotros.

—Pero creía que Hitler...

—Bueno, ¿quién acabó con su paciencia? No, en una cosa estoy de acuerdo: donde pone que el carácter nos hace salir adelante. Claro que no me preguntes qué hay adelante. Vivir para ver. Y yo tengo la intención de seguir viviendo todo lo que pueda.

—Pero ¿no se aprende de las lecciones de la historia, Connie?

—¿Qué? Napoleón acabó mal, también el Káiser, e igual acabará Hitler. Lo que no nos dicen es: ¿quién se benefició? Y eso querrá saber también la posteridad, si tiene dos dedos de frente. ¿Qué saco yo de que alguien venga y me convierta en una lección de historia? Además, créeme: si de algo no se aprende es de cualquier cosa que se plantee como una lección. Lo que acabes sabiendo lo aprenderás sobre la marcha. La posteridad solo hablará de la naturaleza humana, y prescindirá de ti. No: yo tengo mis dudas de que, más adelante, nos reconozcan a ti y a mí cualquier mérito. No nos lo reconocen ahora y no nos lo reconocerán después.

Louie se tapó la boca con la mano, como para prohibirse hablar como Connie. Entre los dedos, dijo:

—¡Eres tremenda!

—¿Quién?

—Mira cómo me hablas.

—¿Y qué, prefieres ser como esos pájaros descerebrados?

—Ah, deja ya a los pájaros. A mí me gustaba verlos. Eso es lo que me gustaría que no pasara en toda esta guerra: que los pájaros se cruzaran con el aviador cuando levantan vuelo tan contentos.

Louie giró la cabeza a uno y otro lado, como angustiada por algo que tal vez no podía eludir. Estaba sentada sobre la alfombra, con la espalda apoyada contra una silla, pero la silla se deslizaba tras de ella, así que también debía sujetarse con las manos. El final del otoño la había obligado a ponerse medias, llenas de abultados remiendos que deslucían sus piernas largas y fuertes, ahora estiradas al frente. Connie, con los pies separados, estaba delante del espejo quitándose las horquillas del

flequillo: entraba en servicio a las 23.00, es decir, muy poco después. Puso las horquillas una por una bajo el reloj de Louie, pero la última se le cayó en la alfombra. Se detuvo, miró a Louie esperando que la recogiera y chasqueó la lengua con fastidio. Los grandes ojos de su amiga, siempre con una liquidez inestable en sus cuencas poco profundas, se habían desbordado. La consecuencia: hielo brillante en los pómulos de aquella idiota, una humedad dispersa. Las lágrimas necesitan voluntad para formarse y caer.

—Mira, ya tengo suficiente con lo mío, ¡como para que encima me vengas con eso de los pájaros y esas historias! ¡Ni que tuvieras que vértelas con verdaderos muertos, como yo! Y, además, ¿dónde se ha visto un pájaro contento? Cuando cantan es para aparearse. Sexo. Es curioso que me digas que en serio mirabas a esos pájaros, aunque dudo que tu padre te dijera nada de eso. ¿No te has dado cuenta de que se me cayó una horquilla?

—¿Dónde?

—¿Dónde? *Ahí*, ¡al lado de tus enormes pies!

Louie tanteó a ciegas las fibras de la alfombra, alrededor de sus pies; era importante no perder nada, porque no había nada en venta. Y dijo de repente:

—No quería incordiar, en serio, Connie; pero los pájaros me recordaron a mi padre. Y me pareció poco natural que ya no estuviera, como mamá... Y que en el lugar donde vivíamos solo haya aire.

—Ah, si es por eso, no te preocupes por la horquilla. Me siento fatal por lo que te dije, pero ¿cómo iba a saber lo que tienes en la cabeza? Suénate la nariz, venga, y míralo de esta manera: tu padre estaba viejo y tarde o temprano era natural que se muriera. No puedes decir que morir es poco natural; es lo que ocurre. Y piensa también que tus padres permanecieron unidos hasta el final y que pudieron llevarse su casita y todas las cosas que valoraban al otro mundo. ¡Vaya!, he visto gente mayor que se queda de este lado sin nada, lo pierden todo; es tan lastimoso que una no sabe qué decir. Y mira la suerte que tuviste tú, estando casada y lejos de allí: de nada habría servido que murieras con ellos. No es que yo esté segura de no preferir que me maten a morirme; desearía no tener tiempo para pensamientos morbosos, y lo que deseo para mí misma lo desearía para mis seres queridos, si los tuviera.

—Bueno, gracias, Connie, de verdad.

—Aun así, *fue* atroz.

Vestida con los pantalones del uniforme y una blusa de puntillas, Connie buscó a regañadientes la guerrera con la mirada. Se quitó un pendiente de perla, se frotó el lóbulo inflamado y volvió a ponérselo, con una mueca de dolor. Por más que entrara en servicio por la noche, había que conservar cierta apariencia, y ¿por qué no? Aunque en ese momento no había alertas, ni siquiera una amarilla, no se sabía quién podía bajar de golpe por las escaleras del puesto, perdido en medio del apagón, para preguntar dónde se encontraba y, en tal caso, había que llevarlo a alguna parte. ¿Funcionaba el metro? ¿En qué dirección quedaba el West End? ¿Dónde estaba la

estación de Waterloo? ¿Dónde podía encontrar un refugio? ¿Le importaba si se quedaba allí con ella? El hecho de que cerraran todos los sitios desesperaba a los muchachos: el letrero de «abierto» del puesto de guardia los atraía como polillas.

Solo el personal estaba autorizado a entrar en el puesto. La población civil debería saberlo; a esas alturas incluso los extranjeros deberían actuar con más sensatez, pero con los miembros de las Fuerzas Armadas se hacía una excepción. Para Connie, que pasaba el día sola en la recepción, habría sido antinatural no hacer del puesto de observación una oficina de asesoramiento sobre las normas que deben cumplirse en tiempos de guerra. A cualquiera que se internara en el puesto, procedente de la oscuridad ignota del exterior, le agradaba que le preguntaran su nombre. Las noches que pasaba en el puesto no eran muy distintas a sus días en el estanco: por muy profundamente que durmiera junto al teléfono, en cualquier momento podía abrir un ojo sagaz. Si la inflamación nocturna de sus orejas la obligaba a quitarse los pendientes, ni una vez había olvidado ponérselo de nuevo antes de que alguien pasara por la puerta. Del ministro de la Guerra para abajo, a ella no iban a pillarla en un renuncio.

—Bueno, se te pasará enseguida, querida —afirmó, sacando pecho mientras se abotonaba la guerrera, tiraba de los faldones y ajustaba la hebilla del cinturón. Al coger su paquete de cigarrillos, que había dejado en la chimenea de Louie, y metérselo en el bolsillo, le echó un vistazo a la fotografía de Tom, como traspasándole la autoridad para el gobierno de la casa. Lo miró una segunda vez, siempre sin decir nada. Desde un principio, aquella costumbre que tenía Connie de interrogar a Tom en silencio y con descaro sacaba a Louie de quicio: a veces Connie decidía *no* decir una cosa en particular cuando estaba a punto de marcharse de la habitación, con plena conciencia de que, al salir y cerrar la puerta tras de sí, la dejaba a una en ascuas. En cuanto al comentario que se ahorró esta vez, Louie no lo dejó pasar, sobre todo porque parecía relacionado con Tom. Podía adivinarse un atisbo de reproche o malicia en la manera reiterada y ostentosa con que Connie observaba aquella fotografía que ella casi nunca miraba. La evitaba. En numerosísimas ocasiones había leído cuánto reconfortaba una fotografía, pero lo cierto es que ocurría justo lo contrario. Ella tenía expuesta la foto por respeto a la convención y a las costumbres, lo cual sin duda se ajustaría perfectamente a los sentimientos de Tom. Más aún, Louie le escribía diciendo: «Miro tu foto todos los días». Una tergiversación más de la insumisa realidad del amor. No era una mentira absoluta: aunque olvidara otras cosas, a diario quitaba el polvo devotamente del estante de la chimenea, y eso implicaba levantar el retrato. Al manipular algo, en cierto modo se ve. Ver, sin embargo, no es mirar.

Tom le había dado aquella fotografía; se la habían hecho justo antes de partir: la que ella ya tenía, una instantánea ampliada en la que él salía con un cuello byroniano en el paseo de Seale, no le había parecido lo suficientemente seria y apropiada, dadas las circunstancias. Ir al estudio por iniciativa propia había sido uno de sus últimos

actos de despedida; en consecuencia, la cámara había captado el rostro de un hombre que ya se había marchado. Las líneas inexpresivas de sus rasgos parecían infinitamente remotas, perfiladas contra el telón de fondo rojo oscuro del estudio fotográfico: los ojos miraban la nada sin expectativas, directamente y con precisión. Querer penetrar o interceptar esa mirada dirigida a nadie era convertirse en nadie... Y después de eso, ya nada podía ser como antes. El portarretratos con el blasón militar contenía una imagen que indicaba, en el mejor de los casos, ausencia; en el peor, se derivaba una advertencia al fondo del corazón: ningún regreso es capaz de remediar un adiós. La seguridad puede imitarse, pero no renovarse.

Capítulo 9

—Echarle el pasado encima a un muchacho, ¡estupendo! Y ahora tú acabas en medio de todo. No: ¡es una tontería, Stella!

—Hablas como el coronel Pole. Creí que el legado de Roderick te parecía algo positivo.

—¿La herencia de Roderick?

—Perdón, la herencia de Roderick.

—Cualquier cosa es mejor que nada —admitió Robert, con aquel gesto de impaciencia que dejaba entrever siempre que creía que una verdad contradecía a otra—. Y lo que no entiendo es por qué tienes que ir tú allí.

—Será menos de una semana.

—No se trata de cuánto tiempo estés fuera, sino de lo lejos que estarás. Allí estarás *fuera*, completamente.

—Tonterías, cariño.

—Por supuesto, lo que no me gusta en absoluto es que te marches —dijo él, aunque con el tono de alguien que está reprimiendo sus propios sentimientos. Dejó caer la mano del antebrazo del sillón bajo y pasó distraídamente las yemas de los dedos por el suelo. Un minuto después, sin embargo, le dirigió a Stella una mirada enérgica, como si dijera «haz lo que quieras», mientras apretaba los labios y su boca parecía un línea a punto de romperse. Al final, explotó—: Toda la historia no es más que una estafa de ese viejo lunático. Para que vuelvas.

—Pero si está muerto. ¿Te refieres al primo Francis?

—Un detalle como ese no lo detendría.

La frase despertó una imagen tan vívida que Stella se echó a reír.

—Tendrías que haberlo conocido —dijo.

—Pero eso no es lo que él querría —prosiguió Robert—, sino lo que tú deseas.

—Yo no quiero volver allí.

Robert levantó las cejas.

—De hecho —dijo ella—, me espanta.

—No estoy tan seguro.

—Bueno, pues yo sí. Pero es un viaje de negocios, no una cuestión sentimental.

—Pero dices que te espanta. ¿No es el espanto un sentimiento? No me importaría si este asunto no significara nada para ti.

—No tenía idea de que ibas a ponerte así —dijo Stella—. Porque, en fin, ¿a qué se reduce todo esto? No es más que un viaje de negocios: los asuntos de Roderick en Mount Morris. Sabes cómo me han estado molestando últimamente con todas esas cartas sobre la propiedad, o enviadas desde allí, pidiendo que tome decisiones que no puedo tomar porque, en la distancia, no comprendo de qué tratan exactamente o

cuáles son los detalles. Que si el techo, que si la granja, que si la siembra, que si la poda de los árboles. Dios bendito. ¡Ojalá Roderick pudiera y tuviera la edad para ocuparse! Pero, tal y como están las cosas, no se puede abandonar una finca indefinidamente. Alguien tiene que ir a echar un vistazo: Roderick no puede, así que debo hacerlo yo. Y como debo hacerlo, cuanto antes, mejor. Mejor quitármelo de encima cuanto antes, ¿no? En serio, Robert, ya bastante me costó convencer al empleado de la Oficina de Pasaportes de que es un asunto urgente. ¿Tengo que pasar por lo mismo contigo? Para ellos mis explicaciones fueron suficientes.

—Ellos no están enamorados de ti.

—Hace semanas ya que acordamos que iría.

—¿Yo estaba de acuerdo? Sí, supongo que sí.

—¿Ha cambiado algo desde entonces? —protestó ella.

Eran las siete de la tarde. Estaban en el apartamento de Stella. Al día siguiente temprano ella cogería el tren con destino a Irlanda.^[10] Robert había tenido la desgracia de atisbar una desdichada maleta a medio hacer en el dormitorio; Stella no había cerrado la puerta a tiempo. En el salón, delante de la chimenea, Robert desenvolvía la botella que había traído.

En uno de sus cambios de humor, consiguió transmitir la impresión de que había sido ella, y no él, quien acababa de montar una escena. No pudo evitar coger el cordel del paquete, extenderlo en toda su longitud y observarlo detenidamente, para después convertirlo en un ovillo con un movimiento lento e irresistiblemente tranquilizador.

—En fin, aquí tienes un cordel —comentó al terminar.

—¿Aún hay sitios donde *siguen atando* los paquetes?

—Donde compro el whisky, sí. Espero que no pases mucho frío en el viaje.

Stella pensó: «¿Es que puedo no pasar frío en un viaje que me aleja de ti?». Pero en vez de decir eso, advirtió:

—Aún no estamos en invierno. Ojalá hubiera ido antes, así ya estaría de vuelta.

—¿Y qué haré mientras estés fuera?

—¡No me pongas más triste!

—Nunca se sabe —dijo, enrollándose el cordel en el dedo—. ¿En qué época del año fuiste la vez anterior?

—Más o menos como ahora: otoño.

—¿Hace veinte años?

—Veintiuno.

—Ha pasado mucha agua bajo el puente desde entonces, ¿no? —dijo Robert en un murmullo—. Suficientes riadas como para haberse llevado casi todos los puentes.

No había ni un solo puente a menos de una milla río abajo o río arriba de Mount Morris. En el valle, el río corría suavemente en dirección a la casa; luego giraba y se perdía de vista en torno al saliente rocoso donde se levantaba la mansión. En la orilla

opuesta, los acantilados de piedra caliza se reflejaban blanquecinos en el agua; la cima y algunas laderas escarpadas estaban cubiertas de árboles. El río trazaba en parte los límites de la propiedad: del lado de Mount Morris había una ribera en la que el bosque solariego, oscurecido en las lindes por laureles, descendía en colinas onduladas. Aquella hendidura profunda del valle parecía ser todo un regalo para que las ventanas principales de la casa miraran hacia allí; sin embargo, la casa consagraba el fervor mudo de su ser a una mirada en lontananza. Por los demás costados, el bosque y las colinas encerraban el caserón de Mount Morris.

Quienquiera que levantara la mirada desde el río vería el cielo reflejado en las filas de grandes ventanas acristaladas. La fachada, de estuco pardo, parecía variar de tono, pero no cambiaba de color salvo al atardecer, cuando el sol, al caer en el valle, daba al estuco un tono rosado oriental e inflamaba las ventanas.

A la hora en que llegó la madre del dueño, los reflejos del río prolongaban la luz natural del día; un resplandor dorado inundaba la casa, procedente desde el bosque. Stella había olvidado que al viajar al oeste los días se alargan: al contemplar el fuego que ardía al otro lado de una sala, en el interior de una chimenea de mármol blanco, le pareció que el tiempo se había detenido; había una luz crepuscular eterna en la que nada se oía, salvo el crepitar del fuego y el sonido del reloj del vestíbulo. Y a juzgar por su cansancio, se diría que había viajado, no a otro país, sino a otra época. El aire interior de la biblioteca tenía algo de exterior; sin duda habían cerrado hacía poco las ventanas que daban a la grava recién rastrillada y llena de tierra húmeda. La luz pervivía solo en las partículas del aire, porque las paredes y las altísimas cortinas eran de un rojo apagado. Algo más que un aroma añejo asaltaba los sentidos desde las librerías empotradas en las paredes, quizá la indiferencia de aquellos cientos de libros al pensamiento fugaz. El otro foco de oscuridad era una pintura al óleo colgada sobre el hogar: un grupo de jinetes temerosos reunidos a medianoche. La habitación carecía de poesía si el visitante no era capaz de sentir la fuerza contenida de su espíritu: allí había concentrado el primo Francis su ser.

Por todas partes quedaban indicios de los preparativos que había hecho antes de su viaje. Numerosos panfletos, revistas, folletos, prospectos, con bordes más o menos viejos y amarillentos: estaban atados en paquetes, apilados sobre los armarios, o debajo de ellos, y bajo los sofás y las mesas. En dudoso equilibrio sobre los paquetes, una multitud de cestas en forma de bandejas invitaban a Stella a inspeccionar sus contenidos, cuidadosamente ordenados: descoloridas bolas de billar, candados, termómetros, un collar de perro, llaveros sin llaves, un bulbo de lirio, un puzzle de marfil, un calendario del año 1927 con citas de Shakespeare, una garra disecada pero sin montar de una enorme águila, una aldaba en forma de monigote, una espuela suelta, pedazos de cuarzo, un montón de pequeños lápices sin punta, atados con hilo de seda...

Hasta ahí el pasado: pero el primo Francis también había sido previsor. Engarzadas en el marco del cuadro oscuro, destacaban tarjetas blancas, aún nuevas,

que llamaban la atención: mandatos, recomendaciones y advertencias, escritos con la desigual caligrafía del primo Francis, con un subrayado por aquí, un urgente círculo rojo por allí. *Relojes*, cuándo y cómo darles cuerda... Extintores, cuándo y cómo emplearlos... *Cerraduras y goznes*, mi manera de aceitarlos... *Ratones vivos* en ratoneras, ahóguense pero *no* se los arroje al fuego de la cocina... *Tim O'Keefe*, *Mason*, que no vuelva a trabajar aquí a menos que se esfuerce más que la vez pasada. *Mendigos*, bona fide 60 céntimos, *Soldados veteranos*, seis peniques... *Histeria*, *cachorros*, en caso de... En caso de *Tuberías atoradas*... En caso de *Paracaidistas*... *Pájaros en la chimenea*, en caso de... En caso de *Telegramas*... En caso de que el *Río inunde Lower Lodge*... En caso de *Mi muerte*... En caso de *Mensaje de emergencia de Lady C*...

Stella estuvo un rato leyendo las tarjetas, de pie, luego miró a un lado y otro de la repisa de la chimenea; pero no había nada más a excepción de otro reloj, mudo, unos candelabros sin velas y unos jarrones de bronce labrado llenos de yesca. Con las manos apoyadas en el mármol, miró el fuego y lamentó no tener indicaciones igual de claras para su propia vida, que, en aquel momento, tan lejos de Londres, no sería menos problemática al volver. ¡Quién pudiera quedarse aquí para siempre, desempeñando un papel de fantasma! Volvió la mirada a regañadientes: sus guantes, con la forma de sus manos, y su bolso —con pruebas irrefutables de su identidad— seguían donde los había dejado, en el centro de la mesa.

En esa misma mesa, unos minutos después, Donovan apoyó la lámpara de aceite. Cuando aumentó la potencia de la mecha el globo se hinchó con una intensa luz amarilla, recortando los rasgos dantescos del encargado contra el fondo de la biblioteca.

—Todas las salas —comentó el hombre— están terriblemente desordenadas: nos han confundido las instrucciones de no tocar nada. En los últimos tiempos hemos estado sin señor, ha sido una desgracia. No hemos podido darle una gran bienvenida, señora, pero créame que es usted muy bienvenida. Mis hijas han hecho todo lo posible por preparar el salón, pero no pudimos hacer nada para calentarlo, así que al final lo dejamos y nos rendimos. Es una buena sala, pero ha estado demasiado tiempo cerrada.

Mary Donovan llegó con una segunda lámpara; le faltaba el aliento aún más que a su padre, y era obvio que nunca antes había desempeñado aquel papel. Miró a Donovan en busca de una indicación y, al no recibirla, dejó la lámpara al lado de la otra. Así concluyó la ceremonia. Como nadie hizo ademán de correr las cortinas, los dos globos, los Donovan y Stella quedaron reflejados en los cristales de la ventanas, convertidos en azabache negro.

—Gracias, Mary —dijo Stella, observando a aquella niña escuálida enfundada en un enorme delantal blanco.

En respuesta, Mary movió los labios: como si se hubiera equivocado al recitar el primer verso de un poema, se retiró de la frente un mechón de pelo con la muñeca.

—Está muy nerviosa, señora —explicó Donovan—. Sabe que tendría que estar haciendo algo más, pero no sabe qué. ¿Se le ocurre a usted, señora, qué podría necesitar o qué podríamos hacer?

Meses atrás y en la distancia, Stella había consentido que se despidiera a los sirvientes del primo Francis: había que reducir los costes innecesarios de la propiedad. Sabía que ahora no quedaba nadie en Mount Morris salvo Donovan, un viudo de edad indeterminada, y sus dos hijas, sorprendentemente jóvenes. No recordaba a Donovan —quien, en la época de su luna de miel, probablemente trabajara en el jardín o en alguna otra parte de la finca—, pero prefirió callar ese detalle, pues él sí que la recordaba a ella.

—Para la cena —añadió el mantenedor de Mount Morris— hemos matado un pollo.

—Qué amable —dijo Stella. Después de lo que acaso pareciera un difícil momento de duda, preguntó—: ¿Cuál es mi habitación, Mary?

—¡Velas! ¡Velas! ¡Velas! —gritó Donovan enloquecido—. ¿Tienes las velas, Mary?

Padre e hija cruzaron una mirada fugaz. La muchacha, con una voz inesperadamente grave y firme, exclamó:

—Están las dos arriba.

—¡Jesús! —dijo Donovan—. Entonces no hay ninguna para llevar en la mano.

—Aún hay luz en las escaleras —apuntó Stella—. Y conozco el camino.

En efecto, era sorprendente cuán familiar le resultaba la casa, que emergió en su memoria con todos sus detalles, como si se hubiese soltado un cabo que la hubiera mantenido sujeta al fondo. De ahí en adelante la guio la esperanza de comprobar lo cierto de sus recuerdos, más que sus recuerdos: no sabía en qué momento de su viaje de regreso había arrancado aquella locomotora sensorial. Parecía como si fuera capaz de percibir, con una clarividencia fantasmagórica, todo cuanto la oscuridad ocultaba a su alrededor. Mientras seguía a Mary, en su mente se presentaban con vívida antelación los empinados escalones, el esférico resplandor de las ventanas venecianas (que solo desaparecía por completo en noches sin luna), el crujido que hacía el entarimado del vestíbulo al pisarlo y los distintos olores, de aquí y de allá, a yeso, pieles, cera, humo, madera pulida, cerraduras aceitadas y árboles. Debía de haber conservado esos conocimientos durante todos aquellos años, y ahora reaparecían en unos pocos minutos.

Incluso a mediodía, en aquel rellano atestado de puertas, al final de la escalera con ventanales, no había más que sombras: en aquel momento Stella solo presentía las puertas a su alrededor. La intriga respecto a qué picaporte giraría la muchacha, una intriga conocida desde varios minutos antes, no tardó en revelarse llegado el momento, y desde luego era más bien ficticia y, al fin y al cabo, ni real ni intensa. Casi con indiferencia, Stella descubrió que Donovan había elegido para ella una habitación sin historia. Mary, al entrar, se abismó en una oscuridad absoluta que no

inspiraba en la memoria ningún estremecimiento de temor. Dentro, las cortinas y persianas estaban cerradas; la figura de Mary solo podía detectarse cada vez que encendía una cerilla en su caja humedecida. Entretanto, Stella no necesitó guía para ir desde el respaldo acolchonado de un sofá a las patas redondas de una cama. Se habían ocupado de caldear aquella habitación, vacía durante mucho tiempo, a la temperatura de un verano normal; se veían rescoldos carmesíes reflejados en lo que debía de ser un espejo de pie. Luego, cuando Mary consiguió encender las velas, de repente aparecieron colgaduras de cama y armarios, y sus sombras, la sombra de una mujer que estaba de pie y la de la muchacha, materializada de repente, en aquel revelador instante, pero no fue más que eso.

Aquel instante, único e irremplazable, se hundió lentamente en la eternidad de aquella casa.

—Lamento que se haya tropezado hace un momento —dijo Mary—. A lo mejor he ido muy deprisa. ¿Le dejo las cerillas? Es una caja muy mala.

Tras encargarse del fuego, al que obligó a avivarse con un contundente puntapié, se dirigió aprisa al baño, desenrolló una toalla y, con las dos palmas, probó la temperatura de un cubo de latón.

—Todavía está hirviendo —confesó a Stella con gesto triunfal; la invitada, con casi idéntica ingenuidad, contestó:

—Ah, qué agradable que se ocupen de una.

—Soy nueva; ya veremos cómo nos sale.

Cuando Mary se marchó, Stella recordó la orden de Robert de beber por ambos, como quien dice, en aquel momento. Llevó al tocador una botella de agua y un vaso, y destapó la botella que Robert le había llenado dos días atrás en Londres. Al levantar el vaso entre las velas, para medir cuánta agua mezclaba con el whisky, notó que las velas no eran nuevas: ambas habían ardidado ya y eran de distinta longitud. Aquello la dejó perpleja, dado el perfeccionismo y los buenos modales que hasta entonces habían demostrado los Donovan. Seguramente tenía que ver con la mirada cómplice y enigmática que habían cruzado padre e hija abajo y, también, con el aire que había adoptado Donovan al ver la segunda lámpara, como cuando alguien no quiere decir ni pensar algo. Stella creía que no habría escasez de ningún tipo en Irlanda. La emocionante sensación de encontrarse lejos de la guerra se había concentrado en aquellas luces generosas, aunque, en realidad, la noche anterior, cuando su barco entró en puerto, ya tuvo la intensa impresión de prodigalidad: en las casas cercanas a la dársena las ventanas se veían y brillaban, y era como si en el interior de las casas todo estuviera ardiendo; y, más tarde, los reflejos deslumbrantes de las calles húmedas le daban a Dublín un aspecto de fabuloso carnaval. En la mansión, esa noche, los tres rectángulos amarillos que proyectaba la ventana sin cortinas sobre la gravilla sugerían tranquilidad, sí; pero también revelaban una alegría desbordante, como la de ver correr vino por el suelo. El hecho de tener que preguntarse, en ese momento, si no habría en Mount Morris paquetes de velas sin abrir, cubos enteros de

aceite, le pareció un revés, un pequeño engorro, pero muy molesto. ¿Se habrían acabado en toda la casa? ¿Racionaban los Donovan las existencias o era que descuidaban el abastecimiento? Debía informarse esa misma noche, o mejor..., al día siguiente. La pregunta, que tal vez acabara revelando el mal gobierno doméstico, debía posponerse, o al menos plantearse en el momento justo. Al final se le olvidó y nunca llegó a preguntarlo, pero lo que no atrevió siquiera a sospechar era cierto. Allí, en la habitación, y abajo, en la biblioteca, ardían las provisiones de luz que deberían durar meses. Bien entrado el invierno, tras la partida de Stella, la familia Donovan se iría a la cama a oscuras.

Después de cenar, Stella giró mecánicamente los botones de la radio que estaba junto al sillón del primo Francis. A él le apetecía tener la guerra al alcance de la mano: a ella le encantó descubrir que aquel aparato no emitía más que silencio que se acumulaba al silencio de la biblioteca. Obviamente, la batería estaba gastada. Nunca había habido teléfono en Mount Morris: la certeza de encontrarse fuera del alcance del mundo consiguió que su sueño de aquella noche fuera más profundo. Por la mañana, vistiéndose junto a la ventana, estuvo observando a tres cisnes que bajaban al río y se detenían en mitad de la corriente, contemplando la casa desde la que Stella los miraba. Inconcebiblemente temprano, la luz del sol lo bañó todo: las laderas herbosas, las rocas, el enloquecido esplendor de los árboles. Con una sensación de alegre ligereza, Stella se embarcó en los asuntos del día. Comenzar con todo aquello le llevó algún tiempo: había que revisar tantas cosas pendientes y se entretuvo con tantas conversaciones imprescindibles —entre otras cosas, la gente de Mount Morris exigía un relato completo y emocionante del funeral del primo Francis— que solo al caer la tarde, después de un té tardío, pudo sentarse a escribir a Roderick.

Redactó la carta sobre la superficie de cuero gastado de la enorme mesa escritorio del primo Francis. Lamentó, por Roderick, no encontrar papel con membrete de Mount Morris, pero llenó una hoja tras otra de su propia libreta. En un momento dado, al arrancar y apartar una hoja y colocarla sobre las demás, a la izquierda del tintero, golpeó una balanza para pesar cartas, agitando el mecanismo, sacando las pesas de sus huecos y activando, en un recóndito lugar de su mente, una asociación odiosa e inquietante... El paquete de la señora Kelway: ¿Lo había echado Harrison al correo...? Cogió de nuevo la pluma, meditó aquella pregunta, la dejó de nuevo, se volvió en el sillón giratorio y bajó aprisa desde la habitación hasta el rellano de las escaleras que conducían al sótano.

—¿Donovan?

—Señora —respondió el hombre, presentándose al pie de las escaleras.

—El señor quiere saber una cosa concreta: ¿hay un bote?

Donovan se pasó la mano lentamente sobre su erizado pelo blanco:

—¿Quiere saber si hay aquí un bote, ahora?

—¿Lo hay?

—¿Se refiere a alguna clase particular de bote?

Stella pareció desconcertada:

—Un bote, sencillamente.

—Bueno, había una barca, y estaba bastante bien, hasta que el señor la hundió. No disfrutaba mucho de ella en general, y luego nos dijo que, en los tiempos que corren, nunca se sabe lo que puede ocurrir, así que un buen día mandó a los muchachos que la cargaran de rocas, hasta que se fuera al fondo. «Bueno, ahí va», dijo. Pobre hombre. La vimos hundirse el caballero del banco, el señor y yo... Ahí seguirá, en el río. ¿Quiere que la saquemos para ver si está muy podrida?

—Si fuera posible, no estaría mal.

—A lo mejor —dijo Donovan, animado con el proyecto— lo único que tenemos que hacer es darle una mano de brea.

Stella bajó un escalón, Donovan subió dos.

—Sería una pena —añadió él— decepcionar al señor. ¿Así que es barquero?

—No diría tanto... Déjeme enseñarle una fotografía.

—Ah, un retrato. Pero ¿no es un poco raro que no lo hayan dejado venir? Dónde se ha visto que el ejército le ponga tantos inconvenientes a un caballero. En fin, imagino que es un hombre de corazón valiente, y la guerra podría resultarle beneficiosa. Quién sabe si no acabará siendo general.

—Oh, no. Me temo que es muy joven para ello.

—Pero —dijo Donovan, sin desalentarse— todo parece indicar que será una guerra larga y con muchos beneficios. ¿Le está escribiendo una carta al señor?

—Así es. ¿Cuándo hundieron la barca exactamente?

—La última vez que vino el caballero.

—¿Qué caballero? Ah, ¿el del banco?

—No hemos recibido muchas visitas desde que empezó la guerra; prácticamente, solo ese caballero del banco, y estuvo poco tiempo aquí. Vino de Inglaterra. Era increíble, en estos tiempos, ver a alguien yendo de un lado a otro. A lo mejor tenía algún tipo de privilegio; aunque nunca supimos si era un señor o un capitán. En cualquier caso, era una distracción para el señor. Se quedaban charlando hasta las tantas, por la noche. Era un hombre o un caballero muy delgado, y además tenía una especie de defecto raro en los ojos...

Stella se quedó helada. Al retomar la carta, no pudo recuperar ni la velocidad ni la concentración del principio: terminó de una manera un poco vaga y dubitativa, prometiendo que enviaría más noticias al día siguiente; mientras escribía la dirección en el sobre recordó que no tenía sellos. Luego echó la silla hacia atrás y empezó a examinar los muchos cajones de la mesa, tirando de todos los picaportes, uno a uno con mucho cuidado: todos estaban cerrados con llave. Buscó las llaves casi enloquecida, yendo de un lado a otro de la habitación, abriendo cajas y gabinetes, moviendo objetos al azar, intentando incluso mirar dentro de los mismos cajones que no podía abrir. Estuvo a punto de acusar al primo Francis de conspirador, malicioso y viejo senil; cuando se le pasó el enfado, solo sintió desasosiego: aquella biblioteca le

gustaba cada vez menos. Se había convertido en el escenario de aquellas conversaciones hasta altas horas de la noche. ¿Qué habían estado haciendo allí? ¿Qué se proponían? Obviamente, Harrison no era de los que vuelven a un sitio una y otra vez sin motivo. Cualquiera que fuese el caso, al primo Francis le había parecido apropiado dar a su anfitrión la impresión de que también él, Francis Morris, estaba metido hasta el fondo; además, el último encuentro en Londres debía de haber sido la continuación de una historia real, aunque sonara a cuento chino. El primer día en Londres del viejo fanático irlandés, el último día sobre la tierra... Sí, Harrison afirmaba que se habían encontrado, y ahora parecía bastante probable. Y había otras cosas probables, o en cualquier caso posibles. Incluso la historia de los papeles que habían quedado bajo llave con el equipaje del muerto había que revisarla, aunque... ¿quién se atrevería a confiarle información vital al primo Francis? (Stella se había preguntado eso a menudo últimamente, aunque ahora lo hacía con menos convicción.) Famoso por su honor, sí; por su discreción, no; es más, el primo Francis era famoso por perderlo todo. En cuanto a la existencia de aquellos papeles —o en todo caso, la importancia de dichos documentos—, Stella mantenía un amplio escepticismo: amplio, porque podía extenderse a todo lo que Harrison dijera que era, hacía o tenía. Por lo que a ella concernía, y hasta ese momento, Harrison se había inventado aquello con la esperanza de atraparla y chantajearla; no había tenido suerte... Pero ¿y ahora? ¿Era concebible que hubiese un pizca de verdad en cualquiera de las cosas que, en distintos contextos, le había dicho? Eso le daba escalofríos. ¿Qué defensa tenía Stella contra aquel hombre, sino asegurar que mentía, que debía mentir, que no podía no mentir, que había mentido desde el principio?

Así pues, ¿Harrison había estado allí, tal como había afirmado? Aquella habitación oscurecida por los libros, por la que el tiempo discurría imperceptiblemente, ocultaba en alguna parte una verdad, como el río ocultaba la barca. Quizá la sola posibilidad de que allí estuviera dicha verdad no le permitiera descansar, pero ahora que se forzaba a pensar en ella, ¿cuál era esa verdad? Tal vez —o con toda seguridad (pues aunque el primo Francis, a juicio de Robert, era un lunático, no era ningún tonto)— había examinado las referencias de Harrison y había quedado satisfecho. Por otra parte, el primo Francis estaba muerto, así que no se le podía preguntar; o, mejor dicho, se *podía*: podía preguntarle todas las veces que quisiera, con la certeza de que no iba a contestar. Entendió, casi conmocionada, que solo se atrevería a hacerle esa pregunta a los muertos: ¿por qué? Porque la respuesta podía ser demasiado importante. Hasta entonces, en Londres, no había hecho una sola averiguación sobre Harrison. ¿Era quien decía ser? ¿Estaba en condiciones de saber lo que decía saber, de actuar como le había advertido que podía actuar? Ahora Stella podía obtener las tres respuestas: ¡qué alivio, convencerse de que eso era imposible! Tal y como le había dicho a Harrison, ella no era una mujer que no supiera adónde debía acudir para averiguar las cosas; en los últimos años había vivido alrededor de una «camarilla» de guerra, sabiendo quién sabía qué, dominando una especie de

lengua en la que nada se dice exactamente. Recordó el sábado —¿cuántas semanas hacía ya?— en que Harrison le había ido con aquella historia. «¿Y cómo sabes tú eso?», le había dicho ella, con esas mismas palabras. Y entonces Harrison... ¿había apartado discretamente la mirada? Stella no estaba en condiciones de asegurarlo; no podía o no se atrevía a confirmar esa idea; solo se acordaba de su sensación. En conjunto, su recuerdo de aquella noche se había distorsionado, era un amasijo de figuras borrosas, incoherencias, manchas, lagunas e interrogantes, como los que se sienten internamente solo a raíz de una escena violenta y terrible. Puede que desde entonces su recuerdo se hubiera alejado aún más de la verdad. Sin embargo, aún conservaba una impresión: que Harrison no la había desafiado sino invitado a hacer averiguaciones.

¿Qué esperaba que hiciera? ¿O esperaba que no hiciera nada? En ese caso, había estado en lo cierto. Stella no había preguntado nada a nadie. Bueno, sí que lo había hecho: ¿no le había preguntado a Robert? Desde luego, no le había preguntado nada sobre él mismo, pero, por otra parte, ¿qué había sido la pregunta sobre Harrison sino una pregunta sobre Robert? En aquella ocasión: frivolidad, aburrimiento, amor: ¡qué dulce, qué grato había sido ignorarlo todo! Ignorancia, distracción, no una respuesta; no un final, sino un comienzo: comenzar a vigilar las puertas y ventanas de Robert, seguir los pasos de su pensamiento, buscar los intersticios de su mente. Era espionaje, aunque, sin duda, mejor eso. ¿Mejor eso que qué? Mejor eso que decir: «Me han contado que eres un traidor: ¿es cierto?». Robert bien habría podido responder que, a esas alturas, ella debería poder juzgar por sí misma si eso era posible. Y estaría en lo cierto: ella *debería* saberlo; el hecho de preguntar acabaría con cualquier atisbo de confianza. Una prueba o una demostración de inocencia por parte de Robert solo podía ser gélida; cuanto más terminante y decisiva fuera, con más fuerza acabaría con su relación y con todo. La volubilidad formaba parte del carácter de Robert, pero no era su totalidad: acaso se reiría, pero como hombre, no la perdonaría... O podía mentir; o, mejor dicho, mentir una vez más, pues la primera mentira que se dice no es, en la mayoría de los casos, la primera que se hace. «¿Es un buen actor?», había querido saber Harrison. En ese sentido, si actuaba de manera convincente con ella, tal vez actuaba también en el amor. ¿Sería posible que Robert, todo este tiempo, desde un principio, hubiera sido incalculablemente calculador, secretamente malvado, reservado a conciencia? No, no, no, pensó Stella: ¡era preferible cualquier otra cosa! ¿Qué, entonces? Era preferible oírle decir: «Dado que tú has *decidido* preguntármelo: sí». Eso sería amor; sería una confirmación de su amor. ¿Qué eran, en efecto, sino cómplices? ¿No estaban ambos implicados en el mismo asunto, y no lo habían mezclado todo con el amor? Detener... ¿Detenerlo? Acabaría detenido cuando Harrison cerrara la trampa.

Mary se acercó a la puerta abierta con la lámpara.

—Mary, ¿podrías llevar la lámpara al salón?

—Oh, pero es que no está encendido el fuego, señora.

—Será solo un rato.

No hacía tanto frío allí dentro: con las contraventanas cerradas, el salón había conservado una temperatura propia. Evidentemente, Donovan y las muchachas, al no tener nada interesante que hacer en aquella sala, percibían con mayor intensidad que Stella el frío; en realidad, aquello tenía más que ver sobre todo con la sensación de haber perdido una sensación que buscaba, de espejo en espejo, en los nebulosos espacios de la sala. Ella era todo lo contrario que Donovan y las muchachas. Obligada a tocar cosas, a asegurarse de que no eran su propio reflejo, exploró con dedos nerviosos barnices y molduras, ribetes encordados, la endurecida seda acanalada; hizo tintinear un candelabro de cuentas de cristal, sopló el polvo que había sobre una urna con una escena de aves disecadas, abrió el piano y tocó una nota, sabiendo en cada momento que solo se estaba distrayendo, si es que *cabía* entretenerse, y convenciéndose de que no pertenecía a la sociedad de los fantasmas. Con todo, ¿no era triste que un salón ejerciera tan poco poder sobre una mujer? Mientras se preguntaba por qué, fue con la lámpara al encuentro de su propio reflejo en uno de los espejos y, levantándola, estudió la cara romántica que aún seguía siendo la suya. Durante unos instantes, Stella fue inmortal como un retrato. Fue la señora de la casa, con una sonrisa que se acomodaba bien a los siniestros cortinajes en la oscuridad. Tenía el aspecto de todo lo que ha perdido el secreto de ser.

Había algo en todo aquello que desconcertaba el juicio: procuró alejar de sí aquella sensación. A fin de cuentas, ¿no había sido principalmente allí, en aquel salón y bajo aquella ilusión, donde Nettie Morris —y quién sabía cuántas personas antes que ella— se había quedado, hora tras hora, por culpa de las horas mismas, en una nube de irrealidad? Algunas mujeres se habían vuelto locas, o casi, intentando encontrar algún sentido en el sonoro tictac del reloj. (Stella se concentró en los sonidos, mirando por encima del hombro la repisa de la chimenea: en el centro del mármol, silencio; los brazos dorados de la ninfa solo sostenían una esfera de reloj sin rostro.) Virtud sin nada que dar, honor sin nada que decir, pero virtud y honor presentes. La virtud y el honor, también, siguieron a la intrusa cuando abandonó el salón; nadie la había acompañado por los caminos que había elegido. Por consiguiente, las mujeres como ella nada sabían de elecciones, no tomaban decisiones, ¿o quizá sí? Todo les hablaba: el dibujo que se formaba y se deshacía cuando manipulaban sus agujas de tejer; el pájaro muerto, con sus patitas retraídas contra el pecho, lastimeramente pequeño; los golpes cada vez más cercanos de hacha en el bosque, y luego la caída del árbol; o el niño en la planta de arriba llorando aterrorizado en sueños. No, no se les había negado el conocimiento; el conocimiento pasaba junto a ellas, les pisaba los talones, se les insinuaba. Y ellas sospechaban lo que se negaban a comprobar. Había sido decisión de las mujeres al parecer. De manera que, en algunos casos, la representación de la ignorancia acababa resultando insoportable en el interior de aquellas cabecitas mimadas. También en aquella habitación las mujeres habían alcanzado la máxima habilidad de no hacer nada: oír el

frufrió de sus vestidos, observar pasivamente los destellos de sus brazaletes, sus anillos y los broches prendidos a sus pechos de encaje, y se habían dedicado a observar las luces, las flores, las siluetas de los caballeros, las tazas con flores pintadas sobre bandejas de plata. Aquellas infinitas horas de reflexión en nada habían constituido una victoria de la sociedad —aunque la victoria significaba paz— solo porque ellas permanecían a la espera, allí, solas. Y aunque se sentaban juntas, con los dobladillos de sus faldas tocándose, cada una seguía reflexionando sola; las miradas francas y sinceras que se cruzaban, en todo caso, eran también advertencias; su conversación era una superficie deslumbrante que ocultaba profundidades silenciosas. Prácticamente las mujeres no hablaban nunca: salvo para dirigirse al pajarillo que yacía muerto en el sendero, al niño al que había que reconfortar de una pesadilla sin despertarlo, a la hoja que se arrancaba, aún temblorosa, del árbol caído.

Los cierres de las contraventanas, negros y horizontales, eran la única nota férrea en la sala, y destacaban contra los cristales. Stella apoyó de nuevo la pesada lámpara sobre una mesa. Eso era todo. ¿O acaso quedaba algo más? Que a su propia vida le faltara un capítulo no significaba que la historia del libro llegara a su fin; llegaba a una pausa. ¿Quizá era la pausa previa al momento decisivo? Quedaba por ver qué resultaba de la audacia creativa del primo Francis en relación con el futuro, tras reclamar a Roderick con esa idea. Un hombre de fe siempre tiene un hijo en algún sitio.

Por su parte, Stella nunca diría que Roderick había sido castigado: se había ajustado a un destino; mucho mejor, le parecía a Stella, que una libertad sin nada. Intentó distraerse de otra manera, preguntándose qué inspiraría aquella habitación a la esposa de Roderick. Porque el matrimonio —hasta entonces tan inconcebible en el caso de Roderick que ni se había preocupado por imaginar a su nuera— sin duda formaba parte de las obligaciones ordenadas por el primo Francis, al menos en el sentido en que la leía Roderick. Lo normal en aquella casa sería formar un hogar, con una esposa: aunque él aún no la tenía, ya le llegaría el momento. Una vez imaginado, por muy impensado que hubiera sido hasta entonces, ese ser futuro iba adquiriendo formas neblinosas; al no tener una hija, Stella solo podía evocar su propia juventud, y la nuera se desprendió como ectoplasma en su cuerpo. Inconfundiblemente, sin embargo, en la gaseosa anatomía de la novia destacaban unos ojos, vivos e intrépidos.

A lo largo del día, para la recién llegada allí solo habría atardecer; fuera, un río estival que correría hacia las ventanas. Se maravillaría de la habitación y nada más. La sonriente recién llegada nunca sabría de cuánto peso y de cuántas cosas se había librado (y gracias a quién), pues la conexión fatal entre el pasado y el futuro ya se habría roto. Había sido Stella, o su generación, quien había roto el vínculo: ¿qué otra cosa podía ser aquello que sentía en su alma, sino los bordes astillados de esa unión con el pasado?

Sí, para la novia aquella sería una sala en la que primero descubriría el asombro y luego decidiría cambiar de arriba abajo. Las cosas viejas se verían obligadas a

significar lo que no habían significado hasta ese momento, pues se dispondrían de otro modo; las que no cumplieran con esa orden, las que no se adaptaran al ritmo de la nueva canción, tendrían que irse. Por ejemplo, allí en un rincón, colgada tan lejos del alcance de la lámpara que Stella tuvo que encender una cerilla para verla, había una pintura que habría que desterrar. Obviamente, la imagen había sido arrancada de una vieja revista; la habían incrustado torcida y de mala manera en un marco extraño. Representaba un buque yéndose a pique con todas las luces encendidas, la cubierta y las portillas brillantes, una mitad ya hundida en las negras aguas del océano, la otra levantada y recortada contra el cielo. *Más cerca de ti, Señor: el Titanic: 1912*. Nunca se sabría qué significaba esa imagen para la prima Nettie.

Stella se despertó a la mañana siguiente sin saber dónde se encontraba ni qué hora era. Había perdido la medida del tiempo. Sin duda, un nuevo día penetraba entre las cortinas, pero ¿qué día? Su reloj daba la hora, pero también el instinto. Tuvo que buscar al tacto, como si estuviera buscando su propio ser, el día de la semana, el mes del año, el año. De espaldas a la ventana, intentó descifrar algo en las figuras de luz amarilla que traspasaban las cortinas. La víspera no había pasado el cartero; ni rastro del periódico; de nuevo se había acumulado polvo en los botones de la radio. Inició con los dedos una cuenta regresiva hasta llegar hasta el último día del que tenía constancia segura, el de su partida de Londres, y luego se detuvo en seco: recordó otra mañana en que había despertado ante la cara de Robert. ¿Aquellos sueños profundos eran períodos en los que se sumía en estado de trance? ¿Momentos en que su espíritu cambiaba de estación? ¿Eran, en cada ocasión, epifanías de un cambio profundo? Habría que verlo. Se levantó y descorrió las cortinas: aquella mañana no había cisnes en el río.

Era un día típico de octubre, con su extraña atmósfera en la que todo parece descorazonadoramente inconexo. A las once en punto, Stella tenía cita con el administrador, así que, después de desayunar, cruzó la explanada de grava, franqueó la cancela y descendió la pendiente escarpada y frondosa que conducía al río. La escarcha había dejado la hierba crujiente y rígida. Stella se detuvo a la orilla del agua, con las manos en los bolsillos, el cuello del abrigo vuelto hacia arriba, desconcertada y mirando la corriente; luego dio media vuelta y echó a andar valle abajo. Sí, a octubre le quedaban todavía algunos días: el otoño había parecido larguísimo; era como si la estación se demorara para que ella tuviera tiempo de decidir. Ya en el valle, percibió que había algo implacable en el sendero estrecho por el que tantos habían andado sin desviarse. Cuando Stella se detuvo entre las hayas traspasadas por el sol, fue como si la respuesta apareciera sola y ya no tuviera importancia. Sobrevino uno de esos momentos de paz en los que uno ve el mundo con independencia de lo que uno mismo pueda ser o pensar. Pero no era posible abstraerse en aquel paisaje: al mirar los dorados abanicos de hojas traspasadas por el sol, empezó a sentir que era ella quien los veía. Aun así, era la mañana de un día único: el mismísimo día en que —¿por qué no?— quizá algo interviniera para salvarla. Estaba al pie de la saliente

más pronunciada del bosque de Mount Morris, en el punto donde, inclinado sobre las rocas, más se acercaba al río. Una enérgica fortaleza podía presentirse en los troncos que se aferraban a la pendiente y en la amplitud de sus ramas; y entre el follaje solapado, encendido, en sombras, disperso y entrecruzado, corría un resplandor que quitaba el aliento, para caer sobre los laureles del sotobosque. En medio del silencio podía imaginarse a los muertos que regresaban de todas las guerras; y al volver la mirada de la ramas de un árbol a otro, de un rayo de sol a otro, se tenía la sensación expectante de estar en consonancia con una inconclusa sinfonía de amor.

La idea de que aquello parecía eterno era asombrosamente vívida, hasta que una hoja cayó lentamente, girando en sus pupilas como si Stella hubiera sido la responsable de llevar consigo el tiempo al bosque.

No puede haber un momento en que no ocurra nada. Oyó o imaginó que la llamaban desde la casa, y dio la vuelta para regresar. Más arriba vio después a Donovan, de pie en el muro de piedra que rodeaba la mansión, haciendo gestos, gritando sin ser oído a la distancia. Ella le hizo gestos de que no lo oía, al tiempo que notaba cómo latía su corazón al apretar el paso. Él se afirmó en el muro antes de formar un megáfono con las manos. Las vocales bajaron por el valle: la mayor de las hijas de Donovan subió y se quedó de pie junto a su padre.

—¡... Egipto!

—Espere, no...

—¡Montgomery lo ha conseguido!

—¿Montgomery?

—¡Una victoria apabullante!^[11]

El sol, en lo alto del tejado, deslumbraba a Stella mientras subía por la pendiente, pisoteando matas de hierba, deteniéndose para hacerse sombra en los ojos:

—¿Una victoria en un día?

—La guerra está dando un giro.

—¿Cómo se ha enterado?

—Lo está diciendo todo el mundo. Venga conmigo, señora.

Donovan le tendió la mano; el saludo se convirtió en un apretón, y luego tiró hacia arriba de ella. La subió al muro para enfocarla mejor con sus impacientes ojos proféticos.

—Daría lo que fuera —dijo— por tener un sombrero que quitarme: es un día importante.

—Es un hermoso día de todos modos, y no importa lo que haya pasado —dijo Hannah, con calma, hablando por primera vez.

Sobre Donovan se derramó la soledad del hombre que se encuentra entre mujeres.

—Al señor Morris le habría gustado vivir para ver este día —dijo. Donovan estaba condenado a ver aquel día solo: no importa lo que sean o en qué se conviertan los muertos, se han ido y ya no están. Firme entre Stella y Hannah, Donovan ofrecía un perfil pétreo mientras escudriñaba la distancia con los ojos, viendo el apocalipsis

de una violenta batalla egipcia en el fondo del valle. Sus labios se movieron en silencio hasta que exclamó en voz alta—: Tenemos a un general muy joven. ¿No os dije que sería rápido? ¿No se los ha ventilado de un plumazo?

Allí en el murete de piedra Stella empezó a sentir vértigo.

—Pero ¿así, de golpe? —preguntó.

Donovan se volvió a decirle:

—Ha acabado con ellos.

Hasta entonces Hannah había permanecido con la frente en alto, imitando con docilidad a su padre. Después de sus últimas palabras pareció escrutar el paisaje y la mañana, pero con la intención de encontrar alguna similitud entre la deslumbrante paz del escenario y la suya. Tras dar por terminada su ofrenda a la victoria, la muchacha descendió en silencio del muro y echó a caminar hacia la casa. Quizá, reacia a cambiar el sol por las estancias sombrías y frías de Mount Morris, o esperando que su padre la llamara para declarar que, por el motivo que fuera, aquel día sería festivo, volvió la vista una vez: su cara al sol era una luna con raya al medio. Hannah era hermosa: un año mayor que su hermana Mary, pero en cierto sentido parecía más joven. Aquella era la primera vez que Stella la veía a la luz del día: la muchacha solía quedarse en el sótano cocinando, o salía a llamar a las aves del corral en voz baja y cautelosa, muy tímidamente, si había visita en la casa. Ahora parecía asombrada de encontrarse a cielo abierto delante de la mansión: era flor de un solo día. Anñada durante dieciséis años, poseía la gravedad de su raza; y el haberse mantenido apartada de los acontecimientos añadía algo a su belleza; sus ojos, del azul de las montañas, habían heredado el color del sufrimiento, pero no la historia. Como no tenía ninguna idea propia, no tenía ninguna idea en absoluto; era una joven que no encontraría ningún obstáculo e iría directamente al Cielo. Sus manos ásperas colgaban abatidas y entrelazadas sobre el delantal.

Stella, que también volvía a la casa, se tranquilizó bajo la mirada de Hannah. Sonrió a la muchacha, pero no había nada que decir —sobre todo, en aquel momento, no había nada que decir—. En el futuro, cada vez que recordara aquel espejismo de Mount Morris en plena victoria, vería a Hannah allí, de pie, al sol, indiferente como un palo.

Capítulo 10

«Iremos con retraso», decían de vez en cuando los pasajeros, mirándose con incertidumbre unos a otros como si la sensación de retraso pudiera ser subjetiva, y mirando luego las ventanas negras del vagón. «¿Dónde estaremos ahora? ¿Cuánto falta?» De vez en cuando, alguien espiaba en un rincón por la rendija de una persiana, pero de nada servía: los setos y canales de los Midlands habían desaparecido hacía rato, tras el telón de la noche no se veía ni una torre ni una colina, y cualquier otro punto de referencia había desaparecido. Solo un retemblor espantoso y aterrador, de repente, les permitía saber si se adentraban en un túnel. Pero ahora la velocidad empezaba a disminuir. A juzgar por el ruido del tren, que reverberaba cada vez más grave entre muros y asfalto, sin duda estaban llegando a Londres: en ninguna otra ciudad se sentiría con tal fuerza la densidad urbana. En ese momento, con lo que parecía la timidez de un intruso, el tren avanzaba a duras penas, se sacudía nerviosamente, o se detenía, permitiendo que se oyeran los cambios de vías en los empalmes y el tráfico que discurría al otro lado de las verjas de hierro. Los pasajeros que aún no habían bajado sus maletas de los portaequipajes se apresuraron a hacerlo, Stella entre ellos. El cansancio de un largo día de viaje no solo le había entumecido el cuerpo, sino que había reducido su mente a un único pensamiento: estaba persuadida de lo que quería decir. La esperanza de que Robert fuese a recogerla se había convertido en la esperanza de hablar cuanto antes.

Estación de Euston. De repente, se abrieron todas las puertas del tren, aunque la cinta negra del andén todavía seguía en movimiento. Nadie pudo esperar a que el tren se detuviera por completo; todos se arrojaron a Londres como si ellos —también— tuvieran que cumplir con una obligación divina antes de morir. A su debido tiempo, Stella fue la última en abandonar el vagón: se detuvo a mirarse, como si fuera la primera vez, en uno de los espejos que había por encima de los asientos. Tras coger la maleta y bajar al andén, miró a izquierda y derecha y echó a andar junto al costado del tren. Las escasas luces azules de la estación apenas conseguían iluminar el techo abovedado que se perdía en la penumbra; carritos recargados de maletas se abrían paso entre la gente que se apiñaba, empujaba, tropezaba o buscaba a otra gente. Casi parecía imposible que dos personas pudieran encontrarse en esa barahúnda; quienes esperaban a alguien, o quienes esperaban a alguien que lo recogieran, echaban atrás los sombreros o adelantaban el mentón como si estuvieran ahogándose. Nuevas sombras llegando al Hades, nuevos muertos bajo la sarcástica mirada de los viejos, pensó Stella que habría podido pensar; pero no sentía nada... Hasta que su corazón dio un vuelco, su ser se llenó como una cerradura vacía: con un golpe de amor, vio a Robert, que la buscaba.

El regreso de la sensibilidad hizo que su maleta, de cuyo peso hasta entonces no

había tenido conciencia, tirara de pronto de los músculos del brazo. La dejó en el suelo:

—¡Robert!

Fue como cuando Donovan quiso transmitir a gritos la noticia de la victoria. Sin moverse, apostado bajo una luz, más disociado que nunca de los demás, Robert continuó descartando una por una todas las caras que se le acercaban. Stella se agachó a recoger la maleta, pero al levantar la cabeza, Robert ya no estaba en su sitio. Desesperada, apretó los labios. Luego, antes de que se diera cuenta, Robert la cogió por el codo.

—¡Cualquiera encuentra una aguja en este pajar! —dijo Robert.

La maleta cayó a un lado, a sus pies. Robert la sujetó por las solapas del abrigo, mirando como si no pudiera creerlo sus pulgares apretados contra el dibujo del tweed.

—¿*Dónde* has estado, Stella?

—Bueno, ya estoy aquí.

—Sí, ahora..., pero la lentitud con la que pasa el tiempo es espantosa. Vamos, salgamos de aquí de una vez.

La condujo hacia los arcos; la mayor parte del vapor humano se movía en dirección contraria.

—¿Por qué vamos por aquí?

—¿Por qué? Porque tengo un coche.

—¿De dónde?

—De donde vienen los coches.

—No tenía ni idea —dijo ella—. Pero es maravilloso: un coche.

—Tiene un solo problema: Ernestine está dentro.

—¡*Ernestine!* Cielo santo, Robert, ¿por qué?

—Se le ocurrió venir a Londres —dijo Robert vagamente—. Negocios o algo así, creo que dijo. Me telefoneó esta mañana desde Harrods, diciendo que tenía una sorpresa para mí; y vaya si la tenía... Lo sé, cariño, pero perdí la cabeza: cuando telefoneó yo estaba con otro asunto. Me dijo que pasaría aquí la noche y me preguntó si tenía planes a esta hora. Le dije que, lamentablemente, tenía que recoger a alguien en la estación. «Dios mío —me dijo— no sabía que hubiera gente tan poco independiente hoy en día, a menos que sea alguien importante». No se me ocurrió qué decir salvo la verdad. «En ese caso —me dijo— te acompaño, así charlamos por el camino. No me importa ver a la señora Rodney; ya nos conocemos...» Sí, ya lo sé, cariño, pero así fueron las cosas: o soportamos a Ernestine ahora, o la aguantamos más tarde. Ahora lo único que tenemos que hacer es dejarla en casa de su amiga.

—Pero tendrá que cenar con nosotros, ¿no?

—No, eso está resuelto: ya ha tomado algo, creo. Aunque no tiene tacto ninguno, es independiente. Stella, ¿me quieres?

—¿Por qué?

—Entonces nada importa.

Bajo la llovizna, Robert apuntaba la linterna a las matrículas de una breve fila de coches aparcados y casi escondidos junto a una pared húmeda. Entonces, unos golpes contra una ventanilla pusieron fin a la búsqueda: un chófer arrojó un cigarrillo a la calle, se enderezó y abrió la puerta del coche, de donde salió una carcajada.

—¡Bueno, bueno! —gritó Ernestine, acomodándose en el oscuro interior, como un hurón—, ¡más vale tarde que nunca! ¿Cómo se encuentra, señora Rodney? Debe de estar muerta.

—No tanto. Me alegra mucho verla de nuevo.

—¡«Ver», eso sí que es bueno! ¿Y cómo estaba la Isla Esmeralda? ¿Chuletones de buey? ¿Huevos con tocino a todas horas?

—Siento que el tren haya tardado tanto.

—Sí, pero Ernestine prefirió venir. ¡Habiendo tantas maneras de pasar la tarde en Londres! —dijo Robert—. Pero, en fin, fue cosa suya.

—No importa —dijo Ernestine—, la familia es la familia. Y así he aprovechado para relajarme, cosa que casi nunca puedo hacer. Mañana tengo mucho que hacer desde temprano; tengo que presentarme en el Cuartel General a las nueve en punto. Estamos organizando una inspección regional.

—Ah, sí, claro, entiendo.

—*Por allí*, en Irlanda, supongo, la gente ni sabrá que hay una guerra.

—Al contrario, supimos que había habido una victoria.

—La verdad, no nos va mal —admitió Ernestine con modestia. El coche, tras salir de la estación, enfiló un atajo hacia Euston Road. Robert iba frente a las dos pasajeras, en un asiento plegable; en ciertos momentos apenas se veía su silueta. Había extendido la manta de piel sintética sobre las rodillas de Stella, y un poco por encima de Ernestine, la cual, con una risotada, observó que la caballerosidad no había muerto—. Es una novedad que Robert haga algo llamativo —añadió—, aunque no creo que un coche de estas dimensiones sea necesario. Por lo que sabemos, la cantidad de combustible que utiliza un trasto de estos habría podido ser vital para Montgomery; aunque, desde luego, es demasiado tarde para pensar en esas cosas, si lo has alquilado por toda la noche. Lo siento por la señora Rodney; supongo que se sentirá un poco abrumada. Yo, en su lugar, lo estaría. Siempre me ha parecido más educado no hacer sentir a la gente que uno hace esfuerzos por ella. Pero en algunas cosas Robert es distinto a mí.

—¿Qué dices? —preguntó Robert, volviéndose de golpe.

—Dije que en algunas cosas eres distinto a mí. ¿No está de acuerdo, señora Rodney? Dicen que desde fuera se ven mejor estas cosas. ¿Dónde estamos ahora, Robert?

—Ni idea.

—¿El chófer sabe que vamos a Earls Court? Muy bien... ¿Se lo has dicho? Ah, bueno: si se lo has dicho, se lo has dicho. ¿Cómo iba yo a saberlo? Parecías tan desorientado en la estación... Pensé que sabías moverte por Londres como un gato

callejero.

—¿Por qué?

—Creía que dadas las circunstancias, era esencial —dijo Ernestine en un tono grave y elocuente—. Y sin embargo... —Al parecer recordó algo, abrió su bolso para revisar su contenido al tacto, casi de manera convulsiva. Stella, que llevaba un rato recostada con los ojos cerrados, al final dijo:

—Espero que no haya perdido nada.

—Créame, yo también. Dios mío, creí que se había quedado dormida.

—Cualquiera lo podría haber pensado —confirmó su hermano, cuya mano invisible descansaba sobre la manta, en la rodilla de Stella—. De hecho, uno ni se habría dado cuenta de que estaba en el coche. Supongo que estarás pensando —le dijo a Stella—, ¿no?

—Supongo que sí.

—Estoy casi segura de que tiene que estar *por aquí* —continuó Ernestine—. ¡Ay, si al menos pudiera ver! Recuerdo que lo puse en el bolso esta mañana, y desde entonces no me he separado de él ni un momento. Es lo malo de estar tan ocupada siempre. ¡Ah! ¡Aquí está, ya me parecía! ¿Qué decías, Robert?

—Nada en particular. Salvo que quieras preguntarle a Stella en qué estaba pensando.

El trato que le daba Robert a Ernestine siempre era menos insolente que sus palabras; su conducta tenía, más bien, una especie de indiferencia provocadora, como si no quisiese dejarla tranquila. Era evidente —como quedó patente aquella tarde en Holme Dene— que Robert disfrutaba picándola, y que sentía por su hermana mayor un cariño que, al tener un componente de perversión, era imposible de erradicar. Por muy raro que pudiera parecer, Stella comprendió que Robert no había alquilado de buen grado aquel coche para toda la noche, ni siquiera aunque ello significara estar más tranquilo y relajado. Ernestine ofrecía una válvula de escape a su fastidio, una característica que Robert reprimía o evitaba en su relación con Stella. Por su parte, Stella se descubrió preguntándose hasta dónde, e incluso en qué dirección, podía extenderse aquel fastidio frustrado. De pronto sintió por Ernestine el tipo de atracción que pueden crear los celos, hasta el punto de preguntarse qué ocurriría si intentara cogerse del brazo con la hermana de Robert. ¿Cómo sería el brazo de Ernestine? Incluso contempló la idea de conversar con Ernestine sobre Robert antes de que fuese demasiado tarde. ¿Podría encontrarse un vocabulario para algo tan extraordinario e inimaginable?

Al cerrar el bolso, Ernestine comprobó los dos broches. Luego observó:

—Me lo tengo bien merecido, por preocuparme. ¿Qué pasa, quieres que le ofrezca a la señora Rodney un penique por sus pensamientos? Espero que no. ¿Es que nadie puede pensar en paz? Dicen que nada descansa tanto como poner la mente completamente en blanco, pero, como yo bien sé, es más fácil decirlo que hacerlo. En cualquier caso, no hagas preguntas y no te dirán mentiras. ¿No le parece una regla de

oro, señora Rodney?

Robert, al quitar la mano de la manta, pareció como si permitiera a Stella contestar sola. El coche frenó suavemente y se detuvo: al abrir los ojos, Stella vio luces rojas al frente. En un momento como aquel, pensó, muchos prisioneros habían escapado saltando del vehículo: calculadamente intentó echar un vistazo a través de la ventanilla empañada. La impresión de encontrarse en un bosque dio paso a la de una arquitectura fantasmal, improbable en Londres.

—¡Estoy segura —exclamó con una voz casi demasiado alta— de que nunca he estado por *esta* zona! No, en realidad, señora Gibb, yo no soy así: si quiero saber algo, pregunto, siempre. Si me dicen mentiras, supongo que no me doy cuenta. Me dirá que entonces soy yo la que me las busco, ¿no? No tengo ni idea de cuántas mentiras me habrán contado.

—¿Cuándo?, ¿por qué?, ¿quién? —dijo Robert—. Espero que yo no.

—¡Otra vez con lo mismo! ¿Acaso la señora Rodney ha dicho eso? Me parece, Robert, que tú no eres la única persona en el mundo —replicó Ernestina.

El semáforo cambió; el coche siguió adelante. Robert, ensimismado, encendió un cigarrillo y luego dijo:

—No, supongo que no.

—Cielo santo —dijo Ernestine, volviéndose a la amiga de Robert—. ¡Yo sería incapaz de aceptar la idea con tanta calma! ¿Que me cuenten mentiras? Prefiero que me camine una araña por la espalda, o incluso encontrar una rata muerta bajo la tarima del suelo, o cañerías defectuosas. Lo sentiría mucho por el que intentara mentirme a mí. A lo mejor es por cómo nos criaron, pero, la verdad, no lamento ser como soy. Me criaron para ser extraordinariamente sensible en ese asunto, y debo decir que lo soy; todos en la familia lo somos. Creo que pocas familias dicen la verdad tanto como nosotros. Sigo siendo muy estricta con los hijos de mi hermana en ese aspecto; y en cuanto a mi propio hijo, se sonroja incluso cuando responde con evasivas. Nuestro padre tenía la costumbre de mirarnos directo a los ojos; Robert se acordará. Sabíamos que una simple mentirijilla le habría roto el corazón. Nuestra madre, desde luego, es prácticamente capaz de leer el pensamiento. No: de niños jamás se nos habría ocurrido ocultar nada.

—No lo habríamos conseguido —dijo Robert.

—Nos habría dado vergüenza intentarlo.

—¿Y sobre qué decían la verdad? —preguntó Stella de repente.

—Depende —dijo Ernestine, algo molesta—. Puede que no fuéramos una familia muy conversadora...

—Dadas las circunstancias —dijo Robert—, ¿habríamos podido ser otra cosa? Nos consumía una envidia silenciosa por los mentirosos; y, para serte sincero, Ernie, a ti sigue consumiéndote. No hay más que ver cuánto te molestan: es neurótico.

Ernestine no pudo evitar reír.

—¡Esa sí que es buena! —exclamó—. De todos modos, por favor, cambiemos de

tema. ¿Quién empezó con esto?

—Tú.

—No, no creo que haya sido nadie —dijo Stella—. Ha sido *plus fort que nous*; estaba en el aire.

—Tal vez tú, Stella, lo trajiste contigo de Irlanda, ¿como un resfriado o la gripe? Bueno, de acuerdo, a lo mejor no. En ese caso me dirás que este es un coche encantado.

—No me sorprendería que en los coches alquilados como este se desarrollaran historias muy curiosas —dijo Ernestine—. El hecho es que, en los días que corren, a nadie que no esté tramando algo se le ocurriría coger uno, si se me permite decirlo. De todos modos, Robert, tú y yo tenemos pocas oportunidades de hablar, y estoy segura de que la señora Rodney nos perdonará que nos hayamos dedicado a recordar un poco los viejos tiempos. —A continuación, Ernestine puso toda su atención en la ventanilla—. ¡Ja! —gritó de repente—. ¡Eso de ahí guarda un sospechoso parecido con Gloucester Road Station! ¿Sabrá el chófer por dónde ir?

Evidentemente, sabía. Un par de minutos más tarde habían dejado a Ernestine delante de las escaleras de la casa de su amiga; comprobaron que la llave funcionaba, y reemprendieron la marcha. Tras darle las buenas noches, Robert había subido al coche y se había acomodado en el sitio de Ernestine. La atmósfera de oscuridad acolchada, sin embargo, siguió siendo incómoda: rara vez el cambio de tres a dos personas es sencillo. Los amantes se habían hablado a través de Ernestine con una especie de crispada franqueza que nunca antes habían utilizado; casi se habían parodiado a sí mismos. Sí, en el trayecto, Ernestine había sido la única que, a su manera, había sido irreprochable. Ahora, sin ningún otro vocabulario, y menos el del silencio. St

—¿En casa de quién se hospeda? —preguntó Stella.

—En casa de una amiga que conoció en la última guerra. Fueron voluntarias juntas. Nunca ha tenido tiempo de conocer a gente así..., sin más.

—Sí, imagino que la mayoría de sus amigos son hijos de las circunstancias.

—¿Y eso no podría ser cierto también en nuestro caso? —dijo Robert.

Stella continuó:

—Ahora que está en casa podrá revisar como es debido todo lo que lleva en el bolso. Teniendo en cuenta la situación, demostró un gran dominio de sí misma, ¿no?

—Sí. Pero no has escuchado lo que te decía.

—Pensé que no tenía sentido. No puedo estar sola contigo de repente; dame tiempo. Verte de nuevo es una conmoción, tal vez. Fue una conmoción verte en Euston, y es inconcebible que me hubiera olvidado de cómo eres, pero no sé si tal vez. Ocurrió algo que no tenía previsto... respecto a ti. ¿El amor? Una olvida con facilidad las consecuencias del amor.

—¿No te gustan las consecuencias del amor? ¿No te hacen feliz?

—¡Sí, me encantan...! Pero estoy un poco confusa. Creí que volvía con las ideas

claras, y no te imaginas cuánto necesito tenerlas.

—Sabía que volverías con alguna idea en la cabeza. Sé que has estado sola en esa casa, pero aun así siento celos, como si hubieses pasado tiempo en compañía de un enemigo mío, o de un rival. Hasta ahora lo mejor ha sido volver a tocar tu abrigo. — Extendió la mano, para tocar suavemente el dibujo en espiguilla del puño; y ese contacto, o la idea de que solo le interesaba el tacto del abrigo, hizo que ella a su vez sintiera celos, o en cualquier caso, se sintiera sola—. Con esto —añadió Robert, tocando ligeramente la tela—, sé dónde estoy..., tu abrigo me dice dónde estoy.

—¡Yo no soy tu enemiga!

—¿Por qué dices eso? —se apresuró a contestar él.

—¿Por qué, dices? Cariño, ¿a quién le gustaría sentir que su abrigo tiene mejor recibimiento que una? O nos conocemos del todo o no nos conocemos en absoluto. ¿Y me pregunto cuál de las dos opciones será...? En cierto sentido... tienes razón en lo que acabas de decir: somos amigos nacidos de las circunstancias: la guerra, el aislamiento, la atmósfera en la que todo sigue su curso y no se dice nada. O así empezamos: eso éramos al principio. Pero, ahora, mira lo que esta ruina ha hecho con nuestra perfección. Tú y yo somos un accidente, si lo prefieres así; cuando estamos juntos, ninguno de los dos parece mirar fuera de nosotros mismos. ¿Cuánto del «tú» o del «yo» hay, siquiera, fuera del «nosotros»? La insignificancia más trivial que alguien del exterior me dijera sobre ti, y que yo desconociera, me sonaría ridícula. Así que no tengo modo de saberlo. Pero... ¿qué ibas a decir?

—Nada, ¿por qué? No he dicho nada...

—Entonces dame un cigarrillo.

Robert bajó la ventanilla para arrojar fuera la cerilla consumida: entró el agotador olor a humedad de Londres.

—Un automóvil como este —comentó—, en el que, como dice mi hermana, quizá nadie ha hecho nunca nada bueno, debería estar lleno de ceniceros: hasta ahora no he encontrado ninguno. Sería más feliz si pudiera verte la cara.

—No nos hemos visto las caras en muchas ocasiones. Hace dos meses, sí, casi dos meses, alguien (por darte un ejemplo) vino a contarme una historia sobre ti. Dijeron que pasabas información al enemigo...

—¿Que yo *qué*? —dijo Robert atónito.

Stella repitió lo que había dicho, y añadió:

—No supe qué pensar.

—No me extraña. —Pero lo pensó mejor—. No..., sí me extraña. De ti. ¡Eres una mujer extraordinaria, desde luego!

—¿Por qué, Robert? ¿Qué habría hecho una mujer que no fuese extraordinaria?

—Pues, la verdad, no lo sé..., no tengo ni idea. ¿Qué hiciste tú?

—Nada, es lo que te estoy diciendo. No es verdad, ¿no?

—Hace dos meses... —dijo, asombrado—. ¿Dices que fue hace dos meses? Desde luego, no hay nada como pensarse bien las cosas. ¿O simplemente se te había

olvidado hasta esta noche? Pero..., no: no esperarás que acepte que ni siquiera te entró la duda. En ese caso, ¿por qué no me preguntaste? ¿Qué habría tenido de malo que me lo preguntaras? Bueno, al parecer, eso era demasiado sencillo. En fin, supongo que nunca lo sabré.

Ella fue incapaz de hablar.

Robert continuó:

—Eso es lo que me supera. Si era cuestión de tacto, es lo más gracioso con lo que me he topado jamás. ¿Qué pensabas? ¿Qué me ofendería? —Durante medio minuto Robert se sumió, perplejo, en sus pensamientos, de los cuales emergió para estallar —: ¡Dios mío, qué conversación! Y después dices que nunca conoces a nadie interesante. ¿Quién fue?

—Harrison.

—¿Qué Harrison? ¿Harrison qué?

—No, solo Harrison. El hombre que conocí en el funeral.

—Pues entonces yo diría que, a cuantos menos funerales vayas, mejor. Ah, claro, sí, recuerdo que hablaste de él, pero creo que dijiste que era un pelmazo. Al parecer no lo es tanto.

—Pero no es verdad, ¿no?

Stella intuyó que Robert se revolvía en el asiento lentamente y se desprendía del letargo, el sarcasmo, la paciencia, o lo que hubiese sido, para quedarse mirando el lugar que ocupaba ella invisiblemente. La incredulidad no solo hizo que su voz temblara, sino que sonó tan distante como si los dos ya no se encontraran en el mismo automóvil. Cuando por fin habló, Robert se expresó como un hombre que, en medio de la emergencia más absurda y más alejada de la realidad que se pudiera imaginar, buscara palabras al azar, se diera cuenta de su futilidad antes de pronunciarlas, pero aun así las pronunciara, como si fuera la única manera de alejarlas, de repudiarlas.

—Pero no puedes estar preguntándomelo en serio. Si llegáramos a ese punto, si lo hicieras, ¿importaría mucho lo que yo dijera? Quiero decir, ¿te importaría a ti? Si llegaras a ese punto, nada importaría, ¿no? ¿Qué esperas que te diga? No hay nada que decir. ¿Qué se dice en una situación que no tiene sentido? Entre tú y yo esto es inconcebible. Todo este asunto me resulta tan irreal que no puedo creer que no sea irreal para ti: tiene que serlo.

—Sí, lo es. Pero...

—Lo que me preguntas es lo de menos: es absurdo, una locura, ocurrencias sacadas de una película de espías. ¿Que si paso información? No, ¡por supuesto que no! ¿Cómo voy a hacer eso? ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por quién me tomas? ¿Por *quién* me tomas? Nunca me lo he preguntado respecto a ti... ¿Por quién te tomo? ¡Por ti misma! En algo sabemos que nunca podríamos engañarnos; pero eso es todo, en lo que a ti respecta, parece ser que eso ha sido todo, encantador, pero nada más. De lo cual no me he dado cuenta. ¿Cómo iba a darme cuenta? Con lo bien que has actuado delante de mí en estos dos meses. ¿Dos meses, dices? Alguien te viene con una

historia: en tu caso, la historia prende, y germina en una grieta que tú sabías que había entre nosotros. Una grieta... ¿Debería haber sabido que existía esa grieta? Yo, ya ves, solo pensaba que éramos felices. ¿Digo felices? Apenas lo pensaba, de hecho; simplemente pensaba que nosotros éramos nosotros. ¿No pudiste venir...?, ¿no?, ¿no pudiste venir a decirme: «Mira, esto es lo que me han contado»?

—A veces decías que, en determinadas circunstancias, cualquiera es capaz de cualquier cosa.

—¿Eso decía? No me acuerdo —dijo, perplejo.

—Perdí la cabeza. ¿Cómo iba saber si era mentira o no?

—¿Cómo? —preguntó Robert, con ironía gélida.

—Dijo que si te lo decía correrías peligro.

—Al parecer, lo que te dice surte mucho efecto.

Stella intentó pasar el comentario por alto permaneciendo en silencio.

—¿Entonces actuaste como si fuera cierto? —añadió Robert.

—No podía arriesgarme, porque te amo.

—Me parece muy curioso que me ames.

—Oh, cariño, por el amor de Dios, ¡me rompes el corazón!

—¿En serio? —preguntó Robert, sin entusiasmo—. ¿O solo es una manera de hablar? ¿Cómo esperas ahora que sepa si lo que me dices es cierto o no? Lo único que veo, ahora, es que ocultas muy bien las cosas. Por lo que sé, hasta puedes haber tenido otro amante todo este tiempo; y no estoy seguro de que no prefiriera que solo se tratara de eso. Lo otro me resulta más frío, más desagradable. Lo llevabas dentro; sí, pero siempre podías sacarlo y juzgarlo. ¿Y cómo puedo imaginar en qué momentos evaluabas esa patraña sin volverme loco? ¿Cómo no oí, por la noche, el tictac de esta bomba oculta bajo tu almohada? En realidad, es muy sencillo; estoy a tu merced, a tu merced, y lo sabes. ¿Así que me has estado vigilando mientras estábamos juntos? No puede haber sido difícil, con todo lo que te he dado. Mientras yo hablaba, ¿sacabas conclusiones? Así que entonces no hemos estado de veras solos nunca en los últimos dos meses. Llevas con esto desde hace dos meses.

—No creo que hayas notado ningún cambio en mí.

—Supongo que me estaré quedando ciego.

—No, no, no. Cualquier cosa que yo sintiera la sentirías tú también. Por eso digo que no pudiste notar ningún cambio en mí.

—Guardas las apariencias del amor divinamente.

Ella apartó la mirada e intentó ver algo por la ventanilla, repitiendo:

—Todo esto me rompe el corazón. Te lo pido por favor, Robert, por favor.

—Bueno.

Stella oyó una carcajada fantasmal, que ella misma había dejado escapar como si estuviera haciendo uso de algo que Ernestine hubiera olvidado en el coche:

—Una cosa: te debo una disculpa.

—¿Me debes qué? —dijo Robert, con más calma, como dándole la razón a un

loco—. Ah, ¿por eso? Bueno, sí, si quieres..., supongo que me la debes.

—Creo que no sabía lo que decía.

—Supongo que es posible.

—Se puede vivir a la sombra de una idea sin entenderla. Nada es impensable; tú también lo sabes. Pero cuanto más se piensa, más crece esa realidad interior y más se difumina la realidad exterior. Al menos, eso les pasa a las mujeres: no tenemos medida para lo exterior y lo interior.

Robert no contestó.

—Eso es todo lo que te puedo decir —concluyó ella—. ¡Sé que te has quedado estupefacto al oírme, pero yo también! Hasta que he oído mis propias palabras, y he comprobado que las oías..., la verdad es que no tenía idea de lo horribles que serían, y lo insultantes que resultarían para ti, para cualquier hombre... ¿Robert?

—¿Sí?

—Sigues muy callado.

—Te estoy escuchando.

—Pero di algo. Tienes que decir algo.

—Estaba solo pensando —dijo Robert, mientras la liquidez de una sonrisa acariciaba por primera vez en su voz— que no has demostrado mucho fervor patriótico.

—No —asintió ella, apenas comprendiendo la frase. Porque en aquel momento el malestar era físico. Estaba mareada... La mano con la que se echó atrás el sombrero, la mano que intentaba pasarse por la frente, le temblaba; y los dedos, era como si se hubieran topado en la oscuridad con una cara de un muerto desconocido. Todo a su alrededor estaba en silencio, pero algo palpitaba en sus oídos. ¿Era eso lo que llamaban una reacción? No podía permitirlo; Robert lo interpretaría como una farsa. ¿Y no tenía derecho a sentirse furioso, desorientado y resentido con ella? En cuanto a la propia Stella, ¿debería haber confiado en no infligirle semejante dolor? Hasta entonces, la relación con Robert había sido muy fácil; en realidad, qué atrevido había sido el amor... Unos instantes después, Stella bajó la ventanilla de su lado e inspiró profundamente el aire de Londres.

Robert escuchó su respiración.

—¿Hay alguna cosa más? —dijo Robert de pronto, en su voz más frívola y sensata.

—Creo que estoy mareada de hambre. En el tren solo comí unos sándwiches.

—Supongo que será eso. En un par de minutos estaremos cenando, espero.

—Ah, ¿vamos a cenar entonces?

—A este ritmo resulta difícil creerlo. ¿Qué diablos hace este hombre? ¿Adónde demonios nos lleva? —Robert se inclinó hacia delante, deslizó el cristal que comunicaba con el chófer y se lo preguntó con firmeza; luego comentó—: No estamos dando vueltas por Londres por diversión... Desde luego que no —le dijo a Stella mientras volvía a recostarse en el asiento—. ¡Vaya conversación antes de

cenar! Por no decir... al final de un viaje. Yo también he tenido un mal día, como todos los días. Ernestine no quería saber nada de ir a tomar un trago. Sí, me doy cuenta de que no fue un buen plan traerla: un fastidio. Estamos los dos un poco aturcidos, ¿no?

—Sí.

—Sí, un trago nos vendrá bien y nos despejará.

Al ser clientes habituales, los empleados les dispensaron una especie de educado recibimiento formal; les sirvieron una cena tardía. Se sentaron solos en aquel agradable restaurante; a esa hora ya estaban cerrando; en el exterior ya se estaban apagando las farolas, y en la penumbra se veía cómo unos camareros fantasmales retiraban los manteles de otras mesas. El restaurante se desvanecía, iba perdiendo paulatinamente la ilusión que había generado durante el día; pero para los recién llegados se materializó una ilusión privada. Su mesa parecía reposar sobre una alfombra particular; tenían la sensación de estar cumpliendo con una costumbre habitual, una sensación de calma, de estar en un lugar cerrado y pequeño, entre paredes, como si cenaran de nuevo en casa tras el viaje de Stella. Ella le habló de sus cenas en Mount Morris, sola, en la biblioteca, donde el borde de la bandeja no llegaba a tocar la base de la lámpara; le contó cómo se sentaba frente a la puerta por donde entraba Mary, de espaldas al fuego que se derrumbaba sobre sus propias cenizas. No, no había podido sentirse sola entre aquellas cosas llenas de vida.

Había pensado en Robert, pero eso era otro tema. También había imaginado que si él hubiera estado allí...

Pero, en fin, en ese caso, todo habría sido distinto, replicó Robert. ¿Y quién era Mary? ¿Y se habían solucionado todos los asuntos? ¿Había tenido tiempo suficiente? ¿Después de veintiún años, la casa era tal como la recordaba?

Le resultaba imposible asegurarlo, dijo ella, imposible. Porque en veintiún años había pensado muy pocas veces en Mount Morris; sí, y suponía que al día siguiente por la mañana de nuevo empezaría a dejar de pensar en la casa. No era su historia. Por otra parte, no podía permitirse olvidar nada hasta que no viera a Roderick, a quien tenía que contarle todo: los asuntos de Roderick eran lo importante, no lo que pudiera sentir ella, que, a fin de cuentas, las había incorporado a su ser mientras estaba allí de paso. La propiedad era el futuro de Roderick, y de eso había que ocuparse.

—Pues, sí, es importante..., sí, ha tenido suerte. Puedo ser razonable ahora que has vuelto. Me doy cuenta incluso de que tenías razón en ir... ¿Yo? Ah, más o menos lo de siempre. No he ido a ninguna parte; todos estos días he estado trabajando hasta tarde. Así que no pienses que he estado con nadie ni he recibido noticias de nadie en particular —dijo Robert.

—No creo que haya nadie en particular.

—¿Te parezco egoísta por permitir que las cosas llegaran hasta este punto? —preguntó él de repente—. Cuando te conocí había tanta gente..., a lo mejor tenía que haberte dejado más tiempo sola, y no obligarte a estar conmigo solo porque a mí me apeteciera estar siempre y a solas contigo.

—Oh, está bien así, Robert, creo —dijo ella, empezando lentamente a servir café. Pero luego se detuvo, para levantar la mirada: volvieron a mirarse sin prisa, con una especie de familiaridad mágica, por encima de las tazas de bordes dorados.

Pero no estaban solos, ni lo habían estado desde el principio, desde el comienzo de su amor. El tiempo se sentaba en la tercera silla de la mesa. Eran criaturas de su tiempo, y su relación sería imposible en cualquier otra época; la época era inherente a sus naturalezas. Lo cual debe de haber sido siempre cierto entre amantes, aunque no se haya comprendido hasta ahora. Las relaciones que entablan las personas están sujetas a la relación que tiene cada una con el tiempo, con lo que ocurre. Si no siempre se ha comprendido esto —y, bien pensado, ¿quién iba a saberlo?—, ahora ha empezado a notarse, irrevocablemente. De ahora en adelante, cada momento, con cada vez más «ahoras» detrás, continuará añadiéndose a una historia más larga. ¿Acaso ellos dos se habrían amado mejor en tiempos mejores? En ningún otro tiempo habrían sido ellos mismos; lo que había impulsado el mundo hasta ese momento corría por sus venas. Cuanto más exigente es el amor, con más fuerza exprime a los hombres, hasta que se apropia de todos sus componentes y de toda su naturaleza y fuerza vital. Al preocuparnos por la seguridad, olvidamos que los amores de otras épocas en la historia fueron amores angustiosamente modernos en su momento. En ese momento, la guerra adelgazaba la membrana que separaba lo actual de lo pasado y todo resultaba más evidente. Pero, en fin, ¿qué otra cosa es el amor sino una coincidencia en el tiempo?

No, no existe nada que se pueda llamar «estar solos». La luz del día se desplaza por las paredes; la noche gira con sus cambios de intensidad; todo se mueve, todo va de una parte a otra..., se percibe la presencia del movimiento, esa tercera presencia, por quieta que parezca, por muy poca atención que quieran prestarle las dos personas en el trance del amor. Todo está en movimiento. Incluso cada latido del corazón del ser amado se acerca al destino incognoscible adonde lo llevan los latidos. ¿Qué lo mueve? Amar es no poder escapar a esta pregunta. Apartarse de todo para mirar un rostro es hallarse cara a cara con el todo.

Stella deslizó una taza hacia Robert y le dijo:

—Ah, y una tarde estuve en el salón.

—¿Y cómo era?

—Como cualquier salón; casi lo había olvidado. Me imaginé en él a quien un día será la esposa de Roderick. ¿Por qué no, después de todo? Pero había un cuadro del *Titanic* en un rincón.

—No creo que eso le molestara a una muchacha —dijo él, pensando en otra cosa.

—Más bien me pareció...

Pero él la interrumpió:

—Stella...

—¿Sí?

—Ahora que hablas del tema... ¿por qué no nos casamos?

Ella levantó las cejas.

—¿Lo dices por el *Titanic*?

—No, no, lo digo por la hipotética mujer de Roderick. Si alguien va a casarse, ¿por qué no podemos ser nosotros?

—¿Tú y yo?

—Podría decirse así —contestó Robert con perdonable ironía—. En todo caso, ¿por qué no?

Stella inspiró profundamente, como si la posible respuesta se encontrara en el fondo de sus pulmones.

—Creía que habíamos optado por el camino de no casarnos. Sería un lío espantoso, Robert; no me lo puedo ni imaginar. Ahora mismo no parece haber muchas razones para casarse, ¿no? ¿Por qué no esperamos a ver qué ocurre más adelante? Siempre lo hemos hecho.

—Sí, lo sé; pero lo que te estoy diciendo...

—Sí, ya lo sé; pero todo eso sacaría a relucir tantas cosas.

—No veo por qué; y la verdad no veo qué cosas... ¿Te parece que hoy me he puesto muy convencional?

—A Roderick le gustaría —reflexionó ella, con un codo sobre la mesa, la sien apoyada en la mano, recorriendo con la vista y en diagonal una voluta del dibujo adamascado del mantel—. Bueno, o eso creo. ¿No te lo parece también? En Mount Morris me di cuenta de que no puede seguir teniendo una madre con tan mala fama. Y tiene un fuerte sentido de la familia, tanto que le gustaría meter en ella a todo el mundo, incluido tú. No es que le haya preguntado qué piensa de ti, porque eso significaría preguntarle qué piensa de nosotros. A estas alturas, apenas sé qué piensa de nada; pero, en principio, estoy segura de que estaría a favor. Así que el problema no es *ese*...

—¿Y entonces?

—Considerándolo todo... —dijo Stella, entrecerrando los ojos y haciendo una primera alusión a la desafortunada charla del coche—, es encantador de tu parte pedirme matrimonio, cariño.

—Tampoco lo he hecho tantas veces.

—No, creo que no; en realidad, no..., no directamente. Solo hemos hablado del tema como hablamos de todo lo demás. —Stella lo pensó cuidadosamente—. Es la *primera* vez que me lo pides. En cierto modo, habría preferido que no eligieras esta noche.

—¿Por qué? No hay nada de malo en hacerlo ahora. Todo lo que uno tenga que decir, debe decirlo cuanto antes. No se puede hacer cálculos con los sentimientos...,

al menos, tú ya lo sabes, yo no puedo. Supongo que a las mujeres les parece que, en este sentido, los hombres meten la pata. Tú no te has dado cuenta, pero en ningún momento he sido ni la mitad de calculador de lo que tú has creído, al parecer, o de lo que has creído a medias. La razón por la que quiero casarme contigo es que quiero casarme contigo: no se me ocurre otra mejor, y lamentaría que no valiera con esa. Me he dado cuenta ahora, cuando has estado fuera, y ahora que has vuelto estaba deseando decírtelo. Ya sé que ahora estás cansada, pero en fin, así son las cosas. Lo cierto es que no soporto no verte.

—Pero si siempre estoy.

—No lo sé. ¿Es así? No estoy tan seguro como antes.

—¿Crees que me meto en problemas? —aventuró ella, echando un vistazo a sus uñas.

—Bueno, la verdad es que lo parece —dijo con dulzura—; parece que te gusta meterte en camisas de once varas bastante peculiares.

—Entonces, ¿necesito que me cuiden?

—Tu amigo como-se-llame debe de creer que sí. Dado que piensa que deberías tener más cuidado con quién andas. Y yo también.

—¿«Como-se-llame»? —dijo ella crispada—. ¿Te refieres a Harrison? Es un nombre fácil de recordar.

—Harrison, vale... ¿Y si yo, Stella, también necesito que me cuiden? Hace un rato, en el coche, me asombró que dijeras con tanta calma que, en cuanto a mi vida, por lo que *tú* sabías, todo era posible.

—¿«Con tanta calma»? ¡Oh, Robert! ¡Nada de eso!

—Bueno, en cualquier caso, lo dijiste. Después de dos años juntos, ¡decir eso es un disparate!

—Sí, lo entiendo.

—Qué poco te alegra saber que... ¿Tú y yo nunca actuamos conforme a nuestra edad?

Stella inclinó la cabeza y dijo:

—Pensé que todo era perfecto.

—Sí, todo parecía perfecto —dijo él, pero al mismo tiempo volvió lentamente la cabeza para mirar la oscuridad distante de un rincón del restaurante—. Pero tal como habrás visto desde hace dos meses, y como me di cuenta hace un rato cuando decías todas esas cosas, todo este tiempo ha sido una trampa. Debemos de haber estado a punto de recibir este golpe. —Y en ese momento, deliberadamente, Robert clavó su mirada en el rostro de Stella..., aunque, en realidad, no en ella. Tampoco aquellos ojos parecían exactamente los de Robert: eran de un azul negruzco, anárquicos, extraños—. La verdad —dijo—, ahora prefería que las cosas fuesen un poco menos perfectas. Todo esto puede salirnos muy caro. Es encantador, sí; pero nunca había sido una cuestión de fe. Cuando empezó a ser una cuestión de fe, te quedaste paralizada. ¿Cómo puedo saber qué otras reservas tienes en mente? Solo veo una

manera de averiguarlo: ¿te casarás conmigo?

—Robert, ¡eso es sencillamente forzar las cosas!

—¿Entonces no quieres? Así, en general, crees que sería mejor no hacerlo?

—¿Acaso me has dado tiempo para pensarlo? —contestó Stella.

—Bueno... —se apresuró a decir Robert, abatido, aunque al mismo tiempo más tranquilo o al menos apaciguado. Hizo un movimiento menos envarado y gélido y cerró los ojos: cuando volvió a abrirlos, al menos tenían una apariencia familiar—. ¿No te lo he dado? ¿No te he dado tiempo? ¿Eso es todo...? Pero no es una idea tan nueva, ni tan descabellada.

—En tu boca parece bastante descabellada, Robert —dijo Stella, incapaz de contener sus reproches—. Estás intentando convencerme con amenazas y te contradices. Tal vez antes no estuviera segura, pero ahora no sé ni dónde estoy. Primero dices que, cuando me encontraba en Irlanda, decidiste pedirme casamiento a mi regreso; luego, que te sientes obligado a pedírmelo por algo que dije hace un momento en el coche: en parte, porque te parece necesario mantenerme vigilada, en parte porque sientes que le debo una reparación a tu honor herido. Lo siento, cariño, pero lo planteas así: que lo menos que puedo hacer es casarme contigo para demostrarte que estoy convencida de que cualquier otra cosa que oyera sobre ti no puede ser cierta. ¿Tengo que echar por la borda mis propios motivos de duda, de incertidumbre? ¿No tiene importancia eso a lo que yo le he dado importancia? ¿Qué es esto: una emergencia?

—¡Vaya lengua que tienes...! —dijo Robert con recelo.

—¿Ah, sí? —preguntó Stella, desconcertada—. La verdad, me parece raro hablarte de esta manera.

—Sí, preferiría que le hablaras así a Harrison.

—Perdóname. Pero ¿qué querías decirme, en realidad?

Apenas nadie habría podido culparlo por dejar escapar un suspiro.

—Creo haber sido bastante claro —dijo—. Te he pedido que te cases conmigo. A lo mejor lo he dicho de manera incoherente; pero que te quede claro lo siguiente: decir que quiero casarme contigo no guarda la más mínima relación con nada que hayas dicho. Si no hubiera sido todo tan incómodo en el coche te lo habría pedido allí mismo. De hecho, fui a la estación tan nervioso que, de no haber sido porque nos esperaba Ernie, te lo habría pedido en cuanto te vi en el andén. Puede que incluso le pidiera a Ernestine que me acompañara precisamente por culpa de ese sentimiento nuevo y confuso que empecé a experimentar por ti; a fin de cuentas, es mi hermana... No, no digo que lo que ocurrió después de que se bajara mi hermana no significara nada... Tuvo un efecto: convencerme aún más de que era hora de que nos casáramos. La idea de que a alguien le guste venir a asustarte es espantosa, Stella. Sí, me dolió: no iba a ocultártelo. Me conoces demasiado. ¿Cómo no iba a dolerme? Por un momento todo el amor me pareció inútil si no conseguía que despreciaras todas esas... fantasías.

—Me di cuenta de que eran fantasías.

—Aun así, ¿tuviste miedo?

—Era solo que...

—Sí, creo que tuviste miedo —dijo Robert, apartándose un poco de la mesa, como para considerar el asunto desde la perspectiva distante—. Por mí... pero también un poco de mí, ¿no?

—Era solo que yo...

—El amor perfecto —dijo reflexivamente— inspira miedo. No, olvídalo, aunque..., claro, es imposible. ¿Me amas?

De un modo muy elocuente, Stella no contestó; ni siquiera levantó la mirada.

—El camarero espera —añadió un momento después.

—¿Dónde? —preguntó Robert, mirando la cuenta, que llevaba un tiempo junto a su codo, y luego dejó unos billetes en el platillo.

—De todos modos —dijo Stella—, sigues estando equivocado en una cosa: no me asusta «cualquiera». Ojalá averiguaras *quién* es Harrison.

—¿Preguntándole a mis espías? Con mucho gusto. Pero... ¿es alguien?

Capítulo 11

Queridísima madre:

Es una pena que el otro día no tuviéramos más tiempo, aunque de todas formas fue estupendo que vinieras. Es extraordinaria la cantidad de cosas que me contaste: como supondrás, casi no he dejado de pensar en todo lo que me dijiste de Mount Morris. Es casi como si por fin hubiera estado allí, aunque, desde luego, no del todo. Me he acordado de varias cosas que quería preguntarte; también creo que te dije un par de cosas que a lo mejor no me entendiste bien. Por ejemplo, creo que no me comprendiste bien cuando te dije que tengo muy presente a la prima Nettie y que creo que debo hacer algo al respecto. No quería que se sintiera estafada. Por lo que entiendo de lo que me has contado, solo está un poco desequilibrada, y, a fin de cuentas, Mount Morris era su casa. ¿Cómo te sentirías si de repente quisieras volver a un sitio y descubrieras que se lo han dado a otra persona?

Justo antes de que partieras a Irlanda, escribí a los propietarios de Wistaria Lodge para preguntarles cómo se encontraba la prima Nettie y si sabía que el primo Francis ha muerto; desde luego, esto no lo sabías, pues decidí no decírtelo hasta ver cómo te tomabas este asunto (y aún lo ignoro, debido al poco tiempo que tuvimos y a todo lo que teníamos que contarnos). La carta de los Tringsby, por cierto, me pareció bastante envarada, y a Fred también. Respondieron ambigüedades acerca del Cielo y de que ahora a la prima Nettie todo le parecía maravilloso. Si pienso en una redacción sin ambages ni ambigüedades, te diría que la carta parece escrita por uno de sus pacientes, aunque la firmaba Iolanthe Tringsby. La mujer apenas podía ocultar su actitud de «¿y a ti qué diablos te importa?», cosa que me molestó. ¿Te importaría enviarle, tú o alguien, unas líneas explicándole que después de todo ahora soy la cabeza de la familia? No veo cómo podría explicarlo yo mismo sin que parezca que me doy aires de grandeza, pero todo sería más sencillo si lo comprendiese. Fred lo vio todo con peores ojos que yo, y me preguntó si podíamos estar seguros de que los Tringsby son de fiar. Solo pude responder citando tus palabras y diciendo que se encuentran en una posición delicada. El hecho es que la prima Nettie vive allí, y que espero poder verla cuanto antes. En esto quiero adoptar una postura firme, madre, y espero que me apoyes. Voy a solicitar el permiso que no tuve oportunidad de pedir para ir al funeral del primo Francis; diré que un familiar cercano de quien soy responsable ha sufrido una crisis nerviosa y que debo ocuparme de ello. Me arreglaré para ir y venir en el día, en tren.

Si me entendiste el otro día cuando te planteé el tema de la prima Nettie, perdóname por insistir, pero me pareció que no comprendiste exactamente lo que

quería decir. Es que no quiero dar este paso importante sin tenerte al tanto. Verás: cuanto más me cuentas acerca de Mount Morris, más me da la impresión de que he heredado a la prima Nettie con la propiedad. Está muy bien decir que ella la odia y enloquecería por completo si tuviera que regresar, pero ¿cómo saberlo? Debo verla y obtener su visto bueno. Ser un usurpador lo arruinaría todo.

Incluso aquí nos han impresionado las noticias de Egipto. Donovan ha de estar especialmente contento, aunque es poco probable que yo llegue a general. A este ritmo parece que podré instalarme en Mount Morris dentro de poco. Supongo que si fuese uno de mis tíos, me desilusionaría el que la guerra terminase antes de entrar en acción o de que me ascendieran, pero dadas las circunstancias..., ¿qué esperas que diga? Aunque admito que me gustaría que me llamaran «el capitán» cuando viva allí. Fred comenta que tal vez aún sea necesario invadir Europa.

Fred te manda recuerdos y dice que le encantó verte un momento el otro día. Me felicitó por lo guapa que eres. Espero que no hayas regresado muy cansada y de madrugada. Lamento que no tuviéramos más tiempo para que me contaras más cosas, aparte de lo de Mount Morris. Así que espero carta tuya pronto, cuando tengas tiempo para escribirme. Procura no trabajar mucho, y no te enredes en preocupaciones. Si te parece un embrollo todo el asunto de Wistaria Lodge, no lo hagas. Pero pensé que debía decírtelo, y por supuesto quería contártelo.

Te quiere mucho,

Roderick

PD: ¿Exactamente cuántos acres dijiste que se cultivarían este año? También olvidé preguntarte si hay una sala de armas y, en tal caso, qué contiene más o menos. ¿O con las leyes actuales no puede tener nada?

Pocos días después de enviar la carta, Roderick se encontraba frente a la puerta de Wistaria Lodge. Pulsó el timbre. Tenía un gesto expectante, pero al mismo tiempo amable y servicial. Mientras esperaba, la casa y el jardín retemblaron: un camión pasó por la carretera que estaba al otro lado del muro del jardín, aunque Roderick no pudo verlo. Por lo demás, reinaba el silencio; la glicinia enmarcaba con sus poderosos arabescos escarchados la galería de columnas blancas y los miradores. Aquella casa del olvido, una colmena de vidas en ausencia, no le pareció a Roderick más peculiar que cualquier otra. El borde de latón del timbre eléctrico era dorado; el placer de tocar timbres se le presentaba tan de tarde en tarde que estaba a punto de apoyar de nuevo el pulgar en el pulsador cuando se abrió la puerta y una criada se quedó plantada en la puerta, mirándolo. Convincentemente ataviada como en otros tiempos, su figura completaba la ilusión de antigüedad que inspiraba la fachada. La muchacha aún no había terminado de preguntarle a quién buscaba cuando apareció una dama desconfiada al final del vestíbulo.

—Oh, vaya... —exclamó, y luego añadió con gesto resignado—: Buenas tardes.

—Buenas tardes —dijo Roderick con entusiasmo.

—Soy la señora Tringsby. ¿No será usted el señor Rodney?

—Oh, sí, así es.

—Oh, Dios mío... —exclamó la señora Tringsby—. Esperaba que fuese usted un poco mayor..., y que no llegara tan temprano. Pero pase, por favor, al salón.

La mujer hizo ademán de dirigirse a la puerta.

—¿Mi tía se encuentra ahí?

—No, por Dios, no, no: le gusta la comodidad de su habitación. A nosotros nos gusta que esté donde quiera. Cuando me asomé a su puerta hace un momento, estaba absorta en su bordado. Ella sabe que hoy es un día especial, pero puede que haya olvidado por qué. Me gustaría hablar con usted primero, si no le importa.

—¿Y luego puedo subir? De acuerdo.

Roderick sujetó la puerta y la mujer pasó delante; luego se giró para indicarle con una mirada que la cerrara. En el salón, Roderick permaneció de pie, a la expectativa, con sencillez y paciencia, mientras ella, como cuando alguien se viste aprisa, adoptó al mirarlo una cierta expresión de perplejidad.

—Por supuesto, no piense que quiero ponerle las cosas difíciles —dijo ella—. Pero recuerde lo que ocurrió la última vez.

—¿La última vez?

—La última vez que ella tuvo una visita.

—Pero no fui yo.

—¡Fue una terrible conmoción para todos nosotros!

—Sí, lo sé; lo siento. De hecho, estoy seguro de que el primo Francis querría que me disculpara en su nombre.

—Pero, verá..., él no debería haber venido, nunca, nunca, nunca, bajo ningún concepto, en aquel estado. ¿En qué estaban pensando sus médicos?

—No lo sé. ¿La prima Nettie sabe que su marido ha muerto?

—Creo que nunca volveré a sentirme igual en *esta* querida habitación —continuó la señora Tringsby, mirando a su alrededor y apartando la mirada con desagrado cuando observó un sofá concreto—. Pero, claro..., ¡una tenía que pensar en los demás también!

—Bueno, todos lo sentimos mucho. Pero, de todos modos, esas cosas no ocurren. El ejército podría asegurarle que tengo una salud de hierro, o no se habrían mostrado tan entusiastas en contar conmigo.

Ella continuó con mayor abatimiento incluso:

—Sí, ese es otro problema..., quiero decir, que se presente usted aquí con el uniforme. Aquí tenemos mucho cuidado de no tener pensamientos feos; vivimos en un mundo aparte, ¿sabe? No tendrá usted intención —añadió la señora Tringsby, mirando con suspicacia la vestimenta militar de Roderick— de hablarle a la pobre señora Morris de la guerra, ¿verdad?

—Yo no sé nada de la guerra —dijo Roderick, que para entonces ya miraba con impaciencia la puerta—. Aunque, señora Tringsby —dijo, como una ocurrencia, y volviéndose hacia ella—, en el camino desde la estación hasta aquí me he cruzado con un montón de soldados. ¿Cómo puede impedir que esta gente los vea desde las ventanas de la planta alta? Por no hablar de los camiones.

—Ah, pero esos soldados no son parientes.

—Ah... Bueno, ¿quiere comentarme alguna otra cosa? No tengo mucho tiempo: solo me han dado un permiso breve.

—En cualquier caso, no debe quedarse mucho rato; mejor no.

—No tenía intención —dijo, con inconsciente altanería.

—Solo una charla ligera. Por supuesto, en ningún caso, jamás, sobre el pasado.

—No, quiero hablarle del futuro.

—Válgame Dios... Con lo bien que estaba últimamente...

La señora Tringsby, hinchada con un suspiro agorero, se levantó y, como si funcionara por control remoto, fue impulsada por la fuerza de voluntad de Roderick hacia la puerta.

—¿Quiere que me quede con ustedes mientras charlan? —dijo esperanzadamente la mujer—. Ella y yo podríamos charlar; usted podría mirar y podría juzgar, con mucha más tranquilidad, cómo la encuentra... Para empezar, ¿qué pasa si no sabe quién es usted?

—Señora Tringsby, le pedí que se lo dijera.

—Ah, se lo dije, pero...

—Entonces, ya veremos. Ahora, se lo ruego, ¿podríamos subir?

Arriba, al final de un pasillo, la señora Tringsby dio unos golpecitos a una puerta, la abrió apenas para asomar la cabeza y dijo con voz cantarina:

—¡Aquí estamos!

—Bueno, adelante... —respondió una voz.

La señora Tringsby miró de reojo a Roderick, para advertirle que no pensara que la cosa sería tan fácil. Carraspeó y añadió:

—Un joven muy amable ha venido a verla.

—Pero yo esperaba al hijo de Victor Rodney. ¿No ha venido?

—¡Pues claro que ha venido, querida!

—Y entonces, ¿por qué no entra?

Roderick, pensando que debería haberle llevado un ramo de flores a la prima Nettie, entró en la habitación. Desde su asiento, en un sofá situado junto a la ventana, la anciana le envió una mirada que estableció de inmediato que, para hablar a solas, deberían esperar. Luego volvió a su bordado y dio dos o tres puntadas, mientras esperaba a que se marchara la señora Tringsby. La señora Tringsby levantó un cojín por los volantes, lo sacudió, se detuvo a admirarlo —como si de nuevo quisiera hacer notar, y Roderick tuviera que admitirlo sin dudas, que todo lo que había en Wistaria Lodge era de lo mejor—, y lo invitó a que se sentara. Roderick se quedó de pie. La

señora Tringsby se consoló indicándole por gestos dónde se hallaba la campana.

—Estaré abajo, justo aquí debajo, en el salón —dijo con un cierto aire de complicidad.

—Gracias, señora Tringsby —dijo la prima Nettie.

Cuando la señora Tringsby por fin se fue, Roderick se sentó en el sillón. Alargó la mano y recogió del suelo una madeja de lana; luego la dejó en el sofá, junto a la prima Nettie. De reojo, observó el bastidor y el lienzo en el que estaba atareada: el dibujo, que muy probablemente no lo había elegido ella, se había delineado a máquina con líneas azules; la prima Nettie ya había rellenado una rosa y casi una cuarta parte del fondo. Fue evidente que la prima Nettie, sin levantar la vista, se detuvo en aquel movimiento instintivo y callado con que se inclinaba sobre el lienzo; arrepintiéndose, lo sostuvo en alto, sujetándolo por las esquinas, para verlo mejor.

—Supongo —dijo— que no tendrías paciencia para hacer esto.

—No, supongo que no.

—Pero debes tener paciencia para haber hecho un viaje tan largo. Esto está muy lejos.

—No tanto; desde donde yo vengo, no mucho.

—Creí que sí —dijo, inquieta por primera vez—. Demasiado lejos para que viniera nadie. Ya que estás mirando por la ventana, puedes verlo tú mismo.

Roderick había estado mirando por la ventana que había tras la prima Nettie. A lo lejos solo se veían prados, bosques y el cielo deslucido de noviembre: en la lejanía, el cielo y la tierra se encontraban, agotados, y no había límites, ni misterio, ni horizonte, simplemente un nada más. Aquella ventana se encontraba en la parte trasera de una casa que estaba en la periferia del pueblo; Roderick pensó que durante años la prima Nettie seguramente no había mirado por ninguna otra. Y tal vez había dejado de mirar por esta años atrás, pues ahora le daba la espalda de manera definitiva. Sin duda le gustaba aquel rincón de la habitación, la luz que iluminaba sus labores o la inabarcable sensación de no tener nada a sus espaldas, salvo la misma nada. Por encima de su cabeza, la ventana de guillotina cruzaba el cielo: la imprecisa y descolorida luz de la tarde recortaba su figura, su cabello recogido, las delicadas facciones de su cara. En la mano que hundía metódicamente la aguja en el lienzo, y luego la sacaba, un anillo con una piedra opalina alternaba los colores de la leche y el fuego. De su mano izquierda había desaparecido la alianza.

Ella se asombró:

—¿Así que te has acordado de mí aunque nunca me habías conocido? ¿También te llamas Victor?

—No, Roderick.

—Entonces te llamaré Roderick —dijo con un temblor—. Oí hablar de ti cuando eras un bebé, pero ya eres todo un hombre.

—Creo que me dieron el nombre de un antepasado. ¿Tal vez usted sepa de quién?

—Ha habido muchos antepasados, querido: demasiados. A estas alturas estamos

tan mezclados que es un misterio que sigamos existiendo. Me alegra mucho que no te lames Victor. Pobre Victor: la verdad, ¡no se le puede pedir tanto a nadie!

—Cuando tenga un hijo lo llamaré Francis.

—Oh, ¡a él le encantaría! —exclamó la prima Nettie, y por primera vez miró al visitante directamente y no de reojo—. Es una lástima que esté muerto.

Fue una mirada fugaz pero incisiva; al principio un tanto tímida, pero luego sostenida. Su mirada, de un gris pálido, se había ido difuminando con una luminosidad más pálida aún, hasta que las pupilas casi desaparecieron; mientras miraba a Roderick, el joven pudo percibir un débil rayo de humanidad, tierno y tembloroso: nada había de extraño en esos ojos, salvo su comprensión de las extrañezas del mundo. Durante toda su vida, sin duda, la prima Nettie había tenido dificultades para ver solo la superficie, para mirar solo lo que debía mirarse. Aquellos ojos eran los de una clarividente a la que a menudo se le habían hecho reproches; y seguramente los volvía a abrir con miedo de adivinar lo que debería quedar oculto. «Y sin embargo —parecían decir—, no puedo evitarlo, ¿qué se le va a hacer?»

Y dio la casualidad de que aquella tarde su mirada encontró una aliada más joven, y todavía firme, en la mirada de Roderick.

—He venido porque murió —dijo el muchacho con impaciencia—. Al parecer todos pensaban que si se lo decían a usted, eso la alteraría. Espero que no.

—Espero no alterarte yo a ti —replicó la prima Nettie, bajando el bordado como si hasta entonces hubiera sido una especie de guardia o escudo—. Creo que soy muy extraña. Y tú no debes decirme lo contrario —dijo con un gesto—, o empezaré a dudar.

—¿Sabe que el primo Francis me dejó Mount Morris?

—Mount Morris... —dijo la anciana—, pobre casa desafortunada. ¡Pobre casa! Así que allí sigue..., después de todo este tiempo. ¡Y aquí sigo yo! Como verás, solo llevo medio luto —apuntó, mirando la pechera de su vestido a lunares con ribetes negros—. Luto por un primo..., era mi primo, ¿sabías? No debería haber habido ninguna otra historia. Y no lo culpo, ni trato de culparme a mí misma, ni debes culparme tú.

—Prima Nettie, me ha dejado Mount Morris.

Ella se quedó mirándolo fijamente, llevándose los dedos a los labios.

—Quería preguntar... —murmuró Roderick.

—¡No, no! —lo interrumpió—. ¡Tú no debes preguntarme!

—¿Le molesta si le pregunto... si le molesta? —dijo Roderick, sintiendo su primer momento de duda.

—Pensé —contestó ella, todavía agitada— que todo empezaría de nuevo. Ahora tú, ahora *tú* eres el señor. No puedo regresar; se lo dije a él una y otra vez, y se lo dije a ellos; ahora te lo digo a ti. En todas partes están mejor sin mí, así que no pienso regresar a ese sitio. Haz lo que puedas con Mount Morris.

—No quiero que nadie haga nada en particular —dijo Roderick.

—Ah, pero le das vueltas a lo que deberían estar haciendo. Cada vez que te acuerdas de Mount Morris vuelves a lo mismo.

—Pero —dijo Roderick, después de pensarlo— la verdad es que no creo ser así.

—Yo sé que eres así, porque a mí nunca me han perdonado. Deberías ser así: ¿qué pasaría con los que estamos equivocados si no existiera nadie que tuviese razón?

—Bueno —pudo decir únicamente—. Yo no soy así.

—No..., no como él —zanjó ella, negando un poco con la cabeza—. Ojalá lo hubieras visto cuando era joven, cuando era mi primo. ¡Era el mejor de todos, lleno de planes y de vida! Quién sabe cómo habría terminado una historia diferente, de haber sido posible. Tal como se dieron las cosas, tuvo que buscarse un hijo fuera.

Inevitablemente herido, Roderick estuvo a punto de exclamar: «¿Le parece que eligió tan mal?», pero al final decidió no hacer el comentario. La prima Nettie, al confiarse a él, solo había pronunciado, con levedad monótona y fatalista, los lugares comunes de su pensamiento.

Había sido digno de ver cómo, en todo momento, la mujer había mantenido la conversación dentro de límites aceptables. De nuevo retomó su bordado con un suspiro convencional; le dio la vuelta a la tela, estudió las puntadas de cerca y estiró el brazo para mirarlo de más lejos con absoluta indiferencia, como si el secreto o el encanto de la labor ya se hubiese perdido, y a ella le diera lo mismo. Pero no: la anciana no podía permitirse *aquello*; de inmediato se puso a recortar diligentemente, con unas tijeras como de pico de cigüeña, los hilillos que caían del lado del revés. Pero las tijeras, con una traviesa voluntad propia, picoteaban, pinchaban y revoloteaban una y otra vez sobre la parte terminada. De manera que se desembarazó de las tijeras con un movimiento brusco y las dejó caer en su regazo. Bajo la ventana se oyeron unos pasos vacilantes por el camino de grava.

Roderick no quería que hubiera pausas en la conversación para que no pareciese que había habido una crisis. Miró por la habitación en busca de algo que comentar. En modo alguno deseaba cambiar de tema, pero no perdía nada si podía abordarlo desde otro ángulo. A las pinturas de motivos rurales, perfectamente irrelevantes, que había elegido la señora Tringsby para adornar la estancia, se había sumado una pequeña galería perteneciente a la prima Nettie, pero estas imágenes eran más originales: postales de lagos extranjeros de un azul eléctrico, lívidas escenas a la luz de la luna sobre las gárgolas de los Alpes, recortadas contra un cielo desgarrado, una gamuza en equilibrio que quitaba el aliento. También había muchos dibujos de colores con niños que, al parecer, participaban inocentemente en algún acto destructivo: deshojar margaritas, soplar un diente de león, pisotear un arbusto de primaveras, bailar y danzar ataviados con frágiles sombreros de plumas, interceptar hadas en pleno vuelo, o arrancar manzanas de una rama. Solo la belleza neutralizadora de los dibujos los había salvado de la censura del doctor Tringsby. Su falta de peso —pues ninguno estaba enmarcado, sino, como mucho, montado en cartón— permitía que un hilo de lana sirviera para colgarlos de distintos salientes de

la habitación: obviamente, no se podían clavar chinchetas en las paredes. Roderick notó que no había ni una sola fotografía en la estancia: dado su carácter, no supo hacer un comentario al respecto.

—Me preguntaba si tendría usted una fotografía de Mount Morris.

—No, son todas muy oscuras. ¿Y para qué querría yo una fotografía de algo que he visto? ¿No te parece un poco raro que la gente sea tan olvidadiza?

—Hay a quien le gusta que le recuerden las cosas, ¿no? En el ejército, todos mis conocidos tienen fotos. Las enseñan, pero supongo que también las miran.

—Sé que tenía una fotografía de Victor —dijo la prima Nettie, fijando en Roderick los ojos muy abiertos—. Era apenas un niño, pero me la envió él mismo; así que debo de haberla guardado en alguna parte. Pero ¿cuándo? Qué pena, porque tú nunca lo viste a esa edad. Ay —exclamó, mirando por primera vez el espacio que separaba el sillón y el sofá—, ¡no hay té! Sabía que faltaba algo.

—Supongo que lo subirán ahora.

—La pobre señora Tringsby —explicó la prima Nettie— a veces no sabe ni qué hora es, si no mira el reloj. ¿Tocamos la campanilla? —preguntó, con una mirada conspiratoria.

—¿No cree que eso solo conseguiría que subiera a toda prisa?

—Sí, lo mejor será que se tome un buen descanso. ¿Esperamos a ver si suben el té?

—No conocí a mi padre. Quiero decir, lo conocí de bebé, pero eso no cuenta. Creo que apenas lo reconocería si lo viera, si viera una foto de él. ¿Usted lo conocía bien?

—Ah, sí —dijo ella, tan sorprendida por la pregunta que pareció inquieta—. ¿Victor? Creí que todo el mundo lo sabía. Fui la última que lo vio: tomamos el té en un salón.

—¿Cómo? ¿Antes de que muriera?

—No exactamente antes de que muriera; antes de que dejara a tu madre.

—No, prima Nettie: me temo que fue ella quien lo dejó a él.

—¿Por qué «me temo»? ¿Cómo se puede temer lo que ya ha sucedido? Para mí es una gran ventaja.

—Quiero decir lo lamento... por ella: fue una pena lo que pensó todo el mundo. Soy testigo de que mi madre no es una persona cruel, pero como fue ella quien lo dejó, dio esa impresión.

—No podía dejar a alguien que no estaba.

—¿Cómo que no estaba? ¿Dónde se supone que estaba?

—Por desgracia no recuerdo dónde vivía su enfermera. La mujer tenía su propia casita y según él, era muy mona.

—¿Su enfermera vieja? —dijo Roderick, frunciendo el ceño.

—Bueno, tal vez fuera más vieja que Victor, es posible. Ella fue la que lo cuidó durante la guerra. Por eso él me invitó a tomar el té en aquel salón. «Supongo que no

podré explicar a nadie lo que haré —dijo—. Así que pensé en hablarlo contigo». Yo pregunté: «¿Porque soy tan extraña como lo que vas a hacer?» Y él dijo: «Será por eso». Yo dije: «Bueno, Victor, de ahora en adelante van decir que los dos somos muy extraños». Había un plato con pastelitos rosados, muy bonitos, que volvieron a hacer después de la guerra y se podían comprar. Me dio tanta pena verlo así de triste que pensé que mejor comía una tostada. Pero entonces me dijo: «Si ni siquiera tú puedes comer esos pasteles... es porque estoy haciendo algo terrible». Así que me comí tres. Y ahora —terminó la prima Nettie, mientras lanzaba una mirada acusadora, aunque firme, al uniforme de Roderick— volvemos a estar sin esos pasteles, otra vez.

—¿Qué quiso decir con «terrible»?

—Lo supe al instante. Las apariencias. Creo —apuntó la prima Nettie, bajando la voz— que aquella mujer era muy ordinaria.

En ese momento, hizo entrada el té, y rara vez fue más inoportuno. La camarera, tras dejar el servicio de té sobre el escritorio, arrastró una mesa de tres patas y la colocó exactamente en el vacío al que constantemente miraba la prima Nettie. En la mesita puso la bandeja, que era lo bastante pequeña para que hubiera que amontonar las cosas con esmero y destreza, estabilizó una precaria pirámide de vajilla y dijo:

—Aquí tiene, señora.

—Gracias, Hilda.

—Hoy hay sándwiches, para el caballero.

—Qué amable. Agradéceselo por favor a la señora Tringsby... La señora Tringsby es muy atenta —dijo la prima Nettie, cuando Hilda se marchó y cerró la puerta—. Hay que pensar en sus sentimientos; pero, bueno, hay que pensar en los sentimientos de todo el mundo, y ella es un ángel. A mucha gente le gustaría estar aquí, pero ella nunca me ha hecho sentir que desearía que yo fuese otra persona. Entiende que este es mi lugar, así que nunca me quitará mi habitación. No debemos incomodarla.

—No, prima Nettie, no. Pero... ¿qué decías de mi padre y su enfermera?

—Ah, eso..., ¡eso no era casi nada! —exclamó con un tono entusiasta—. Ya había sido su enfermera antes, pero esta vez quería que se convirtiera en su mujer.

—Pero estaba mi madre...

—Lo sé, lo sé —confirmó la prima Nettie—. No es de extrañar que tu padre sintiera que estaba haciendo algo raro.

—¿Así que ese fue el motivo por el que se divorciaron? —Obligado a no poder pasar por alto la merienda, Roderick había cogido un sándwich y le había dado un mordisco; luego se quedó mirándolo como si no reconociera las marcas de sus propios dientes—. Es de suponer...

—Me temo que no sé qué pasó después —dijo la anciana, mientras ordenaba las tazas y acomodaba las cucharillas en los platillos—. No creo que nadie me lo haya contado; y como nunca me preguntaron, yo tampoco conté nada. Fue precisamente por esa época en la que me puse más rara. Llevaban mucho tiempo diciendo: «Si no

vas a Mount Morris cuando el primo Francis te lo pida, y todo el mundo cree que deberías hacerlo, la gente llegará a la conclusión de que eres una rara». Así que al final dije: «Pues será que lo soy». Porque una vez que aquello se supiera, no cabría esperar nada más, ¿no? Así que dijeron que ya no tenía por qué seguir viviendo en hoteles, ni siquiera discretamente, ni en residencias particulares. Si me encontraba bien para vivir en hoteles, me encontraba bien para regresar a Mount Morris. Así que dije: «Pues muy bien: entonces a lo mejor debería ir a un asilo». No parecía haber sitio para mí en ninguna parte... Oh, ¿no estás comiendo sándwiches? —concluyó la mujer, mirando inquieta del plato a Roderick.

—¿No recuerda nada más que le dijera mi padre?

—Dijo que lo que hacía era para bien... Mira, si no terminas los sándwiches, puede que me sienta como él cuando pensó que no iba a terminarme los pasteles; puede que piense que he estado haciendo algo terrible. —Pero no lo pensaba: tapó la tetera, que había vuelto a llenar, con el toque satisfecho de quien practica su arte—. Sí, tomé el té con él. ¡Y aquí me tienes, tomando el té contigo! ¿En serio te puedo llamar Roderick?

—Sí, ¿por qué no?

—Roderick...

Roderick permaneció callado, por respeto al momento de reflexión de la mujer, pero unos instantes después, comenzó a revolverse con impaciencia en su sillón.

—¿Le dijo que lo que hacía era lo mejor para todos?

—Sí, claro. Todos mis parientes toman decisiones; ha sido así toda la vida, yo ya estoy acostumbrada. Primero querían una cosa, luego otra. Solo en mi caso no había nada que hacer, salvo lo que hice yo. Supongo, dado que eres mi pariente, que también *tú* tomarás tus decisiones.

—Ahora mismo estoy en el ejército.

—Pero decidiste venir a verme.

—Porque lo que sí he decidido es vivir en Mount Morris.

—Ah, pero eso lo decidió mi primo por ti.

—Primero quería asegurarme de que a usted no le importaba.

—Por eso Victor me invitó a tomar el té.

—No tenía ni idea de lo que acaba de contarme usted —dijo Roderick, con un pesar apenas moderado por su juventud.

Tras apoyar la taza, la prima Nettie echó una ojeada por encima del hombro a la ventana: ¿sería posible que pensara que el paisaje había cambiado de repente?

—¿Así que, entonces, fue mi padre quien le pidió permiso a mi madre para marcharse? —preguntó Roderick—. Siempre creí que había sido al revés. Al menos, eso es lo que parecen haber pensado todos, aunque debo decir que si lo pensaron, no lo dijeron: nunca nadie me ha dicho nada. No es que crea que *a estas alturas* esa historia pueda importarle a alguien..., a menos que le importe a ella. Si hubiera tenido la duda, habría podido preguntar; pero, por supuesto, cuando uno da algo por

sentado, no vuelve a preocuparse. También puede ser que mi madre sea muy reservada.

—O a lo mejor aquello hirió sus sentimientos —dijo la prima Nettie.

—Puede que haya influido en su vida —aventuró Roderick, mirando con una sombra de severidad a la prima Nettie.

—Después de lo del salón de té con tu padre —continuó ella— me puse mucho más rara, y además el pobre Victor murió. No me sorprendería que nadie más lo supiera. Qué extraño.

—¿Y qué pasó con la enfermera?

—Me temo que era un poco ordinaria.

—Vale, pero ¿sigue viva?

—Yo no sé quién sigue vivo y quién no. ¿Y qué historia es cierta? A veces pienso que es una pena que haya historias. Tal vez podríamos haber sido felices tal como éramos.

—Supongo que a todo el mundo tiene que pasarle algo, prima Nettie.

—No, no veo por qué. A mí no me ha pasado nada: estoy aquí y ya: ya se acabaron las historias. Por eso llevo solo medio luto. —Pasó el dedo por el ribete negro hasta detenerse en el moño negro; luego preguntó sin levantar la mirada—: ¿Por qué me miras así?

Al tender automáticamente la taza para que le sirviera más té, Roderick debió de llamar la atención de la prima Nettie; en realidad, llevaba un rato mirándola solo a ella. Sus ojos no se habían apartado de la cara de aquella mujer, enmarcada por el cielo; la mujer había sido consciente de ello y, por mucha despreocupación que mostrara, había tenido su parte en la conversación. De hecho, si ella había mostrado algún desequilibrio real, había sido, sobre todo, al permanecer completamente impasible ante Roderick. Por su parte, Roderick no se preguntaba cómo burlar el silencio de la mujer, sino cómo ocultar que lo había burlado: de nada servía acusarla de ser una *malade imaginaire*, pues la prima Nettie, como le había dicho de manera tan contundente, había seguido el único rumbo posible. No había entrado en juego ni una pizca de histeria: al contrario, había sido una táctica. Hamlet se había salido con la suya. ¿Por qué no ella? Pero, según tenía entendido Roderick, Hamlet había despertado dudas; y, en cuanto a la prima Nettie, cualquiera que se acogiese voluntariamente a Wistaria Lodge no podía ser muy normal. Aunque, por otra parte, ¿qué era lo normal? Ella conservaba —en su decoro ante el muchacho, y en sus modales— la dignidad imperecedera de un mundo en el que era imposible decir: «¡Vamos, déjalo ya!». El hijo de Stella no habría podido ser tan directo, pero el de Victor estaba deseando llegar al fondo del asunto. El brillo de la razón, la extraña insinuación de cordura en la conversación de aquella tarde, volvía loco y al mismo tiempo seducía a Roderick.

Podía argumentarse que aquella mujer había elegido bien. En aquella habitación, se sentía cómo su existencia se condensaba en torno a ella en gotas destiladas; en el

interior, a este lado de la ventana cerrada, imperaba un silencio tal que el mundo probablemente nunca volvería a sentirlo, porque cuando la guerra terminara, habría otra cosa: taladros que horadarían la tierra, aviones que cruzarían el cielo, voces que hablarían cada vez más alto. El aire resonaría; el zumbido estival del bosque cesaría. Allí nada importunaba a aquella mujer, salvo la posibilidad de estar cerca de los demás. Sentada en el sofá, de espaldas a la nada, la prima Nettie estaba en el sitio ideal.

—De todos modos, prima Nettie —dijo Roderick—, también podría estar muy tranquila en Mount Morris. No es que le esté pidiendo que regrese —se apresuró a decir—. Lo único que digo es que consideraré la casa tan suya como mía.

—Considérala como quieras. ¡Es parte de la diversión! —La prima Nettie se reclinó en el sofá, dando el té por terminado al ignorarlo, y empezó a rebuscar entre las lanas de colores que tenía a su lado—. Mira —dijo, levantando una madeja—, ahora voy a bordar una rosa púrpura. ¿Qué te parece?

—No lo sé. Supongo que sería mejor el color rosa.

—Ah, pero no queda lana rosa, y *hay* rosas púrpuras. Nadie me cree, pero podría llevarte al sitio exacto del jardín y mostrarte el rosal. Solo hay uno; no es culpa mía si no hay otros en el mundo. Hay uno en Mount Morris: una antigua rosa persa, que solo florece durante una semana, y tan pronto florece, muere. Así que deberás buscarla en el momento apropiado.

—Me habría gustado hacerle preguntas sobre algunas otras cosas de Mount Morris.

La prima Nettie, inclinándose sobre la mesa, dio unos suaves golpecitos en el brazo del sillón de Roderick. Y dijo con la misma gentileza:

—Ya conoces el proverbio: dejemos que los perros sigan dormidos.

—Y sobre mi padre... En realidad —continuó en un tono más decidido—, yo nunca he estado allí.

—¿En serio? —observó ella, con una curiosa indiferencia, mientras enhebraba sin entusiasmo una aguja para bordar la rosa—. Pues vaya sorpresa que te vas a llevar. No será lo que te esperas.

—Probablemente nada lo sea. Pero algo será.

—Bueno, no habrá dificultad para que sea *algo*; siempre lo ha sido; precisamente ese ha sido siempre el problema. —Tras dar la primera puntada, volvió a clavar su penetrante mirada en el joven—. Por supuesto, hay que considerar que... eres un hombre. Así que quizá puedas seguir, seguir, seguir y no darte cuenta. Vi como eso casi le sucedía a un hombre, aunque no del todo. ¿Adivinas a quién me refiero? Francis. No llegó a lograrlo. Día tras día, para mí era como hundirse más y más en un pozo; al final, me sobrepasó. Pero ¿cómo podía decirlo? Ya sabes, no podía evitar ver cuál era el problema: lo que él quería era que yo fuera su mujer; intenté esto, aquello y lo de más allá, hasta que al final caí en una melancolía tan terrible que bastaba con pensar cualquier cosa para que también eso saliera mal. La naturaleza nos odiaba; era

una situación muy peligrosa para construir una casa. Una vez que los campos notaron que yo estaba con él, las cosechas empezaron a pudrirse; así que decidí no ir a ninguna parte salvo escaleras arriba y escaleras abajo, hasta dar con mi propio fantasma. Pero en el jardín nunca hubo nada que inspirara miedo; aunque supongo que ahora todo estará lleno de maleza.

—Mi madre, que acaba de volver de allí, no dijo eso. Por supuesto, no era época de flores... Le encantó el salón.

—A las visitas siempre les encantaba el salón. ¿Por qué te levantas, Roderick?

—Porque me temo que debo irme.

—No te he llamado Victor de milagro. ¿Te vas porque te he ofendido?

—No, y espero no haberla ofendido yo a usted. Es solo que tengo que coger el tren de regreso a Londres.

—Ah, un tren. ¿A Londres?

—Y luego tengo que continuar en otro tren... Bueno, prima Nettie —dijo, vacilando de pie junto al sofá—. Ánimo.

—Lamento decir que ahora estoy muy animada. ¿Has dicho que tu madre sigue viva?

—Sí, claro.

—Entonces dale recuerdos; solo el azar nos impidió conocernos. Adiós, Roderick. Espero que te haya gustado el té.

—Sí, gracias, fue excelente. Y lo he pasado muy bien. ¿Le gustaría que viniera de nuevo?

—Oh... Bueno, quizá algún día. Ya veremos.

Roderick se dio cuenta de que, ahora que le había recordado la existencia de otros lugares con su intención de volver, la prima Nettie no toleraría su presencia ni un minuto más. Roderick volvió la mirada desde el umbral: y desde la otra punta de la habitación la anciana le dirigió una mirada idéntica a la que le dedicó al principio: una mirada cómplice, llena de significado, con muchas historias que contar cuando alguien se hubiese ido. Habían vuelto al comienzo: era como si Roderick acabara de llegar. Cerró la puerta y bajó sigilosamente las escaleras: ningún amante habría salido de manera más discreta. Pasó por delante del salón sin cruzarse con la señora Tringsby, a quien no vio motivos para agradecerle nada.

Tras salir de la estrecha galería de columnas blancas, echó una última mirada atrás: le pareció que Wistaria Lodge se había debilitado y difuminado bajo el abrazo de la enredadera. Como contrapartida, el infranqueable muro que rodeaba la casa se levantaba aún a mayor altura. Roderick volvió a oír los pasos indecisos: un hombre con bufanda, que arrastraba un mazo de *croquet*, dobló la esquina de la casa y se quedó contemplando al visitante mientras el joven abría la verja que daba al mundo exterior.

Al insinuar a la prima Nettie que debía irse para coger un tren, Roderick había dicho la verdad solo en parte; en realidad, antes quería hacer otra visita. En el camino

desde la estación había localizado la iglesia, y volvió allí para buscar al primo Francis en el cementerio. Las indicaciones de su madre no eran muy claras; Roderick no tenía modo de encontrarlo. ¿Funcionaría el instinto? Parecía imposible que en aquel momento el anciano no hablara. Aún no podía haber lápida. Un olor a arcilla emanaba de las parcelas demasiado nuevas para ser la suya; ningún pájaro cantaba; aquí y allá se pudrían coronas de flores: él no tendría corona. No, una breve reverencia general bastaría ante quienes yacían allí... Un transeúnte se detuvo para observar por encima del muro al joven soldado sin sombrero que, en el crepúsculo de noviembre, deambulaba entre las tumbas.

Capítulo 12

—Eh, ¿madre?

—Cielo santo, ¡Roderick...! ¿Dónde estás?

—Parece como si estuvieras sin respiración...

—Lo siento. No es nada: es que acabo de llegar a casa... ¿Dónde estás?

—Te llamo desde una cabina; ya estoy volviendo.

—¿Volviendo? ¡Oh, no... No me digas que has ido! ¿No recibiste mi carta?

—Pues sí; pero ya lo tenía todo preparado. Y me alegro de haber ido; fue todo un éxito.

—¿Ah, sí? Espero que no hayas fastidiado a la señora Tringsby. Ya bastantes preocupaciones ha tenido con todos nosotros.

—Sí, me lo dijo. Lo importante es que tuve una conversación con la prima Nettie.

—¿Y cómo estaba? No sé si no tendría que haber hecho algo por ella. Sí, bueno, supongo que debería haber hecho algo.

—No, no hay ningún problema: todo está bien. Ni siquiera sabía que seguías viva. De todas maneras te envía recuerdos... Madre, me contó algo extraordinario...

—¿Qué?

—Bueno, no creo que sea el momento de hablar del asunto, sobre todo porque estoy en una cabina de la estación; pero quisiera hablar contigo de eso cuanto antes. Arroja una nueva luz sobre muchísimas cosas.

—Cariño, ten en cuenta que la pobrecilla está mal de la cabeza.

—Pues no; no lo creo.

—Oh, vamos, Roderick, no habrás hecho nada raro, ¿no? Te pedí que no hicieras nada. Ya bastante complicado es todo.

—¿Qué es lo complicado? No te oigo bien; viene un tren enorme.

—¡Todo!

—Pensándolo bien, no me sorprende. ¿Por qué nunca me contaste lo de la enfermera?

—¿Qué enfermera? ¿La de prima Nettie?

—No, no; ella no tiene. La de mi padre. Quiero decir, la enfermera que mi padre...

—No sé de qué hablas.

Silencio asombrado al otro lado del teléfono.

—Escúchame, Roderick, ¿no puedes venir?

—No. De hecho, en un minuto tengo que empezar a hacer la cola para coger el tren. Tienes que saber a qué enfermera me refiero.

—Ah, aquella... Sí, claro. Muy bien, ¿y qué?

—Bueno, eso arroja una luz muy distinta a...

—Oh, ¿así que es eso lo que te contó? No, no veo que eso explique nada. Seguro que la prima Nettie tiene mucho tiempo libre para sacar a relucir una historia tan vieja; yo no. Creí que habías ido a preguntarle sobre Mount Morris. Pero..., bien, sí, estoy de acuerdo, no es el tipo de cosas que puedan discutirse por teléfono.

—Sobre todo cuando hablo desde una estación. Pero *era* mi padre.

—Sí... Bueno, mira, iré a verte lo antes posible. ¿El domingo por la tarde...? Bien, entonces el domingo por la tarde.

—No querría preocuparte, madre.

—Lo entiendo, lo entiendo.

—Es solo que arroja una luz muy distinta...

—Sí, sí, Roderick..., sí.

—Bueno, me parece que tengo que ponerme en la fila para coger el tren. Nos vemos pronto. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Stella—. Sí, claro, nos vemos.

Tras colgar el auricular, Stella fue hasta el umbral que separaba las dos estancias.

—Era Roderick —le explicó a Harrison, quien, plantado en la alfombra de la otra habitación, esperaba para llevarla a cenar.

—Eso me había parecido. Espero que el muchacho no se haya metido en problemas.

—Como si ya no tuviéramos bastantes.

—Ja, ja... Pero..., no, mira, por ahora no necesariamente hay que llamarlos así.

—Llámalos como quieras.

—Nada más tenemos que hablar —sugirió Harrison, mirándola respetuosamente y de reojo.

—Sí, ¡ya lo sé, ya lo sé, ya lo sé!

Stella desapareció de nuevo, para buscar algo entre los cosméticos que había sobre el cristal del tocador. Se volvió a mirar con una punzada de dolor el teléfono de la mesita de noche, preguntándose en qué estado se habría subido Roderick al tren. «¡Mira que gastar dos peniques para preguntarme *eso!*», exclamó en voz alta.

—¿Perdón? —gritó Harrison jovialmente desde la sala.

—Nada.

Con un aspecto formal, pero sombrío, Stella se reunió con él en el salón; y luego bajó las escaleras delante de él: juntos descendieron casi a ciegas hasta la calle y continuaron andando durante un tiempo hasta que Stella, deteniéndose en seco, le preguntó *adónde* iban en un tono que apenas ocultaba su escasa disposición a ir a cualquier parte.

—Depende de cómo te sientas —respondió él.

—Últimamente siempre hablas de sentimientos.

—¿Qué? ¿Sí? ¿De verdad? —dijo, sorprendido.

—No tengo hambre.

—Es una pena. Hay un par de pequeños restaurantes a los que pensé que

podíamos ir.

—¿Ah, sí? —dijo Stella, con indiferente desconfianza.

—O simplemente... podríamos dar un paseo —sugirió Harrison.

—Yo diría que es lo que estamos haciendo. —Pero un par de pasos más adelante, se corrigió—: Disculpa el mal humor.

—Naturalmente, no te preocupes —dijo con ánimo condescendiente—. Aunque, ¿sabes?, me gustaría saber por qué te has puesto tan nerviosa.

—Bueno, de verdad...

—No, quiero decir..., justo ahora. —Harrison la cogió del codo, dispuesto a ayudarla a pasar una crisis como quien la ayudaría a cruzar la calle—. No sé..., ¿el muchacho ha hecho algo raro? ¿O no?

—¿Roderick? ¿Por qué? —dijo; pero a continuación optó por un nervioso torrente de palabras—. Ha pasado la tarde en Wistaria Lodge.

(Aquello era curioso, pensó Stella; resultaba muy curioso y extraño contarle a Harrison algo que él no sabía.)

—¿Qué?, ¿nuestro viejo amigo el manicomio? ¿Qué día aquel... cuando nos conocimos! ¿Ha ido a ver a la mujer de Frankie? Pero, bueno, ¿qué iba buscando allí?

—Por inconcebible que te resulte, no «buscaba» nada. No todo el mundo busca algo. Solo ha intentado ser amable, y cuando hace algo, lo hace con el alma, es un cabezota. O tal vez solo quería dejar las cosas claras, de acuerdo con sus ideas. ¿Cómo saber cuáles son las ideas de alguien hasta que no actúa de acuerdo con ellas? De todas formas, tienes razón al pensar que ha hecho algo; de hecho, por si lo quieres saber, si hubieras estado en su lugar no habrías averiguado nada. La prima Nettie se lo contó: dijo que yo había sido la parte inocente.

—Bueno, eso siempre es positivo, ¿no? —dijo Harrison inexpresivamente—. ¿La parte inocente de qué?

—Hace años —explicó ella con impaciencia—, cuando me divorcié. Lo sabes todo; tienes el expediente. Sí, me divorcié de Victor; oficialmente yo era inocente. Pero nadie lo vio así.

—Pero ¿lo eras de verdad?

—Bueno, sí. ¿Ahora qué más da?

—Sí, claro..., nada —dijo, como para tranquilizarla—. Nada. Pero si es así, ¿por qué te pones tan nerviosa?

—Por el hecho de que salga a la luz. La incomodidad, la estupidez. Revolverlo todo otra vez. Que Roderick me haya dicho tres veces que ahora las cosas se ven bajo otra luz. Yo no inventé la historia de mi culpabilidad, empezó sola. Y la dejé seguir. Yo siempre había sido una mujer llamativa, Victor era el discreto; yo había sido la ligera de cascos, Victor, el sensato; a la vista de todos, yo había sido la que lo estropeó todo, él era el paciente, el que nunca se quejaba. Nada era más sencillo que ver las cosas de aquella manera: en fin, que por razones poco virtuosas, yo le había pedido mi libertad, y que por mi propio bien Victor tuvo la delicadeza de no oponer

resistencia (en aquel entonces aún se hablaba de «manchas» en los juzgados de familia) y permitió el divorcio; todo un caballero. Pero en realidad, no fue así. En absoluto. Victor me dejó.

—Se volvería loco —dijo Harrison, con una convicción teñida de cierto alivio: allí, por lo menos, por lo menos, había algo a lo que agarrarse.

—En fin —dijo Stella—, así fue.

—Oh —dijo él, volviéndose de repente—. ¿Fue un golpe duro?

—Bueno, sí.

—¿Lo amabas?

—Él decía que no. Y decía que era el único que podía saberlo de verdad. Si yo imaginaba que lo amaba, dijo, eso era simplemente una prueba de que yo no tenía la menor idea de qué era el amor, ni de lo que podía ser; me dijo que sospechaba ese detalle desde hacía tiempo, ¿Ah, no? ¿No sé lo que es el amor?, le pregunté. Y él dijo que, desde luego, no. Le pregunté si él lo sabía y, si era así, cómo demonios lo sabía. Dijo que sí, que lo sabía, que lo habían amado y no lo olvidaba. Y entonces me contó la historia de la enfermera. Yo dije que si la enfermera siempre había estado presente en su vida, yo no tenía la culpa de nada, ¿no? Dijo que lo sentía pero que justamente esa era la cuestión: si yo, en algún momento, hubiera sido lo que él esperaba que yo fuera, él habría podido olvidarla. Se lo había propuesto y lo había intentado. En casi todos los sentidos, aquella mujer no era su tipo: era mayor que él, y su aspecto, nada especial. Victor había creído que dejaría de pensar en ella: se habían dicho adiós. Yo parecía la persona ideal para ser su esposa, y (eso me dio a entender sin decirlo) me puso a prueba. Por algún motivo, no la pasé. Casi cualquier otra esposa habría podido hacerle olvidar a la enfermera: por desgracia, mis defectos y yo habíamos tenido el efecto contrario. Lo perseguía el recuerdo de cómo se había sentido al ser amado. Dijo que lo lamentaba, pero que así eran las cosas... En el fondo, por supuesto, el problema era que conmigo se aburría... Era una pesada hablando continuamente de su pasado y repitiendo a cada paso «En aquel entonces yo era joven...». Pero era cierto: era joven. Me..., me quedé perpleja. Vacía.

—Eras casi una niña.

—No, ni siquiera eso, por desgracia. Era una inmadura, no tenía la menor confianza en mí misma como mujer, simplemente actuaba por desesperación. No me había encontrado a mí misma, en un momento en que (¡oh, qué tedioso era, qué poco importa ya!) era muy difícil encontrar cualquier cosa. Haberme casado con Victor, tener a Roderick, un hijo, como hacían las demás, me hizo pensar que tal vez había encontrado mi sitio. Luego pasó todo aquello..., así que, no, al parecer no.

Harrison, que había ido llevando a Stella hacia Regent Street, y unas cuantas calles más al este, la sujetó un poco por el codo para que aminorara la marcha, miró alrededor para orientarse y luego se encaminaron hacia el sur: ella dobló la esquina tras una indicación de Harrison. Con pasión, quizá para que no pareciese que su atención decaía, Harrison afirmó:

—¡Debió de ser un infierno!

—En realidad, hablo de humillación.

—¿De qué?

—De humillación. ¿Cómo crees que me sentí? Iba a estar en boca de todo el mundo. Ser la patética mujer abandonada, la víctima triste y aburrida, la «perjudicada»... Fue un día curioso cuando me vinieron con la otra historia, justo la contraria, la historia de que yo había abandonado a Victor. ¿Quién era yo para negarlo? ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Quién, a la edad que tenía yo, no preferiría quedar como un monstruo a parecer una tonta?

Sin saber qué contestar, Harrison interpretó prudentemente la pregunta como una cuestión retórica.

—No sé dónde empezó ni de dónde vino la historia —continuó Stella—. Puede que de la familia de Victor. Lo importante, para mí, era que nadie iba a contradecirla. La enfermera nunca se dejó ver; a Victor se lo tragó la tierra, y luego, como sabes, murió. No importó quién había inventado la historia: la hice mía, la adopté; más aún, se convirtió en mi historia y me aferré a ella. O, mejor dicho, primero me aferré a ella, luego fue adhiriéndose a mí: adoptó mi forma y yo la de ella. Durante muchos años prácticamente no he sabido dónde terminaba la Stella de esa historia y dónde empezaba yo, ni me ha importado. ¿A quién le importa? O, en todo caso, ¿a quién le importaba? Pero ahora mira lo que ha pasado.

—Aquí —apuntó Harrison—. Hemos llegado, creo.

—A Roderick se lo ha dicho...

—Espera medio minuto: aquí hay que bajar unos escalones.

Ella se detuvo. Harrison empujó una puerta con un letrero mortecino que decía abierto. En el interior, la luz subía por la escalera de piedra; una vez abajo, Harrison abrió otra puerta y la hizo pasar a un bar o restaurante que tenía el aspecto de no haber existido antes de esa noche. Stella observó una hilera de espaldas de comensales, sentados codo con codo, en la barra. Se detuvo en la espalda de una mujer: la cremallera de su vestido, que le recorría la espalda, le daba el aspecto de tener una columna de acero. En el moteado suelo de goma había una pálida hoja de lechuga. Un hombre vestido con traje de raya diplomática, que giraba la cabeza por encima del hombro, dejaba entrever un perfil lleno de polvo facial. Un perro, apoyado contra un taburete de la barra, se rascaba lentamente y, con cada convulsión metódica, hacía girar su collar, de manera que las tachuelas que habían estado bajo sus orejas fueron desapareciendo una a una, para ser reemplazadas por una placa de latón con un nombre que Stella no alcanzó a leer. Dondequiera que mirase, los detalles destacaban de manera asombrosa: notó la mueca tensa con la que un hombre, al llevar dos vasos llenos a una mesa, sostenía una colilla entre los labios. Todos los presentes revelaban, por alguna peculiaridad evidente, sus rasgos de ser humanos: a eso sin duda se debía la abrumadora sensación de estar en medio de una muchedumbre, porque, bien mirado, tampoco había tanta gente. Había algo fantástico

y mágico en la luz, más poderosa incluso de lo que sugerían los globos blancos y desnudos atornillados al bajo techo blanco. En aquel lugar no sobrevivían las sombras; todas habían sido apresadas y ejecutadas.

Tras colgar el sombrero en un perchero, Harrison volvió donde estaba Stella y la invitó a sentarse en una mesa pequeña, de las que había junto a la pared, cuyas superficies imitaban la malaquita. Comentó que aquel sitio siempre le había gustado y que, en cualquier caso, era tranquilo. Era cierto: no se oían ruidos de vajilla, y las bocas estaban tan ocupadas que apenas dejaban escapar más que silencio..., era como si los sonidos hubieran quedado aplastados por el resplandor. Como también, allí abajo, daba la impresión de haber algo más que la simple impresión de un calor sofocante; por mera sugestión, Stella se quitó el abrigo... sin ayuda de Harrison, que permaneció sumido en sus ideas y abstraído en su asiento.

—Bueno, ¿y entonces qué? —dijo al fin.

—¿Sobre qué?

Stella se pasó los dedos por los párpados.

—¿Comemos algo? ¿Carne fría y ensalada? ¿Pescado? Estoy seguro de que podrían prepararnos algo más elaborado.

—¿Tú qué comes? —preguntó Stella, mirando a Harrison con una curiosidad renovada.

Consciente de ello, Harrison se pasó la mano por la cabeza con un extraño gesto que uno no podría asegurar que fuera modestia o vanidad.

Harrison meditó la pregunta y dijo:

—Más o menos cualquier cosa que haya donde me encuentre, dependiendo hasta cierto punto del momento, claro. —Luego miró la garganta de Stella, a la altura de su colgante de perla, con cierta intensidad—. Pero esta noche, ya lo sabes, es una ocasión importante; al menos para mí.

—Tengo sed —dijo ella—. Me gustaría tomar una cerveza.

Poco después llegó todo lo necesario, incluyendo aquello que Harrison, en un aparte *sotto voce*, debía de haber considerado imprescindible y especial: langosta con mayonesa sobre una capa de vegetales cortados en juliana. Pusieron el plato, deslumbrante en su amarillo sintético, entre los cuchillos, los tenedores y las copas, como para que se cociera bajo la luz: Harrison lo observó detenidamente pero sin expresión.

—Bueno, listo —comentó—. ¿Qué me estabas diciendo?

—Creo que ya te lo había dicho todo.

—Al contrario; en absoluto. Entramos cuando llegabas al punto culminante.

—Este sitio es ideal para detectar mentiras —apuntó, buscando un tenedor bajo el plato—. ¿Vienes a menudo?

—No, vamos —protestó Harrison, mientras arrugaba la frente—. ¡Eso no es justo! Lo que me has contado me ha conmovido extraordinariamente. Y no es una historia que haya oído mucha gente, ¿estoy en lo cierto? Me parece que es otro

ejemplo de esto que hay entre tú y yo.

Stella se vio obligada a decir:

—Me temo que dio la casualidad de que yo estaba nerviosa y, por esas cosas de la vida, tú estabas presente.

—Aun así. El hecho de que yo estuviera presente ya es en sí mismo algo, ¿no? Allí, en tu apartamento, contigo. Después de todo, era yo quien estaba allí.

—Sí, pero también...

—¿También?

—La mesa se mueve —dijo ella.

—Perdón. A lo mejor soy yo, que me estoy apoyando mucho en ella. Me gustaría que me miraras.

—¿No te estoy mirando? —preguntó, levantando la vista en ese momento, con los párpados más abiertos de lo habitual, lo que le obligó a levantar las cejas. Recordando lo vergonzoso y repugnante que el ojo humano le parecía a Robert, en casi todos los casos, Stella miró las pupilas de Harrison con curiosidad, preguntándose si en ese momento, o si alguna vez en el futuro, la embargaría la sensación que experimentaba Robert. Por otra parte, habría podido ser el momento perfecto para determinar qué había de extraño, erróneo, estrábico, fuera de lo común en los ojos de Harrison. Pero no logró precisarlo. Así de cerca, Stella vio solo una expresión de apremio: el microcosmos de las pupilas, pequeñas condensaciones negras de un mundo demasiado interior para averiguar qué significaban, rodeadas de líneas rojas y marronáceas contra un iris verde y marronáceo que se oxidaba en los bordes. El blanco de sus ojos estaba surcado de venas; y el cansancio, quizá, enrojecía el interior de los párpados. Al examinar el comienzo de las pestañas —irregulares, ni cortas ni largas—, Stella sintió una especie de conmoción afectiva. Tal vez la existencia de esas pestañas era conmovedora. ¿O era conmovedora su común delicadeza? Vio que ni siquiera estaban chamuscadas en las puntas, pese a que siempre se acercaba la llama al encender los cigarrillos, descuidadamente. Las pestañas de los párpados inferiores eran escasas: aquí y allá faltaba alguna, y había algo ingenuo en la supervivencia de las demás. La observación apenas tuvo eco en su interior, como si todas las emociones se las transmitiera otra persona; sin embargo, aquello bastó para que Stella se mantuviera en guardia. Se puso rígida.

—Pero además —dijo—, la verdad es que no me importa lo que te digo. Tienes razón: casi nadie ha oído esa historia. Para ser exactos, nadie que me importe la conoce; ni siquiera Robert, por si te interesa saberlo. Para empezar, me daría vergüenza contarle que en un momento de mi vida me importó la reputación, aunque de eso haga mucho tiempo. Puede que haya otras razones; en todo caso, las desconozco. Y hasta ahora ni siquiera Roderick tenía idea..., de ahí la conversación de esta noche. Entre tú y yo todo ha sido imposible desde un comienzo; así que me da la impresión de que cuanto más indecorosa sea mi historia, mejor. Hay una cara oculta de mí misma que siempre he odiado y que tú casi haces que me guste: tú y yo

no hemos tenido más que conversaciones imposibles: y nada, salvo esas conversaciones, es posible entre tú y yo. Pero, cuando te hablo como a veces lo hago, como esta noche, de ninguna manera deberías... —dijo ella, apartando la mirada para echar un vistazo a la sala— sentirte halagado.

Se hizo un breve silencio.

—De acuerdo —dijo Harrison en voz baja. Y añadió—: ¿No te gusta la langosta?

—Oh, sí —dijo Stella con desconfianza—, me gusta. Enrolló unas tiras de lechuga con el tenedor, las comió, y luego continuó, con una alegre voz—: Supongo que *ahora* me va a resultar muy difícil decir nada.

—No necesariamente.

—Pero entenderás el lío que ha causado lo que dijo Nettie Morris contándole todo eso a Roderick..., ¿y quién lo habría pensado de *ella*? ¿Sueles ir al teatro?

—Bueno, he ido alguna vez.

—Entonces has visto que en las obras de teatro, cuando un muchacho descubre la culpa de su madre...

—Ah, pero a ver, ¡espera un momento, para...! En este caso es exactamente al revés: *tu* hijo debería sentirse aliviado... Desde luego —añadió Harrison, escrutando la uña corta e impoluta de su pulgar derecho—, podría haberte preguntado qué se te pasó por la cabeza, en aquel entonces, para que echaras tu reputación por la borda.

—¿Y eso qué importancia tendría? —dijo ella—. Mis dos hermanos están muertos.

—No, no te lo estoy preguntando yo.

—Espero que no, porque creo habértelo dicho. Ah —exclamó—, ¡dudo de que existan secretos inocentes! Todo lo que se oculta, todo lo que se entierra, al final se pudre. Solo la luz del día conserva inocente la inocencia. Para empezar, una verdad es una verdad, y no tiene una naturaleza particular, ni buena ni mala. Pero ¿cómo no se va a pudrir una verdad cuando se la entierra? Desempolvada después de años y puesta sobre el tapete, es inconveniente, molesta... Alejada del mundo durante tanto tiempo, ya no hay sitio para ella en la vida. Desenterrar la verdad de otra persona me parece de una maldad absoluta; desenterrar la propia, una locura. Nunca lo haría. —Stella miró uno de los globos brillantes, parpadeó y dijo—: Tampoco le voy a caer mejor a Roderick por eso. Creció creyendo lo que supuestamente yo había hecho; en cierta manera, convirtió a la persona que creía culpable en una persona amada. Ha crecido defendiéndome, a veces quizá en contra de lo que pensaba. Ahora apenas sabrá quién soy.

—Lo que debería pensar es que fuiste tú quien salió perdiendo. Lo sentirá aún más por ti —dijo Harrison, con cierto aire esperanzador.

—Pero, cielo santo... —protestó Stella, y luego se quedó callada, mientras miraba a Harrison con una desesperación contenida y pensativa—. ¿Sabes por qué no quise decírselo? Después de tener tanta importancia, todo ese asunto importó muy poco. No, no, no... Yo actué en beneficio propio —dijo, echándose atrás y

garabateando con el dedo un dibujo confuso sobre la mesa—. Solo conseguí que Roderick lo pasara muy mal... para nada.

—Le permitiste que pensara que su padre era un buen tipo.

—No sé... Simplemente lo dejé correr. Pero ¿de qué sirvió? Es muy posible que ahora Roderick se pase al otro extremo y piense que Victor era un canalla; lo cual tampoco es cierto. Fuera como fuera, Victor era su padre, como por cierto dijo Roderick cuando me llamó esta noche. Eso es lo importante: eso es lo inevitable. Pero... ¿yo? Yo he privado a Roderick de todo lo normal: una madre ligeramente trastornada. ¿Y ahora quién puede ser normal? Es demasiado tarde. Los años de normalidad han pasado.

Harrison la miró de reojo, calculando la posibilidad de hacer un comentario.

—¿Y bien? —dijo Stella.

—Nunca..., ¿nunca te ha comentado nada de tu relación con Robert?

—No —contestó Stella. Cuando lo hizo adoptó un aire despreciativo y distante.

—Así que —apuntó Harrison—, en líneas generales, las cosas no han salido del todo mal. Si el muchacho se hubiese hecho más ilusiones quizá te habría causado más problemas.

—Sí, entiendo lo que quieres decir... —Stella hizo una pausa—. Roderick no se tomaría ahora mi modo de vida con tanta calma si, desde el principio, no hubiera pensado que tenía una madre *capable de tout*. Eso es totalmente cierto —asintió Stella, con la afabilidad propia del extremo desprecio.

Era obvio que a Harrison le dolió el modo en que lo dijo.

—¿Sugieres —continuó Stella— que hay cierta ventaja en que mi hijo sintiera que yo no tenía nada que perder?

—No, mira, las cosas...

—La verdad, no podremos hablar si te pones tan susceptible.

—Tendremos que hablar de todos modos —dijo Harrison—. Ya te lo dije, ¿te acuerdas?, cuando te cité por teléfono para esta noche. Luego, bueno, ha surgido esto otro. Y, si me permites, no puedo decir que lo lamente; en cierto sentido, nos ha acercado un poco. ¿Crees que no debo decir eso? En ese caso digamos que ha favorecido cierta confianza.

—Casi olvido que no estábamos aquí por placer.

—Sabiendo lo que siento, decir eso es cruel.

Sin embargo, Harrison se volvió con cierto aplomo para pedir más cerveza y el siguiente plato. Se llevaron los abundantes restos de langosta y limpiaron diligentemente, de la superficie oscura de la mesa, las migajas de coral, las briznas de las verduras y unas gotas amarillas y transparentes de cerveza; luego aparecieron dos porciones dobles de pastel de frutas.

—Aunque también, claro... —dijo Harrison, perdiendo la confianza por segunda vez esa noche—, la crema de queso galés con pan tostado no está nada mal aquí... En fin, ¿crees que así está bien? Bueno, en ese caso..., de acuerdo —indicó Harrison al

joven camarero de chaqueta blanca, cuyas enrojecidas manos de inexperto revoloteaban sobre aquella mesa que no había dejado de vigilar, como si estuviera cronometrando lo que ocurría en ella.

—Sí —continuó Harrison cuando se quedaron solos de nuevo—, para mí esta es una ocasión importante, aunque *deba* regañarte.

—Oh —dijo ella, petrificada ante aquella amenaza—. ¿Por qué?

—Has hecho lo que te dije que no hicieras.

—No sé a qué te refieres.

—Seguro que si te esfuerzas lo averiguas. Sí, te has portado muy mal.

—¿Ah, sí?

—Sí, ya lo creo. Además —dijo Harrison, en su tono más delicado—, te has precipitado. Un día nos vas a meter en problemas. No te hagas la desentendida: sabes muy bien lo que hiciste.

Stella estaba ocupada escarbando en la tarta con el tenedor.

—Como sabemos, tenemos un amigo en común.

—Si te refieres a Robert —le espetó Stella—, él no te conoce.

—Ah, ¿eso dice? —preguntó Harrison, mirándola dos veces consecutivas—. Entonces ahora sabemos dónde estamos. ¿Así que decidiste arriesgarte y advertir a Robert?

—No —dijo ella, con voz firme—, nada de eso. Tú esperabas que me tomara lo que me dijiste mucho más seriamente de lo que lo hice, en su momento, y desde luego más seriamente de lo que podría hacerlo ahora. Pero, desde luego, le pregunté si te conocía: ¿vamos a andarnos con rodeos en ese punto?

—De acuerdo —dijo Harrison, imperturbable—. Tomémonos las cosas con calma. De manera que él dijo que nunca me había visto, ¿no? (Bueno, no es improbable: yo no sería muy bueno en mi trabajo si él se hubiera dado cuenta.) Y, entonces, tú consideraste que ahí acababa todo.

—Si te refieres a si volví a pensar en ello, francamente, no: no volví a pensar en eso.

—*Francamente* —replicó Harrison—, no estamos siendo especialmente francos, ¿no te parece? Porque yo diría que prácticamente no has pensado en otra cosa. Si no, ¿por qué no me mandas al diablo?

—Sí, ¿por qué? —dijo ella con atrevimiento—. A lo mejor empiezas a interesarme, como dices.

Harrison oyó aquello sin inmutarse. Luego preguntó:

—¿Sabes que no eres tan lista como yo creía?

—¿Ah, no?

—No. Al principio, cuando te dije que si le dabas el chivatazo yo lo sabría, tendrías que habértelo pensado. Intenta pensarlo ahora. No solo sé que lo has hecho, sino que hasta podría decirte cuándo. Podría decirte el día, o, más bien, la noche.

—¿Qué te hace pensar que puedes decirme el día o la noche concretos...?

—Porque al día siguiente Robert cambió de rutina. Dejó de ir a los lugares de siempre, dejó de frecuentar a varios amigos. Se comportó, de hecho, tal y como te dije que lo haría en cuanto supiese que le estaban pisando los talones. Todo eso no ha pasado desapercibido —dijo Harrison, jugueteando con un cigarrillo, pero sin encenderlo—. ¿Para qué crees que estoy yo?

Stella abrió su bolso y se empolvó la cara: no se pintó los labios para no correr el riesgo de que le temblara el pulso. Antes de guardar el espejo se estudió las cejas y las alisó con la yema del meñique.

—¿Y entonces...? —preguntó, como si estuviera pensando en otra cosa; pero hubo un cierto desánimo en su tono, como si no hubiera logrado infundirle verdad a su pregunta.

—Entonces... —respondió él—. ¿Qué más quieres? Si querías pruebas, supongo que ahí la tienes. Pero, si prefieres, haz memoria. Meses atrás, cuando te hablé de este asunto por primera vez, te lo puse muy claro: si le dabas el chivatazo, yo me enteraría. ¿Cómo?, me preguntaste. Y yo te dije que él se pondría en evidencia. Eso es lo que ha hecho y es lo que he venido a decirte esta noche. Así que ahora ya sabes cómo sé que has hablado. Y tú sabes que sé que se lo contaste.

—¿Cuándo se lo conté?

—La noche que regresaste de Irlanda.

Ella miró a su alrededor. Había entrado más gente, pero no parecía que hubiese salido nadie; una nueva fila de comensales estaba sentada a la barra; el perro, arrastrando su correa, olisqueaba el suelo de un lado a otro. El espacio que separaba la barra de las mesas estaba repleto de personas de pie, que sujetaban copas y se miraban unas a otras (o eso le pareció a ella) con un calculado asombro. Tuvo la impresión de que entre aquella gente se estaban difundiendo como explosiones sordas, y sin que parpadeasen las luces ni hubiese conmoción alguna, ciertas noticias que ella ignoraba. Tal vez bastaba y sobraba con que todos vieran al resto en una proximidad espantosa. Ni elegantes ni desaliñados, ni ebrios ni sobrios, ni salvados ni condenados: eran extras por naturaleza, si acaso demasiado numerosos. Pero a nadie lo contrataban para actuar gratis, por pequeño que fuese el papel. Stella se preguntó cuál sería el aliciente de aquellas personas, aquella noche: de vez en cuando alguien se acercaba a echar un vistazo a su alrededor, como inseguro de que el aliciente no fuese a desvanecerse. ¿Era posible que fuera a producirse una entrada estelar? ¿Y si entraba Robert?

—No veo a nadie conocido —dijo ella—. ¿Por qué está aquí toda esta gente?

Sorprendido, Harrison los miró por encima.

—Son los de siempre.

—¿Sabrías si alguno de ellos no lo es?

Harrison, un tanto incómodo, dijo que tal vez sí, tal vez no: era obvio que, a esas alturas, esperaba que ella pusiera algo más de su parte. En su esfuerzo denodado por llegar a un acuerdo, no había previsto que aquella conversación acabara de ese modo,

y se le notaba en su expresión vacua, tensa y nerviosa. Como si quisiera simbolizar una especie de sincero armisticio pacífico, había encendido un cigarrillo; pero lo fumaba a disgusto, sacudiendo la ceniza más rápido de lo que se formaba (un poco cayó sobre la parte melosa de la tarta).

Vaya noche, pensó Stella con un gesto de frivolidad, vaya noche de tirar el dinero, entre otras cosas. Entrecerrando los ojos, volvió a escudriñar los movimientos de la gente.

—Veo a una chica —dijo— que tiene las costuras de las medias torcidas. ¿Siempre es así?

Al oír esas palabras, o al sentir su vibración, pues era imposible que llegaran al otro lado de la sala, Louie se giró en su taburete. Agarrada con una mano a la barra del mostrador, se inclinó hacia atrás para mirar la mesa de Harrison como si allí aquello tuviese algún sentido para ella; y, tal como se reveló enseguida, lo tenía. Se le iluminó el rostro; se sonrojó de entusiasmo. Saludó con un gesto y, aunque perdió algo de aplomo, continuó mirando. Harrison no la vio.

—¡Ah, pero si la chica a la que me refería es amiga tuya! —exclamó Stella con aquella voz frívola y un poco aguda que había utilizado en los últimos minutos. Se encontraba a una distancia prudente de su propia alma—. Al menos mírala —le dijo a Harrison.

Él lo hizo a disgusto. Muy agradecida, Louie reiteró el saludo; y él, más que asentir con la cabeza, contrajo con una sacudida los músculos del cuello, para apartar la vista al instante.

—Oh, vamos... —dijo Stella—, ¡seguro que lo puedes hacer mejor!

—No tengo tiempo —dijo él—. Ni tú tampoco. Tú... tú nos has puesto a todos en un buen aprieto, ya lo creo. Tal y como están las cosas, ¿cuánto tiempo crees que voy a aguantar? ¿Qué esperas que haga ahora?

—Eso mismo me estaba preguntando.

—La cuestión es qué *puedo* hacer. Gracias a ti, nuestro amigo prácticamente se ha delatado. Te dije que la única razón para dejarlo en paz era la posibilidad de que nos condujera a algo más importante. Ahora que está sobre aviso ya no hay manera. Durante todo este tiempo Robert ha supuesto un coste considerable: ahora, la única posibilidad de dejarlo libre se ha esfumado. Ya no hay razón para que las cosas no sigan su curso. Y yo soy el responsable de dar esa información.

—¿Y lo harás?

—Tengo que pensar en mí... Y, por supuesto, en el país.

—Entiendo. Hasta ahora, ¿quién más está al tanto de esto?

Sin duda esa era la pregunta que Harrison había estado esperando.

—A día de hoy, en total..., de toda la gente posible, solo lo sé yo. Tiene que pasar a mis superiores...

—Aun así... —De repente Stella lo miró a los ojos—. Entiendo. No me lo estarías contando si ya hubieras enviado el informe.

—¡Largo de aquí! —le gritó Harrison al perro.

Al rascarse pacientemente contra una pata de la mesa, el perro había distraído la atención de Stella: el animal le ofreció el hocico, rogándole que le permitiera ponerse a las órdenes de alguien. Había algo umbilical en aquella correa que iba arrastrando. Rodeando la mesa, Harrison empujó al perro con el pie: un temblor masoquista corrió por su columna vertebral pero permaneció firme, después de acomodar la cabeza en el regazo de Stella. Ella apoyó la mano en el collar y contó las tachuelas con las puntas de los dedos, como si leyera *braille*.

—No le está haciendo daño a nadie —dijo.

—Te molesta.

—No, solo me aburre. No muerde; ojalá... ¿De qué estábamos hablando?

—Sabes perfectamente de qué estábamos hablando. Lo sabes muy bien.

—Sí, sé lo que vas a decir. Que gracias a mi metedura de pata es el momento de cerrar el asunto. Y que ahora, en fin, todo depende de mí. Que puedo comprarle a Robert un poco de tiempo o... ¿O?

Se interrumpió porque, como un rapidísimo movimiento, Harrison le había cogido la mano. Ella sospechó durante un instante que, ofendido e insultado más de la cuenta, estaba a punto de golpearla. Luego comprendió qué había ocurrido, qué ocurría: la chica de las medias se estaba acercando a la mesa.

—Disculpen —dijo Louie, casi jadeando—. Solo he venido a por mi perro. —Se inclinó y chasqueó los dedos—. Vamos, ven aquí, *Spot*. ¡Chico malo! ¡No molestes a la gente!

Stella, que recordaba claramente al perro rascándose antes de que entrara Louie, la miró sorprendida. Todo en Louie era desastrado, ordinario, chillón, agresivo: toda ella daba una impresión de medias torcidas. Aquella noche había descartado el atuendo de camarada y estaba más o menos elegante —aunque no tan elegante como ella creía— con un conjunto burdeos de dos piezas; llevaba un bolso colgando del codo, y en una mano apretaba un par de guantes finos. Se había recogido el pelo de crin equina con una pinza. Sus labios grandes, abiertos, aparecían pálidos en el interior de un borde encostrado de cosméticos; bajo aquella luz deslumbrante, sus ojos, dilatados por la osadía y temerosos ante lo que estaba haciendo, se veían pálidos en su cara colorada.

—Hace muchísimo que no le veo por nuestro parque —le dijo a Harrison con un atrevimiento eléctrico.

—No me sorprende —dijo Harrison, mientras recogía la punta de la correa y se la daba a ella—. No voy nunca.

—Bueno, cuando nos vimos sí que estaba allí... ¡Es increíble vernos aquí! Perdón por la interrupción... Ha sido por el perro. ¡Spot! —dijo, vacilante—, ¡malo! No molestes a la gente...

—No interrumpe nada —dijo Stella, dedicando una mirada agradecida a Louie, quien, de pie junto a la mesa, cambiaba ingenuamente el peso de una pierna a la otra

—. ¿Por qué le ha puesto al perro *Spot*? No tiene ni una mancha.

Se notó que Louie pensaba deprisa.

—En realidad... ¡es el perro de una amiga!, y se lo estoy cuidando —dijo, tirando con desgana de la correa—. Se está bien aquí, ¿no? —añadió, mientras miraba a la gente que llenaba la sala y de nuevo volvía a Stella: observó a Stella detenidamente y su descaro se difuminó—. No me asombra que venga todo tipo de gente.

—Bueno, usted sí viene. ¿A menudo?

—No, casi nunca. Es gracioso que me encuentre aquí esta noche, porque creo que me he equivocado de sitio. Quiero decir, tenía una cita..., pero ahora me parece que debe de ser en otra parte. Me dijeron que siguiera toda la calle y que luego bajara unas escaleras y que no podía perderme, pero es asombroso lo fácil que puede perderse una. Si no es aquí..., no tengo idea dónde querían que fuera: todos los locales tienen nombres, pero lo único que se lee es «abierto». Así que pensé que esperaría una hora, por si se habían equivocado al darme la dirección. Y así, mientras tanto, comía algo. Si no fuera porque mi amiga me dice que siempre quedo como una tonta, me iría derecha a casa.

—Eso será lo mejor —interrumpió Harrison, que durante toda la perorata había estado tamborileando con los dedos en el borde de la mesa—; lo mejor sería que te largaras a casa. Si andas por aquí solo te meterás en líos. Y, por favor, llévese ese perro por donde vino.

—Ah, vaya, mire, el pobre se ha encariñado con usted, ¿no? Siempre dicen que los perros conocen a las personas. Pero yo ya me tengo que ir.

—¡No, no se vaya! —protestó Stella, reprimiendo la intención de coger a Louie del brazo—. ¿Por qué no se sienta con nosotros... un minuto?

—Ah, no sé si debo —titubeó Louie tras mirar de reojo a Harrison.

—Será solo un minuto...

—No, no creo que deba... —Cogió una silla vacía de la mesa de al lado, le dio la vuelta y se sentó. Su mirada iba de Stella a Harrison—. Para empezar, estaban ustedes hablando.

—Solo estábamos tomando una decisión —dijo Stella, poniéndose pálida como la muerte al oír sus propias palabras.

—Aun así, hasta eso lleva tiempo.

La crisis anónima de aquella mesa no le pareció a Louie más rara que la de cualquier otra. Se cruzó de piernas, se cubrió una rodilla con la falda y alisó la tela con la palma de la mano. Allí estaba, sentada, como un retrato: ¿a quién le correspondía hacer el siguiente comentario? Miró al perro y, ladeando la cabeza, leyó en el collar la dirección del dueño: luego se dio cuenta de que tendría que haber pensado en ello, y se sintió un poco tonta. Sin embargo, una tenía que hacer algo o nunca pasaba nada; y a pesar de los malos modales de Harrison, ninguno de los dos había vuelto a mirar al perro.

—Me encantaría saber cómo se llama este sitio —dijo al final—, porque tienen

un montón de cosas para picar.

—¡No tengo ni la menor idea de dónde estamos! —exclamó Stella, que parecía haber regresado a la vida—. ¿Dónde estamos? —le preguntó a Harrison, que no contestó—. Pero no importa... —continuó con voz rápida y alegre, dirigiéndose a Louie—, hábleme de usted. Ya ve que nadie va a presentarnos —y dejó escapar una risa con tanta indiferencia como si Harrison fuera una figura embalsamada—, así que dígame su nombre y yo le diré el mío. Soy la señora Rodney.

Louie era parlanchina cuando improvisaba; ahora que le preguntaban, se lo pensó, y tras un silencio en el que pareció reprimir una duda, confesó por fin:

—Soy la señora Lewis.

—¿Ah, sí? —dijo Stella, de nuevo sorprendida, hasta el punto de procurar confirmar la aseveración mediante una sutil mirada al dedo anular de Louie.

—Sí —dijo Louie, asintiendo con más decisión—, pero ya sabe cómo es todo. Mi marido debería ser electricista, pero lo han enviado a la India. O, al menos —corrigió, apartándose de Harrison—, eso parece: hay que tener cuidado con lo que se dice. Bueno, dondequiera que esté, lo cierto es que a veces me siento sola. En fin, como suele decirse, las mujeres estamos en el mismo barco.

—Ah, yo no. Mi marido está muerto.

Louie se estremeció:

—No me diga que lo han matado...

—No, simplemente se murió. Y fue hace años.

—De todas formas...

Después de darle algunas vueltas a aquella conversación, Louie fijó la vista en Harrison, evaluándolo de nuevo, de cabo a rabo, y a una nueva y seguramente importante luz. Le pareció que con Stella no lo estaba haciendo bien. Desconcertada por las miradas de Harrison, intentó ser amable:

—Es increíble que se acuerde usted de mí —dijo—. Después de vernos solo una vez. Pero recuerdo que me dijo que casi nunca olvida una cara. Con todas las que hay, debe de tener la cabeza hecha un lío de mil demonios.

—Tiene razón —dijo Stella—. Su cabeza es un lío de mil demonios. —Al oír esas palabras, Harrison le clavó la mirada con una expresión equívoca o atormentada, pero Stella ya le estaba diciendo a Louie—: Pero, entonces, ¿ustedes no son amigos?

—¡Bueno!, ¡ni siquiera sé su nombre! Solo nos pusimos a hablar en el parque, durante un concierto. Son conciertos informales, al aire libre. Allí va todo tipo de gente. Música clásica, aunque creo que la banda le pone mucho entusiasmo al tocar ahí en el jardín. Ah, ¡lo peor son los mosquitos, claro! Y luego, que antes de que una se dé cuenta, ya ha caído la noche. Por supuesto, ahora en el invierno ya no habrá nada, y es una lástima; en Londres no hay nada en invierno... ¡Y él estaba allí muy pensativo! —añadió, mientras la cara se le iluminaba al hacer memoria—. No se me olvidará nunca —añadió, y pareció esperar a que Harrison entrara en la conversación y contara la historia; pero no lo hizo, así que Louie continuó sin ayuda—: Casi me

dio la risa: se golpeaba una mano con la otra. No he visto a nadie esforzarse tanto pensando. Y ahí estaba yo, en una silla, con otra silla vacía al lado, y él un poco más allá. No hace falta decir que era domingo.

—¿Fue el día que estuviste escuchando la banda? —le preguntó Stella a Harrison.

—¿No fue a la cita que tenía con usted? —dijo Louie, con el rostro iluminado—
Ahora lo entiendo todo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Bueno, eso lo explica todo, porque llegué a pensar que podía ser uno de esos sinvergüenzas... Así que ahora le pido perdón. —Hizo una pausa para que Harrison pudiera decir algo, pero no hubo respuesta—. Aunque no es que yo suela calificar así a las personas —le contó a Stella, un poco obligada a dar explicaciones—: una conoce a tanta gente... No, no..., lo que me llamó la atención fue algo que dijo y que no se oye a menudo. Me miró con suspicacia y me dijo: «Vaya usted a saber: *a lo mejor yo soy raro*».

Más satisfecha que nunca de sus palabras, Louie observó el efecto que producían en Stella.

Pero no bastaba con Stella. Tirando de la correa del perro con gesto nervioso, Louie se volvió hacia Harrison:

—Sí, eso dijo. ¿Se acuerda? Dijo que a lo mejor usted era raro. Se dio cuenta de que yo no era una chica londinense.

—De lo que me di cuenta, entonces y ahora —contestó Harrison—, es de que es una latosa. Y tenga cuidado..., que está ahorcando a ese pobre animal. —Harrison miró a Stella y dijo—: En cuanto a ti, ¿estás mal de la cabeza? ¿Crees que tenemos toda la noche?

—Sí, creí que sí —contestó ella.

La serenidad de aquella tensa conversación caló lentamente en Louie. Dejó que la correa se estirara cuan larga era, mientras miraba al perro con conmiseración. Pero de repente le dio un empujón de advertencia con el pie, como para advertirle que sería más seguro que se mantuviera bien alejado.

—¡No! —gritó de repente Louie—. ¡Cómo se atreve!

Los otros dos, sorprendidos, observaron a Louie, arrebatada de furia, arrastrar la silla hacia atrás. Haciendo gala de algo parecido al respeto, esperaron a que ella continuara o diera una explicación. Lo hizo:

—¡Ah, me asombra que se vaya usted con él! No me extraña que no quiera quedarse sola con él si puede evitarlo. La gente tiene que llevarse bien, para eso está la guerra, ¿no? ¡Yo solo me he acercado por este pobre perro!

—Lo lamento —dijo Stella, agachándose para recoger los guantes finos de Louie, que habían caído al suelo: tras estirar los dedos arrugados, se detuvo a mirar con remordimiento el diseño rosado del dorso. Se los devolvió a la chica, diciendo—: No haga caso de sus modales.

—¿Usted no le hace caso?

—Una no siempre puede elegir.

—Yo diría que usted podría escoger cualquier cosa mejor —dijo Louie sin energía: tras soltar la correa, intentaba ponerse un guante—. Aunque tampoco tendría que hacerme caso a mí —tuvo que añadir—, porque siempre estoy molestando: eso es lo que me dicen. Borraron mi casa del mapa, ¿sabe?, así que si alguien me persigue, de repente no sé para dónde correr. Perdóneme si he dicho algo malo: es que pensé que estábamos hablando como amigos..., aparte de que él prefiriera no verme aquí, claro. ¿Cómo iba a imaginar que él perdería así los estribos?

—No lo culpe —dijo Stella—. Es todo por mi culpa. Él también tiene problemas. Le estoy diciendo que tienes problemas —advirtió a Harrison, para dirigirse de nuevo a Louie—: Nada sale como uno espera, y hay que saber sobrellevar esa amargura. Usted y yo no sabemos hacerlo. Esta velada iba a ser una celebración, la primera de muchas. Puede que aún sea la primera de muchas, pero no sé de qué servirán. La verdad es la siguiente —dijo, mirando a su alrededor, y a todos los que se miraban angustiados, unos a otros—. Él no lo soporta; esperemos que lo olvide, sí, esperemos; es lo menos que podemos hacer; los tres somos humanos. En cualquier momento puede llegarnos la hora; acaso usted y yo aprendamos la terrible lección humana de destruir todo lo que pensábamos que teníamos. Hay que vivir preparados para eso, no para la muerte. ¿Qué vamos a hacer? —le dijo a Harrison—. ¿Qué sería lo menos imposible, a tu entender? ¿Adónde vamos ahora?

Sobrepasada por aquel discurso incomprensible, Louie miró sucesivamente al hombre y a la mujer, se removió en su silla como si estuviera atada, se liberó y se puso de pie.

—Tengo que volver a casa.

—Pero dijo que su casa...

—Tengo que volver a donde vivo. Dígale que es tal como usted decía —dijo—. A veces hay que irse volando.

—Dele las buenas noches.

—¿Yo? Ni siquiera sé su nombre.

—Harrison. Y felicítame antes de irse —dijo Stella, con la mano en el brazo de Louie—. Creo que tengo buenas noticias.

—¿En serio?

Stella asintió:

—Un amigo está fuera de peligro.

Harrison descruzó los brazos, en los que había apoyado todo su peso, y dejó que la mesa recuperara el equilibrio, tambaleándose con un ruido sordo y un tintineo de cubertería. Él cambiaba de posición, al parecer, solo para mitigar el escozor de ojos, producido por el humo que emanaba de un cenicero lleno de colillas. Se frotó el ojo izquierdo con el dedo y levantó varias veces las cejas.

—¿Por qué no salen juntas? —dijo Harrison, mirándose el dedo luego cuando terminó de hablar—. ¿Oyen lo que les digo? —preguntó en voz más alta y menos

ausente—. Les convendría ir saliendo a las dos.

Stella, pálida y estupefacta, tocó una cuchara que estaba sobre un platillo. Al final dijo:

—Pero...

—Bueno, ¿qué?

Stella miró a Louie, como si tuviera algo que decir.

—Pero ninguna sabe dónde estamos.

—Al salir, tras subir las escaleras, doblad a la derecha; seguid calle arriba; en la primera esquina, girad a la izquierda; y seguid derecho. Alguna de las dos se dará cuenta cuando estéis en Regent Street.

—Y además, no sé dónde vive ella.

—A lo mejor ella sí.

Harrison se levantó y movió la mesa; Stella, obligada por el empujón, también se levantó.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Qué has decidido? ¿Qué vas a hacer ahora?

—Pagar la cuenta. ¿Crees que se paga sola?

Capítulo 13

—Tendría que haberlo imaginado —dijo Connie—. Y con los esfuerzos que hizo mi amigo para conseguirte alguien para ti. Lo tuvimos encima toda la noche.

—De todos modos, has vuelto temprano.

—¿Y qué te creías? No, en serio, permíteme que te diga que es la última vez que me ocupo de ti. Anda, tú sigue haciendo como siempre.

—No es eso, Connie... —dijo Louie, dejándose caer como un lenguado en la cama, sin zapatos—. Ay, ¡mis pies!

—¡Por andar con esos zapatos ridículos! —la regañó Connie.

—De acuerdo, soy una ridícula; vamos, dilo. De todas formas, es una pena que no vinieras donde estuve yo, aunque yo no fuese donde me habías dicho. Había un montón de cosas para picar. Y además...

—Así que donde estabas había de todo para picar... Y además, ¿qué?

—Me metí en medio de un drama.

—Oh, bastante drama he tenido yo por una noche, gracias —replicó Connie, con un bostezo. De pie, en ropa interior delante de la estufa de gas, en el salón de Louie, hizo equilibrios mientras se quitaba primero un calcetín y luego el otro—. Y escúchame, si quieres que duerma contigo en tu cama, métete primero y caliéntala. No veo por qué tengo que ser yo la que pase frío.

—Eres muy amable, Connie.

—Bueno, mejor eso que subir dos plantas desnuda. A mí me da lo mismo, aunque, eso sí, no estoy segura de que esto sea muy sano. ¿Has puesto el despertador?

—No sonó esta mañana.

—No me extrañaría que no le hubieras dado cuerda. Pásamelo para que le eche un vistazo.

Connie sacudió el despertador con ganas.

—Bueno, ¿qué me estabas diciendo? —añadió—. ¿Un drama? Si vas a contarme que te metiste en una pelea, guárdatelo. Ya he tenido bastante de eso. Mejor, dime, ¿por qué has tardado tanto en volver?

Louie, que entonces se estaba poniendo un camisón por la cabeza, le explicó con una voz ahogada:

—Vine andando.

—¿Y por qué has hecho eso cuando hay trenes funcionando? No me extraña que te duelan los pies.

—Me pidieron que acompañara a alguien.

—Parece que al despertador no le pasa nada —dijo Connie, que volvió a dejarlo en la mesita de noche—. Pero es todo lo que puedo decir. ¿Me prestas un camisón?

—Últimamente Louie guardaba bajo la almohada de Tom uno de repuesto para Connie—. Anda, pásamelo —ordenó—. Y ojo —añadió, rebotando una o dos veces en los muelles del colchón que correspondían al lado de Tom—, sueñes lo que sueñes, no empieces a darme patadas y a clavarme las uñas de los pies como la última vez: esa es una de las razones por las que no me caso. A lo mejor tu marido se excavó este hueco por precaución. Deberías ocuparte del colchón en cuanto las cosas vuelvan un poco a la normalidad, aunque, claro, un indicio de que las cosas vuelven a la normalidad debería ser el regreso de tu marido; en cuyo caso no necesitarías mis consejos. Yo preferiría dormir en una superficie plana, pero los hombres son más quisquillosos. ¿Te has puesto crema en la cara?

—No me apetece nada, Connie. ¿Quieres que te la preste?

—Mmm... No, mejor lo dejo. Ya me gustaría saber de qué le ha servido a Connie el don fatal de la belleza con que la Naturaleza la adornó. Pero te diré una cosa: tendrías que cuidarte los poros. A lo mejor el problema es que no tienes una piel de Londres.

Entonces Louie apagó la luz. Pero enseguida se quejó:

—¡Ay, Connie, has dejado la estufa encendida!

—Bueno, no te conozco desde hace siete años, ¿no? Ya que te levantas a apagarla, abre un poco la persiana, por si no suena el despertador.

En cuanto Louie se levantó con resignación, Connie aprovechó para apropiarse del pedazo necesario de manta para fabricarse un capullo. Louie, por su parte, tardó un poco más de lo normal en el camino de vuelta, avanzando a tientas entre los muebles.

—Espabila, Lady Macbeth —protestó Connie—. ¿Y entonces acompañaste al drama a su casa, o qué?

Pero, para Louie, aquella noche había sonado el toque de difuntos en lo relativo a Harrison, el hombre misterioso: con cierto asombro, descubrió que no quería volver a saber de él. Una pátina de aborrecimiento se adhería a sus rasgos, enturbiaba lo que había dicho, vaciaba el cortante filo de sus palabras. Le parecía indecoroso, incluso, que la compañera de Harrison le hubiera concedido a aquel hombre la prerrogativa del dolor: Louie tenía la sensación de que Harrison no podía sufrir y, al mismo tiempo, deseó que sufriera. No era tanto que ella no pudiera perdonarlo, como que le parecía que aquel individuo había nacido para repeler el perdón, junto con todo lo demás: la impresión más fuerte de aquella noche había sido que en toda la persona de Harrison no había lugar alguno para aceptar nada. Oh, ¿cómo se le había ocurrido hablar con Connie de aquella historia? La verdad era que deseaba hablar de Stella; pero tal vez fuera mejor no hacerlo. Muchas noches Connie caía rendida de golpe, como un diablo cae por una trampilla; Louie tenía la esperanza de que eso ocurriera en aquel momento. Pero, por supuesto, no ocurrió.

—¿Mmm..., eh? —insistió Connie, que sacó un brazo por fuera de las mantas para darle un golpecito en la cadera, asegurándose en la oscuridad de que su amiga

seguía allí—. ¿Y entonces?

Louie intentó bostezar como un león.

—Ay, Con, estoy muy cansada...

—¿Cómo crees que estoy yo, siempre de guardia? Por no hablar de que esta noche me he estado paseando de un lado a otro con ese pelmazo. ¡El problema contigo es que escondes cosas!

—No, en serio. Lo que pasó fue que me encariñé con un perro. Parecía muy triste. Y por eso me animé a entablar conversación con sus dueños.

—¿Y qué hacían? ¿Lo maltrataban?

—Oh, no... Estaban sentados a una mesa. «Bueno —me dijeron—, siempre da gusto encontrarse con otra persona a la que le gusten los perros». Y yo les dije: «Qué gracioso que le hayan puesto Spot al perro, si no tiene ninguna mancha», y eso les hizo tanta gracia que me invitaron a sentarme con ellos.

—¿Estaban casados?

—No. El marido de ella había muerto. No, no estaban casados.

—¿Entonces..., cómo podían tener los dos el mismo perro...? Me parece que estás mezclando dos noches. ¿Así que llegaste tú, con tu encanto de mujer fatal, y separaste la pareja, y luego te fuiste con él a su casa?

—Al contrario, Connie. Él se indispuso y se quedó con el perro, y yo la acompañé a ella a casa. Todo muy cordial. Era una mujer refinada.

—¿Era qué?

—Refinada.

—No me extraña que su amigo la largase.

—¡Yo *no* he dicho eso! No, eres muy mala poniendo en mi boca palabras que yo no he dicho. Si vas a seguir haciendo eso, déjame en paz.

Louie se dio la vuelta, dando un tirón a la ropa de cama; aquello produjo una tensión en las sábanas entre ella y Connie, bajo la cual se formó una corriente de aire. Encogió las rodillas y estiró la cabeza, hundiendo el perfil en la almohada. Después de que los muelles registraran cada uno de aquellos movimientos, Connie murmuró:

—Ah, anda que..., cómo te pones. —Tensión, silencio. Connie actuó como quien ya no piensa en ello. Pero luego se soltó un muelle, sacó de nuevo un brazo y le dio un buen golpe a Louie en el trasero—. ¡Por mí no te preocupes... —dijo—, nenita!

—El problema no es solo contigo. El problema es que todo el mundo entiende lo que quiere cuando me quedo sin palabras. A menudo dices que tendría muchas ventajas si pudiera hablar como es debido; pero no es solo eso. Mira lo difícil que es cuando solo digo lo que puedo decir, y no lo que pasa en realidad. En mi interior está todo hecho un lío: cada vez más cosas en la cabeza. Lo soportaría si al menos pudiera expresarlo. Esta noche, sin embargo, esa mujer habló de maravilla; pero no sentí lástima por mí; ella simplemente habló desde el corazón. Si pudiera expresarme como ella, a lo mejor no necesitaría esconder cosas: cuando sabes que solo puedes decir algo que no te gusta, no importa ya lo mucho o lo poco que te disguste. El hombre

estaba dispuesto a darle una bofetada, pero ella lo ignoró... (y creo que su manera de ignorarlo conseguía que aún quisiera abofetearla más); así que ahí estaba yo, y él hecho una furia, cosa que no se olvida... En mi casa, antaño, no había necesidad de decir nada; y Tom tampoco tenía ninguna necesidad de decir nada, siempre que se le dejara en paz. Así que..., en fin, ¿qué quieres que haga? Ahora que tengo la necesidad de hablar, no estoy acostumbrada. Desde hace muchísimo tiempo no estoy acostumbrada a hablar, y ahora me parece que no consigo hacerle entender nada a nadie. Creo que entendería más todo lo que ocurre si fuera capaz de hacerme entender; y, bueno, ya sabes cómo son las cosas, lo intento todo. Disculpa que te lo diga, Connie, con lo amable que eres, pero me sienta fatal que no dejes de hacerme preguntas. Aunque, claro, prefiero que seas tú quien las haga, y no un desconocido; y me doy cuenta de que tienes razón: andar por ahí tan despreocupada como yo... no es serle fiel a Tom. Lo que ocurre es que, con un hombre, no siempre entienden lo que una no se puede decir. Lo entenderías mejor si hubieras estado allí, solo eso.

Connie no contestó.

—¿Qué pasa, Connie?

—Estoy pensando.

—Oh, si solo es eso...

—Lo único que te puedo decir es que, yo en tu lugar, no me preocuparía tanto. No eres más rara que muchos otros. La verdad, no soy quien para decir lo que debería hacer otra persona... Es tarde.

—Vaya, sí, supongo que sí.

—Se nota por el silencio.

Se quedaron escuchando el sonido de lo que, una vez analizado, era el ruido de lejanos trenes nocturnos, cambios de vías, traqueteos y pitidos, procedentes de las vías de las líneas que llegaban a St Marylebone.

—¿Oyes el ajetreo de los trenes en la estación? —murmuró Connie—. Ni que estuviéramos en Alemania.

Un momento después, algo parpadeó en el techo: reflectores en busca de aviones en el cielo de Londres.

—Qué raro sería —comentó Louie— volver a ver luz en el techo sin moverse. Había una farola justo allí fuera en la calle: no te haces idea de lo distinta que parecía esta habitación durante la noche. Habría podido mantenernos despiertas. Y el árbol que está en el jardín: cuando se encendía una ventana detrás, la forma del árbol se proyectaba directamente sobre esta cama. Parecía estar tan viva que la veías moverse. Tom dijo que obviamente era un plátano. ¿Qué crees que estarán haciendo con los reflectores?

—Mmm... Hay que hacer eso: tienen que apuntarlos de un lado a otro, continuamente.

—Entonces tendríamos que dormirnos.

—Sí, ya te lo he dicho antes.

Louie se incorporó una última vez para rascarse una axila y se recostó; tan callado y silencioso estaba todo que le dio la impresión de tener al lado a la esposa de Lot en posición horizontal. En realidad, aquella voluntad absoluta de dormir era perturbadora, estando tan cerca de otra persona. Louie, de nuevo tocando su espalda con la de Connie, se puso las manos en la nuca y se quedó mirando la nada. Era opresivo, por cierto, ver cuánta nada había: inmediatamente abandonó aquella idea para preguntarse qué peinado llevaba Stella. Pero ¿cómo iba a saberlo? Llevaba sombrero. Y, sobre todo, estaba el *efecto*: el *efecto*, según el periódico, era lo que se debía buscar. Negro mejor que nada, con accesorios, si te sentaban bien. ¿El *efecto* de aquella persona...? Maquillaje invisible, rebeldía, conmoción, pérdida; broche brillante sobre negro y líneas definidas y rígidas en los hombros; el terror golpeando y resbalando en su interior como un trozo de hielo; un rostro, no joven, pero de edad indefinible; ojos que, bajo los párpados sombreados de azul, te miraban con una intensidad vacua; en el fondo de su mirada la juventud aparecía como una sombra; labios bien formados, pero dando forma a aquello que no deberían; sombrerito inútil si no se llevaba bien; bien puesto, magnífico; la frente tersa por el sufrimiento; y en el nacimiento del pelo, la promesa de un mechón blanco. ¿Qué le habían hecho? ¿En qué se había metido? Un reloj de pulsera fino que no se recordaba lejos de aquella fina muñeca, cuando ella se había agachado a recoger los guantes. Muy amable por su parte, pero... ¿Por qué fijarse tanto en ellos? Cualquiera habría creído que la señora Rodney no había visto jamás unos guantes...

Louie se sintió invadida por aquel extraño pensamiento. Exclamó para sus adentros: «Ah, no, ¡no quisiera ser como ella!», se dijo cuando más cerca estuvo de ella. Y luego empezó a pensar en el aire de aquellos días y noches, cargado de idiomas incomprensibles, música odiosa, enfermedades, gérmenes. Una ignoraba qué iba a sintonizar, qué podía coger: a cada paso una se veía afectada e infectada. Receptor, conductor, portador: ¿qué era Louie? ¿Estaba condenada a ser algo? Se hizo la pregunta, pero sin palabras. Sintió lo que jamás había tenido esa sensación antes. Pero... ¿podía estar segura de que era ella quien sentía? Dudaba de que volviera a encontrar la casa de Stella, y aquellas las escaleras en las se habían dado las buenas noches a oscuras; más aún: dudaba de que quisiera hacerlo. «Pero esto no es un adiós, espero», había dicho Stella. Pero ¿qué quiso decir con aquello? Y, por otra parte, ¿lo dijo en serio? Aquella manera de enamorarse de Louie, de querer estar solo con ella..., ¿formaba parte de un estado de ánimo enfermizo? Stella buscaba a Louie tal y como Louie siempre había deseado que la buscaran: es habitual desear algo con tal fervor que, cuando se consigue, uno se eche atrás. tumbada en Chilcombe Street, con las manos entrelazadas en la nuca, Louie pensaba en Stella con desconfianza y adicción, pánico y deseo. Durante toda aquella comunicativa y amable conversación que mantuvieron de regreso a Weymouth Street, Stella no había hecho ni una sola referencia a Harrison: bien al contrario, había hablado aprisa y fragmentariamente acerca de su pasado, en parte como si por oírlo en voz alta fuese

más cierto, en parte como si no quisiera —y no pudiera— poner suficiente distancia entre ella y lo que había ocurrido media hora antes. Una y otra vez había vuelto sobre un hijo suyo que estaba en el ejército. ¿Nerviosa? Claro; era su único hijo. «Seguro que es un consuelo para ti», había comentado Louie. «Ah, sí, claro que lo es». Aunque caminaban aprisa, en ese punto Stella había acelerado la marcha; a Louie le había costado trabajo seguirla, incluso haciendo uso de sus famosas zancadas. ¿Aprisa? No, más que eso: la señora Rodney andaba como un alma perdida.

Aquellas tres últimas palabras se le presentaron imperiosamente a Louie, como si las hubiera dicho en voz alta: hasta entonces la memoria se había compuesto de imágenes superficiales que se apartaban y entrechocaban en el oleaje de un conflicto latente. Ahora sus labios parecían cumplir una orden. «Un alma perdida», dijo en voz alta, con un tono devocional.

Luego, asustada por sus propias palabras, permaneció atenta: silencio. Siguió atenta un poco más. Si nadie supiera la verdad, cualquiera diría que Connie estaba muerta.

—¿Connie?

Oyó cómo susurraba al respirar.

—¿... Qué? —contestó Connie, despierta, y con un tono de enojo.

—No te oía respirar.

—No estaba respirando, hasta que me molestaste.

—¿Y qué estabas haciendo entonces?

—Eso que dicen que hacen los indios esos.

—¿Qué indios? Me has asustado.

—Los faquires.

—¿Y por qué demonios no respiran?

—Para llegar al séptimo grado de conciencia.

—¿Quién te ha dicho eso? En sus cartas Tom nunca me cuenta nada de eso sobre los indios; y es muy observador. En fin, ¿para qué quieres estar tan consciente?

—Soy así de rara —dijo Connie con un tono de oráculo délfico—. Si no puedo ser algo, entonces prefiero ser lo contrario al cien por cien. Nunca he estado tan despierta. Debe de ser por algo que he comido: en estos días no hay nada en buen estado. No, no me duele nada, ni estoy llena ni tengo gases..., es solo que al universo le sube la fiebre dentro de mi cabeza. ¿Tienes bicarbonato en casa? No, supongo que no.

—Teníamos, pero Tom se lo llevó al ejército. De todas maneras, si quieres miro en el cajón.

—¿De qué sirve buscar algo en el cajón si no va a estar? No, si tengo que soportar el universo dentro de mi cabeza, más vale que lo mire a la cara. Tiene que haber alguna ventaja al verlo en perspectiva, eso es lo único que necesito. Y tú también tendrías que hacerlo. Daño no te va a hacer.

—A lo mejor se te para el corazón.

—Mira..., vuélvete a dormir.

—No estaba dormida.

—¿Y entonces por qué hablabas en sueños? Estaba a punto de alcanzar el punto álgido cuando me sobresaltaste.

—Lo siento mucho.

—Bueno, no podías saberlo.

—De todos modos, Connie..., no me gusta que hagas eso.

—*Ahora* no creo que pueda ya... Y me gustaría saber en qué estabas pensando para llamar a gritos a un alma extraviada.

Capítulo 14

Era imposible telefonar a Robert. Una vez que Stella se despidió de Louie, cuando se quedó sola en su apartamento, no pudo siquiera mirar el teléfono; ni siquiera se atrevió a preguntarse si debía o no hacerlo. Aquella noche Robert se encontraba en Holme Dene. Convocado a una reunión familiar, se las había arreglado para acudir allí en el tren de las siete, tal y como le había contado esa misma mañana.

Era una ocasión sin precedentes. Lo que había pasado era lo siguiente: la señora Kelway había recibido una oferta por la casa. La espantosa sorpresa había llegado por correo: uno de los muchos agentes inmobiliarios que desde años atrás tenían a Holme Dene en sus listados había escrito, sin previo aviso, informando que había un comprador; o, al menos, un cliente dispuesto a negociar. Decir que la propuesta inquietó a la señora Kelway y a Ernestine sería quedarse corto: las sumió en la desesperación y la incertidumbre. Al unísono exclamaron que no estaban dispuestas a decidir nada, ni sí ni no, les repugnaba; y, además, tampoco podían decidir nada, repugnante o no, sin contar con Robert. La carta que le envió Ernestine a esos efectos combinaba tal premura y extensión que Robert no pudo sino contestar que no había tenido el placer de entenderla. Su hermana se había negado a hablar del asunto por teléfono, y se había limitado a emitir una serie de quejidos, siseos y risitas histéricas mezcladas en lo que parecía ser un código incomprensible. Muttikins y ella, repitió una y otra vez, entendían muy bien que la guerra y la participación de Robert en ella tenían prioridad; sin embargo, ¿sería posible que tuviera un momentito para ocuparse de los asuntos de la familia? Muttikins se lo estaba tomando muy bien, pero era una situación desagradable.

Así que lo habían hecho ir allí, y allí estaba. Llevaban una hora hablando del asunto: el reloj del salón marcaba las nueve y cuarto. Dada la seriedad de la situación, Ernestine había decidido saltarse las noticias. Las cortinas que colgaban sobre los arcos y las ventanas de la casona estaban cerradas: las troneras decorativas de la chimenea parecían llevar puestos parches oculares de algodón negro. A Robert le habían llevado una bandeja de comida con mucha pompa y ceremonia y, después de que la señora Kelway y Ernestine estuvieran viéndolo cenar, la habían retirado de la manera más expeditiva. Los niños, aunque no dormían, ya estaban acostados. En el salón se presentía la medianoche; el fuego, que había consumido el último leño del día, ardía con llamas diminutas. Habían dispuesto los biombos de tal manera que formaban un hueco de cara al sillón de la señora Kelway. Ella tejía a aquella velocidad imperturbable que había asombrado a Stella. Al otro lado del hogar, Ernestine parecía concentrada en sus ideas; tal y como explicó, los demás también

deberían hacerlo, dado el poco tiempo que tenía Robert y la necesidad de decidir *algo*. Sentada en un taburete que su padre había comprado en una tienda de antigüedades, Ernestine llevaba puesto el uniforme y un sombrero. En cuanto a Robert, de nada servía pedirle que se sentara, aunque continuaban haciéndolo incansablemente. De un lado a otro del salón, a lo largo y a lo ancho, entre los muebles originales de roble y los intrusos de caoba, Robert caminaba dando zancadas, se detenía, se quedaba de pie mirando algo fijamente. Cada vez que se detenía en la alfombra del hogar, era con la intención de dar con una resolución, pero una y otra vez abandonaba sus decisiones sin expresarlas con palabras. El hecho de que no dejara de moverse confería al triangulo Kelway un tercer ángulo siempre variable: dirigirse a Robert implicaba girar la cabeza, al menos en el caso de Ernestine; la señora Kelway, al parecer, no veía ningún motivo para hacer esa concesión.

Los Kelway se comunicaban entre ellos con dificultad, en una lengua muerta. De vez en cuando, la repetición de un comentario demostraba que habían completado otra vuelta en torno a la cuestión.

—En cualquier caso, ya es algo que estés aquí —dijo de nuevo Ernestine a Robert—. Por teléfono no es lo mismo. Y con las cartas cruzándose por el camino, puede que al final no tuviéramos claro qué pensamos cada uno.

—Bueno, ¿y ahora sí? —preguntó Robert, apoyando un momento el codo en el piano de pared.

—Creo que lo estamos aclarando más que de cualquier otra forma. ¿No te parece, Muttikins? —añadió Ernestine, echando una mirada esperanzada al sillón. Y como la señora Kelway no dijo nada, Ernestine matizó—: Ojalá no fuera tan difícil.

—Resumamos —dijo Robert—. A) no sabemos si vender o no; B) si lo hacemos, ¿qué oferta estamos dispuestos a escuchar?; y C), y para terminar, si vendemos, ¿dónde viviríais tú y Muttikins?

Al oír esas palabras su madre se revolvió en su asiento:

—Me temo que no es tan fácil —dijo.

—No es cuestión de apresurarse, Robert —señaló Ernestine—. Es mejor considerar las cosas poco a poco. Hay que pensar en los niños. Y supongamos que a Amabelle no le gusta la idea...

—Amabelle —dijo la señora Kelway con desdén— no puede salir de la India. Pero ahí no acaban las cosas.

—Muttikins —continuó Ernestine— no puede evitar pensar que en esta oferta hay gato encerrado. —Miró de nuevo el sillón: la señora Kelway indicó con un gesto que sí, que no podía evitar pensarlo.

—El único gato encerrado es que hay alguien que quiere comprar la casa.

—Oh, desde luego, Robert; pero es todo tan repentino... No es como si esta fuese una zona segura.

—No ha ocurrido nada —dijo la señora Kelway en un tono ofendido.

—Oh, claro que no, Muttikins, ¡faltaría más! —Tras sacrificar unos segundos para reírse de la idea, Ernestine continuó—: Por supuesto, es muy agradable encontrarse en un área neutral, ni evacuada, ni llena de evacuados, y por tanto, bastante tranquila; pero aun así..., ¿quién puede querer una casa sin verla?

—¿Seguro que nadie la ha visto?

—Nadie conocido ha cruzado la puerta.

—Bueno, en esta época del año se puede ver desde la carretera, o desde el camino de entrada.

—No nos gusta que la gente se meta por ese camino —dijo la señora Kelway.

—Exactamente —dijo Ernestine—. Eso no nos gusta en absoluto. Si quieren la casa, ¿por qué no vienen hasta la puerta y llaman al timbre? Colarse y espiar por ahí cuando no los vemos, calcular el valor de todo, planear si nos pueden echar enseguida... Estamos en Inglaterra, Robert: uno espera tener cierta privacidad.

—Supongo que será alguien que tiene prisa...

—Pero ¿por qué? Eso es lo sospechoso.

—Bueno, ya sabes cómo son las cosas...

—No deberían pensar que pueden echarnos sin más —dijo la señora Kelway—. Nosotros no les hemos pedido que compren la casa.

—Bueno, pero la hemos tenido «en venta» durante años; y eso, admitámoslo, viene a ser lo mismo.

—Tratan de aprovecharse de nosotros —dijo la señora Kelway—. Pero este es nuestro hogar.

—Si eso es lo que pensamos, la solución es muy simple —se apresuró a declarar Robert—. Rechazamos la oferta.

—Pero la casa es demasiado grande.

—En ese caso, subimos el precio.

—Estamos muy vinculados a esta casa —dijo Ernestine.

—En ese caso, subamos el precio todavía más.

La señora Kelway se permitió hacer una pausa infinitesimal en su labor.

—Me temo —repitió— que no es tan simple.

—Muttikins está anonadada —dijo Ernestine, tras un meditado silencio—. Y no me extraña. Tú, Robert, hablas como si se le pudiera poner precio a todo. Hablas como si solo se tratara de una transacción comercial.

—¿No me habéis llamado para que habláramos de eso?

—Aún no hemos decidido si queremos meternos en ninguna transacción. Esto nos ha conmocionado. Esperábamos que entendieras nuestro punto de vista. A fin de cuentas, nuestro padre compró esta casa, y nos mudamos aquí desde Meadowcrest porque pensábamos que sería más agradable. Y en cierta manera, lo ha sido.

—Siempre ha sido demasiado grande —dijo la señora Kelway—. Y en estos días lo es aún más. Sobre todo ahora que, al parecer, no tenemos privacidad. Los impuestos son altos. Tu padre cometió un error, pero ya no hay remedio; hicimos

todo lo que pudimos. Tuvimos que instalar una nueva cisterna, que costó cara; y en 1929 hubo que redecorar esta sala y el salón. Habría que tener en cuenta todo eso.

—Nuestro padre —le señaló Robert a Ernestine— se percató de su error al instante, antes de que hubiera tiempo de restregárselo por las narices. Eso vino después. Fue él quien puso la casa en venta y quien se lo dijo a los agentes inmobiliarios.

—Nos acostumbramos a la idea de que venderíamos la casa —dijo la señora Kelway—. Pero eso fue hace mucho.

—¿Crees que serías más feliz, Muttikins, en una casa más pequeña?

—No es cuestión de felicidad —dijo la señora Kelway—. Es cuestión de futuro. Eso os compete a Ernestine y a ti. Yo he vivido mi vida y lo he hecho lo mejor que he podido. Tu padre decía que no tenía mucho de qué quejarse. Espero que tengáis en cuenta la cisterna y los reacondicionamientos de las habitaciones de invitados, y las mejoras en el jardín, incluida la pérgola y las estatuas de duendes, que Ernestine encargó en la Ideal Home Exhibition y que costaron más de lo previsto, porque nos cobraron el envío... Todo eso espero que se tenga en cuenta. A los niños les gustan. Pero no debéis esperar que yo siga con vosotros mucho tiempo más.

—Muttikins —gritó Ernestine—, ¡no digas cosas tan espantosas!

La señora Kelway levantó su pequeña cabeza plateada, que brilló bajo la luz de la lámpara, y luego observó a Ernestine con desprecio.

—Hablas —dijo— como si te creyeras inmortal. A todos nos llegará la hora, incluso a los niños. No voy a negarme a asumir los hechos tal y como son, pero ahora nos toca decidir acerca de los cambios. Y tendríamos que estar seguros del valor de las cosas: no está bien que se aprovechen de uno. Yo tengo los recibos de todo en mi habitación. Además...

... En una sala aledaña, al otro lado de un arco con cortinas, sonó el teléfono. Robert, sobresaltado, volvió la cabeza: se quedó quieto y escuchó, tenso, rubio, flaco, acorralado. Ernestine dio un respingo en su taburete y, con el aire resignado de una persona indispensable, exclamó:

—¡Será para mí, que llaman de la asociación!

Pasó a la otra sala apresuradamente. Robert esperó; la señora Kelway siguió tejiendo. Ernestine estaba en lo cierto. Robert se relajó de golpe, miró de reojo a su madre, encendió un cigarrillo. Luego, como la charla de Ernestine se prolongaba, fue hasta el pie de la escalera y miró arriba.

La primera planta de Holme Dene estaba en silencio: sin un crujido, con una absoluta indiferencia, soportaba el peso de su arquitectura y de su destino incierto. Arriba, como en el resto de la casa, los espacios se habían diseñado como una especie de enrevesado circunloquio: pasillos, arcadas, rincones, rellanos, alféizares, nichos y barandillas desarbolaban el sentido de la orientación y, en lo posible, impedían el paso de una habitación a otra. Siempre fueron necesarios gastos exorbitantes en alfombras de pasillos y carpintería. Lo desconcertante, si uno se detenía a escuchar

los ruidos de la casa durante la noche, era que tanto espacio provocara tan pocos ecos. Las dos plantas superiores (pues otra escalera subía a la buhardilla de Robert y a otras habitaciones) no estaban vacías, sino repletas de cosas: represiones, dudas, temores, subterfugios y mentiras. O eso le parecía a él. Los innumerables recovecos de las galerías impedían que se pudieran ver los pasillos en toda su longitud; cuando un miembro de la familia oía pasos, siempre procuraba apresurarse para doblar una esquina a tiempo y evitar a la otra persona. Antes de abrir cualquier puerta, o salir de cualquier habitación, siempre había un momento de cautela, para asegurarse de que no había moros en la costa. La aversión de los Kelway a pasar vergüenza o hacérsela pasar a otro por culpa de encuentros fortuitos y no deseados siempre había sido intensa. Todos pasaban muchas horas solos, haciendo acopio de valor —podría decirse—para afrontar las reuniones familiares como las comidas, y ensayando en sus rostros la expresión de que no tenían nada que ocultar.

Por otra parte, el servicio de inteligencia domestico siempre había sido bueno: todos sabían dónde se encontraban los demás en todo momento y, al segundo, qué estaban haciendo. Cualquier ausencia inopinada, tras un breve tiempo de espera, significaba que se enviaría a un mensajero a la puerta del dormitorio del interesado o generaba una llamada ante determinada ventana del jardín; sin embargo, ser sorprendido mirando por la ventana habría equivalido a que desde dentro le preguntaran a uno *qué demonios* estaba mirando. Nadie podía salir de casa sin ser visto: cruzar el jardín a la carrera o alejarse por el camino de entrada era exponerse a que a uno le dieran el alto; entretenerse paseando por los bosques de los alrededores podía ser considerado en cualquier momento como un acto de ocultación, y «escondarse» estaba muy mal visto; sobre todo, se consideraba ofensivo acercarse furtivamente al buzón de la verja: podían escribirse cartas, pero había que dejarlas a la vista, en el vestíbulo, antes de que se recogieran todas para llevarlas a la estafeta de correos.

A Amabelle, que había recibido temprano la llamada del sexo, junto a los inevitables rubores y unas redondeces tan desconcertantes para su guardarropa como para ella misma, la habían martirizado con todo aquello: nadie se divertía más al respecto que Ernestine, ni era más fría y reprobatoria que la madre de las muchachas. (La manera en que la señora Kelway decía «tu padre», años después de que muriera aquel pobre desgraciado, seguía sonando a amenaza; lo cual daba a entender que aquel hombre había sido padre a pesar suyo.) De adolescente, Robert se había aficionado a la fotografía y aquello le había proporcionado una coartada y un cuarto oscuro al que podía echarle llave de forma respetable; y además le permitía ir al pueblo más o menos libremente a por suministros técnicos.

En términos generales, Holme Dene había sido una casa maldita para los hombres: como tal, formó parte de la monstruosa plaga de casas que apareció en el sur de Inglaterra a principios del siglo xx. Concebida para gustar y apaciguar a las damas de clase media, había sido comprada por un hombre que solo abrigaba esa

esperanza. Como hogar, Holme Dene tal vez pareciese un modelo anticuado, pero seguía siendo un prototipo. El señor Kelway —calvo, desprovisto del prestigio físico de un soldado o un obrero, tan incapaz de golpear a alguien como de pegar dos gritos— había sobrevivido en Holme Dene los últimos dos años de una existencia que se había vuelto ridícula. Su habilidad para ganar dinero —una destreza poco espectacular pero constante— no le había reportado prestigio alguno; su hombría se había desacreditado a tal punto que ya solo aspiraba a inspirar lástima. Solo el rechazo o el asco que sintió enseguida por Holme Dene obligó al padre de Robert a actuar de un modo extraño, y poco después de la mudanza, puso en venta la casa en los catálogos de las agencias inmobiliarias. Nunca se sabría qué sueños escondidos anárquicos había albergado. Las humillaciones no declaradas que había sufrido el padre se grabaron profundamente en la mente del hijo. El señor Kelway, al insistir en que Robert lo mirara siempre a los ojos, tal vez quería desafiar a su hijo a reconocer alguna de ellas. Su ficción de dominio y mando, tal como habría querido, quedó en manos de su viuda y sus hijas.

Robert apoyó la mano donde recordaba haber visto alguna vez la de su padre, en el pomo bruñido en que terminaba la barandilla. Le llegó solo un leve perfume a jabón del baño de los niños; con la guerra, la vida en la planta superior se había condensado en unas pocas habitaciones. Los pasillos que no conducían a ninguna parte, ni tenían alfombra ni bombillas, estaban flanqueados por puertas cerradas con llave. Vacíos y muertos a esa hora de la noche, aterradores como la laguna Estigia y negros como una mina abandonada, había tramos de pasillo que a la luz del día adquirirían una palidez fantasmagórica, sin sombras, y, de una punta a otra, una pátina uniforme de polvo. En aquellos días, los criados se marchaban de Holme Dene con supersticioso temor al caer de la noche: y cuando mandaban a los niños a dormir, Anne y Peter tenían la planta para ellos solos. Se contaba con la esperanza de que los niños fueran invulnerables.

Cuando Ernestine colgó el teléfono y regresó a la sala, la señora Kelway le preguntó:

—¿Qué hace Robert?

—¿Robert, qué haces?

—Miro arriba.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—No.

—Oh..., ¡menudo día! —exclamó su hermana, y se sentó como si no tuviera esperanza de permanecer sentada mucho tiempo—. Primero una cosa y después la otra. No me extrañaría que pasara algo más.

—Ernestine no ha podido siquiera quitarse el sombrero —dijo la señora Kelway.

—Bueno, pero al menos ahora tenemos algo que mostrar al mundo —dijo Ernestine—. No es que sea mucho, pero, bueno..., ¡ahí está Montgomery! La señora Jebb me contó que dijeron algo más en las noticias de las nueve. Cuando nos las

perdemos siempre ocurre algo. Pero esta noche no es eso lo que importa. ¿Dónde estábamos?

—Muttikins decía que no piensa quedarse en este mundo para siempre.

—¡Muttikins se estaba portando muy mal! No, la cuestión es: ¿*tendríamos* que vender, o no?

—O, por decirlo de otra manera, ¿queremos vender la casa?

—En estos días no siempre se puede pensar lo que uno quiere.

—Nunca he pensado en lo que quería —dijo la señora Kelway—. Tal vez habría sido mejor que ninguno lo hiciera.

—Si todos se parecieran más a Muttikins —comentó Ernestine—, el mundo sería muy distinto.

—La verdad es que lo dudo —dijo de repente Robert, recogiendo un abrecartas de una mesa y dejándolo inmediatamente en su sitio—. Muchas personas son pobres imitaciones de Muttikins. No: desde un punto de vista práctico, Ernie, me temo que se trata de si hay que vender ahora o más tarde. Podéis aguantar, con la suposición de que subirán los precios; pero, como también dices con razón, todo depende. Esta no es una casa que querría mucha gente...

—No, es solo nuestro hogar —dijo su madre.

—Claro, desde luego —añadió Robert, levantando la voz—, y también hay que pensar adónde iríais vosotras. Naturalmente, en alguna parte tendréis que vivir —dijo con una frialdad inmutable.

—¡Tampoco nos gustaría vivir en *cualquier* parte! —protestó Ernestine con bastante ímpetu.

—Naturalmente.

—Las dos esperábamos, Robert, que se te ocurriera algo, y no que solo estuvieras de acuerdo con lo que decimos. Si nosotras no estuviéramos de acuerdo con lo que decimos, no tendría sentido decirlo, ¿no? Mucho depende de lo que pase después de la guerra: quién sabe qué será lo más conveniente entonces. Y para entonces, a lo mejor Amabelle ya se ha cansado de la India.

—Amabelle —interrumpió su madre— no va estar en disposición de opinar. No tiene autoridad de ningún tipo. Tu padre aseguró su porvenir adecuadamente cuando se casó. Si ella y su marido esperan algo más de la familia, están muy equivocados. Siempre consideré que lo entendieron así en su momento. Si están equivocados, mejor que se queden en la India: se fueron por voluntad propia. Ella estaba deseosa de casarse y no se detuvo a pensar en nada. Nos hemos ocupado de los niños en momentos de graves dificultades; no espero que los niños lo entiendan, pero lo que ya se les ha dado es más de lo que Amabelle debería esperar. Esta casa será para vosotros, Ernestine y Robert, a partes iguales. Si no os hace ilusión, mejor será que lo digáis.

—¡Pues claro que nos hace ilusión! —se quejó Ernestine, echando histéricamente hacia atrás su sombrero de fieltro—. ¡Cómo puedo olvidar que este es mi hogar!

—Yo tampoco —asintió Robert.

—No sería tu hogar si tu marido no hubiera muerto —le espetó la señora Kelway a Ernestine con una mirada reprobatoria.

—Nunca lo habría olvidado, de todas maneras —dijo la viuda.

—Nadie te pide que lo olvides —matizó su madre, buscando un nuevo ovillo de lana en su cesta de la labor—. Pero está visto que Robert no dice nada.

—Ah, por mí... —dijo Robert con alegría—, ¡yo digo que vendamos!

Se hizo un silencio atronador.

—Lo suponía —dijo la señora Kelway.

Ernestine se volvió en su taburete para mirar a Robert como si fuera la primera vez. Se le escapó una risa desmoralizada, bastante novedosa: con la cabeza ladeada, oyó su propia risa con cierto temor. Luego dijo:

—¡Bueno, no tienes por qué expresarlo con tanta vehemencia!

—Robert no se acuerda —dijo la señora Kelway.

—En eso te equivocas, Muttikins —corrigió su hijo.

La señora Kelway se permitió hacer otra pausa, no tanto para hacerse una pregunta como para tomar nota.

—¿Ah, sí...? —intervino.

Entretanto, Ernestine observó con una mirada preocupada el salón, como si hubiese entrado algo del exterior.

—Sí, Robert, así es.

De nuevo, Robert se había quedado de pie junto a la chimenea, entre su hermana y su madre. —Esta vez, quizá, aquella actitud resultaba ominosa y ofensiva—. Se había situado donde era imposible no verlo; y la señora Kelway, que lo sabía, le dirigió una mirada tan asombrada e impávida como si hubiera sacado un arma. Pareció medirlo de pies a cabeza. Luego, encogiendo sus pequeños hombros, dijo:

—Robert habla como un hombre.

Pero no la oyeron: su hijo se había dado la vuelta de repente y miraba la escalera que estaba tras los biombos.

—¿Hola? —exclamó—. ¿Quién anda ahí?

—Yo, tío Robert —dijo Anne, mientras bajaba.

—¡Anne! —la reprendió Ernestine.

—Oh, tía Ernestine, por favor. —Arrastrando sus zapatillas por el suelo, con un abrigo sobre el pijama a rayas, Anne se acercó a Robert, levantando la cara para que su tío le diera un beso—. No nos dejaron quedarnos levantados —dijo—, así que bajé. ¿Qué haces ahí de pie? ¿Ya te vas?

—Tendríais que estar los dos dormidos —protestó Ernestine.

—Peter está dormido —dijo Anne con un tono de superioridad moral.

—A la abuela no le hace gracia que la gente ande de puntillas de un lado para otro —dijo la señora Kelway.

—Ya lo sé, pero...

—No le digas «ya lo sé» a la abuela.

—Bueno, es que lo sé, pero la culpa es del tío Robert por llegar tan tarde.

—No ha venido a verte a ti.

—Ya lo sé, pero no entiendo por qué no puedo verlo yo a él.

—Porque la abuela y la tía Ernie y el tío Robert están hablando de cosas importantes.

—Ya lo sé, pero...

—Anne, si sigues diciendo «ya lo sé», tendrás que volver a la cama de inmediato. De hecho, tienes que volver a la cama ahora mismo. Robert, ¡no la animes!

—No, es ella la que me anima a mí. *Ahora* sí que esto empieza a parecerse a una velada. —Respaldó su afirmación dejándose caer en un sillón, y cogiendo a Anne para sentarla en el reposabrazos—. De todos modos, qué niña tan poco inteligente y tan poco graciosa eres —dijo, agarrándola del cinturón del abrigo, y meciéndola no del todo amablemente, adelante y atrás, a riesgo de hacerle perder el equilibrio—. ¿Cómo es que nunca se te ocurre nada divertido? ¿Por qué no te haces la sonámbula, por ejemplo?

—Porque estoy despierta —contestó Anne, debatiéndose para volverse a mirarlo. Pero sus ojos quedaron tan cerca de la frente de su tío que se echó atrás parpadeando, como si una punzada de desconfianza le hiciese cuestionar la realidad de aquel momento. Quería a su tío con la primera emoción intensa de su vida, a su manera, casta y respetable, y hasta tal punto que la mujer en la que se convertiría lo miraba con desconfianza desde los rasgos de una niña. Tenía razón Robert: era una niña sosa, sin poesía animal, sin malicia, pero hecha para la devoción: inoportuna, firme, rubicunda. Pero en aquel pechito robusto, conforme se rellenara, se atragantaría cada tanto un deseo; de momento ofrecía todo lo que tenía, empezando y acabando por su habilidad de hacer el pino. Colorada, mirando la punta del zapato de su tío como si deseara ser quien le había sacado brillo, preguntó:

—¿Por qué no puedes quedarte esta noche?

—Porque odio levantarme temprano. ¿Qué tal estás?

—Bien.

—¿No tienes nada que contarme?

Anne se devanó los sesos:

—Fui la mejor en aritmética mental.

—Ya le contarás eso al tío Robert la próxima vez. Ahora...

—¡Oh, tía Ernie...!

—Vamos, Ernie... —dijo Robert.

—Muy bien, Anne, un momento. Solo un momento, recuérdalo.

—¿Cuántos momentos hay? —le preguntó Anne a Robert—. Un minuto tiene sesenta segundos, una hora sesenta minutos. Pero ¿cuántos momentos hay?

—Eso depende de ti.

—¿Cuánto dura un momento, comparado con un minuto?

—Pues depende —repitió él, buscando en la cara de la niña la cara de otra persona.

—Eres malo —dijo Anne—. ¿Vamos a vender la casa?

—No hagas preguntas bobas —replicó su tía—. El tío Robert está cansado, y deberías estarlo tú también.

—Pero me pareció que tú dijiste que él diría eso.

—No importa lo que a ti te pareciera.

—¿Tú qué piensas, Anne? —dijo Robert, dirigiéndose ingenuamente a su sobrina—. ¿Vendemos? ¿Esperamos?

Anne se mordió el labio.

—Ah, a mí no me importa; solo era por saberlo. ¿Cómo sería vivir en otra parte? La verdad, esta casa se está poniendo un poco vieja: no podremos vivir aquí mucho tiempo más; los picaportes se caen de las puertas. Podríamos ir a una nueva. Y además, ¿para qué queremos una casa tan grande si no podemos entrar en ninguna habitación? Si la vendiéramos, ¿nos haríamos ricos? Y si no, ¿seríamos muy pobres? A Peter y a mí nos gustaría ser *algo*.

—¿Ah, sí? —dijo la señora Kelway—. Y, dime, ¿por qué?

Anne dejó caer todo su peso sobre el hombro de su tío. Como de costumbre, cuando él se lo permitía, la niña se había extralimitado.

—Oh, no lo sé; no me importa —contestó con un bostezo artificial.

—Anne, no seas mentirosa —dijo Robert.

—No me importa —se empecinó en decir ella.

¿Por qué iba a importarle? Allí había llevado una vida fácil, sin *momentos*, una existencia en medio de mesas y sillas, sin éxtasis ni misterio, sin alegrías ni peligro. Nunca un palpito; nunca una ligera falta de respeto, una palabra al azar o un beso espontáneo; ninguna risa salvo esas sonoras vocalizaciones de Ernestine; el enfado siempre cociéndose a fuego lento, nunca en llamas. Aunque no lo sabía, la niña nunca había visto a nadie feliz. ¿Qué podía esperar de otra casa si todos se iban de allí? Todo aquello era de una pobreza degradante. Pobres, los niños de los pobres.

Sin embargo, ¿quién sabe cuándo sonará la trompeta y caerán los muros de Jericó?^[12]

Sonó el teléfono.

Esta vez Robert se sobresaltó de veras, tanto que Anne, como si la hubiese arrojado al vacío, manoteó en el aire con un grito. La niña se recompuso en el brazo del sillón, pero ya había revelado la inquietud de Robert: su madre clavó la mirada en el sillón donde se encontraban.

—Aquí el teléfono nunca es para nadie, salvo para Ernestine —dijo la señora Kelway—. ¿Qué ocurre, Robert? ¿Esperas algo?

—Si imaginas que es para ti, Robert —dijo Ernestine, aferrándose a su asiento con gran autocontrol—, por favor cógelo. Yo te estaría muy agradecida.

—Mira que tirar a la niña del sillón... —continuó la señora Kelway, intentando

levantar la voz por encima del endiablado ruido del teléfono—, aunque no tenía por qué sentarse en el reposabrazos.

—Simplemente me caí, abuela.

—No debes sentarte encima de tu tío cuando está nervioso. ¿Es necesario que siga sonando? —Se llevó una de sus diminutas manos a la sien—. Suena tan fuerte. ¿Alguien podría cogerlo?

—Voy yo..., oh, por favor, ¡dejadme cogerlo!

Tras apenas hacer una pausa para ponerse las pantuflas, Anne salió dando saltos en dirección al teléfono.

—Ernestine, ¿prefieres que Anne atienda el teléfono cuando tendría que estar acostada?

—Perdón, perdón, perdón... Claro que no. ¡Anne...! Es que me quedé pensando en quién podría ser a esta hora.

—A lo mejor ha ocurrido algo —dijo la señora Kelway, estremeciéndose ligeramente en medio del estrépito del teléfono, como si fuese una anémona—. Lo mejor sería que Robert fuese a ver.

—Deja, Robert, deja —exclamó Ernestine, y pasó por delante de él abotonándose la chaqueta—. Ya voy yo. Como sabes, es lo que hago siempre.

Su hermano se había levantado, aunque dubitativamente por culpa de su altura; se quedó allí plantado como en una negación de movimiento, con la cabeza medio vuelta hacia la cortina que ocultaba el teléfono. Anne, quieta en medio del salón, se quedó mirándolo fijamente, aunque sería imposible saber qué pensaba en ese momento.

—Espera —advirtió la señora Kelway, apartando durante un instante la guardia, aquella manita, de su sien—, no tiene sentido que conteste Ernestine si es para Robert. ¿Esperas una llamada?

—Nadie llamaría sin razón *a estas horas* —dijo Ernestine y se detuvo, distraída—. La pregunta es, Robert: ¿saben dónde encontrarte?

—Desde luego, es muy tarde —dijo la señora Kelway.

—¿Son las diez y diez? —preguntó Robert.

—No parece muy considerado —añadió la señora Kelway—, a menos que, por supuesto, haya pasado algo grave realmente.

—Si fuera para ti, tío Robert, ¿me dejarías cogerlo?

—Bueno..., sí —dijo, volviéndose hacia su sobrina—. ¿Por qué no?

—¿Qué digo?

—Que ya me he ido. Que estoy volviendo a Londres.

—No es del todo cierto, estrictamente —dijo Ernestine.

Los timbrazos cesaron sin más y por su cuenta.

Robert volvió a sentarse; Ernestine, con la mano en la cortina del trascendente arco, comenzó a reírse como una loca. Luego dijo en tono acusatorio:

—Ahora nunca sabremos quién era.

—No —asintió la señora Kelway.

—Si resulta que era algo importante, no me lo podré perdonar. Aunque si lo era, es curioso que no insistan. Aunque, claro, siempre pueden volver a llamar. En cualquier caso, Anne, tú debes irte a la cama. ¡No sé en qué estás pensando!

—Me pregunto en qué estará pensando quien haya llamado —dijo su madre—. Por regla general, en esta casa cogemos enseguida el teléfono.

—Venga, Anne, ¡ve a acostarte de una vez!

—Si voy de una vez, ¿puede subir el tío Robert a darme las buenas noches?

—No. Ya bastantes aventuras has tenido por esta noche.

—Y no solo eso —señaló la señora Kelway—. A Anne ya se le han dado las buenas noches. Me sorprende en ella.

Anne no oyó nada: había tendido sus brazos hacia Robert tan alto como podía. Él se inclinó, y ella se apretó contra su fría mejilla, sintiendo, con su escasamente imaginativo cuerpo, los ecos de los latidos de su corazón.

—Siempre te vas —murmuró—, siempre te vas lejos.

Por poco caso que le hiciera, Robert tardó en soltarse de aquel último refugio: fue la niña quien apartó su cara de la de su tío, para mirarlo mejor, con la incertidumbre de si era mejor mirar o tocar. No hubo una decisión al respecto: tras echarse su melena negra y desordenada a la espalda, cerró los ojos.

—Me vas a acabar rompiendo la espalda —dijo él, apartándose—. Tienes que crecer un poco.

—Solo una vez más...

Tirando de la cabeza de su tío, la niña chocó su frente contra la de Robert: los cráneos se tocaron: un contacto de separaciones absolutas que ella no olvidaría. Se dio la vuelta y se alejó arrastrando las zapatillas hasta la escalinata, y luego subió sin mirar atrás.

—Anne se está haciendo mayor —observó la señora Kelway—. Es una lástima.

—Cualquiera que sea la decisión que tomemos —dijo Ernestine—, parece como si hubiera una fatalidad en ella. ¿Y si cojo lápiz y papel y anotamos los pros y los contras?

—Para colmo, Robert tiene que coger el ten.

—Sí, tengo que coger el tren —dijo él, mirando el reloj.

Capítulo 15

—¿Y si es cierto? —repitió—. ¿Y si es eso lo que estoy haciendo?

Ni una señal, ni un sonido, ni un movimiento pudo observarse allí donde descansaba ella, junto a él, agotada tras haber dado a luz aquella pregunta. Su habitación estaba bañada cálidamente en una apariencia de luz rojiza procedente de la estufa eléctrica; las sombras se proyectaban nítidas; un espejo reflejaba el pie de la cama, donde estaba sentado Robert. Como si Stella le hubiese transmitido la sensación de que la penumbra roja de tantas noches le resultaba infernal, Robert alargó la mano y apagó la estufa: el resplandor de la resistencia se extinguió poco a poco, y al final, la habitación, invisible y oscura, fue como cualquier otra. Nada salvo sus dos silencios la llenaban, y ella no supo qué parte del silencio le correspondía hasta oírlo hablar.

—Porque es cierto, lo ha sido todo el tiempo.

—¿Por qué?

—Te extraña, sí..., supongo que así debe ser. Tendríamos que volver a conocernos, pero ya es muy tarde.

—¿Ya es muy tarde? ¿De noche?

Robert no contestó.

Incorporándose para que Robert la oyera más claramente, Stella dijo:

—Solo dime por qué estás en contra de este país.

—¿País?

—Este, en el que estamos.

—No sé qué quieres decir. ¿Qué es lo que quieres decir? ¿País? Ya no quedan países; solo nombres. ¿Qué país tenemos tú y yo fuera de esta habitación? Sombras agotadas, que se arrastran hacia la batalla. ¿Y cuánto tiempo van a prolongar la batalla? Nosotros estamos más allá de todo eso.

—¿Nosotros?

—Los que estamos listos para lo que vendrá.

—¿Cómo puedes ser tan arrogante? ¿Cómo no me di cuenta?

—Porque no es arrogancia; no es algo que esté en mi interior; se encuentra en una escala muy distinta. ¿Me habrías amado si no hubiese tenido nada más? Para la escala de la que yo hablo, todavía no hay ninguna medida útil, ninguna palabra que no sea falsa. Si yo hablara de «visión», inevitablemente me considerarías trastornado por la grandeza: no lo estoy; pero «visión» no es lo que quiero decir. Me refiero a ver claramente lo que sucede: solo ahora que actúo puedo ver la verdad realmente. Supongo que lo que te repugna es la idea de traición, ¿no? Son los restos del viejo mundo. ¿No te das cuenta de que ese lenguaje está muerto? De todas maneras, siguen jugando con él a las tiendecitas: incluso tú lo haces. Con palabras, con palabras como

esa, sí. ¡Qué polvareda pueden levantar en una mente, incluso en la tuya! Lo veo claramente. Yo mismo he tenido que inmunizarme contra esas palabras; y al final solo lo conseguí repitiéndomelas una y otra vez, hasta alcanzar la certeza absoluta de que no significan nada. Su significado ha desaparecido, ya no significan nada. ¿Eso te impresiona, Stella? Dime: ¿te impresiona?

Stella no respondió.

—En fin, ¿estás contra mí?

—Tú eres quien está en contra: lo he sabido antes de saber en contra de qué. No de este país, dices. Dices que no existe el país. ¿Entonces de qué estás en contra?

—En contra de esta estafa. No soy yo quien está vendiendo esto que llamas «país». Sería imposible: ya se ha vendido solo.

—¿Qué estafa?

—La libertad. ¿Libertad de ser qué? Confusos, mediocres, condenados. En nombre de la libertad bien vale morir, por la excelente razón de que nos ha hecho la vida imposible, y no hay alternativa. Mira a la gente libre: ratones sueltos en medio del Sahara. Es insoportable. ¿Y qué es la libertad sino un vacío? Le dices a un hombre que es libre y lo único que logras es que intente zambullirse de nuevo en el útero de su madre. Mira lo que ocurre: mira a la masa de idiotas «libres», la democracia, engañados desde la cuna a la tumba. «¡De la cuna a la tumba, salve, oh, salve!»^[13] ¿Crees que un hombre no se da cuenta de que *su verdadero ser* solo empieza donde termina su libertad? A lo mejor un hombre entre cien mil cuenta con lo que hace falta para ser libre, y lo sabe: ¿quién querría ser libre si pudiera ser fuerte? Libertad: ¡lloriqueos de esclavos! ¿Qué se creen que son? Si me comprometiera a garantizar a cada hombre el grado exacto de libertad que se cree capaz de soportar, descubrirías, estoy seguro, que no llegaríamos muy lejos. Así las cosas, ¿qué hacer? Si la nada puede ser algo, la libertad es inorgánica: y pertenece a los pocos que tienen fuerza. Debemos tener algo que mirar en el futuro, y debemos actuar, y debe haber ley. Debemos tener ley... Si es necesario, una ley que nos aplaste: ser aplastados al menos es haber sido algo.

—Pero ¿es la ley precisamente lo que estás quebrantando!

—Nada que pueda quebrantarse es ley.

—¡Menuda tontería!

—¿Crees que estoy loco? ¿O esperas que lo esté?

Stella no respondió.

—Al menos no estoy atontado.

El orador se había conformado en algo más poderoso que la oscuridad: la espectadora padeció una interrupción de la memoria que le hizo imposible concebir no solo qué aspecto tenía en ese momento su cara, sino cómo había sido antaño. La voz parecía llegar desde una distancia polar; en sí misma, la voz le resultaba familiar, aunque con notas cada vez más espaciadas e intermitentes: era como si una corriente submarina, hasta entonces indetectable, siempre vedada e involuntaria, hubiera salido

a la superficie. Robert no hablaba deprisa, pero daba la impresión de que algo pasaba a la velocidad de la luz entre palabra y palabra. Entonces, por primera vez, Stella oyó su respiración, y se movió, y los sonidos del movimiento la impresionaron, recordándole que, después de todo, Robert estaba allí, en la habitación: oyó el sonido de sus pasos descalzos dirigiéndose con dudosa precisión a la ventana, y notó cómo las plantas desnudas de sus pies aplastaban la mullida y gruesa alfombra. Descorrió las cortinas. Aquel cielo de las dos de la madrugada estaba lleno de estrellas. El hombre recortado contra la escasa luz de los cristales pareció inhumano al combinarse con el orden de los astros: Stella, tras darse la vuelta en la cama, sin apartarse de las almohadas, también se quedó mirando el exterior, no abrumada sino con una especie de terror ante la posibilidad de sentirse abrumada por los espacios matemáticos que separaban aquellos puntos.

—Sí, lo sé —dijo Stella—, pero no todo es tan enormemente sencillo como eso.

Oyó —o creyó oír, entre las estrellas y ella— la vibración de un avión que cruzaba el cielo de Londres; pero el ruido, si en realidad había existido, se extinguió: nada interrumpía el silencio.

—De todos modos..., ven aquí conmigo un momento —le dijo a Robert—. O acércate.

Con movimientos incómodos y nerviosos, Robert volvió a sentarse a los pies de la cama.

—Te he dado toda la humanidad que tenía —dijo Robert—. No me lo discutas ahora, al final, o lo invalidará todo desde el principio. Tendrás que leerme de atrás hacia delante, desciframe. Tendrás años para hacerlo, si lo deseas. Por mi parte, serás la única persona en la que piense. Ya verás: quizá las cosas salgan de tal manera que demuestre que yo no me equivocaba. Pero odias esto, lo odias más que a nada, porque sientes que en esto no he estado contigo. No es cierto: ha habido una parte de ambos en todo lo que he hecho. ¿No te das cuenta?

Sin lágrimas, Stella dejó escapar una especie de lamento con los brazos cubriéndose la cabeza. Él esperó; al final, Stella exclamó:

—Bueno, pues dímelo ahora. ¡Si me lo hubieras contado todo...!

—No podía involucrarte. ¿Cómo iba a hacerlo? No era algo que pudiera imponérselo a otro. Era un juego demasiado importante.

—Que te encantaba.

Robert se quedó pensando y luego dijo:

—Sí. Lo que quiero decir, sin embargo, es que, como ha quedado demostrado al final, no era un juego seguro: di por seguro que te habría angustiado. Y, además, como comprenderás, no se trataba solo de mí. En una célula, cuando alguien empieza a hablar... No, ¿cómo habría podido decírtelo claramente?

—Habrías podido decírmelo aunque no fuera muy claramente.

De nuevo Robert se quedó pensando.

—A veces quise hacerlo.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo no? No ocurrió en momentos concretos, pero hubo veces en que me parecía imposible que, estando como estábamos, no supieras nada. No te he ocultado nunca mi desafección por todo esto: ¿nunca se te ocurrió que yo habría sido intolerable si no hubiera encontrado alguna manera, invisible u oculta, de tolerarme a mí mismo? Cuando me aceptaste pensé que, de alguna manera, aceptabas esa parte de mí. O eso pensé a veces, hasta el punto de descubrirme esperando a que me hablaras para hablarte. Cuando callabas, creía que era porque preferías el silencio. Y yo pensaba: sí, el silencio es preferible. ¿Para qué arriesgarse a una estúpida batalla de conciencias? Vimos la ley el uno en el otro... Otras veces, estaba menos seguro de que supieras nada. Pero no sabía que no sabías hasta que me lo preguntaste.

—¿La noche en que volví de Irlanda?

—La noche en que volviste de Irlanda.

—Pero entonces lo negaste rotundamente.

—No querías oír una respuesta que no podías aceptar. Esa noche me di cuenta de que no lo aceptarías.

—Te enfadaste conmigo.

—No es lo mismo ser sospechoso que considerar a alguien como lo que es verdaderamente.

—Esa noche me pediste matrimonio.

—Quería ver si tenías miedo.

—Tú tenías miedo.

—¿Te lo demostré?

—Se lo demostraste al día siguiente a Harrison. ¿Por qué siempre me dijiste que no lo conocías?

—No lo conocía; empecé a sospechar entonces quién era. Siempre había un señor x, y siempre tenía que ser *alguien*. Y resultó ser aquel tipo raro... ¿O sea que estuviste sonsacándome la noche en que estuvimos jugando con mi corbata?

Aquella pequeña imagen, junto con otras, le permitió a Stella separar las manos entrelazadas y echarse a llorar, tanto más desesperadamente por cuanto era un desperdicio desesperado derramar lágrimas al final. Ahora se trataba de contar el último minuto a medida que se transformaba en horas, la última hora mientras llegaba el día de mañana, que ya era el de hoy, y era una experiencia nueva para ambos. Todo el amor se detuvo en una punzante ilusión de paz, ahora que la paz no existía. El tiempo no vivido no era más inocente que el tiempo que habían vivido. Al pedirle que volviera a su lado, Stella había revelado el último instante de exaltación amorosa que podría sentir por él. Habían empezado a hablar en voz baja y apresurada, como si ya se acercara algo a la puerta.

—¿Por qué lo has hecho? —gritó ella—. ¿Por qué tenías que hacerlo?

—Por favor, Stella —dijo él con aspereza—, así no. ¡Me pones enfermo!

—¿Dónde encontraste esas ideas...? ¿Por qué?

—No las elegí: ellas me eligieron a mí. Y, en cualquier caso, no me pertenecen; yo pertenezco a esas ideas. ¿Preferirías que simplemente yo fuera su presa? ¿Que fuera simplemente un episodio? ¿Habrías preferido que no luchara en esta guerra?

—No, no, pero...

—¿No tengo entonces derecho a elegir mi propio bando? —Ella notó cómo Robert se estiraba en la cama y buscaba a tientas su mano junto a su cuerpo. Se la tendió, y él exploró con sus dedos fríos la mano tensa de Stella, el relieve de los nervios o lo que fuera que les diera la vida, para luego apartarla—. Ya tuve bastante —dijo— con entrar en acción en el bando equivocado una vez. Camino a Dunkerque: podría olvidar aquel horror, si no supiera cuál era su significado. Ese fue el fin de *aquella* guerra: el ejército de la libertad haciendo cola para que los trajeran a casa en barcos. Días y noches para pensar: ¿nadie se pregunta qué pasó con aquellos pensamientos que se pensaron entonces, o qué sería de ellos? El horror: ¿no entienden que de algo así no se vuelve? ¿Cuántos de nosotros creen que volvieron? Con nosotros, los heridos de Dunkerque, más les valdría no cruzarse.

—Yo no te conocí antes. Cuando te conocí, ya estabas herido.

—Lo contrario habría sido imposible. Nací herido, siendo hijo de mi padre. Dunkerque nos estaba esperando. ¡Menuda gente! Una clase media que no estaba en el medio, una raza sin país. Incompleta. Jamás arraigada. Y hay miles de nosotros, y seguimos reproduciéndonos. ¿Reproduciendo qué? Quizá te lo preguntas; yo me lo pregunto. No solo no tenemos nada a lo que agarrarnos, nada que tocar. No tenemos nada de donde sacar nada. Yo habría podido amar una patria, pero para amar hay que tener... Tú has sido mi patria. Pero has sido demasiado porque no eres suficiente. ¿Tenemos que ser lo que sabemos que hemos sido para nada? ¿Tenemos que ser nada fuera de esta habitación?

No hubo respuesta. Robert había vuelto a moverse: a regañadientes, se recostó con el cuerpo sobre las piernas de Stella.

—¿Has estado haciendo exactamente lo que dijo Harrison? —dijo Stella al final.

—Sí. ¿No puedes olvidarte de eso?

—No *podemos* olvidarnos de eso. ¿No has tenido miedo?

—¿De que me atraparan?

—Más bien..., de lo que hacías.

—¿Yo? No, todo lo contrario: esto acabó por completo con el miedo. Me purificó de mi padre, me concedió una nueva herencia. Al principio me lo tomé con calma: era asombroso intuir lo que podía ser la confianza. Saber lo que yo sabía, hacer que no se supiera lo que sabía..., déjame decirte una cosa: en ese momento todas las piezas encajaron a mi alrededor. ¿Algo personal? No, mucho más: cualquier neurótico puede buscarse un rincón donde conspirar. ¿Una salida? No, más que eso... ¡El camino! ¿Piensas que yo simplemente quería tomar el control?

—No creo creer nada.

—Bueno, pues no. Ese no es el caso. ¿Quién quiere hacer tonterías? Sentir el

control es suficiente. Es mucho más importante seguir órdenes.

—Todos seguimos órdenes. ¿Qué hay de nuevo en eso?

—Sí, no me extraña que les encante la guerra. Pero no me refiero a órdenes; me refiero a *una* orden.

—Así que estás con el enemigo.

—Naturalmente..., ellos son el enemigo; nos están enseñando el rostro de lo que será la conclusión final. Ellos no durarán, pero la conclusión sí.

—Me cuesta creerlo.

—Podrías.

—No es solo que sean el enemigo, sino que además son espantosos: falsos, inconcebibles, grotescos.

—Ah, *ellos*, ¡claro! Pero juzgas a los enemigos porque piensas en cómo son. Y al nacer, recuerda, todo es grotesco.

—También ellos tienen miedo.

—Por supuesto: han empezado todo esto. —Se incorporó con impaciencia, como si un pensamiento resurgiera en su interior con su potencia original—. Quizá no te guste, pero es un nuevo amanecer. Un nuevo día en nuestra escala.

Instintivamente, ella miró primero hacia la ventana, luego observó el reflejo de la ventana en el espejo: a sus ojos asustados, tanto la realidad como el reflejo parecieron más pálidos. Todos los temores se condensaron en aquel irrefutable instante: tembló casi sin sentirlo entre las sábanas. Entonces, durante todo aquel tiempo, ¿el problema había sido el terror a lo ajeno? Allí estaba ahora el miedo, respirando sus últimos minutos, los últimos minutos de Robert, tendido a los pies de la cama. Puede que tuviera razón y que ella no hubiera podido amarlo si él no llevara dentro la capacidad de amar, pero la manera en que él negaba todo lo instintivo parecía ahogar definitivamente el amor. Compuesta de rocas y piedras y árboles —¿qué otra cosa es una mujer?—, ¿no se sentía todo aquello con más intensidad en la sumisión de un abrazo?

—No..., pero ¡no puedes decir que no existe un país! —gritó, incorporándose. Había recorrido cada centímetro de aquel país con él, incluso cuando no iba con él. De ese país no sabía qué era espacio, qué era tiempo. Pensó en las hojas de otoño crepitando al ser barridas por el viento, en la cristalina mañana de un Londres en ruinas, cuando se despertó frente a su rostro; vio una calle tras otra en el crepúsculo, el brillo de la luz primaveral que corría en el agua hacia los puentes donde ella esperaba, los vulnerables ojos de Louie que conservaban estúpidamente un trozo del cielo en su interior, la terrosa boca abierta de la tumba del primo Francis y las flores de estambres rosados que brotaban en los castaños aquel melancólico día de mayo, y el sendero asfaltado que conducía al campamento de Roderick, agrietado por la hinchazón de la tierra, parecía respunteado de hierba nueva. No pudo recordar nada anterior, todo había tenido aquella intensidad, y, sin embargo, solo habían estado enamorados dos años. Le resultaba increíble que, en ese periodo, no se hubieran

empapado de la virtud que los rodeaba, *la* virtud específica del lugar donde se encontraban; no había sentido menos esa virtud cuando no estaba con él, o donde él no estaba, donde nunca había estado, y donde tal vez no estaría jamás: gracias a él, todo cuanto ella había visto u oído se iluminaba con alegría. Dentro del círculo de la guerra, se habían desplazado muy poco —nunca habían cruzado el mar juntos, rara vez salían de Londres—, de manera que allí residía la Naturaleza, en las miles de fluctuaciones de un país de piedra. Era imposible que debiera honrarse menos a la población, a los demás, que a los árboles durante un paseo.

Durante todo ese tiempo, en cualquier caso, él había avanzado a contracorriente. El valor guerrero de un pueblo al convertirse en un *pueblo* le había parecido irrisorio; había despreciado el flujo sanguíneo de las multitudes, la extraña y animal unidad mental de la gente y aquella especie de avalancha de lava humana. Hasta la plúmbea falta de entusiasmo, vulgar y común, compartida por todos, lo había irritado; sin embargo, la impaciencia, las esperanzas, la repetición de preguntas incontestables y los rumores..., esas desviaciones sin duda las había medido con ojo calculador. ¿Y las frases entrecortadas del locutor que escapaban por aquella ventana a la hora del noticiario o los titulares de última hora garabateados en los quioscos de periódicos..., qué nervio, qué nervio enfermo habían tocado en él, sabiendo lo que sabía, haciendo lo que hacía? Despreocupadamente, más despreocupadamente que los demás, que hacían lo mismo, al ir con ella por la calle habría registrado un titular con el rabillo del ojo, sin interrumpir siquiera la conversación, con un titubeo tan ligero en su zancada irregular que, al atardecer, Stella solo lo notaba porque iban del brazo. Ahora Stella vio su sonrisa como una sonrisa dispuesta a la risa abierta.

Le parecía que Robert había sido el Harrison.

—Estás enfermo —dijo ella—. ¿Cómo te atreves a decir que yo fui parte de lo que hiciste? Cuanto más lo entiendo más me repugna. ¿Estás decidido a ser de los que van ganando?

—¿Estás pensando en tus hermanos? ¿Piensas que el honor, que a ellos les bastó, tendría que bastarme a mí? Me encantan tus alegres fotografías. Ellos tuvieron suerte de morir antes de que se rompiera la ilusión: esta no es una guerra de trovadores, Stella. Se llevaron consigo lo que tenían: eran el objetivo. Pero, acéptalo, tenemos que seguir viviendo en un mundo que, con respecto a todo eso, está más muerto que una piedra. A lo mejor en ti perdura una chispa de lo que se apagó en otros lugares. ¿Quién sabe? Tal vez te he amado por eso. Me incendiaste con tu amor. No discutas ahora en qué dirección va el fuego. Nunca han soplado tantos vientos como los que soplan hoy en día, ni en tantas direcciones.

—Roderick puede morir.

—No lo creo —respondió él mecánicamente.

—Ah, ¿tan pronto acabará todo? ¿Tan pronto llegará el final?

Él miro la faz luminosa de su reloj y dijo:

—Yo ya no formaré parte de la victoria, supongo, ¿no?

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Tengo la duda.

—Tú y yo nos conocimos el año que cayó Francia. ¿Qué nos espera aquí, a todos los que estamos aquí? A estas alturas, es obvio que no va a haber una invasión. ¿Entonces..., qué? ¿Algo peor? ¿Qué final?

—No soy quién para decirlo.

—Dices que sabes lo que sabes.

—Pero es todo lo que sé —dijo Robert—. ¿Adónde vas?

Stella se había levantado, había recogido del suelo su bata acolchada y se la estaba anudando sin mucha destreza a la cintura. Sin responder, tanteó la puerta, giró el pomo como por casualidad y pasó a la otra habitación. Encendió una lámpara, pero luego se apartó de ella, cubriéndose los ojos con los dedos. Después se volvió y cerró la puerta para que la luz no saliera por la ventana de la otra habitación, donde Robert había descornado las cortinas. Tan hondo había calado en ella la idea del delito que cualquier contravención de la orden de mantener todas las luces apagadas durante la noche le parecía punible y digna de la pena de muerte: aquella luz en su ventana bien podía ser la señal que Harrison hubiera estado esperando, acaso apostado cerca de la casa gracias a su capacidad para estar en múltiples lugares a la vez... —así lo imaginaba ella—. Dado que Robert era quien Harrison había dicho, Harrison debía de ser quien decía ser: era bueno estar segura de algo, pensó mientras caminaba de un lado a otro de la sala, frotándose las palmas heladas. Dentro de la habitación la hora era incierta: Stella contempló todo cuanto la rodeaba presa de un insoportable vacío mental.

Era tan imposible permanecer lejos de Robert como estar junto a él: se detuvo delante de la fotografía. Robert tenía razón: no había ningún parecido de familia, sus hermanos no habían dejado huella alguna. Los habían convertido en héroes cuando las cosas eran más sencillas. Los héroes eran criaturas de una simplicidad ya olvidada, decía Robert. Pero ¿no habían dejado *ninguna* huella, al menos en el asco que Stella sentía ante todo lo que había estado haciendo Robert? Vender la patria... Stella miró la fotografía que descansaba sobre la repisa de la chimenea, era una fotografía del hombre que se encontraba en la otra habitación, la imagen en blanco y negro de lo que para ella se estaba disolviendo para siempre en los rasgos del amor. Y por otra parte, ¿qué contenían aquellos rasgos? Inspiración retorcida, una especie de energía feroz, romanticismo exaltado con demasiada frecuencia. Era el rostro de un perturbado. Robert tenía razón: el tiempo es lo único que diferencia a los hombres en su nacimiento. Tenía razón: ni a ella ni a sus hermanos les correspondía juzgarlo.

Puso la fotografía de cara a la pared, para intentar imaginar una vida sin Robert. Cuando vio el revés blanco del marco, el hielo se rompió bajo sus pies: tuvo que aferrarse a la repisa hasta que se estabilizó el latido de su corazón, que palpitaba con tal violencia que parecía recomenzar cada vez que se calmaba con una cruel y nueva fuerza acumulada. Intentó decir: «¡Robert!», pero no le salió la voz. Miró hacia la

puerta: era increíble que una persona tan amada siguiera detrás de ella.

La puerta se abrió. Su silueta se recortó contra la oscuridad, vestido con la bata que había utilizado Roderick la última vez que estuvo allí.

—¿Sí? —dijo. Y luego, al ver que ella no le contestaba—: Me pareció que me habías llamado.

Cayeron uno en brazos del otro.

Si alguien dio un paso en aquella calle de casas dormidas, era imposible que lo oyeran esos dos seres ocultos en la penumbra. Las filas de ventanas reflejaban un cielo cada vez más pálido y cualquiera que estuviese apostado en silencio en la calle habría comprobado que todas eran iguales: era dentro de la habitación donde los ojos se habían cerrado al mundo. Tras de ellos, la fotografía, inclinada de un modo extraño y poco habitual, resbaló al final hacia delante y luego cayó al suelo; pero Stella tardó en reaccionar. Sus manos, apoyadas en los hombros de Robert, se deslizaron lentamente por sus brazos.

—No tendría que haberte dejado venir aquí.

—Tenía que venir.

—Es el primer sitio donde...

—Aun así, tenía que venir. Anoche, en Holme Dene, sentí el terror de no volver a verte. Apenas entré en la casa, tuve esa impresión, y todo pareció desmoronarse cuando sonó el teléfono. Hasta entonces solo había sabido que estaba en peligro: nunca lo había sentido. Debe de haber sido el efecto de la casa, ¡de esas mujeres! Menudo lugar para que a uno lo apresen, para que se lo lleven..., ¡que fueran esas caras, las caras de esas mujeres, las últimas que viera! Nunca había imaginado que me pudieran arrestar. Y entonces lo imaginé de esa manera... No solo me pareció la única forma en que podía ocurrir, sino que llegué a pensar que era absolutamente imposible que no ocurriera: porque allí estaba la escena final, preparada. Mi madre había estado esperándolo. ¡Lo deseaba! Pensé que ellas me habían tendido la trampa, para que no pudiera volver a verte. Nunca les convino que yo fuera hombre.

—¿Entonces se dieron cuenta?

—No lo sé. Puse nerviosa a Anne.

—¿Anne? Pero pensé que había sido por la noche, tarde.

—Bajó de su habitación.

—Pobre Anne. Pero cuando regresaste a Londres, ¿por qué no viniste a verme? Venir ayer no habría sido más arriesgado que venir hoy.

—Era imposible. Mira lo que le hice a Anne. No podía venir a verte en ese estado. Me tranquilicé caminando. Si me seguían, los hice correr bastante, pero no creo que fuese el caso.

—¿Toda la noche?

—No. En un momento pensé: «¡Al diablo!», y volví a casa, no sé ni a qué hora y me puse a dormir; seguramente necesitaba dormir, porque esta mañana, tras darme un baño, tomar café y afeitarme, todo me parecía una alucinación.

—Sabías que no lo era; sabías que podía no serlo.

Robert dio unos pasos y se tumbó en el sofá donde había dormido Roderick. Metió una mano en el bolsillo de la bata, el bolsillo en el que Roderick había encontrado el papel, echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando al techo.

—Lo que he estado haciendo no es una locura —dijo—, pero puede generar un tipo de locura: te proporciona un exceso de seguridad. Te sientes protegido. El peligro no tarda en perder su olor característico: eres consciente de que está presente, pero solo porque sabes que debe estar ahí. Sabes que lo suyo es cambiar de ángulo, y lo observas; pero no parece renovarse ni renovar la fuerza con que te acecha; todo lo contrario del amor. Para cuando te das cuenta, el peligro solo es una abstracción. Y, además, cuando el peligro es inherente a lo que uno hace, llega a parecer una característica de uno mismo, una especie de peculiaridad que uno conserva y utiliza. Ser un hombre con un secreto es como ser una especie de famoso al revés: uno se acostumbra a que nadie te conozca realmente... Sí, por supuesto, siempre supe que, en teoría, había otras personas maquinando contra mí. En resumen, debía andarme con cuidado; y he tenido cuidado. ¿Cuidado...? Llegué a hacerlo sin pensar, sin descanso, día y noche. Nunca he bajado la guardia, ¿no?

—Por lo que yo sé, no —dijo ella, sentándose en una silla en medio de la habitación.

—Eso me parecía. Y sin embargo, al mismo tiempo..., durante todo este tiempo, se me hacía cada vez más inconcebible que *esto* fuera a suceder. Dirás que perdí el sentido de la realidad. En un punto tendrías razón: solo podía hacer lo que he estado haciendo si me esforzaba con tal intensidad que para mí no existiera otra cosa más que eso. Podría hacerse de una manera mejor, y de hecho se hace; pero yo no puedo hacerlo así. Para hacerlo como es debido, quizá esto haya que hacerlo por dinero. ¿Deberían desconfiar del hombre al que no es necesario comprar? Actué, *creí* actuar, a sangre fría; pero, al parecer, no era tan fría como hacía falta... o se entibió. Nada de fascinación, una incapacidad absoluta para dejarse fascinar por nada: esa debería ser la prueba para emprender una tarea como la mía. Sí, y habría que excluir a cualquiera que buscara una respuesta. Es evidente que tiene que haber algo inestable en un hombre que se meta en algo como esto porque sí, o por su propio beneficio. Si fuera solo un peligro para sí mismo, no importaría; pero importa. Lo sabrán... Me pregunto qué hice mal..., qué pasé por alto.

—Puede que se haya producido otro error, en alguna otra parte. Un error de otras personas. Decías que hay otros, ¿no? Alguien con quien te hayan visto.

—No deberían haberme visto. ¿Y Harrison?

—Si me acostaba con él, habría podido sacarte de este lío.

—¿Qué? ¿Eso dijo? Naturalmente, lo diría. ¿Intentaste...?

—Pensé que lo haría la última noche que estuve con él, pero me mandó a casa.

—Lo dejaste para el último momento —comentó Robert, mirándola abstraído.

—No le creía.

—¿No?

—Hasta la última noche no me decidí. ¿Por qué? Porque me acusó de haber hecho lo que me había advertido que, por tu bien, no hiciera: contártelo. Le pregunté por qué creía que te lo había contado, y cuándo. Me dijo que no lo creía, que estaba seguro. ¿Cómo? Porque te había visto hacer exactamente lo que había dicho que harías si yo te advertía, y lo habías hecho inmediatamente. Te delataste. Al parecer, al día siguiente cambiaste algunos detalles en tus rutinas; cambios que solo se deberían a una momentánea pérdida de valor. Así que, al vigilarte, descubrió que te sabías vigilado. Se mostró dispuesto a decirme incluso cuándo te había advertido; y le contesté que me lo dijera. La noche que volví de Irlanda, me contestó. Ahí me di cuenta.

—Ya veo. No es tan estúpido, ¿verdad? Se diría que me conoce. ¿Cómo es?

—Cada vez tengo menos idea.

—Me pregunto cuánto le pagarán. Dadas las circunstancias, no mucho; a ninguno de esos le pagan mucho; como contrapartida, están en el bando más seguro. Pero, en fin, por lo que sabemos, vale lo que le pagan... A mí me parece un loco que va a terminar estrellando la cabeza contra la pared. Quiero decir..., ¿cómo se le ocurre acercarse a ti de ese modo? Corrió un riesgo enorme. ¿Qué te impedía denunciarlo?

—Supongo que me conocía también a mí.

—Aun así, era perfectamente posible que lo hicieras, y eso habría sido su perdición.

—Sí, pero me dijo que también sería la tuya.

—¿Tienes cigarrillos por aquí? —preguntó él de repente—. He dejado los míos en la cama.

Stella se levantó para mirar sin convicción en la caja: habitualmente no guardaba cigarrillos allí, pero esa noche encontró dentro una cajetilla de Players. Solo pudo pensar que Harrison debía de haberlos olvidado cuando pasó a buscarla, y que la mujer de la limpieza los había guardado en la caja esa mañana. Tras sacudir la cajetilla para asegurarse de que no era un truco, se acercó al sofá, donde Robert encendió uno para ella y otro para él. Aspiraron el humo, mirándose tranquilamente, sin decir nada. Tendido cuan largo era, flaco y bizantino con aquella bata, Robert dejó caer una mano en la rodilla de Stella cuando se sentó en el sofá, a su lado. En un momento dado, volvió la cabeza hacia la ventana que daba a la calle: tenía las cortinas descorridas, pero de todos modos no se oía nada.

—¿Tú qué eres, entonces? —preguntó ella por fin—. ¿Un revolucionario? ¿O un contrarrevolucionario? ¿Crees que las revoluciones dominarán el mundo? Hubo un tiempo en que, con cada una, parecía producirse un avance. Tú crees que ya no, ¿verdad? Crees que con cada revolución, primero se pierde lo ganado y después se pierden más cosas. ¿De manera que la revolución que ahora se acerca podría ser la convulsión más grande de la historia, aunque sea la menos revolucionaria de todas? Y sin embargo nadie puede quitarse de la cabeza la idea de que *algo* se acerca. ¿Cuál es

el estado actual del mundo, entonces...? ¿Un embarazo psicológico?

—No.

—No, ya sé que no piensas eso, o de lo contrario no habrías... ¿Sabes una cosa, Robert? Para ser alguien que ha *hecho* algo tan dramático, hablas de manera muy vaga. Locuras e imaginaciones. A lo mejor, mis sentimientos se meten en medio. Pero para mí es como si hubiera algo que nunca me has dicho.

—Es la primera vez que hablo del tema.

—¿Nunca hablaste con los otros, con los que están en esto contigo?

—¿Crees que nos reunimos para intercambiar ideas?

—En todo caso, lo habrás pensado.

—En todo caso, lo he pensado mucho. Cada vez más, lo único que se hace es pensar, porque cuando se dice que no se puede hablar es que no se puede hablar nunca. Lo que te aísla está también aislado. Crea una tensión que, en cierta manera, esperas que se rompa sola, porque no la puedes romper tú. No sabes dónde empezó el pensamiento; da vueltas sobre sí mismo. El habla tiene que empezar. ¿Dónde? ¿Cómo voy a saber hablar, después de tanto pensar? Uno nunca es bueno la primera vez que hace algo. ¿Qué es lo que no te he dicho?

—No lo sé. Tal vez falta algo.

—¿Cómo puedo saber qué le falta a mi propio pensamiento? Estoy comprometido con él. ¿Qué quieres, entonces..., que te cuente los detalles concretos?

Ella pareció insegura, negó con la cabeza y matizó:

—Pero siempre hay algo en esos detalles... —Avergonzada por la ingenuidad de la pregunta, dijo—: ¿Tú trabajas para el enemigo porque piensas que está en posesión de algo? ¿Qué?

—Están en posesión de algo. En esta guerra se lucha por un montón de tonterías que ya están decididas de antemano. La guerra se acabará cuando uno de los dos bandos gane; pero solo si ganan ellos se acabarán las tonterías. Ya no quiero hablar más. Bueno, ¿hay algo que aún no haya dicho?

—Aún no lo sé —contestó Stella, cogiendo la colilla del cigarrillo de entre los dedos de Robert—. No importa.

—No, no importa, cariño.

—Ojalá pudiéramos dormir —dijo Stella.

—Pero... ¿qué piensa hacer Harrison? —preguntó Robert de pronto, con el tono de alguien que pregunta algo que sabía o que debería saber pero ha olvidado—. ¿Qué intenciones tiene? Hace un momento dijiste algo: repítelo... Al final, lo único que pretende es tenerte. No lo entiendo.

—No entiende por qué no podemos llegar a un acuerdo; a él le parece un trato justo y está obsesionado con el tema..., o lo estaba. Pero no se me ocurre qué espera sacar de todo esto. Dice que sabe lo que quiere; supongo que quiere lo que no conoce. Le gusta esta casa —dijo Stella, mirando alrededor su bonita habitación muerta—. Le gustan los ceniceros, por ejemplo: siempre está toqueteando las cosas. A lo mejor es

eso: quiere vivir aquí.

—¿Vivir contigo?

—Vivir aquí conmigo. Cuanto más incómodo está, más contento parece. No entiende que pueda plantearse ninguna objeción a su plan, ni entiende cómo yo puedo plantearla. Y la cosa no termina ahí: está convencido de que te estoy jugando una mala pasada al decirle «no» a él, o, en cualquier caso, al no decirle «sí». Parece que te tiene bastante aprecio.

—Supongo que es posible.

—Siempre te tiene presente: le resulta inconcebible que un hombre no prefiera su inmunidad a cualquier mujer: borrón y cuenta nueva para hacer lo que le plazca. ¿Cómo no voy a preguntarme si a lo mejor no está en lo cierto? Al mismo tiempo, salta a la vista la contradicción: cada vez que aparece, él mismo pone en riesgo su propia seguridad a cambio de tenerme... Ahora me doy cuenta: yo debería haberme aprovechado de esa circunstancia. Pero desde un principio me dejó muy claro que eso tenía que significar el final de lo nuestro, absolutamente. ¡Si hubiera estado segura! ¡Si hubiera estado segura! Anoche, cuando *estaba* segura... Pero entonces se dio media vuelta y me mandó a casa.

—Ojalá supiéramos por qué. ¿Sospechó algo?

—Yo había herido sus sentimientos.

—Tonterías. Seguro que tenía otra cosa que hacer.

Stella permaneció en silencio.

—¿Te mandó a casa desde dónde? —dijo él, mirándola inquisitivamente—. ¿Adónde habías ido con él? ¿Dónde estabas?

—¡No lo sé, Robert! —protestó ella, y se deslizó distraídamente por el sofá para arrodillarse a su lado—. No lo pregunté. Ese restaurante podría estar en cualquier parte; incluso una chica a la que conocimos allí creía estar en otro sitio. Desde el principio yo estaba nerviosa por una llamada repentina de Roderick; pero si hubiera tenido idea de qué se proponía Harrison, habría mantenido la calma: sé mantener la calma. Y, además, ¿qué crees que me encontré al regresar aquí, después de que me mandara a casa? Pasé la noche preguntándome qué pretendía ese hombre, qué habría o no habría hecho si yo hubiera actuado de un modo diferente, y qué haría a continuación. Me quedé aquí, sin saber si había tenido intención de detener todo el asunto, sin saber si en realidad había estado en su poder hacerlo; dudando si lo habría podido hacer antes, cuando me vino a contar toda la situación, o si ya no lo estaba. Me quedé aquí, preguntándome qué habría estado haciendo en los dos últimos meses, y si el hecho de que yo siempre contestara con evasivas y anduviera con rodeos lo había enfadado más de lo que dejaba ver. Dudaba si el haberme rechazado de plano significaba que, por inquina, había decidido dejar que las cosas siguieran su curso. Dudaba si lo que Harrison había decidido realmente importaba o no, o si había importado antes. Me preguntaba si, sabiendo que las cosas seguían su curso, con independencia de lo que estuviera en su mano, Harrison querría salvar las

apariencias. A lo mejor, la fascinación que le despertaba este asunto residía no tanto en mí como en sí mismo y en su capacidad para manipular las vidas ajenas. El amor unilateral va en contra de la naturaleza: hay algo vicioso y pervertido en ese sentimiento. En todo caso, Harrison habría interpretado mi «sí», en *ese* punto, solo de una manera: como que cedía a su chantaje, no a sus sentimientos. No es que fuera a negarse a romper un trato —si yo era suya, seguridad para ti—, pero ¿qué valor tendría para mí después si yo supiera que era incapaz de cumplir lo que había prometido? Muy poco, poquísimos, nada... Pero luego volví al principio: sí, había herido sus sentimientos. Si no puedes concebir sus sentimientos, no puedes concebir cómo es. A fin de cuentas, por eso es un hombre peligroso.

Stella se volvió, sentada sobre la alfombra, junto al sofá, y se abrazó en los pliegues acolchados de su bata y hundió la cara en los cojines apilados bajo la cabeza de Robert. Él siguió mirando el techo, con la tranquilidad de alguien decidido a no moverse ni un momento. Ella, con una voz apagada, concluyó:

—Así que ya ves, no sé en qué quedaron las cosas entre nosotros...

—¿Cómo? No te oigo.

—No sé en qué quedaron las cosas entre nosotros —repitió ella.

En sus labios, aquella expresión adquirió un tono familiar: vaga, social, sin excesiva importancia. Robert había perdido la cuenta de en cuántos contextos la había oído. Aparecía al caer la noche, al final de muchas relaciones, o al agotarse las relaciones; o como la explicación de por qué muchas relaciones, ahora que Stella se refería a una de ellas, no tenían final. Siempre quedaban cosas en el aire, y ella había pronunciado esa expresión con una cierta entonación de fatalismo, de remordimiento fugaz, pero verdadero. De nuevo había perdido el norte: «No sé en qué quedaron las cosas entre nosotros». Aquella pequeña expresión inútil, mezcla de aburrimiento e inquietud, se había vuelto convencional y vulgar; pero, al mismo tiempo, era una especie de convención o código para amantes, al que el uso había dotado de sustancia y algunos rasgos de cariño. Stella la había dicho muchas veces, y de nuevo la utilizó aquella noche, pero la monstruosa, vital desproporción entre el contexto de ese momento y los demás no destacó tanto como habría sido natural. La voz de Stella no emitía sonidos, y por tanto ella no se sentía real, y le daba la impresión de ser mucho más invisible que en cualquier otra ocasión. Eso fue suficiente para que Robert se echara a reír.

Se echó a reír como habría podido echarse a llorar, vuelto hacia ella con el codo hundido en los resbaladizos cojines. La risa repercutió en todo su ser, agitando de manera irregular su cuerpo, convirtiendo su rostro en una máscara de ojos cerrados y labios retorcidos, y sacudiendo el resto de su persona en una especie de armonía desesperada, a causa de la situación y la risa que Stella le provocaba. El sofá se agitó; Stella se aferró al borde curvo como si estuviera en medio de un vendaval.

—Pero... —protestó Stella—, ¿qué pasa? ¿De qué te...?

Sin soltar el sofá, estiró la otra mano; de inmediato Robert la cogió de la muñeca

y se la acercó al pecho, de tal manera que creó una especie de circuito para la risa o el dolor. Casi obligada, ella también se echó a reír, aunque con cierta rebeldía, perplejidad e incertidumbre: solo al apoyar su mejilla en la de Robert, como para mitigar la risa o para obligarlo a contarle de qué se reía, lo comprendió. Entonces se echó a reír de buena gana.

—Ya entiendo —admitió, inspirando una bocanada de aire—. Ya veo cómo ha sonado. Pero te juro que fue así.

De inmediato Robert dejó de reírse.

—De todos modos, te puse en una situación muy difícil. —De un salto se levantó del sofá—. En fin, tengo que vestirme.

—¿Ya te vas? —dijo ella sin entusiasmo—. Pero puede que haya alguien fuera. Tenemos que pensarlo.

—Lo he estado pensando. He oído pasos.

—¿Cuándo? —preguntó ella, acariciándose su mechón blanco.

—De vez en cuando.

—¿De vez en cuando, dices? —Se acercó a la ventana y se detuvo, con la cara blanca contra la cortina blanca, y le replicó—: Yo no he oído nada... Y si hubieran sido los pasos de Harrison, me habría dado cuenta; de hecho, los habría sentido antes de oírlos. Me pregunto...

—¡Stella, no toques la cortina!

—No tenía intención de hacerlo.

—Creí que sí.

—Querría... Querría romper la ventana y encender todas las luces. Me enfurece pensar en él. Querría decirle: «¡Sí, estamos aquí, juntos! ¿Qué te creías?».

—Si está ahí abajo, está precisamente por eso. ¿Crees que le resulta muy grato, con lo que tiene en mente?

—Lo único que debe importarnos es lo que tenemos en mente nosotros —contestó Stella, alejándose de la ventana.

—No pienses —dijo Robert, encogiéndose de hombros. Tenía la ropa en una silla, y había empezado a vestirse con premura. Stella, de brazos cruzados, permanecía apoyada contra una esquina de la chimenea, mirándolo absorta y como sin verlo.

—Podrías salir por atrás —sugirió de repente—, por el sótano, hasta el jardín. Está rodeado de muros, pero no son muy altos. Y hay vigilantes, pero estarán dormidos.

—Si hay alguien en la puerta de la calle, seguro que habrá alguien en la parte de atrás —dijo, vistiéndose tan mecánicamente que parecía no importarle.

—No: eso dependería de quién esté en la puerta principal. Si es Harrison o no.

—¿Por qué?

—Él está enamorado. Aquí vivo yo. Puede haberte seguido. Puede haber tenido sus razones particulares para vigilar el edificio. A la gente le gusta torturarse.

—Eso no cambia el hecho de que él es quien es.

—¿Quién es quién? Una pandilla de locos, enfrentados, deshaciendo unos lo que hacen otros. Tú actuaste como un loco al venir aquí. Por teléfono, tan claramente como pude, te dije que no vinieras, que no vinieras de ninguna manera.

—Pero me esperabas.

—Esperaba que te pusieras en contacto conmigo de algún modo, para decirme dónde podíamos encontrarnos. Habríamos podido encontrarnos en alguna otra parte.

—Si de verdad me siguen, da lo mismo adónde vaya. ¿En alguna otra parte...? ¿Dónde? ¿En una esquina?

—Habríamos podido hablar.

—Sí, habríamos podido hablar. Pero ¿qué crees que pensé en casa de mi madre? Que no volvería a estar en tus brazos. ¿Y qué crees que quería hacer? Eso. Eso, y luego contártelo todo. Porque... sí, en casa de mi madre también caí en la cuenta de que solo te había dejado sitio para la duda, para oír, para no creer, para tener que creer, para no saber por qué. Así que vine para contártelo todo. Vine para contártelo, y lo habría hecho incluso aunque no me hubieras preguntado. ¿Por qué no te lo conté antes? ¿Cómo iba a saber que al contártelo no lo perdería todo? Mejor el amor en la ignorancia que ausencia de amor con conocimiento.

—Pero tal vez habrías podido conservar lo otro.

—¿Sí? Esta noche, tal vez, sí. Pero puede que en mi vida haya algo demasiado grave como para que quieras saberlo. Puede que haya algo que no debe saberse, con cuyo peso no se puede vivir, y con lo que no se puede amar. ¿Cómo sabríamos dónde debían terminar las confesiones y guardar silencio si no sabíamos que este iba a ser nuestro final? Mejor decirnos adiós al principio de esos momentos que nunca tuvimos, pues así nunca terminarán; mejor aún, Stella, si puedes recordar lo que nunca ocurrió y revivir con más intensidad los momentos que nunca tuvimos. Ahora tengo que irme —añadió ya vestido, y echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no olvidaba nada. Ella recordó algo, recogió su bata y le dio el mechero que estaba en el bolsillo. Robert se corrigió—: O, más bien, tengo que intentar irme. Quiero escapar, en serio quiero hacerlo. Mis ideas, ya lo sabes, son demasiado buenas para morir por ellas: es necesario que sigan vivas. ¿No me dijiste una vez que había una salida por los tejados?

—Sí, por el tragaluz del rellano; ha estado cerrado desde que vivo aquí, pero me enseñaron cómo se podía salir en caso de incendio. Hay una escalera de mano que se baja con una polea. Seguro que la has visto muchas noches, Robert.

—Enséñamela.

—Pero... —balbuceó Stella, sin poder evitarlo.

—Bueno, ¿qué? —protestó Robert, dándose la vuelta.

—No estamos seguros. A lo mejor Harrison no ha abierto la boca. Puede que nada de esto sea cierto.

—En ese caso, nada se pierde. ¡Qué divertido, salir por el techo! O no pasa nada o me cazan. No creo que no pase nada. Tenías razón: no debería haber venido; debería

haber pensado en ti. ¿Qué otra cosa podría ocurrir sino esto? No tengo más tiempo; me vigilan y saben que soy consciente de que me vigilan. Lo sabes mejor que yo: sé razonable. Piénsalo todo lo que quieras, pero por el amor de Dios, déjame salir mientras aún es de noche. ¿O quieres que me atrapen?

—Pero ¿no habrán pensado en todo lo que pensemos nosotros?

—Sí, tendrán en cuenta todo. ¿Por?

—Podría haber alguien en el tejado.

—Los tejados tienen una gran ventaja: hay una manera muy sencilla de bajar.

Ella permaneció quieta dos o tres segundos y luego dijo:

—El techo es muy empinado. Ojalá pudieras mover esa rodilla.

—Ojalá. Nunca hemos bailado, por ejemplo... Si por cualquier circunstancia todo esto acaba mal, no me habrías deseado otro final, ¿verdad? Sabes que, llegado el caso, solo hay una solución, una alternativa...

—También podrías afrontar las consecuencias...

—Podría. Pero ¿debería hacerlo? ¿Te avergonzarías de mí? No, mientras yo no me avergonzara de mí mismo... Pero de todos modos... sería un escándalo, Stella. Piénsalo: ¡que escándalo para ti y para todo el mundo!

—Sería un golpe muy duro para Ernestine —dijo Stella, apartando la mirada, mientras pensaba que siempre nos ocupamos de no ofender a las peores personas y a las más mezquinas.

—Puede que no haya nadie en el tejado: cincuenta por ciento de probabilidades. Sigo pensando que de alguna manera... lo conseguiré. Huiré por el tejado.

—¿Tienes idea de por dónde bajar? —preguntó Stella, dejando escapar su voz natural, con un alegre tono de curiosidad repentina.

—Voy a huir por el tejado —repitió Robert—. No voy a salir corriendo; dime adiós.

—Entonces..., vamos —dijo Stella, tras un leve suspiro—. Bajemos la escalera de mano.

Salieron aprisa al pequeño vestíbulo del apartamento, encendieron la luz de la escalera y empezaron a desenrollar la soga de la polea de la escalera de mano, que, girando sobre su bisagra, descendió lentamente bajo el tragaluz pintado de negro. Robert levantó la vista. «Ahora lo comprobaremos», dijo. Subió los peldaños tan rápidamente como le permitió el movimiento envarado de su rodilla rígida y luego golpeó con el hombro el tragaluz, que se abrió: después, descendió los peldaños necesarios para poder besarla.

—Cuídate —dijo apresuradamente—. Ahora apaga la luz y entra en el apartamento; y cierra la puerta.

Stella apagó la luz y, en la oscuridad, dijo:

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Stella entró en el apartamento y cerró la puerta.

En la calle se oyeron por primera vez... no tanto unos pasos, sino más bien como los tropiezos trastabillados de una persona que lleva mucho tiempo de pie y tiene que cambiar de posición.

Capítulo 16

La oscuridad de la madrugada, que ocultó la caída o el salto de Robert desde el tejado, no se había disipado aún cuando llegaron las noticias: los aliados habían desembarcado en África del Norte. No se hablaba de otra cosa. Ni se mitigó el entusiasmo cuando se dio a conocer el parte del día que había dado Montgomery al VIII Ejército —«hemos aplastado a los ejércitos alemán e italiano»— y recorrió al amanecer las calles de Londres. Hubo un victorioso repicar dominical: a lo largo y a lo ancho del país los campanarios rompieron el silencio. Pero el tañido de las campanas no fue tan extraño ni trascendental como se esperaba: al fin y al cabo, eran las mismas campanas de antes, girando, esforzándose, buscando inútilmente una nueva nota en el aire. En las ciudades, solo destacaban los espacios silenciosos donde no quedaban iglesias en pie. Al principio, la invitación al regocijo consiguió que unas cuantas personas salieran a las calles sin sol de aquella mañana de noviembre, como si los tañidos y los redobles fueran un espectáculo que podrían ver pasar: durante algunos instantes, los ojos creyeron percibir un brillo especial. Pronto, sin embargo, incluso antes de que las campanas alcanzaran el punto culminante, la gente fue dándole la espalda a la ilusión, bien porque esta ya había empezado a desvanecerse, bien porque sabían que acabaría desvaneciéndose. De nuevo todos volvieron a sus casas, y se cerraron puertas y ventanas.

Louie había esperado aquel tañido de campanas con entusiasmo desde que se había enterado de que repicarían, pero, llegado el momento, le sonaron falsas, y las escuchó sin emoción. Para emocionarse, debería haber oído las campanas de su pueblo, las campanas que resonaban desde Seale Hill hasta las marismas y el océano. Aquella mañana, temprano, Connie había interceptado los periódicos dominicales al irse al trabajo; por consiguiente, Louie no tenía ninguna indicación de cómo debía sentirse: buscó refugio en las calles, mirando en una y otra dirección con la esperanza de que la multitud se dirigiera a alguna parte concreta. El resultado de aquel vagabundeo fue el completo aislamiento; más perdida que antes, permaneció desconcertada en una isleta en medio de Marylebone Road. Entonces decidió ir a ver a la luz del día la calle donde le había dado las buenas noches a Stella; estaba segura de que en aquel sitio de Londres vivía *alguien*. Dirigió sus pasos hacia allí sin saber exactamente qué tenía en mente. Pero enfilar Weymouth Street fue temblar ante lo inenarrable de su elegante longitud. No tenía idea de que la señora Rodney viviera tan lejos; y, peor aún, era imposible estar segura de en qué escaleras se habían despedido; al fin y al cabo, y de eso se dio cuenta en ese momento, se habían separado con un adiós que no significaba más que adiós. La generosa variación de la arquitectura, de casa en casa, parecía engañarla y burlarse de ella: Louie miró aquellos tejados de estilo holandés, los miradores góticos, los balcones, las balaustradas de distintas

alturas, y se sintió intelectualmente burlada. Burlada, sí, pero no del todo, porque nunca, jamás, olvidaría cualquier cosa que viera allí. Aquella mañana dominical, la calle vacía ofrecía una cierta unidad: la reverberación sin sol y sin melodía de las campanas de la victoria, a distintas distancias. Seguro que la señora Rodney —¡a saber detrás de qué ventana!— estaba oyéndolas. Louie se quedó quieta para seguir escuchándolas, como si fuera su obligación.

De pie, con la cabeza enhiesta, sostenía una lanza de una verja, como si quisiera tender un puente entre el sonido y la escena, y que esa combinación permaneciera en la memoria de su cuerpo para siempre. Pero, entonces, una angustia repentina la golpeó, la atravesó, la instó a correr desesperadamente. A ciegas, buscó en vano a su agresor con la mirada. ¿Huir? No, algo la sujetaba, la obligaba a quedarse allí. Se puso a caminar de un lado a otro, de un lado a otro, como quien busca a un muerto a quien aún se cree vivo, hasta que las campanas cesaron.

La calle llevaba varias horas vacía cuando Stella salió por una puerta y bajó unas escaleras, no muy lejos de donde había estado Louie. Le había prometido a Roderick que lo visitaría aquella tarde, y no parecía haber razón para cambiar de planes. Cruzó Londres de camino a la estación indicada y cogió el tren indicado. Era un tren lento, de clase única, compuesto de vagones viejos, que salía de un andén apartado y al que cualquier transporte más importante relegaba a una vía secundaria, de modo que se veía obligado a parar en muchas estaciones. Los pasajeros de los barrios que subían y bajaban, y entraban y salían del vagón donde iba Stella descubrieron que la mujer del rincón los miraba con una especie de atención gélida, y compartieron la incómoda sensación de que, por algún extraño motivo, procuraba recordar sus caras. Parecía una persona que se encontrara por primera vez sola entre otros seres humanos. Al mismo tiempo, la manera en que dirigía la mirada de uno a otro podía considerarse un indicio de vida: aunque, por lo demás, permanecía sentada como un retrato, erguida contra el tapiz mugriento del compartimento, las manos enguantadas y cruzadas sobre el regazo, con las palmas vueltas hacia arriba. Había momentos, entre una cara y otra, en que la mirada dejaba de ser mirada; pero luego, invariablemente, como si rehuiera su propia inactividad, se volvía hacia la ventana, arrastrando con ella la cabeza. Aquello ocurría en las incontables, fatídicas paradas sin sentido que hacían entre estaciones: a veces no había nada en el exterior, salvo terraplenes cubiertos de hierba quemada, sucia, invernal; pero a veces Stella tenía la fortuna de ver por encima de las barandillas o las rejas no solo jardines sino las ventanas traseras de algunos hogares. Cocinas en las que las mujeres se inclinaban ante el fregadero después del almuerzo del domingo, y salones profundos en los que el padre de familia dormitaba en un sillón, con las piernas estiradas, con una mano sobre los ojos; en las plantas de arriba, usando las ventanas como espejos, las muchachas se preparaban para salir con los jóvenes. Una vieja a la que nadie necesitaba, relegada todo el día a la habitación

donde dormía y donde moriría, apartó las cortinas de encaje para echarle un vistazo al tren, como si calculara las posibilidades que tenía de escapar. Los niños a los que habían mandado a jugar fuera arrastraban objetos o se empujaban unos a otros por los estrechos senderos donde no se habían podido plantar verduras. Era asombroso ver con cuánta dejadez, pereza y sinceridad se ofrecía a los pasajeros de los trenes que pasaban o se detenían la vida de aquellas casas —¿y qué era la vida sino aquello?—. Se suponía que aquellos pasajeros tendrían otras preocupaciones. Nadie tenía en cuenta que, desde un tren, también podían observar ojos que no tuvieran preocupación alguna, sin ninguna ocupación, sin nada que mirar; ojos siempre dispuestos a mirar, sujetos a cuanto pudiera verse.

Aunque había hecho el viaje muchas veces, Stella no sabía en qué punto de aquel interminable recorrido debía prepararse para bajar; de modo que se veía obligada a escuchar atentamente la megafonía cada vez que se anunciaba el nombre de una estación. Alguien del vagón comentó que, si de nuevo se permitía que doblaran las campanas, no veía por qué no podían escribirse los nombres. ¿De quién se escondían? Era una vergüenza. Al final, Stella se dio cuenta de que había llegado a su destino cuando vio a Roderick de pie en el andén, acompañado por Fred, aún más alto que su hijo. El vagón pasó lentamente delante de ellos. Fred, tras hacerle un gesto a Roderick, se alejó de inmediato. El tren se detuvo; Stella bajó las escalerillas y su hijo le dio un beso.

—¿Adónde ha ido Fred? —preguntó ella.

—Solo vino a acompañarme a la estación —contestó Roderick, que la cogió del brazo mientras avanzaban por el andén—. Me alegra mucho que hayas venido —dijo—. No estaba seguro de que pudieras venir. Es muy amable por tu parte, madre.

—¿Por qué? ¿Porque Robert ha muerto? —preguntó ella, enseñando su billete en la salida.

—Tal vez lo mejor es que te mantengas ocupada. Me he estado preguntando si podría hacer algo, pero decidí esperar a ver si venías hoy; si no, de alguna manera me las habría arreglado para ir a Londres. Estaba preocupado por ti. Cuando me enteré, lo que más habría querido habría sido ir a verte de inmediato. ¿Te habría gustado? Lo único que me lo impidió fue no saber qué preferías tú. Cuando hay malas noticias, aquí uno se puede escapar a casa y no suele haber grandes represalias; aunque, por supuesto, lo que te dicen siempre es: «¿Por qué diablos, en vez de perder la cabeza y hacer las cosas por tu cuenta, no has solicitado un permiso por motivos familiares, ya que, dadas las circunstancias, te lo habrían concedido casi con total seguridad?».

—Querido Roderick, no creo que te lo hubieran concedido en *estas* circunstancias.

—Sé lo que habría podido decir; de hecho iba a decirlo. Habría dicho que tú y Robert estabais comprometidos. Porque podríais haberlo estado. A lo mejor esperabas que hiciera algo...

—No —dijo Stella, negando con la cabeza, pero sonriendo como respuesta al

amor de su hijo—. Para empezar, yo habría estado en el trabajo; no se puede faltar si uno no está enfermo. Y no. No tenías que hacer nada y no habrías podido hacer nada.

—¿Y tú tuviste que dar muchas explicaciones, madre?

—No, nada. No, hasta donde recuerdo..., no hubo nada.

—Me daba mucho miedo que... ¿Nadie vino a molestarte?

Ella abrió su bolso, sacó un pañuelo y se lo llevó a los labios. Después dijo:

—¿Adónde vamos?

—Sí, eso es lo que había estado pensando. —Roderick miró a su alrededor cuando salieron de la estación, pero sin dar con ninguna solución—. ¿Qué te parece si simplemente vamos a un café y nos sentamos tranquilamente? Aún no es la hora del té, pero vamos a ese café tan a menudo que no creo que les importe si solo nos quedamos un rato, sobre todo porque no creo que nadie más quiera sentarse allí antes de que sea la hora del té.

—No, primero demos un paseo —propuso Stella. Dirigió a Roderick hacia aquel sendero que había visto en su imaginación cuando aún estaba con Robert—. Vayamos por ahí.

El sendero cruzaba en diagonal un campo yermo destinado a la construcción; el letrero estaba caído, pero sin duda habían planeado construir allí un edificio. A la vista solo quedaba el vestigio fantasmal de un paisaje que habría desaparecido de no ser por la guerra. La obstinada loma de tierra que había agrietado el sendero no supondría más que un apuro momentáneo para los cimientos, por poco profundos que fuesen. Entretanto, el sendero conducía a una delgada fila de álamos; por detrás, si Stella no recordaba mal, corría un arroyo con un puente peatonal. Dado que, por alguna razón, Stella veía el camino como algo móvil, consideraba todo lo demás estático; de manera que, al llegar a mitad del puente, se sorprendió al detectar movimiento —tanto más fatídico por ser lento— en los discos de inmundicia y en los jirones de espuma que flotaban en el agua. Stella se detuvo allí, y apoyó las manos en la barandilla; se preguntó qué peligros afrontaría un barco de papel en aquel riachuelo, y sintió el impulso de doblar y botar uno; recordó que la suerte del barco no sería ni indicio ni augurio de nada, pero de todas maneras se volvió hacia Roderick con los labios separados, como si fuera a decir algo, recomponiendo en su mirada una parte de la infancia del muchacho. Pero, para Roderick, aquel momento junto a ella tuvo otro sentido: una especie de calma o satisfacción ante el gesto de apoyar simplemente sus manos, y aunque solo fuera durante un breve espacio de tiempo, en aquel trozo de madera inconsciente. La compasión de Roderick, elocuente pese al hieratismo de su rostro, inspiró gran respeto a Stella, como si reconociera en él a alguien que sufría más que ella: no hay compasión ingenua, y tal es el coste de la compasión. Sospechó que Roderick veía en su totalidad la tristeza de la que ella solo conocía una pequeña parte. En la cara de Roderick se leía más que la muerte de Robert; en aquel instante el mundo entero pesaba en aquella alma. Se distanció de su hijo como de un amigo ocioso, para contar los jirones de espuma que desaparecían

bajo el puente.

—¿Oíste las campanas por la mañana? —preguntó.

—No... No sé dónde están las campanas en esta zona. Fred comentó anoche que corría el rumor de que iban a tocarlas; dijo que en ese caso sería un experiencia completamente nueva para el bebé de su hermana. No te importa que Fred haya venido a la estación, ¿no? Dijo que quería hacerlo en señal de respeto.

—¿No habéis visto los periódicos dominicales?

—No. ¿Por qué?

Stella no contestó.

—Naturalmente... —continuó Roderick—, le he contado algo a Fred, pero no le he dicho exactamente cómo fue. Creo que piensa que alguien murió en combate.

—Bueno, ha sido... Roderick, te dije que vendría hoy porque querías que te contara algunas cosas acerca de tu padre.

—Sí. Pero no tenemos por qué hablar de él hoy, ahora mismo...

—Como quieras: pero no me molesta hablar de ello. De hecho, me gustaría contarte la historia ahora que empiezo a entenderla.

—Como tú quieras, madre; como mejor te parezca. Pero hoy yo preferiría no hablar sobre mi padre. —Volvió inquieto la cabeza, mirando la descuidada prolongación del sendero; le dio un golpe a la barandilla del puente con un gesto infantil de rechazo, y la vibración llegó hasta las manos de Stella—. Él sí que está muerto —dijo—. Después de todo, fue el primo Francis quien me dejó la casa; contigo solo asocio a Robert. Que la prima Nettie sacara a relucir a mi padre... tal vez solo demuestra que está decidida a probarle al mundo que está loca. ¿Cómo puede uno saber lo que habría querido él? ¿Cómo puedo yo saber que él era mi padre? Se marchó...

—De acuerdo, Roderick; dejemos esa historia.

—Wistaria Lodge es el único sitio donde no importa que alguien sepa todo esto. Fue una tontería por mi parte entrometerme ahí. Lamento mucho haberte llamado aquel día y haberte dicho aquello que te dije —murmuró con tristeza—, pero ¿cómo iba a saber lo que iba a pasar?

—Está bien, Roderick.

—Madre... —dijo el muchacho de pronto.

—¿Sí?

—¿En serio no te importa hablar de...?

—No. No.

—¿Qué hacía Robert en el tejado?

De nuevo Stella se tocó los labios con el pañuelo, una tímida costumbre de viuda que había recuperado esa tarde. La batista blanca tenía algunas manchas rosadas, a cada cual más débil: ya casi no le quedaba carmín que limpiarse. Entonces se cogió del brazo de Roderick, como una señal de que..., sí, lo mejor sería alejarse del puente. Dieron la vuelta de común y tácito acuerdo, y en silencio comenzaron a

desandar lo andado, mientras desde el otro lado del solar les llegaban los ecos de un programa de radio vespertino. Habría sido fácil hacer oídos sordos, hundirse en la indiferencia, dar gracias de que todo hubiese acabado; pero aún no: el descanso aún no podía convertirse en silencio. Si retrasaba la respuesta, le concedería a esta demasiada importancia.

—Le pareció la mejor forma de salir de mi apartamento —dijo Stella—. Esperaba que lo arrestaran de un momento a otro.

—Oh. ¿Por qué? ¿Lo habrían arrestado?

—Sí, habrían podido arrestarlo por traidor.

Roderick, con el ceño fruncido, se volvió hacia ella, reflexionó y preguntó:

—Pero ¿iban a arrestarlo?

—¿Esa noche? La verdad, no lo sé. Eso creía él.

—Pero ¿por qué iban a arrestarlo? ¿Por..., por eso que has dicho?

—Lo habían comprobado —dijo ella, estudiando concienzudamente la expresión de su hijo.

—Oh... —dijo Roderick. Palideciendo ante aquella sorpresa, añadió—: Claro, entiendo...

Siguieron caminando hasta que dejó de oírse la música de la radio, mientras Stella apretaba absorta el pañuelo en la mano.

—Debía de ser muy valiente, ¿no? —preguntó Roderick, mirándola para confirmar su suposición—. Si hubiera sido al revés, habría recibido una Cruz Victoria, probablemente... En cierto sentido, me habría gustado conocerlo.

Su madre no dijo nada.

—Porque nunca he conocido a nadie así... ¿Estaba de parte del otro bando en la guerra?

—Sí.

—Siempre me dio la impresión de que no vivía en ningún lugar en particular —dijo Roderick—. ¿Crees que si te hubieras casado con él se habría comprometido más con el país?

Ella soltó un sonido no muy distinto a una risa. Un grupo de muchachas y soldados que se acercaba en formación cerrada por el sendero se quedó mirándolos: Roderick, con la cabeza erguida y las mejillas todavía coloradas, desafió al grupo hasta que este se dividió, los rodeó por derecha e izquierda, obligados a pisar la hierba, y los dejó atrás.

—Supongo que todo lo que intente decir sonará ridículo, ¿o sencillamente será ridículo? —añadió el joven—. Mira, madre..., no tengo nada que decir. Y lo siento mucho, madre, porque tendría que tener algo que decir.

—No, no creo que lo haya. Y en ese caso no tengo que exigirte nada. Uno no tiene derecho a exigirle a nadie nada sobre lo que no hay nada que decir. Robert creía eso. Pero tú me preguntaste por qué se había caído del tejado.

—Quizá no debería haberlo preguntado. Solo era curiosidad.

—No, me alegra que lo preguntes. Porque, desde luego, algo tendré que decirte... Tiene que haber algo. Algo debe decirse.

—Ya, lo sé... —dijo Roderick, frunciendo de nuevo el ceño—. Pero ¿a mí? ¿Por qué? A fin de cuentas, ¿quién soy yo?

—Eres la única persona a la que puedo contárselo.

Al regresar al principio del sendero, el punto en el que se bifurcaba del camino que conducía a la estación, se detuvieron. Stella miró la aglomeración de edificios que en cierto sentido conformaba aquella ciudad o aquel pueblo, que no tenía más interés que el de encontrarse cerca del campamento de Roderick.

—No puedo evitar esperar algo de ti: así debe ser.

Pensó dejarlo ahí, pues uno tiene el derecho de no añadir comentarios inútiles. Roderick, sin embargo, inspiró profunda y agónicamente, mientras se soltaba de su brazo.

—Quisiera ser Dios —dijo—. Por desgracia solo soy un muchacho espantosamente joven..., aunque esa es mi única ventaja. Ojalá hubiera estado inspirado y te hubiera podido decir algo significativo, pero eso no ocurrió y no creo que sea de gran ayuda en los próximos cincuenta años, porque lo único que puedo hacer es intentar comprender este asunto. Bien podría llevarme toda una vida..., y para entonces ya estarías muerta. No soportaría que pensaras que siempre estaré esperando una explicación: algo que confirmara a los actos de Robert y a todo lo que ha pasado un significado trascendental, como en una obra de Shakespeare. No estás obligada. Si hay algo que debe decirse, ¿no se dirá solo? ¿No puedes imaginar que ya me lo has dicho, aunque no sepas exactamente qué es? ¿O me lo vas a contar, y luego me vas a preguntar, solo porque soy joven, y voy a durar más tiempo? ¿Quieres que desempeñe el papel de la posteridad? Pero el hecho de que Robert muriera por lo que hizo no siempre estará presente en nuestras vidas, como un libro o un cuadro: para cuando sea capaz de comprenderlo, toda esa historia habrá desaparecido: simplemente, no existirá y no podrá juzgarse. Porque supongo que el arte es lo único que importa una vez que pasa el dolor... Madre, hoy diría cualquier cosa para reconfortarte; ojalá tuviera la experiencia necesaria... ¡Si pudiera verlo todo en su conjunto, como Dios...! En fin, tal y como están las cosas, supongo que tú sabrás qué es lo mejor para ti.

—Supongo que sí; debería saberlo. Pero tú eres una persona que lo ve desde fuera.

—¿De veras me consideras una persona? —preguntó Roderick. Fueron por el camino hasta la calle principal y dieron la vuelta en la esquina para entrar en el café.

Capítulo 17

En las vidas pueden acontecer hundimientos del subsuelo tan peculiares que, sin necesidad de que la superficie se rompa, las pendientes se alteran y las líneas perpendiculares quedan un poco inclinadas. Así, un grupo de personas, de almas —tal vez sin tener conciencia, hasta entonces, de estar viviendo en el mismo barrio—, puede verse afectado por un mismo acontecimiento. En este caso, el final de Robert provocó pocos cambios externos: Stella se mudó a un apartamento en otra parte de Londres, cerca de Victoria Street; Harrison desapareció de la ciudad; sin embargo, la señora Kelway y Ernestine se quedaron donde estaban y rechazaron la oferta por Holme Dene. Roderick, tras un esfuerzo supremo, se graduó como oficial en otoño de 1943. Y Louie, que seguía empleada en la misma pequeña fábrica, continuó viviendo en Chilcombe Street bajo la vigilancia de Connie, quien, como miembro de Defensa Civil, volvió a cobrar importancia cuando el enemigo renovó los ataques aéreos a Londres a principios de 1944.

Desde el punto de vista interno, sin embargo, las tensiones se agudizaron. Tras el episodio culminante de Weymouth Street, Harrison no volvió a intentar ponerse en contacto con Stella, que tampoco sabía cómo ponerse en contacto con él: después de que su extraordinaria relación terminara de aquel modo y quedara en el aire, Stella descubrió que la echaba de menos, y Harrison se convirtió en la única persona viva a la que ella habría dado cualquier cosa por ver. En última instancia, su ausencia silenciosa la dejaba sin nada en absoluto a lo que aferrarse. Así pues, ¿nunca sabría qué había pasado en realidad? Porque, en cuanto a Robert, nunca se reveló el secreto. Lo más significativo de su muerte fue la habilidad para acallararlo: se le ahorró al país una historia desmoralizante, y se silenció todo. Oficialmente, la causa de la muerte fue la que estableció el forense: una desgracia, el resultado de cometer una locura nocturna caminando por un tejado. La identificación, en la conciencia popular, de cualquier parte del distrito Londres W1 con el mítico y lujoso barrio de Mayfair añadió color, perfume y apariencia de escándalo. Stella, la amiga que vivía en el apartamento de lujo, proporcionó las pruebas necesarias y convincentes para la investigación. Tras responder a preguntas sobre la posición de la escalera de mano, el tragaluz, etcétera, tuvo que contestar muchas otras.

«Quiso salir por el techo a toda costa —declaró—. Estaba convencido de que alguien cuyo nombre no me dijo nos había seguido y lo esperaba en la calle para causar problemas... Imagino que, bien no quería darle a esa persona la satisfacción de un encuentro, bien pensó que una pelea en la puerta de mi casa me causaría perjuicios e incomodidades... Sí, tengo más amigos, supongo... Disculpe, quiero decir que, sí, tengo otros amigos... No, nunca hubo un incidente de ese tipo... No, no puedo decirle en quién pensaba el capitán Kel-way: no tengo ni idea. Puede que fuera

alguien que buscaba pelea por alguna otra razón... No, no se me ocurre ninguna, pero nunca se sabe... Durante dos años. Dos años y dos meses: nos conocimos en septiembre de 1940... Sí, nos veíamos a menudo... Sí, siempre he procurado tener bebida en el apartamento, de no quedarme sin nada: hace falta... Sí, por supuesto. Disculpe, sí... No, nunca en exceso... Me temo que no lo sé; no tengo idea de cuánto beben los demás... No, no creo recordar ninguna pelea... No, aquella noche no más que otras... Estuvimos hablando de la guerra... ¿Tarde? Supongo que sí; supongo que no caímos en la cuenta de cómo pasaba el tiempo; la guerra es un tema muy interesante... Sí, al capitán Kelway lo noté un poco nervioso. Puede que fuera porque habíamos estado hablando de la guerra; le habían dado la baja del servicio activo después de Dunquerque... Me temo que no lo sé; no lo noté... No, no recuerdo haber bebido más de lo habitual... Por lo que sé, clarísima: me acuerdo de todo... ¿Es poco común? Bueno, tengo buena memoria... De vez en cuando: yo diría que la idea de que había alguien fuera se fue afianzando en su mente a medida que avanzaba la noche... A medida que avanzaba la noche, sí, exactamente... Sí, le propuse ir a echar un vistazo, pero no me dejó... No lo sé. Nunca me había dado la impresión de sufrir alucinaciones o delirios... Puede que sí, puede que no: no tengo idea. Lo único que puedo decir es que no había nadie en la calle cuando bajé más tarde, salvo su cuerpo... No, no había oído nada: solo bajé... Bajé y abrí la puerta de calle... Le digo que solo bajé. No, no bajé por nada especial: solo se me ocurrió bajar y echar un vistazo. No sé por qué: ¿por qué se hacen las cosas? Disculpe... No, no sé cuánto más tarde: no miré el reloj. Dos minutos, cinco, diez: no lo sé. ¿Antes? Simplemente esperar... No, a nada en particular... Vale, pues no estaba esperando. Cuando se fue, simplemente me quedé en la habitación... Sí, claro que sabía que estaba haciendo algo peligroso. Para alguien con una rodilla rígida, era una cosa especialmente peligrosa... Al contrario: hice todo lo posible por disuadirlo... Sí, pero ¿qué podía hacer yo...? Ya se lo he dicho: ya le he dicho que estaba muy nervioso... En ninguna otra ocasión en particular; pero supongo que todo el mundo a veces se pone nervioso... Cuando digo «nervioso» quiero decir que no tomaba ninguna otra cosa en consideración... La oscuridad, la pendiente del tejado, las distintas alturas de las casas y, como decía, su rodilla... No, no recuerdo si llevaba una linterna eléctrica; no tenía la costumbre... Sí, lo siento; ya sé que esto es importante. Tal vez debo retractarme y admitir que no lo recuerdo todo...

»¿Al encontrarlo? ¿Qué creí que había pasado? Lo que sigo creyendo: que había resbalado... Sí, me describiría a mí misma como... bastante nerviosa.

»Sí, desde 1940, desde septiembre de 1940... Tanto como se puede saber en dos años sobre la vida de un amigo, supongo... No estoy segura: no sé a qué se refiere usted con la expresión “asuntos de naturaleza confidencial”. Desde luego, no hablábamos de su trabajo: yo no le preguntaba... No era receloso en cuanto a sus asuntos personales, no. Tampoco me dio la impresión de tener nada que ocultar... No, no me parece probable que tuviera enemigos; no era pendenciero... Sí, ya lo sé:

es extraño. Ni idea de por qué. No me dio explicaciones. Solo dijo que había alguien a la puerta... No, no me pareció que tuviera miedo. Imagino que, si por él hubiese sido, habría preferido bajar y arreglar el asunto, pero no quería armar lío a esas horas de la noche en la puerta de mi casa... Por supuesto; habría sido lo mejor, pero no se le ocurrió... No recuerdo si se me ocurrió a mí. No había razones por las que no hubiera podido permanecer en mi apartamento hasta que esa persona se hubiera ido, quienquiera que fuese, o quienquiera que él pensara que fuese. Solo le puedo decir que él no deseaba... Es posible. Cualquier discusión es perturbadora... Solo en la medida en que trataba de convencerlo de que no lo hiciera. No fue una pelea... Sí, me parece correcto definirlo como la decisión de una persona nerviosa... No, nunca. El comportamiento del capitán Kelway nunca me pareció anormal. Digamos que aquella noche fue anormal respecto a su conducta habitual. Normalmente, él no era de los que cometen imprudencias... Sí, durante algunos meses. De hecho, cuando lo conocí, hacía pocos meses que él había salido del hospital... Solo por su rodilla. No, no se habló en absoluto de tratamiento psicológico... No me di cuenta de nada raro. Supongo que no puede saberse cuáles son los efectos retardados del estrés o de la conmoción... No, no me dio razones para pensar que tuviera problemas económicos... Ya se lo he dicho, nunca me dio la impresión de que estuviera preocupado por algo en particular... No entiendo del todo la pregunta: ¿quiere usted saber si pienso que subió al tejado con la intención de quitarse la vida...? Lo siento: pensé que se refería a eso... Ignoro qué intenciones tenía. A lo mejor esperaba encontrar una escalera de incendios en la parte trasera de las otras casas; a lo mejor esperaba poder abrir el tragaluz de otra vivienda y bajar por ahí, para después salir... Yo diría que le parecía una buena idea, una broma, un modo de ser más listo que la persona que quería causar problemas... De acuerdo, de acuerdo..., la persona que, según imaginaba él, estaba allí para causar problemas... No, yo no. Ya he dicho que no... Después de que él se fue, me quedé en el apartamento; y luego bajé. Bajé, abrí la puerta y salí. Entonces vi que se había caído... No lo recuerdo... Gracias».

Salió del despacho del juez de instrucción con una especie de fama: la de ser una excelente testigo.

Aquella tarde dominical, cuando sonaron las campanas de Londres, Louie se entregó a una lectura exhaustiva de los periódicos: Connie los había dejado en su puerta, ajados por la insaciable lectura, cuando subió a dormir. Un periódico traía un breve resumen de la investigación; otros dos, largos artículos sobre el tema. Louie vio el nombre de Stella, releyó su dirección y comprobó, con un insoportable destello, el nombre de la calle en la que ella había estado esa mañana. Por un momento dudó si el muerto sería Harrison, con otro nombre. El desafortunado comportamiento del oficial, según lo describía la prensa, le pareció muy propio de Harrison, con su fanática desconfianza, su desagradable e implacable ferocidad y sus rarezas, hasta el punto de que Louie se concentró para comprobar cada sensación que le producía su muerte. La obligación de compadecerse de los muertos le hizo recordar el desatado

frenesí mental de Harrison, cuando lo conoció, solo, en aquel concierto. Cogió de nuevo el periódico: no..., pero Harrison no tenía una rodilla herida y rígida. Flexionaba todas sus articulaciones con anodina fluidez: cualquier movimiento avieso, cualquier gesto huidizo o ademán violento solo se debía a sus modales, que eran —y se dio cuenta tan pronto como lo devolvió a la vida— defectos crónicos. No, Harrison cojeaba en la misma medida que amaba: nada. Cómo olvidar la regularidad carente de cualquier entusiasmo en su manera de caminar aquella tarde, cuando ambos abandonaron juntos el concierto. Su manera de andar era una monotonía física que, junto con su recalcitrante mal humor, a cualquier mujer le habría puesto los nervios de punta.

Aun así, no era capaz de romper cierta conexión entre el hombre que una noche estaba sentado a la mesa de un restaurante y el hombre que la noche anterior se había caído del tejado.

Para Louie, el hundimiento ocurrió al darse cuenta de que Stella no era una mujer virtuosa. La virtud en sí misma se volvió menos posible cuando Stella demostró su imposibilidad, y se hizo menos deseable cuando quedó claro que Stella no la había deseado lo suficiente. Es imposible decir por qué Louie enlazó sus propios anhelos con un rostro que había visto solo una hora: debe de haber caras que sugieren aspiraciones morales igual que hay otras que concentran sueños sensuales. ¿No le había ocurrido eso también con Harrison? Louie se había sentido ante una presencia. Para ella, por consiguiente, fue Stella quien había caído a la calle.

Las lagunas en el vocabulario de Louie operaban en el interior de su alma; sentía con más fuerza que nunca la tensión de lo que no podía nombrar. Humilde y ambigua, Louie era tan incapaz de nombrar la virtud como de imaginarla hasta haber visto a la compañera de Harrison. Dos palabras con las que sí contaba, «refinamiento» y «respetabilidad», estaban para ella en la periferia de lo que deseaba explicar. La virtud, como símbolo de la integridad y el valor, tenía para ella discretos y vagos indicios de ser lo contrario del sexo; al mismo tiempo, una de las prerrogativas de la virtud era algún tipo de dolor. ¿No había sentido dolor Stella, por Harrison? Al recordarla, Louie también veía miedo —o no: terror— en Stella; pero la pureza del terror le confería, en su opinión, un aspecto moralmente puro. A lo largo de la caminata a oscuras con ella, Stella había dado la impresión de ser un alma perdida, pero también, mientras duró la ilusión, Louie pensó que probablemente no habría podido ser de otra manera. ¿Qué otra cosa podía ser? Estaba fuera de su órbita, desconcertada y perpleja: Stella era un planeta vagabundo procedente de alguna estrella mejor. Había sido extraordinario encontrar una criatura demasiado buena para ser de este mundo.

Pero los periódicos decían que no era demasiado buena. Allí, y en más de un periódico, se hablaba de ella: las botellas, el amante, el apartamento de lujo en el West End. Había tenido otros amigos... Casi había habido una pelea. Todo se reducía al lujo: no había refinamiento. Poseía un aspecto agradable y una voz bonita, pero

estaba con alguien que no era su marido; alguien que, de no haber huido por al tejado, borracho, seguiría entre los vivos. Stella le había parecido muy respetable — respetable como una de aquellas caras de pueblo de Seale—, pero allí estaba: había tenido que ir al juzgado, a contarlo todo. Así eran las cosas; así eran, simplemente. No había nadie a quien admirar: no había alternativa. Al final, no había ninguna luz que iluminara el camino, en ninguna ventana, en ningún lugar, por mucho que buscara. ¿Por qué nunca dejaba de tener esperanzas? Y mirándolo bien, ¡cuánto había durado aquella esperanza terca, tímida, desesperanzadamente perseguida!

El domingo de noviembre se desvaneció, igual que había empezado, en medio de la niebla. A Louie se le puso carne de gallina, se levantó de la alfombra y puso a hervir agua en la tetera. Sujetaba la taza de té con las dos manos cuando Connie, todavía un poco aturdida por el sueño vespertino, entró y se dirigió hacia ella pisando las hojas del periódico desparramadas por el suelo, con sus correspondientes titulares sobre la «aventura nocturna de un oficial».

—¡Cuidado! ¡Ten cuidado, mujer! —gritó Louie, volviéndose amenazadora contra su amiga.

Connie, después, le dio la vuelta a una hoja para releerla, chasqueando la lengua. Sin embargo, nada vinculaba a la nueva y refinada amiga de Louie con la dudosa heroína de aquella tragedia: no se había mencionado nombre alguno, ni se mencionaría. ¡Oh, si Connie hubiese sospechado que Louie le escatimaba información! Aquel no era el primer secreto ni sería el último, pues a lo largo de los días posteriores Louie también le ocultó con sorprendente cuidado los efectos a largo plazo que habían tenido en ella la caída de Stella. Louie retomó sus peregrinas costumbres sin que se supiera. Tampoco fue necesario disimular mucho, pues Connie había relajado la vigilancia. (Un amigo que llevaba un tiempo incordiándola empezó a ser más molesto de lo conveniente.) Se apoderó de Connie no tanto el amigo como una atípica y persistente incapacidad para decidir hasta qué punto valía la pena un hombre: aquello la puso de mal humor, y cuando no estaba en su puesto, se quedaba dando vueltas hasta muy tarde, y cuando iba a visitar a Louie, como antes, su conversación se limitaba a un monólogo desesperado y obsesivo. Connie ya no estaba en disposición de controlar a nadie. Durante aquel invierno, además, siguió sin haber noticias de Tom, que ya no se encontraba en la India, sino en África del Norte.

El año de 1942, aún sin un frente occidental, llegó a su fin: no fue más que un cambio de marcha oxidado, pues las dificultades persistirían hasta que al año siguiente se nivelara el destino de la guerra. Los calendarios de 1943 resultaron enigmáticos. En febrero, los alemanes capitularon en Stalingrado; en marzo, el VIII Ejército atravesó la Línea Mareth. Durante la primavera norteafricana hubo persecuciones y rendiciones astronómicas, con victorias que aún era difícil relacionar con el enemigo. En julio, la invasión aliada de Sicilia; la apertura rusa del frondoso camino veraniego de Oriol. Mussolini fuera. Septiembre, los italianos fuera, pero dejando que Italia se las arreglara sola. Desembarcos, cabezas de playa, tanques rusos

pasando a toda velocidad por las pantallas de los cines de Londres; en noviembre, por fin, los nuestros cruzaban ríos italianos con decisión. Mussolini regresa. Fotografías de Berlín pasando por lo mismo que Londres: menos entusiasmo del esperado. Los Tres Grandes, Stalin, Roosevelt y Churchill, posan sonrientes para los fotógrafos en Teherán. La idea de una fortaleza europea. El día después de Navidad, hundimos el *Scharnhorst*, y precisamente cuando los rusos, al avanzar casi sesenta kilómetros en cinco días en la cuña de Kiev, ensancharon una brecha en un frente de 170 kilómetros, 1943 expiró.

Como la guerra era global, desbordaba los mapas; era incontenible. Por ejemplo, a Londres llegaban noticias de lo que hacían los japoneses, aunque no se comprendía bien. Había demasiados escenarios de guerra.

El año de 1944 fue el año en el que debía abrirse por fuerza un frente occidental. El general Smutts lo llamó el Año del Destino; los bombarderos siguieron realizando labores preparatorias. Ya en enero rompimos la Línea Gustav; los rusos anunciaron que se levantaba el bloqueo de Leningrado. En febrero, rodeamos diez divisiones enemigas en Italia, pero los alemanes iniciaron la ofensiva contra Anzio, que resistió. El bombardeo de la abadía de Montecassino consiguió que se contuviera el aliento en los cines: todo aquello era necesario, y más. Las reflexiones se interrumpieron por el recrudecimiento de los ataques aéreos contra Londres: el período de cinco noches de febrero fue conocido con el nombre de «El Pequeño Blitz».

Esa semana Roderick se encontraba en Mount Morris, con un permiso para ver por primera vez su propiedad y planificar su administración. Vestido de paisano, y solo, se había presentado allí una húmeda tarde de invierno. Stella tuvo que quedarse en Londres trabajando: él lo lamentaba y no lo lamentaba; ella no. Donovan, que había estado esperando la llegada del taxi, aguardaba en el portalón que había al final de la escalinata principal, de pie, sujetando una lámpara. Condujo al señor por el vestíbulo, dejó la lámpara en una mesa y pronunció un discurso. Roderick no se fijó tanto en las palabras como en el eco que producían en una casa que ya era suya; luego respondió. Más tarde, ya solo en la biblioteca, lo primero que hizo fue leer las instrucciones impresas en las tarjetas que el primo Francis había prendido en el cuadro, encima del hogar. Esperó a que reapareciera Donovan y le preguntó:

—¿Quién es «Lady C»?.

—Lady Condie podría ser.

—Ah, está muerta, ¿no? En ese caso —dijo Roderick—, no recibiremos más mensajes de su parte.

Sacó del cuadro esa tarjeta, la rompió en dos y la echó al fuego.

—¿Se desbordó el río este invierno? —continuó—. ¿Ha llegado hasta Lower Lodge?

—Hasta ahora no —admitió Donovan—. Pero podría. El señor Morris siempre tuvo un plan para trasladar esa caseta a otra parte. ¿No es extraño, señor, que relevaran a Montgomery del VIII Ejército?

Pero Roderick seguía leyendo las tarjetas con las indicaciones del primo Francis.

—¿Qué ha pasado con los cachorros? Mi madre no me dijo nada de ellos. No los habrán sacrificado, espero.

—No, señor: seguir las instrucciones habría sido una auténtica pena. Eran perritos de raza. Los repartí por la campiña. Podría conseguirle un cachorro en cualquier momento. El señor solo mató al viejo sabueso antes de marcharse a Inglaterra. ¿Hay planes de repatriar al señor?

—No veo por qué no —dijo Roderick, sorprendido—, a su debido tiempo. Sus huesos tendrían que estar aquí. Pero, por supuesto, todo eso fue un gran embrollo. Nunca me informaron de qué ocurría.

Donovan dio un paso atrás y abrió más la puerta, para permitir que Mary entrara con la bandeja grande de la cena. Roderick miró distraídamente a la más joven de las dos jóvenes que había mencionado su madre.

—Ojalá no fuera tan tarde —exclamó de repente—. Me gustaría echar un vistazo a la propiedad. ¿Va a ser una noche muy oscura? Quiero salir ahí fuera y ponerme al corriente de todo. Hasta ahora, apenas si soy consciente de que he llegado. No es que esta sala no sea agradable, claro —añadió, mirando respetuosamente el techo—. Es más grande y más alta de lo que había imaginado. Pero es desconcertante no saber qué ocurre ahí fuera. ¿Está muy oscuro?

—Diría que regular. Debería poder ver su mano extendida. ¿Quiere que no echemos los cerrojos a la puerta?

—No, no hace falta: yo me ocuparé de ello.

Mary, que había estado mirando a Roderick sin hablar, le dio un último empujoncito a la bandeja y abandonó la habitación. Donovan hizo ademán de seguir a su hija, pero habló una vez más:

—De aquí al río hay una pendiente más engañosa de lo que parece —dijo, aunque guardando las distancias—. Hasta he oído decir que una vez, antes de que se levantara el muro, un carruaje y un par de caballos se cayeron de bruces en la oscuridad. Y tenga en cuenta que también hay una pendiente rocosa desde Alpine Walk, si se le ocurre ir por ese lado. El resto puede que sea resbaladizo, pero no hay peligro. De todas formas, señor, por lo que he oído, el adiestramiento militar lo ha hecho a usted muy cauteloso. Querrán que usted sea cauto en una guerra como esta.

—Ah, sabré dónde me encuentro cuando salga ahí fuera —dijo Roderick, y luego acercó confiado la silla a la bandeja, levantó las tapas de los platos y empezó a comer—. Me han dicho qué hay por ahí: y tengo que asegurarme de que sigue estando.

Al regresar a la casona esa misma noche echó el cerrojo, el tranco y la cadena a la puerta, como correspondía, aunque haciendo demasiado ruido; entretanto, la pequeña lámpara que los Donovan le habían dejado encendida sobre el armario del vestíbulo aumentaba su sombra. Había olvidado preguntar en qué habitación dormiría, y ellos habían estado demasiado nerviosos para decírselo; así que tuvo que investigar por su cuenta, abriendo una puerta tras otra. La oscuridad no era más que un velo entre su

persona y el día de mañana, y su nariz no percibió nada extraño, sino el olor nuevo y amable del yeso. Por lo que a él se refería, era como si la casa se hubiera materializado de repente esa misma noche; recordó que su madre le había contado que lo habían concebido allí, y se preguntó en qué habitación habría ocurrido, aunque lo hizo mecánicamente y sin excesiva curiosidad. El resplandor de unas ascuas incandescentes en una chimenea y su maleta al pie de una cama abierta le indicaron cuál era la alcoba elegida, y dejó de buscar: un montón de sacabotas sobre una prensa, unas correas colgadas de ganchos y una hilera de botellas de linimento sobre el estante de la chimenea le indicaron que era el sucesor del primo Francis. La habitación principal tenía cortinas granates y estaba empapelada en color carmesí; contra las paredes empapeladas se apilaban viejos templos de caoba. Silbando, Roderick empezó a sacar sus cosas de la maleta.

Pero había regresado con la cabeza repleta de imágenes oscuras del exterior, que se agitaron en su mente cuando, tras apagar la lámpara, se recostó en la almohada del anciano. Se le presentaron a la vista mil formas, haciéndose vívidas con independencia de cualquier sentido, y se acomodaron en su interior. A su alrededor, fuera, había sentido las supremas inmensidades de la noche, algunas laderas dudosas, el aliento del agua que se movía en el aire inmóvil. Allí fuera había oído algo más que el silencio, aunque en las copas deshojadas no aleteara ningún grajo soñoliento, y en el bosque en calma no crujiera el brazo de un árbol ni se quebrara una rama. La extensión invisible de los campos sugería tanta quietud como los hoyos llenos de helechos podridos; se había acercado a la humedad rocosa del muro del jardín, había avanzado por la rodera desigual del carro, había apoyado la mano en la verja, había hecho vibrar un alambre, había distinguido al tacto la diferente inhumanidad de rocas, el hierro ondulado, la corteza de árbol. En varios lugares se había detenido para seguir con la mirada el brillo fugaz del río que corría más abajo. La oscuridad se tragaba la silueta de la casa como se tragaba las siluetas de las colinas y se alimentaba de las distancias quebradas del valle. La propia noche se había convertido en aire, esculpido en su cara y en sus manos con cada uno de sus movimientos; y aún ahora, cuando estaba en la casona, y metido en la cama, aquel aire impregnaba las partes de su cuerpo que ni siquiera había tocado. No pudo dormir mientras pervivió el recuerdo de ese aire.

No había tenido frío: la llegada del invierno pareció detenerse en la absoluta nada nocturna. Pudiera ser que la Naturaleza se retirara, dejando que todo quedara en nada para que resplandeciera Mount Morris. El lugar había concentrado su esencia en Roderick: era el momento del nunca-antes. Habían desaparecido los sueños virginales con todo lo que quedaba de él, con todo lo que conservaban de pintoresco, dulce, fácil, estridente. Y Roderick había quedado poseído, apresado e invadido. Oía el pulso de su sien latiendo contra la almohada; el ruido de sus pasos, sobre su propia tierra, resonaba en su cabeza. Por primera vez, el final del proceso despertó en él la espantosa idea y el concepto de la muerte. Tenía cinco días por delante en Mount

Morris; tenía por delante, también, la posibilidad de no regresar. Hasta aquella noche no había imaginado que tal vez no volvería de la guerra.

Encendió una cerilla y se admiró del tiempo que tardó en consumirse. Luego se incorporó en la cama, acomodando los hombros contra el cabecero de arabescos y volutas cinceladas, y se cruzó de brazos, para considerar la idea de su herencia. Su instintiva antipatía hacia cualquier tipo de pensamiento abstracto desvió sus pensamientos hacia sus tres padres: el derrotado Victor, el crucial primo Francis y el inconfesado padrastro Robert: en aquel momento, aquellos tres hombres distintos confluían en él. ¿En qué habían quedado sus vidas? ¿No habían muerto los tres demasiado pronto, incluso aquel anciano terco y obstinado? ¿O es que los tres, llegado el momento, habían renunciado a lo que era imposible concluir? Por otra parte, puede que tuvieran asumido que siempre es *imposible* acabar nada. ¿Quién aspira, en realidad, a ser el hombre decisivo, el último, el definitivo? La cuestión era continuar, pero... ¿qué, qué? Por lo que a la pervivencia de Mount Morris, debería haber un modo de acceder al conocimiento inanimado que encierran las rocas: lo permanente y perdurable. Entretanto, la Fortaleza de Europa esperaba a que Roderick la tomara por asalto: todo, todo, todo dependía de la guerra en Europa; todo menos aquella vida nocturna de febrero en aquel lugar, que conocería otros febreros. Si Roderick no regresara...

Recordando que debía redactar un testamento, reprochó mentalmente a su madre que no le hubiera sugerido la necesidad de hacerlo. Mediante un testamento escrito, uno convertía a otra persona en súbdito... Sin embargo, también se dio cuenta de que lo que más afectaba al mundo, y a él mismo, eran los inaprensibles deseos de los muertos. La muerte no se paraba a pensar qué dejaba tras su paso. La de Robert había dejado dolor..., ¿y qué más? Si había dejado algo más, la madre de Roderick no se lo había dicho. Roderick pensó que, tal y como estaban las cosas, nadie salvo su madre podría ser el destinatario de su herencia: sintió cierta lástima, tanto por ella como por él mismo, pues entre los dos deberían haber conseguido algo más que estar solos. Como expresión de su disconformidad, empezó a prender una cerilla tras otra, hasta que consiguió encender la pequeña lámpara. Y entonces se encontró una vez más entre cuatro paredes: volvió a meterse en la cama y se durmió al instante.

Al día siguiente había mucho que ver y que hacer.

—Como le estaba contando a O'Connell —le dijo a Donovan—, hasta que yo regrese lo único que podemos hacer es mantener la propiedad en funcionamiento. Después, por supuesto, tendrá que dar ganancias: Mount Morris será mi modo de vida. Para empezar, tendré que estudiar..., tendré que ir a uno de esos cursos de dos, tres o cuatro años. Hoy en día todo se hace científicamente; no se puede improvisar como un aficionado. Y para obtener réditos, tengo que invertir capital.

—Si hace todo eso, podría perder mucho dinero.

—Si me organizo, no. Y además no dispondré de mucho dinero para perder —añadió, mirando con gesto implacable a Donovan.

—El señor Morris era único haciendo planes para mejorar la propiedad. Era maravilloso todo lo que pensaba hacer: me enseñaba fotografías de maquinaria, y siempre había por aquí individuos que venían a hacernos demostraciones de sus productos. Pero ya al final solo le interesaba la guerra. Por cierto, señor, hemos reflotado el bote... pero no va a servir de nada. Está podrido.

—¿Qué bote? —preguntó Roderick, perplejo. Pero enseguida se acordó, y dijo—: Ah, sí, claro; *el* bote. Bueno, es una lástima, pero no importa. Gracias. Mucho trabajo para nada. Debo decir que no entiendo por qué se decidió hundirlo.

—Por precaución. Diría que el señor Robertson fue quien lo sugirió.

—¿Quién era el señor Robertson?

—Un servidor no sabría decirle... Puede que incluso estuviera echándole un ojo a este país. Eran tiempos de recelos y suspicacias, antes de que se retiraran los alemanes —dijo Donovan, metiendo mecánicamente madera en el fogón...

Estaban en la cocina. Dos gallinas salieron volando al acercarse al pie de Roderick, que lo balanceaba mientras permanecía sentado en el borde de una mesa; las dos muchachas se habían esfumado en cuanto él entró, dejando una vela encendida junto a la tetera. La cara de Hannah o Mary se asomaba de vez en cuando a la penumbra de la puerta, pero luego se oían pasos que se alejaban con premura por el pasillo de piedra adelante.

—Al final no se llegaba a nada en concreto —continuó Donovan—. Pero el señor lo pasaba en grande con las ideas que le proponía.

—Por lo que me cuenta —dijo Roderick—, ese Robertson debía de ser un idiota. La verdad es que no he oído hablar de él, y no me extraña. ¿Un oficial de inteligencia? ¡Ni hablar! ¿Qué pensaba que iba a hacer el ejército alemán aquí? Por suerte nunca desembarcaron en Irlanda.

Donovan escuchaba con aire impasible el rugido del fogón.

—En el funeral se presentó un individuo... —continuó Roderick—. Pero se llamaba Harrison.

—Puede ser: era un nombre de ese tipo. ¿Ha tenido noticias de Londres? —preguntó Donovan, volviéndose de repente y con aire sombrío.

—No. ¿Por qué?

—Han vuelto a empezar los bombardeos. No estará allí la señora...

—Sí. ¿Por qué?

—No debería dejarla tan desprotegida.

—Ya, Donovan, sí. Pero mi madre siempre ha hecho lo que ha querido.

—Yo diría que siempre ha hecho lo que ha podido. Más allá de las cosas por las que haya pasado, lo cierto es que se trata de una persona muy amable. En fin, es una pena que usted no pudiera convencerla de que esperara aquí.

—¿Esperar a qué?

—A que lleguen tiempos mejores.

—Oh.

De vuelta en Londres, Harrison se apostó en mitad de una calle iluminada por una bengala, aunque por lo demás vacía. Durante el latido de silencio que se produjo entre la explosión en el cielo y la andanada de los cañones, la bengala le dio a la calle el aspecto de un salón señorial lleno de espejos. Por encima del lugar en el que Harrison escudriñaba un sobre con algo escrito, una bola incandescente, blanca y verde, se iba extinguiendo al descender: en la zona oriental de Londres, el cielo reflejaba un color rosa pálido, como el del plumaje de los flamencos, aunque nadie lo habría confundido jamás con las luces del amanecer; mientras, las llamas rasgaban el cielo del oeste. Era evidente que toda la población de Londres se encontraba bajo tierra, pero de vez en cuando se oía la estridente sirena metálica de un camión de bomberos o el lamento de una ambulancia, y un par de veces pasó veloz a su lado un coche particular. El bombardeo se reinició sobre Harrison, que regresaba pertinaz al apartamento de Stella, distanciándose con aire indiferente de los edificios que presumiblemente podrían recibir un impacto y derrumbarse.

El edificio en que vivía Stella parecía erguirse desafiante en medio de aquella noche peligrosa. No había portero: Harrison puso en funcionamiento el ascensor gótico. Cuando el zumbido y el traqueteo de las puertas se detuvo en la planta donde vivía Stella, la inquilina tuvo tiempo de preguntarse quién podría ser antes de que sonara el timbre. Después fue a la puerta, deprisa, aunque con el aire de quien cree que seguramente se trata de un error. Llevaba puesto un abrigo y tenía un gato en brazos. Cuando abrió, permanecieron durante unos instantes mirándose mutuamente.

—¿Dónde has estado? —exclamó Stella.

El gato se sobresaltó e intentó escalar por su hombro.

—Espero que no sea un mal momento para una visita.

—Bueno, no... —dijo ella, amablemente pero indecisa—. No estaba haciendo nada en particular: leyendo, escuchando los cañones. Pasa.

Stella lo condujo hasta una segunda puerta y dejó al gato en el suelo, mientras Harrison, poco familiarizado con el recibidor, que era tan pequeño como el otro, no sabía dónde dejar el sombrero.

—Sí, ha pasado bastante tiempo desde que nos vimos —asintió, y luego siguió sus pasos hasta el interior—. Veo —añadió, echando una ojeada a la alfombra, como si quisiera cerciorarse de su primera impresión— que ahora tienes un gato.

—Ah, no..., no es mío. En este apartamento no tengo nada mío. Aquí tampoco —dijo ella con una sonrisa evasiva—. Es de los vecinos, pero sus dueños están fuera, creo que lejos, y se asusta.

—Gatito, eh, gatito, ¿dónde estás? —dijo Harrison, chasqueando los dedos. Como el animal no dio señales de vida, se fijó en el título del libro que Stella había dejado abierto y boca abajo sobre la alfombra de pelo negro—. Como en los viejos tiempos —comentó—. Una mala noche. A los animales no les gusta.

—Como en los viejos tiempos —dijo Stella, arrodillándose delante del fuego y

dándole la espalda—. Incluso de antes de conocerte. —Se calentó las manos—. ¿Hace frío aquí? Creo que no. Siéntate —añadió, por encima del hombro—. ¿Qué has estado haciendo?

—Cosas. En realidad, he estado fuera del país. Pero es una historia larga y aburrida.

—Sí, supongo que sí. Entonces, ¿no te despidieron? A veces me preguntaba si te habrían despedido.

—¿A quién, a mí? Ah, ¿quieres decir por *aquel* asunto? Oh, no, no, no, no, no. De todos modos, fue una pena que se nos escapara. ¿Me culpas por lo que ocurrió?

Al ver que Stella no contestaba, Harrison se apresuró a sentarse en uno de los dos sillones, aprovechando el último momento en que sería posible —o en cualquier caso, sensible— hacerlo. Ella intuyó qué ocurría a su espalda sin necesidad de volver la mirada. Harrison parecía tranquilo y satisfecho, decidido a interpretar su actitud como una respuesta favorable, por negativa que fuera. ¿Qué cabía esperar? Por parte de Stella, al parecer nada. Todo lo que ocurriera debía ponerlo él. Se inclinó hacia delante en su asiento y frunció el ceño, mientras hundía un puño en una palma.

—Sí, salió todo muy mal —asintió—. Puedo decirte que en cierta manera me afectó bastante.

—¿Ah, sí? —dijo Stella, levantándose de la alfombra como si hubiese algo enfermizo en el acto de calentarse continuamente las manos. Buscó en la repisa de la chimenea algún cigarrillo que ofrecerle a Harrison, mientras recordaba que Robert y ella aún le debían casi una cajetilla. El estallido de una ráfaga de disparos cercanos sacudió el edificio, y Stella empezó a caminar de un lado a otro, buscando al gato bajo los muebles. Silenciado por los cañones, Harrison pareció sentirse eximido de disimular que la seguía con los ojos, e incluso se volvió a mirarla cuando ella pasó por detrás de su asiento. Stella cogió el gato y lo sostuvo en brazos: el pelaje del animal pareció encogerse y humedecerse cuando una andanada de bombas cayó en diagonal a lo lejos. Luego todo se calmó.

—Hacía mucho tiempo que no pasábamos por esto —dijo ella—. ¿Es que no ha cambiado nada?

Notando la mano vacilante de Stella sobre el flanco del gato, Harrison decidió mostrarse atrevido e insolente:

—¿Entonces no te parece mal que haya venido?

—Ojalá hubieras venido antes. Hubo un momento en que tenía muchas cosas que decirte. Hubo un momento en el que necesitaba saber algunas cosas. Después de hacerme a la idea de que no volvería a verte, seguí hablándote en mi cabeza, así que supongo que en ningún momento debí de creerte muerto, porque uno no sigue hablando con ninguno de ellos: más bien uno sigue oyendo lo que dicen, uniendo y reuniendo las piezas para procurar discernir aquello que no tuvieron tiempo de decir, o que a lo mejor ni siquiera tuvieron tiempo de saber. Siempre hay detalles importantes que uno ha olvidado decir, y que ha olvidado decir porque, en su

momento, no le dio la debida importancia. Sin embargo, sobre todo hay detalles que uno tiene que olvidar..., es decir, uno tiene que olvidar cosas para que sea posible seguir viviendo. Cuantas más guerras hay, me imagino, más aprendemos a ser supervivientes. Sí, te eché de menos. Al desaparecer *tú*, me quedé sin nada. ¿Por qué lo hiciste?

—Sería largo de...

—No te estoy pidiendo que me cuentes un cuento. ¿Qué ocurrió?

—Para empezar, me trasladaron.

Stella se quedó mirándolo.

—Eso fue lo que ocurrió —dijo Harrison, encogiéndose de hombros, como quien dice «tómalo o déjalo»—. En aquel momento había bastante lío, como recordarás. Y lo puedes poner como quieras, pero lo cierto es que me largaron.

—Entiendo —dijo Stella, hizo una pausa y dejó al gato en el suelo—. Bueno, yo sigo aquí —añadió en un tono diferente—. Aunque ahora, como ves, *aquí*.

—Ya, aquí... ¿Y estás a gusto? —preguntó Harrison, mientras echaba una ojeada por la habitación, esforzándose obviamente por verla sin la extrañeza de un espacio «ajeno». De aquellas paredes de un color marrón mate colgaba una serie de grabados del Londres antiguo; había un piano de pared y una librería acristalada que parecía cerrada con llave. El brazo de la lámpara de lectura se había girado para dirigir la luz a los cojines verde salvia que se arracimaban en un sillón que ahora estaba vacío. Había papel de correspondencia apilado en una mesa plegable, sobre la que se veía una copa de vino con campanillas invernales: medio mustias, tal vez desprovistas de su abrigo. Debido a la escasa longitud de las pesadas cortinas, se adivinaba que las ventanas estaban situadas a media pared. Harrison sabía que se encontraba en la séptima planta. Le llamó la atención un vulgar cenicero de metal mate.

—Es curioso —confesó—. Aún me parece estar viendo aquel otro apartamento. El apartamento en el que vivías antes.

—¿Sí?

—A menudo he pensado en los ratos que pasamos allí.

—¿Por qué nos peleábamos? —le preguntó Stella. Vaciló un momento, tras plantear aquella pregunta, pero al final decidió sentarse resueltamente en el sillón verde salvia, sin importarle que la luz la iluminara por completo—. ¿Y por qué te acuerdas del otro apartamento?

—Estabas maravillosa. Y, en realidad, también lo estás ahora; dondequiera que estés, estás maravillosa. ¡No sé cómo lo consigues...!

—¡Por favor! —protestó ella, levantando la mano para detener sus halagos—. Te he hecho una pregunta. ¿Qué ocurrió? Después de todo, fuiste tú quien mató a Robert.

—¿De dónde sacas eso?

—Solo tú sabes qué ocurrió —añadió Stella, presentando aquello como un hecho indiscutible, pero con indiferencia—. Sabes detalles que yo ignoro: la historia

completa. Preferiste llevártela contigo: desapareciste. Durante mucho tiempo he querido preguntártelo. Ahora has vuelto y estás aquí..., *ahora*, ¿y por qué? Pero no sé para qué preguntarte nada: puede que ya no sea el momento.

Él movió los pies, con un gesto de incomodidad, sobre la alfombra de la chimenea.

—¿Qué? ¿No es del todo descabellado? —preguntó Stella, como respondiendo al movimiento—. Muy bien, en ese caso, dime: ¿sabías que iban a arrestar a Robert esa noche? ¿Qué parte tuviste tú en la operación? ¿Qué se había decidido? ¿O no se había decidido nada?

—Yo pensé que Robert había comprendido que el juego se había acabado —contestó Harrison—. Así que, sinceramente, él sabía tanto como yo. Fue su decisión, claro; yo no intervine.

—¿Desde cuándo?

—Desde la noche anterior.

—¿Desde la noche en que nos peleamos?

—¿Pelearnos? —preguntó él—. ¿Cuándo?

Stella alargó la mano y apartó la luz de la lámpara.

—Si no lo recuerdas —dijo—, a lo mejor nunca ocurrió. A lo mejor le doy demasiadas vueltas a las cosas.

—Yo le he dado bastantes vueltas a todo. —Harrison hizo una pausa y se miró el pulgar con el ceño fruncido, luego miró a Stella, ahora en penumbras—. He pensado bastante en esto que hay entre nosotros. Pero... ¿una «pelea»?

Los cañones, al estallar de nuevo, le dieron a Stella un respiro: se recostó en los cojines para escuchar los disparos. La bombilla y los marcos de las ventanas vibraron, pero, por lo demás, la habitación siguió siendo una célula oscura y cerrada de silencio bajo el cielo atronador y resplandeciente de bengalas. Entre las detonaciones, se oía en la lejanía el zumbido del bombardero: mientras duró aquello, ambos temieron una resolución drástica del conflicto; pero no, no iba a ocurrir de ese modo. No cayó ninguna bomba sobre el edificio. Los cañones, aturcidos y perplejos, callaron una vez más, a regañadientes.

—Tal vez no tuvo ninguna importancia, entonces —dijo Stella al final.

Harrison, que había guardado durante aquellos minutos la apariencia absorta de quien no oye nada, continuó:

—Sí, he pensado en ti, y en algunos sitios bastante extraños, por cierto.

—¿Has estado fuera de Inglaterra todo este tiempo?

—Es obvio, ¿no?

—Aun así, has sabido dónde buscarme.

—Ah, enseguida se encuentran pistas... En fin, aquí estamos, en el lugar donde lo dejamos. ¿No te parece? —Se quedó mirándola con gesto indeciso, como si esperara una indicación de Stella.

—No, nunca se vuelve. Nunca se vuelve al lugar donde se dejaron las cosas. Soy

consciente de que tal vez tuvieras razón; de que tal vez *hubiera* algo entre nosotros. Si no hubiera habido *algo*, ¿cómo sabríamos, ahora, que *ha desaparecido*? Si hubieras venido inmediatamente después, o si no te hubieras marchado cuando lo hiciste, quién sabe... Fuiste lo que quedaba de él. O, no, eso no: yo soy lo que queda de él. ¿Y tú? ¿Quizá fuiste la parte necesaria y sobrante del amor? Tú te metiste como una cuña entre nosotros, si lo mataste. Pero ahora, tú y yo ya no somos dos de tres. Nos falta aquello que nos unía: nos han separado. No estamos donde antes... Mira, ni siquiera estamos en la misma habitación. La composición se ha deshecho, así que..., ¿qué sentido tiene? ¡Piénsalo!

Harrison se limitó a repetir, sin claudicar:

—Pero yo he pensado en ti.

—Una noche... sí, la última vez que nos vimos, te dije: «Muy bien, de acuerdo», pero me mandaste a casa.

—Sí: eso no era lo que quería.

—¿Y *qué* querías, entonces, llegados a ese punto?

Harrison reunió las uñas de los pulgares, sin contestar.

—No sabías; no sabías qué hacer.

—¿Qué? ¿Crees que no? —preguntó con decisión. De repente se puso de pie y se dirigió a la mesa donde estaban las campanillas; se inclinó sobre las flores—. Bonitas —murmuró entre dientes, tocando con gesto indiferente los pétalos mustios—. Si te refieres a la noche del perro, no me acuerdo —añadió—. Y hubo otra noche, una noche de lluvia. Lo único que sé, ya te lo he dicho, es que he pensado en ti. No he venido hasta aquí para decirte adiós, ¿entiendes?

—¿No crees que hay cierto heroísmo en un adiós? Yo sí. Yo quise decirte adiós; y no me permitiste decirlo y me acosaste. Lo que no hemos concluido nos acosa; lo que no está curado nos acosa. Harrison...

—Es la primera vez que dices mi apellido, creo.

—No conozco tu nombre de pila.

—No creo que quieras saberlo —dijo él, apoyando el hombro contra la cortina que colgaba tras de la mesa.

—¿Por qué, qué tiene de malo? ¿Cuál es?

—Robert.

—Ya... Bueno, supongo que, en cualquier caso, seguiré pensando en ti como Harrison. Te estaba diciendo... —Y levantó la mano para protegerse los ojos, como si la luz de la lámpara, aunque apartada, siguiera deslumbrándola—. Te estaba diciendo que voy a decirte adiós de todos modos. Quédate esta noche, si quieres, si eso calma tus inquietudes.

Harrison levantó la copa de violetas y volvió a dejarla en su lugar.

—No, creo que no —añadió Stella—. ¿De qué sirve hacer algo por el pasado?

—No, es otra cosa —dijo él, de espaldas—. Ya sabes que nunca esperé que hicieras nada gratis.

—¿Qué es «nada»?

—Como te he dicho, nunca me han amado. No... —añadió, volviendo desde la mesa, para situarse en la alfombra del hogar y mirar a Stella en su sillón, más inequívocamente que nunca—. Supongo que mi fuerte ha sido siempre hacer planes. ¿Cuáles son los tuyos ahora, por ejemplo? ¿Piensas quedarte aquí?

—Para empezar, creo que voy a casarme.

—Vaya... ¿En serio? —Harrison permaneció callado, pues tuvo que hacer acopio de toda su fuerza para controlar la expresión de su rostro, una expresión de violento y absoluto alivio—. ¿Entonces va en serio?

Pero a continuación volvió a escrutar su rostro con insidiosa intensidad, como si buscara a otra persona desconocida en ella.

—En cualquier caso, ¿qué quieres decir cuando dices que *crees* que te vas a casar? Tratándose de una cosa tan seria, sin duda lo *sabrás*.

—Bueno, lo sé: ahora.

—Ja, ja... Eso está mejor. ¿Puedo preguntarte quién es?

Stella se lo dijo, y añadió:

—Es el primo de un primo.

—Un algo más que eso. Es un general de brigada, ¿no?

—Sí, lo sé —dijo ella, con un acento de la antigua irritación que le provocaba Harrison—. ¿Crees que es un acto heroico por su parte?

—No, yo no diría...

—Estoy de acuerdo, es muy amable por su parte.

—No, vamos, Stella, lo que te quiero decir es que este caso... es completamente diferente. Tienes que pensar en ti. ¿Qué haces viviendo en una última planta de un edificio, mientras llueven bombas? No es justo para ese hombre: tienes que pensar en él. Puede que no te importara un comino lo que *ocurrió*; y debo decir que esa fue la primera impresión que me dio. ¿No te parece que todo tiene sentido, ahora que tienes un futuro en perspectiva?

—Las perspectivas tienen alternativas.

—Recoge el gato, si es lo que tienes que hacer; pero si esto sigue así deberías pensar en bajar abajo.

—Siempre he dejado todas las posibilidades abiertas. Pero me parece que el bombardeo ya ha acabado.

—En ese caso... —dijo Harrison, mirando su reloj—. ¿O prefieres que me quede hasta que confirme que todo está despejado?

A finales de semana, Louie y Connie estaban maquillándose y peinándose una junto a la otra ante el largo espejo horizontal de un lavabo subterráneo revestido de mármol, en un café del West End. Eran alrededor de las diez de la noche. Connie se estaba pintando a conciencia; Louie llevaba un rato meditabunda, toqueteándose la pinza del pelo, pero, de repente, apartando la mirada de su reflejo, dijo que iba a tener un bebé.

Connie siguió arreglándose el flequillo.

—¿Por qué nunca escuchas cuando te hablo?

—Siempre estás diciendo algo —protestó su amiga, buscando a tientas unas horquillas por la repisa del lavabo—. ¿Qué te pasa ahora?

—Te he dicho que me parece que voy a tener un bebé.

Connie la reprendió:

—¡Cállate! ¿Dónde crees que estamos?

Echó una mirada rápida y preocupada a su alrededor. Louie, sin embargo, no había elegido el momento tan inoportunamente como parecía, porque no había nadie más en los baños.

—¡Qué cosas se te ocurren! ¿Cómo dices...?

Al final, Connie bajó lentamente el peine. Cruzaron sus miradas en el espejo.

Con menos desesperación que fatalismo, Connie exclamó:

—Bueno, así que te has portado como una idiota..., ¿no?

Louie, como si estuviera agotada, contestó:

—Bueno, lo había estado pensando.

—¡Te lo dije, te lo dije y te lo dije! ¡La naturaleza es muy lista!

No sin cierta dignidad, Louie asintió y agachó la cabeza.

Connie recogió las horquillas mecánicamente, sin mirarlas, asombrada, y empezó a sujetar distintos rizos de su flequillo; luego la trivialidad de la tarea pareció perturbarla: se detuvo en seco, con las manos levantadas a ambos lados de su cabeza, y exclamó:

—¡Ahora sí que estás metida en un lío! Para empezar, ¿qué va a decir tu marido?

—Eso me preguntaba. —Louie frunció el ceño, abrió el grifo de agua caliente y se quedó mirando la corriente humeante, que giraba y giraba en el lavabo—. En otras circunstancias, sin duda se pondría contento. Si se piensa en todas las cosas por las que hemos pasado juntos, no me parece natural que no lo sepa, Connie.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Bueno, la verdad, no lo sé. Más bien me estaba preguntando qué debía hacer yo.

—Y, sin embargo, me vienes con esa historia. Sabes que es lo que has hecho, me has venido con esa historia. Todo el mundo me viene con historias. —Connie le dio un manotazo al grifo y lo cerró furiosamente: el vapor se disipó de inmediato—. ¿Estás loca? —gritó—. Malgastando agua, cuando el mismísimo Rey usa solo un palmo de agua para bañarse. ¿Estás aprovechando la ocasión para perder el juicio *por completo*? ¿Quién te crees que eres? Eres una más.

Louie se apropió de la frase.

—Bueno, sí, soy una más, solo una más, ¿no? —Sus rasgos se iluminaron, lentamente, pero con tal firmeza que se habría dicho que aquel semblante no era nuevo en su rostro. Peor aún, a ojos de Connie: aquel gesto no era más que un indicio de cierta complacencia interior, incluso de cierta sublimidad. Louie asintió—: A

veces yo misma lo he pensado.

—Ajá —exclamó Connie—. ¿Entonces te parece bien? Pues muy bien.

De inmediato Louie se estremeció. Apretó y relajó los labios, y se aferró al borde del mármol, sin más propósito que encontrar apoyo. Entre su reflejo, el de Connie y el rostro real de su amiga, Louie parecía un poco confusa y no sabía en realidad a quién mirar.

—No te enfades: ¡eres la primera persona a la que se lo cuento! ¿Tan terrible es? La mitad del tiempo no sé siquiera si es real, Connie; es como algo de lo que hubiese oído por ahí. No sé cómo tendría que sentirme: igual podría reír que llorar. ¿Qué *significa* esto? Tenía que consultarlo contigo. ¿Estás enfadada?

—No, grandísima golfilla, no. Pero me doy por vencida.

—No quisiera ofenderte por nada del mundo... ¿He hecho algo mal?

—Menudo momento has elegido para contármelo —señaló Connie, sin poder evitarlo—, después de noche tras noche sufriendo ataques enemigos. Pero, en fin, tenía que salir a la luz.

Connie metió la polvera, el peine y otras cosas en su bolso de mano y lo cerró con un decidido golpe seco; luego añadió:

—¿De quién es? ¿Tienes idea?

Louie, algo más que confusa y aturdida, empezó a buscar sus guantes: uno había resbalado del mármol y había caído al suelo. Recordó la amabilidad de Stella dos años antes. Desde luego, no eran el mismo par; eran un poco más finos, con puntillas en las muñecas, y estaban más usados. Se agachó para recogerlo.

—Debe de haber sido un amigo mío... No creo que su nombre fuera a decirte mucho, Connie.

—¿*Qué nombre* no me diría mucho?

—Tú y yo nos hemos visto tan poco este último año.

Connie se colocó el bolso bajo el codo, miró de reojo a Louie y observó la fila de lavabos, sin expresión alguna.

—Bueno, está bien. Andando.

Era evidente que la vida elegía sus propios caminos para seguir adelante.

—Primero y principal —dijo—: lo mejor que podemos hacer es hacer lo que teníamos intención de hacer: comer. Muy bien, muy bien: echa un vistazo a tu alrededor. Me pregunto qué se te pasó por la cabeza *esta vez*... Después de cenar, podemos pensarlo un poco, ¿de acuerdo? Deberíamos.

Condujo a Louie firmemente hacia la escalera de los baños, donde se cruzaron con dos damas que bajaban.

Poco después quedó decidido que el bebé nacería a mediados de julio.

—Sin duda para entonces ya habremos ganado también en el frente occidental —comentó Louie. Dada su complexión robusta y rolliza, su estado no sería evidente durante algún tiempo: Connie le aconsejó continuar trabajando en la fábrica mientras fuese posible. Louie echaba de menos Seale-on-Sea; pero la población civil tenía

prohibido acercarse a esa zona, más que nunca, pues los nuestros se aprestaban a invadir Europa y cada mes que pasaba esa posibilidad era más cierta. A Louie le parecía que, en Londres, todas las miradas se volvían hacia la costa, hacia el este. Los días primaverales, al alargarse, se tornaron decisivos; se hacían cálculos sobre la luna; día y noche Londres se estremecía con el tráfico de vehículos y hombres destinados a la Invasión, que se dirigían a puertos innombrables. Las expectativas alcanzaron su punto culminante en primavera; todo el mundo esperaba algo. Louie se descubrió mirando constantemente la fotografía de Tom que unos meses antes llegó incluso a molestarle; se sentía atraída por aquella mirada de ausencia y futuro. ¿No estaba, a su manera, siempre al corriente de lo que sucedía? Tom luchaba en Italia: y a ella se le hacía cada vez más difícil disimular; en cada carta que le escribía necesitaba decírselo. ¿Por qué Tom no le iba a tender una mano ahora? Era su esposa. Necesitaba explicarle la sensación que tenía al no estar sola. Era extraordinaria aquella idea pertinaz de lo que debería ser conviviendo con el miedo a que Tom la repudiara: nada en absoluto sostenía aquella idea. Nada, nada podía decirse a favor de Louie. ¿Qué diría Tom?

Por miedo a leer lo que Tom tenía derecho a decir, le cogió manía a los periódicos, cuyas primeras planas por entonces se llenaban de embarazos secretos. Cuando Connie consideró que los vecinos de Chilcombe Street empezaban a darse cuenta —en cuyo caso, quién sabe si alguien no se ocuparía de escribir a Tom una de aquellas cartas maliciosas—, trasladó a su amiga a una habitación que encontraron a menos de un kilómetro de allí: por fortuna, Louie disponía de ahorros, porque a partir de entonces tuvo que pagar dos alquileres. Chilcombe Street siguió siendo su dirección postal; remitía las cartas a Italia desde allí. A Connie le pareció aconsejable instalarse en las dos habitaciones vacías de la primera planta. De lo contrario, a saber quién podía apropiarse del piso. Que Tom no tuviera casa adonde regresar sería el colmo. Al principio, Connie había hecho lo que, a su juicio, era lo correcto: sugerir que había *una solución*, desde luego: conocía un sitio. Sin embargo, no creía que Louie tuviera tanto sentido común, o lo que fuera necesario.

—De acuerdo —dijo, olvidándose del asunto—. En realidad, ya sabía que te opondrías. Estoy empezando a sospechar que esto es lo que quieres.

—Esto no era lo que yo *quería*.

—Eso dices. Pero ahora mira lo empecinada que estás.

—Si todo siguiera siendo igual, desde luego preferiría ser madre, eso sí que lo sé. Por lo que sea, no quiero estar como antes.

—Siempre me ha resultado un misterio saber qué tenías en la cabeza —tuvo que admitir Connie.

—El único problema es que Tom no lo sabe —repetía Louie siempre, con un movimiento de sus ojos vacíos—. Ay, Connie, ojalá se te ocurriera alguna manera de expresarlo adecuadamente. No sé qué decir.

La pregunta se repetía un día tras otro, invariablemente, y abrumaba a Connie

mientras la pasividad de Louie aumentaba al mismo ritmo que su cuerpo. Acorralada en el mundo de la realidad, Connie recurría a la creencia popular de que el establecimiento del Frente Occidental dejaría todo en suspenso. Se pensaba que el Frente Occidental se había programado, como si fuera una carrera, para un día o dos después de Pentecostés. Pentecostés se celebró en un clima irreprochable para las carreras: pero siguió sin pasar nada. Al final, una tarde, en Chilcombe Street, Connie empuñó la pluma y se quedó mirando unos minutos el mantel de la mesa donde, una tarde tras otra, Tom había estudiado sus libros técnicos mientras Louie lo miraba. Era posible que la mirada de Tom, al apartarse de la página o cuando se detenía a pensar, hubiera dejado una impronta sobre su personalidad o sobre su mentalidad, en el dibujo del mantel; con seguridad, Tom debía de haber mirado aquellos dibujos con la misma meditación perpleja que Connie en aquellos momentos. Empezó a escribir lentamente:

Querido Tom: tomo la pluma en calidad de amiga íntima de tu esposa Louie; quizá me haya nombrado en alguna de sus cartas. Espero que me perdones la intromisión, pero ella no sabe qué decirte, como comprenderás enseguida. Para ella significaría mucho saber que comprendes correctamente lo que voy a decirte. Se ha comportado de una manera peculiar mientras te echaba de menos y se preocupaba por ti, yendo de un lado a otro, como un perrito sin dueño, y también debes tener en cuenta que borraron de la faz de la tierra a sus padres, lo cual la afectó mucho. Sé que lo que te voy a pedir es mucho pedirle a un hombre, pero lo único que puedo decir es que últimamente incluso yo misma he tenido que admitir cosas que pueden parecer extrañas. De nada sirve que tú o yo juzguemos a nadie, simplemente debemos aceptar que, hasta enfrentarse a los hechos, no hay forma de saber cómo puede reaccionar una persona. Louie te admira tanto que sería de gran ayuda que pudieras hacer el esfuerzo de entender cómo sucedió todo, y, por consiguiente, pensar en ella con afecto en este momento, debido a todo lo que ella ha padecido por tu bien. No puede negarse que, al quedarnos solos, muchos de nosotros actuamos de modos extraños, y un error lleva a otro, así que espero que comprendas dónde reside la culpa. Me temo que debo ir al grano, para hacerte saber, en definitiva, que Louie se encuentra a punto de...

... Connie tuvo que interrumpirse de inmediato cuando sonó aquel timbrado violento, seguido de unos golpes con la aldaba en la puerta de la calle. Dejó la pluma en el papel y se quedó escuchando, como si la estuvieran acosando, con la cabeza humillada, a la espera de algo. El ataque se renovó: en la quietud vespertina de la casa no se oyeron pasos de nadie que saliera a la escalera y bajara a ver quién era. Connie se tapó las orejas con los pulgares, releyó la carta hasta donde había llegado, y luego se descubrió pensando lentamente: «¿Qué pasaría si nunca tuviera que terminarla?». Decidió bajar a abrir y recogió el telegrama para Louie, pues eso era en efecto lo que había armado semejante escándalo.

Tras abrirlo, Connie se quedó consternada. «Casi. He estado a punto de ir más

allá de lo necesario», pensó. Las preguntas que no sabemos contestar se contestan solas. Echó a andar bajo la luz deslumbrante de mayo hacia el lugar donde se había refugiado Louie, justo al otro lado de las vías.

—Así que..., si me hubiera preocupado, habría sido una tontería, por nada... — Aquello fue una de las primeras cosas que le comentó Louie, más tarde—. Me estaría culpando por no haberlo hecho; en vez de eso, fue magnífico: lo hice. Siempre tuvo mucha paciencia conmigo, desde el principio, por muy recto que fuera. ¿Qué has hecho con el papel donde lo dice? Quisiera conservarlo.

—¿El telegrama? ¿En serio?

—Pues claro: para el niño.

—¡Han cruzado!

Había sucedido: fue una improbable noche de junio, ventosa y desapacible. Toda la historia se concentró en Louie, quien, al final de la dulce espera, se acercó pesadamente a la ventana. Se oían voces en la calle; multiplicada, procedente de multitud de radios, una sola voz salía por multitud de ventanas abiertas. Louie se asomó y preguntó: «¿Es cierto?». Lo era. Pero ella ya no podía hacer nada, sino sentarse a bordar. De repente, sin poder controlarse, soltó la labor, hundió los nudillos en las mejillas y empezó a rezar. En ese mismo momento, la gente entraba desordenadamente en las iglesias. El inesperado día esperado, presente por doquier, llegó por fin, resonando en las emisoras. Ahora, lo hecho, hecho estaba. La visión de la hazaña lejana y la vigilia por los combatientes duraron diez días, hasta que comenzó la operación Arma Secreta: entonces fue vergonzoso cómo el miedo encerró en casa aquellos pensamientos: zumbidos de cosas, amenazantes, violentos y fugaces, día y noche, rasgando el velo de Londres, levantando polvo acumulado en los rincones de la mente. No había un momento de sosiego.^[14] Connie llevó a Louie de vuelta a Chilcombe Street —¿qué importaba ya, a esas alturas?— y luego intentó sacarla de Londres. Pero ¿adónde llevarla? De vez en cuando sonaban las sirenas en medio de aquella turbia pesadilla: Connie siempre tenía que correr a su puesto.

—No me gustaría morir rodeada de extraños —repetía una sudorosa Louie, aferrada a la esquina de la gran cama familiar. Entonces aquel lamento volvía a llenar el aire—. De nuevo la sirena, pero ¿en qué están pensando?

—Es la señal de que todo está despejado, querida. No te lo aprenderás nunca, ¿no?

—No hay mucha diferencia entre una sirena y otra, ¿no, Connie?

El niño nació un poco antes de tiempo.

Bautizado Thomas Victor, no se daba cuenta de nada. No obstante, Louie aceptó que debía salir de Londres después del nacimiento. En consecuencia, los dos partieron desde la puerta misma del hospital a un refugio del interior del país, donde la suerte les tenía reservado un cochecito de segunda mano aún en buen estado. Louie

aprendió a conducir, a frenar, a girar, e incluso a tirar de ese cochecito mientras avanzaba por la calle contemplando los escaparates de las tiendas. Se contagió con la intención del bebé de sobrevivir y le inspiró sentido común. Cuando el enemigo se retiró de los puertos que se encontraban al otro lado del Canal, Louie pudo volver a Seale-on-Sea: una madre como Dios mandaba.

Allí, el mar resplandecía como si nada hubiera pasado.

Louie se instaló en la residencia. Luego, la tarde misma de su regreso, no resistió la ansiedad, y llevó a Tom a casa de sus abuelos. En el espacio donde había estado la casa familiar ahora no había más que un aire que le pareció —cuando se detuvo a inspirarlo— lleno de vida y de sol; la hierba se agitaba y se superponía con luz y sombra en las columnas quebradas y las ruinas de los cimientos. Era septiembre: las dalias y las margaritas florecían en los jardines que había un poco más allá. Aquella era, como había sido siempre, una calle tranquila, más cercana a la tierra que al mar, con limoneros plantados en ambas aceras. El bebé dormía en el cochecito, en el camino de entrada a la casa desaparecida: colina arriba, sonó el reloj de la iglesia, y al oírlo Louie levantó la mirada.

Al día siguiente, una tranquila luz blanca sustituyó la luz del sol. Pasadas las seis de la tarde, Louie condujo el cochecito por el sendero del canal hasta las marismas que había en las afueras del pueblo. En el agua estancada crecían juncos; la vista se perdía a lo lejos: una inconcebible prolongación de su vida, ahora por fin completa. Al otro lado del canal, los robles se reflejaban en el agua y, a este lado, las colinas se elevaban desnudas. No había un alma, ni siquiera una oveja pastando cerca. Un par de minutos antes nuestros bombarderos, invisibles en las alturas, regresaban a casa emitiendo solo un zumbido; el bebé ni se había inmutado.

Cada día que pasaba a Louie le daba la impresión de que se parecía más a Tom. Pero entonces oyó otro ruido, se volvió y levantó la mirada al cielo que tenía a sus espaldas. Cogió rápidamente a Tom del cochecito, y con el dedo le señaló aquello, esperando que él también lo viera y, tal vez, lo recordara para siempre. Tres cisnes volaban en línea recta. Pasaron sobre Louie y Tom, y desaparecieron en dirección oeste.



ELIZABETH BOWEN (Dublín (Irlanda), 7 de junio de 1899 - Hythe (Kent), 22 de febrero de 1973) fue una escritora anglo-irlandesa.

Nació en Dublín. Su familia solía pasar los veranos en Bowen's Court, una propiedad de la familia en el condado de Cork (Irlanda). Cuando su padre empezó a padecer de problemas mentales en 1907, Bowen y su madre se mudaron a Inglaterra, asentándose en Hythe (Kent). Tras la muerte de su madre en 1912, Bowen se fue a vivir con sus tías: la experiencia de orfandad estuvo muy presente en sus novelas.

Bowen fue educada en la Downe House School, bajo la dirección de Olive Willis. Después de pasar un tiempo en una escuela de arte en Londres, decidió dedicarse a escribir. Bowen se unió al Círculo de Bloomsbury, conociendo a Rose Macaulay, quien la ayudó a encontrar un editor para su primer libro, *Encounters* (1923). En 1923, contrajo matrimonio con Alan Cameron, un administrador educativo que también trabajaba para la BBC. Bowen mantuvo varias relaciones extramaritales, incluyendo una con Charles Ritchie, un diplomático canadiense seis años menor que ella. También tuvo un romance con el escritor irlandés Sean O'Faolain y con la poetisa estadounidense May Sarton.

Bowen heredó Bowen's Court en 1930, pero siguió viviendo en Inglaterra, aunque visitaba Irlanda frecuentemente. Durante la Segunda Guerra Mundial, trabajó para el Ministerio de Información Británico. Su esposo se retiró en 1952, y ambos se mudaron a Bowen's Court, en donde Cameron murió unos meses más tarde. Durante años, Bowen luchó para conservar la propiedad, dando presentaciones en los Estados

Unidos para ganar dinero. Sin embargo, la casa fue demolida en 1952.

Luego de pasar varios años sin una residencia permanente, Bowen se asentó en Hythe, en donde murió de cáncer en 1973, a los 73 años. Fue enterrada junto a su esposo en el cementerio de Farahy, cerca de la entrada a Bowen's Court.

Bowen destacó como narradora y también como ensayista. Como novelista, empezó con *The Hotel* (1927). Antes de la Segunda Guerra Mundial, destacó con novelas como *La casa en París* (1935) y *La muerte del corazón* (1938), consideradas como cumbres de la narrativa inglesa tras Virginia Woolf y Edward Morgan Forster. Asimismo en ese tiempo de gran actividad escribió varios ensayos: así *English Novelists* y textos familiares, como *Bowen's Court* o sus memorias de infancia en Dublín, *Siete inviernos* (los tres de 1942). Tras la guerra publicó novelas como *El fragor del día* (1948), *A World of Love* (1955), *The Little Girls* (1964) y *The Good Tiger* (1965). La última fue *Eva Trout*, de 1968.

Bowen recibió múltiples reconocimientos por su trabajo. En 1969, ganó el James Tait Black Memorial Prize por su novela *Eva Trout*. Así mismo, recibió doctorados honorarios del Trinity College (Dublín) en 1949 y de la Universidad de Oxford en 1952. En 1948, fue nombrada Comandante de la Orden del Imperio Británico.

Notas

[1] ‘Wistaria’, glicinas o glicinias. *(Todas las notas son del traductor)*. <<

[2] Del *Cantar de los Cantares* 2, 17. <<

[3] Los carteles con la consigna «*Dig for victory*» fueron habituales en la primera y, sobre todo, en la segunda guerras mundiales. Se instaba a los ciudadanos a plantar huertos en tierras baldías o en jardines y cunetas para favorecer la subsistencia y sobrellevar la escasez de productos agrícolas. <<

[4] Se trata de un personaje de Charles Dickens, un anciano raro pero inofensivo que aparece en la novela *David Copperfield*. <<

[5] Se refiere a la guerra de la independencia de Irlanda (1919-1921), tras la llamada Easter Rebellion o Easter Rising de 1916. <<

[6] Es una variación humorística sobre el dicho «*One day nearer the grave*» (Un día más cerca de la tumba). <<

[7] Los delantales de los carniceros en Inglaterra eran tradicionalmente azules. <<

[8] No es un dicho en realidad, sino una cita bíblica: Mateo 5, 45. <<

[9] Supuestamente, Robert se habría estado comportando de forma inusual. La expresión francesa decimonónica (A. Dumas) se convirtió en un tópico de la literatura *pulp* detectivesca de la primera mitad del siglo xx. <<

[10] El traslado por mar hasta Dublín se hacía desde Liverpool. <<

[11] Se refiere a la victoria de Bernard Montgomery sobre las tropas nazis en lo que se denominó la Segunda batalla de El Alamein, en Egipto. Naturalmente, la batalla no duró solo un día, sino del 23 de octubre al 3 de noviembre de 1942. <<

[12] En la terminología de la segunda guerra mundial, tanto las sirenas que advertían de los bombardeos como los aviones de la Luftwaffe se denominaban «las trompetas de Jericó», haciendo referencia obviamente a la destrucción citada en la Biblia (Josué 6). <<

[13] Versos finales de *The Strayed Reveller / Desire*, de Matthew Arnold (1822-1888).

<<

[14] Aunque sin datos precisos, probablemente la autora se refiere a los ataques alemanes contra Londres con los misiles V2, a partir de 1944. <<